865 P413
K1892
v. 1

THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY

865P413
K1892
v.1

Return this book on or before the
Latest Date stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

University of Illinois Library

JAN 10 1966

FEB -2 1966

AUG 31 1966

NOV 28 1966

APR 25 1969

L161—O-1096

Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/realidaddramaenc00pere

REALIDAD

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ARREGLO DE LA NOVELA DEL MISMO TITULO

POR

B. PEREZ GALDOS

3.000

PRECIO: 2 PESETAS

MADRID
«La Guirnalda» y Episodios Nacionales.—Fuencarral, 53, 2.°
1892
Admón lírico-dramática: Cedaceros, 4, 2.°, izqda.

REALIDAD

3.55(6 v.)

251206

OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

EDICION ECONOMICA: TOMOS EN 8.° A DOS PESETAS

TRAFALGAR.—LA CORTE DE CARLOS IV.—EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO.—BAILÉN.—NAPOLEON EN CHAMARTIN.—ZARAGOZA.—GERONA.—CADIZ.—JUAN MARTIN EL EMPECINADO.—LA BATALLA DE LOS ARAPILES.—EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ.—MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815.—LA SEGUNDA CASACA.—EL GRANDE ORIENTE.—7 DE JULIO.—LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS.—EL TERROR DE 1824.—UN VOLUNTARIO REALISTA.—LOS APOSTÓLICOS.—UN FACCIOSO MÁS Y ALGUNOS FRAILES MENOS.

Tomando en la Administración los 20 tomos, 35 pesetas.

GRAN EDICION ILUSTRADA

Diez hermosos volúmenes, conteniendo cada uno dos *Episodios*, con más de 1.200 grabados. Precio en la Administración: encuadernados en rústica 138 pesetas: 168 en tela. Toda la obra pagada en la Administración 125 y 155. Idem á plazos 140 y 170. Para provincias, remitida por correo, sin certificar, 130 y 170, y á plazos 145 y 180. Por suscripción: cuadernos de cuatro entregas á peseta cada uno

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

DOÑA PERFECTA—Tomo en 8.° 2 pesetas.
GLORIA—Dos tomos en 8.° 4 pesetas.
MARIANELA—Tomo en 8.° 2 pesetas.
LA FAMILIA DE LEON ROCH—Tres tomos en 8.° 6 ptas.
EL AMIGO MANSO—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA DESHEREDADA—Dos tomos en 8.° 6 pesetas.
EL DOCTOR CENTENO—Dos tomos en 8.° 6 pesetas.
TORMENTO—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA DE BRINGAS—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LO PROHIBIDO—Dos tomos en 8.° 6 pesetas.
FORTUNATA Y JACINTA—Cuatro tomos en 8.° 12 ptas.
MIAU—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA INCOGNITA—Tomo en 8.° 3 pesetas.
REALIDAD—Tomo en 8.° 3 pesetas.
ANGEL GUERRA—Tres tomos en 8.° 9 pesetas.
TRISTANA—Tomo en 8.° 3 pesetas.

LA FONTANA DE ORO (1820-1821)—Tomo en 8.° 2 pesetas.
EL AUDAZ, *historia de un radical de antaño* (1804)—Tomo en 8.° 2 pesetas.
TORQUEMADA EN LA HOGUERA, *El artículo de fondo*, *La mula y el buey*, *La pluma en el viento*, *La conjuración de las palabras*, *Un tribunal literario*, *La princesa y el granuja*, *Junio*—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA SOMBRA, *Celín*, *Tropiquillos*, *Theros*—Tomo en 8.° de 360 páginas 2 pesetas.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la Admón. de *La Guirnalda* y *Episodios Nacionales*, calle de Fuencarral, 53, Madrid.

REALIDAD

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ARREGLO DE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 15 de Marzo de 1892.

MADRID
Imprenta de LA GUIRNALDA
Calle de las Pozas, 12, bajo.

1892

PERSONAJES	ACTORES
AUGUSTA.....	SRTA. GUERRERO.
LEONOR (La Peri).....	» MARTÍNEZ.
CLOTILDE.....	» MORELL.
LINA, criada de la Peri...	» PINEDA.
BÁRBARA, íd. de Federico	» MOLINA.
OROZCO.....	SR. CEPILLO.
FEDERICO VIERA.....	» THUILLIER.
JOAQUÍN VIERA.....	» MARIO.
MANOLO INFANTE...	» GARCÍA ORTEGA.
VILLALONGA.....	» MONTENEGRO.
MALIBRÁN.....	» BALAGUER.
AGUADO.....	» CALLE.
Criados de Orozco.....	»

La acción es en Madrid y contemporánea.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Serán furtivos todos los ejemplares de esta obra que no lleven el sello de *La Guirnalda* y *Episodios Nacionales*, cuya Administración, Fuencarral, 53, 2.° Madrid, servirá los pedidos que de ella se le hagan.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de don EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

865 P413
K1E92

ACTO PRIMERO

Sala en casa de Orozco, decorada y amueblada con elegancia y lujo. En el foro dos grandes puertas. La de la derecha conduce al billar, y por ella se descubre parte de la mesa, y se ven los movimientos de los jugadores. La de la izquierda comunica con el salón, y por ella se distingue parte de esta pieza y algunas de las personas que están en ella. Entre estas dos puertas, chimenea ó un mueble de lujo.

En el lienzo lateral de la derecha, dos puertas: una conduce al despacho de Orozco; la más próxima al público, á la alcoba. En el lienzo de la izquierda, una puerta, por donde entran los que vienen de fuera de la casa, y un balcón.

Las dos puertas del fondo se cierran (cuando la acción lo indique) con vidrieras.

Á la izquierda, cerca del espectador, una mesa con una planta viva, libros, lámpara de bronce, retratos y recado de escribir. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

VILLALONGA (que entra por la puerta de la izquierda.)
INFANTE (que sale del billar.)

VILLAL. (Mirando al salón.) Poca gente esta noche (á Infante.) ¡Hola, Infantillo!

INFANT. Tarde vienes. ¿Has estado en el Real?

VILLAL. Sí, un rato. Y tú, ¿has comido hoy aquí?

INFANT. No, hijo de mi alma. Hoy le tocó á ese fátuo de Malibrán, el aprendíz de diplomático, que no es, como sabes, santo de mi devoción.

VILLAL. Sí; su vanidad, sus pretensiones de cultura... ¡europea! y de galanteador irresistible, me sirven á mí para pasar ratos muy divertidos.

INFANT. A mí no me divierte.

VILLAL. ¿Pero no sabes lo mejor? (Con misterio.) Se atreve á poner los puntos á tu prima.

INFANT. ¡Quién!

VILLAL. Malibrán. Don Cornelio. Yo le nombro siempre así para hacerle rabiar. No dudes que el hombre quiere añadir á lo que llama *su estadística de amor*, este rengloncito: *Augusta*. Veo que no te causa risa, y que pareces así... no sé... ¡Ya...! te contraría la competencia. También tú, grandísimo corruptor de las familias, pretendes...

INFANT. ¡Jacinto!

VILLAL. Vamos, joven circunspecto, que á tí también, también á tí te gusta la primita. ¡Es tan mona, tan espiritual! No he conocido otra en quien tan maravillosamente se reunan la distinción, la belleza y el talento. Las tres gracias se encarnan en ella, formando una sola gracia, que vale por treinta. *Tu quoque,* Manolín...

INFANT. ¡Yo! No me conoces: A mi prima Augusta, bien lo sabes, la miro como hermana. Ella y mi tía Carlota son la única familia que me queda. Su marido es el amigo que más quiero en el mundo. No, no cabe en mí la villanía de galantear á la mujer de un amigo íntimo, hombre además de excepcionales condiciones morales, hombre único, lleno de méritos y virtudes.

VILLAL. Sí, sí, todo es verdad. Pero...

INFANT. ¿Pero qué?

VILLAL. Nada, hombre, nada. No es para enfadarse. Mucha virtud, mucha moral...

ESCENA II

LOS MISMOS; AGUADO

AGUADO. Felices, señores y milores. ¿Han visto ustedes los periódicos de la tarde?

VILLAL. ¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

AGUADO. ¿Se han enterado ya de los escándalos del día? (Mostrando un periódico.) Otra irregularidad muy gorda en Cuba; pero muy gorda. Ya lo dije: de la remesa de empleados que mandaron allá hace tres meses, ¿qué otra cosa podía esperarse?

VILLAL. Ínclito Aguado, calma, calma, filosofía. Coge la primera piedra, amenaza con ella; pero no la tires.

AGUADO. Yo sostengo que ni esto es país, ni esto es patria, ni esto es Gobierno, ni aquí hay vergüenza ya. Pues digo: lo mismo que ese otro gatuperio, el crimencito de la calle del Pez; la curia vendida, y dos personajes de cuenta amparando á los asesinos.

INFANT. Señor de Aguado, ¿también usted se empeña en ser vulgo, ó en parecerlo?

AGUADO. Amigo Infante, usted es un ángel de Dios, que ha pasado su juventud en el inocente retiro de Orbajosa, á honesta distancia del mundo, que no conoce. Heredó usted una fortuna; hiciéronle diputado con un par de golpes de manubrio de la maquinilla de Gobernación; no ha vivido, no ha luchado; no conoce de cerca, cómo nosotros, la podedumbre política y administrativa... Pues yo les juro á ustedes que, si Dios no lo remedia, llegará día en que, cuando pase un hombre honrado por la calle, se alquilen balcones para verle.

ESCENA III

LOS MISMOS; OROZCO (que se asoma á la puerta del billar sin pasar de ella, con el taco en la mano), AUGUSTA, MALIBRAN (que vienen del salón.)

OROZCO. Eh! padres de la patria, ¿qué hay? ¿Qué irregularidad es esa...? (Villalonga, Infante y Aguado, se acercan á la puerta del billar y hablan con él.)

AUGUST. (Á Malibrán, riendo.) Pero dígame usted, ¿es volcánica ó no es volcánica?

MALIB. ¿Qué?

AUGUST. Esa pasión de usted.

MALIB. ¡Pícara, añade á la crueldad el sarcasmo! Mire usted que... Bien podría suceder que la desesperación me arrastrara al suicidio, á la locura... ¡Qué responsabilidad para usted!

AUGUST. ¡Para mí! Pero yo ¿qué culpa tengo de que usted se haya vuelto tonto?... ¡Muerte, locura, suicidio! ¡Eso sí que es de mal gusto! No, el hombre de la discreción y de las buenas formas no incurrirá en tales extravagancias. Yo traduzco sus expresiones al lenguaje vulgar, y digo: Hipocresía, farsa, egoísmo.

MALIB. ¡Ay, Dios mío! Casi me agrada que usted me injurie. A falta de otro sentimiento, venga esa bendita enemistad.

AUGUST. (Con hastío.) Basta.

(Orozco se ha internado en el billar. Villalonga, Infante y Aguado vuelven al centro de la escena.)

AGUADO. (Con énfasis.) Horrible, horrible, vamos.

VILLAL. (Por Augusta.) Aquí está todo lo bueno.

AUGUST. Jacinto, dichosos los ojos... Aguadito, felices. Ya,

ya le veo á usted tan indignado como de costumbre. ¿Qué hay?

AGUADO. Pues nada, señora y amiga mía. Escándalos, miserias, irregularidades monstruosas aquí y en Ultramar, nuevos datos espeluznantes del crimen famoso... y, por último, crisis. Esto está perdido, pero muy perdido.

AUGUST. Pues verá usted como Villalonga, que es uno de nuestros primeros inmorales, sostiene que todo va bien.

VILLAL. Todo bien, perfectamente bien. Y sobre tantas dichas, la de verla á usted tan guapa.

AUGUST. ¡Noticia fresca!

MALIB. (Aparte.) ¡Qué linda y qué traviesa!... Inteligencia vaporosa, imaginación ardiente, espíritu amante de lo desconocido, de lo irregular, de lo extraordinario... ¡Caerá!

AUGUST. ¿Y en el Congreso?... (Se sienta.)

INFANT. Nada, una tarde aburridísima. El consabido chaparrón de preguntas rurales hasta las cinco, y á la orden del día la interesantísima y palpitante discusión sobre los derechos de... la hojalata. Y en los pasillos inmoralidad, y nada más que inmoralidad.

VILLAL. Es insoportable el tema de estos días en aquella casa. No se puede ir allí, porque ha salido una plaga de honrados... Vamos, es cosa de fumigarlos por honrados... precisamente por honrados del género infeccioso y coleriforme.

AUGUST. ¡Jacinto, por Dios!... (Á Aguado.) ¿Y usted no sale á defender la clase?

AGUADO. ¿Qué clase?

AUGUST. La de los honrados, hombre.

INFANT. Como no se trata de honradéz ultramarina, este

Catón no se da por aludido. Hablamos ahora de honrados peninsulares.

AGUADO. Sí, sí, búrlese usted. Estos son ministeriales de la clase de *Isidros* ó del montón anónimo. Todo lo encuentran bien, y cuando se les habla del cáncer de la inmoralidad, alzan los hombros y se quedan tan frescos.

AUGUST. Tiene razón Aguado. Lo mismo les da á éstos el país que la carabina de Ambrosio. (Á Villalonga.) No se ría, Jacinto, que contra usted voy. Usted no tiene patriotismo, usted no se indigna como debiera indignarse, y esa sonrisa y esa santa pachorra son un insulto á la moral.

VILLAL. Pero, amiga mía, si esa nota de la indignación pública la dan otros, y la dan muy bien, ¿qué necesidad tengo yo de revolverme la bilis y hacer malas digestiones? Yo soy un hombre que, al levantarse por las mañanas, hace el firme propósito de encontrarlo todo bien, perfectamente bien. Es natural que así piense, cuando veo que los más indignados hoy son mañana los más complacidos.

AGUADO. Ó, en otros términos, que todos son lo mismo, y vamos tirando. Por lo demás, no es malo que se hable tanto de nuestros vicios, porque así los corregiremos.

AUGUST. ¡Ay, amigo mío, no sea usted cándido! Eso de la moralidad es cuestión de moda. De tiempo en tiempo, sin que se sepa de dónde sale, viene una de esas rachas de opinión, uno de esos temas de interés contagioso, en que todo el mundo tiene algo que decir. ¡Moralidad, moralidad! Se habla mucho durante una temporadita, y después seguimos tan pillos como antes. La humanidad siempre, siempre

igual á sí misma. Ninguna época es mejor que otra. Cuando más, varía un poco la forma ó el estilo de la maldad. Pero lo de dentro, crean ustedes que poco ó nada varía.

VILLAL. ¿Eh? ¿Se explica la niña?

MALIB. ¡Qué talentazo!

INFANT. (Que ha entrado en el salón y vuelve al instante.) Ya tienes ahí á la condesa de Trujillo con el marqués de Cícero y Pepito Pez, devorando las últimas noticias del crimen.

AUGUST. ¡Ay, dichoso crimen!

VILLAL. Pues á mí no me cogen.

MALIB. Ya resulta insoportable.

AUGUST. Sí; fastidiosísimo, repugnante. Y nuestra curiosidad es de lo más estúpido... Pero no podemos vencerla. Allá voy. (Pasa al salón acompañada de Infante. Aguado entra en el billar.)

ESCENA IV

MALIBRÁN; VILLALONGA

VILLAL. (Dirígese al billar y retrocede, sorprendiendo á Malibrán, que, embelesado, no quita los ojos de Augusta, hasta que la ve desaparecer.) ¿Y cómo va eso, amigo D. Cornelio?

MALIB. Pues... amigo D. Jacinto, esto va mal, muy mal. Nada, nada, lo que dije á usted. Nuestra sibila está enamorada; lo veo, lo estoy viendo... ¿No lo ve usted?

VILLAL. No, yo no veo nada. No quiera usted contagiarme de sus visiones malignas.

MALIB. Lo descubriremos, sí, señor, arrancaremos el velo del enredito. ¡Pues no faltaba más! Como el gran

Le Verrier descubrió el planeta Neptuno por el puro cálculo...

VILLAL. Pues no es usted poco científico...

MALIB. (Nervioso.) Por el puro cálculo, sí; estudiando las desviaciones de las órbitas de los planetas conocidos... pienso yo...

VILLAL. Descubrir el planeta ignorado...

MALIB. (Llevándole á la puerta del salón y mirando hacia éste.) Diga usted, ¿será el Trujillito ese, el oficial de artillería que acompaña á la condesa?... ¿Será Calderón, la ostra de la casa?... ¿Será, por ventura, Manolo Infante, que suele hacer de sigisbeo de Augusta, y que con su capita de pariente honrado me parece á mí que las mata callando?.., ¿Será...?

VILLAL. (Volviendo al centro de la escena.) Dígame, D. Cornelio, ¿ha pensado usted en Federico Viera?

MALIB. ¡Ah! (Con desdén.) No, ese no. Pero... quién sabe. Entre los amigos de la casa, entre estos pegajosos... con ribetes de parásitos, hay que buscar el documento humano que nos hace falta. Yo le juro á esa... que no se reirá de mí.

VILLAL. Al fin... ¡quién sabe!...

MALIB. ¡Quién sabe... sí!... Las mujeres... El demonio que las baraje.

VILLAL. Y á propósito de mujeres y de demonios, ¿va usted esta noche á casa de *la Peri*?

MALIB. Tarde... sobre la una. ¿Y usted?

VILLAL. Tal vez... (Viendo venir á Orozco.) ¡Chitón!

ESCENA V

LOS MISMOS; OROZCO, AGUADO, (que salen del billar.)

OROZCO. No es exacto, repito, y buen tonto sería yo si tal hiciera.

AGUADO. Pues á mí me han dicho que, sin tu auxilio, el *correccional de jóvenes delincuentes* no se construiría nunca.

VILLAL. También á mí me lo dijeron.

MALIB. Y á mí.

OROZCO. Habladurías. He contribuído á esta obra benéfica en la misma proporción que los demás iniciadores, y desempeño el cargo de tesorero de la Junta.

AGUADO. Ahí es donde caes tú, Tomás. ¡Si todo se sabe!

VILLAL. No le valen sus malas mañas.

AGUADO. La Junta no recauda lo bastante para continuar con método las obras. Llega un sábado, faltan fondos para pagar los jornales de la semana...

MALIB. Pues no hay que apurarse, porque el buen Orozco tira del talonario...

OROZCO. (Risueño y calmoso.) ¡Pues estaría yo lucido! No, esas generosidades caen ya dentro del campo de la tontería, y francamente, yo aspiro á que se tenga mejor idea de mí. El atribuir á cualquiera méritos que no posee, y que por lo disparatados no deben de lisonjear á nadie, constituye una especie de calumnia; sí, no reirse, una calumnia de benevolencia, que si no se cuenta entre los pecados, tampoco debe contarse entre las virtudes.

AGUADO. ¿De modo que, según ese criterio, yo soy un calumniador?

VILLAL. Todos calumniadores...

MALIB. Al revés... es decir, que calumniamos alabando, así como usted hace el bien, fingiendo que lo aborrece, sistema de hipocresía que no vacilo en llamar sublime.

AGUADO. El es un hipócrita, sí, y nosotros sus detractores implacables. Pues espérate, que ahora nos corregi-

remos. Yo saldré por ahí diciendo que eres un pillo, un hombre sin conciencia; diré más; diré que el tesorero este se da sus mañas para distraer fondos del *correccional* y aplicarlos á sus vicios.

OROZCO. (Con jovialidad.) Pues mira, si se dijera eso, alguien lo creería más fácilmente que lo otro, siendo ambas cosas falsas.

AGUADO. Ah! no creas que la opinión pública se deja extraviar tan fácilmente por los difamadores. Ya ven ustedes las atrocidades que han dicho de mí.

VILLAL. Sí, que te trajiste media isla de Cuba en los bolsillos.

AGUADO. Que si vendía los blancos como antes se vendían los morenos.

VILLAL. ¡Qué picardía! suponer que tú...

AGUADO. Pues si al principio se formó contra mí una atmósfera tan densa que se podía mascar, no tardé en disiparla con mi desprecio, y al fin la opinión me hizo justicia.

OROZCO. ¿Qué duda tiene?... Por supuesto, hay que desconfiar siempre de la opinión pública cuando vitupera, así como cuando alaba excesivamente, porque la muy loca rara vez sabe fijarse en el punto medio que constituye nuestra vulgaridad. Somos muy vulgares; pertenecemos á una época que se asusta de las situaciones extremas, y no gustamos de bajar mucho por no parecer tontos, ni de subir demasiado, por no incurrir en la ridiculéz de ser absolutamente buenos.

AGUADO. ¡Ridiculéz! Pues á tí no hay quien te libre de ser el primer mamarracho de la bondad. Aguanta el chubasco, y si no te gusta, corrígete de tu furor caritativo. De tí se cuentan horrores: que costeas solo ó

casi solo las obras del *correccional* para chicos; que te comen un codo las *Hermanitas de la Paciencia.* que vistes todo el Hospicio dos veces al año...

VILLAL. Y más, mucho más. Vomitemos todas las injurias de una vez. Que acudes á remediar todas, absolutamente todas las necesidades de que tienes noticia;

MALIB. Eso, eso... y vuelva usted por otra.

OROZCO. Bien, bien. Ahogado por vuestro zahumerio estúpido, os digo que sois los mayores majaderos que conozco. Jacinto, tu adulación me da náuseas. Y tú, Aguado maldito, eres tan tonto, pero tan tonto, que mereces que creamos las perrerías que decían de tí cuando volviste de Cuba.

ESCENA VI

LOS MISMOS; AUGUSTA, INFANTE (que vuelven del salón.)

AUGUST. ¿Quieren ustedes reirse? Quieren reirse de verás?

OROZCO. Ya nos hemos reído bastante. ¿Te parece que tenemos aquí pocos bufones?

AUGUST. Pues el que quiera divertirse, pase al salón. Esta noche tenemos á Teresa Trujillo de remate...

OROZCO. ¿Con el crimen? Vamos que á tí también te gusta esa comidilla. Gracias, no me divierte.

AUGUST. Graciosísima. Empeñada en que es verdad todo lo que cuentan los periódicos. No hay quien la sufra. Que el crimen es más hondo de lo que parece, y que están complicados dos ministros, y que la justicia... y los jueces... y el perrito y la mano que asomaba por la ventana de enfrente, y los dos hombres que entraron á las doce del día, y qué se yo... (se sienta.)

ESCENA VII

LOS MISMOS; FEDERICO VIERA

AUGUST. (Aparte, viéndole entrar.) (Ah!... ya está ahí. No sé si podré disimular... cara mía, cuidado...)

OROZCO. (Saludándole.) Hola, Federiquín... Gracias á Dios.

AUGUST. (Alargándole la mano.) ¡Cuánto tiempo!... ¿Ha estado usted malo?

FEDERIC. Un poco.

AUGUST. Pues no se le conoce en la cara.

VILLAL. Si traes noticias patibularias, fresquecitas, pasa á la sección de lo criminal que preside la condesa de Trujillo.

FEDERIC. Ya la he visto al pasar. A la condesa le falta poco para traerse el verdugo en el bolsillo.

INFANT. Pues yo sostengo que es un crimen vulgar, adocenado, un crimen de pacotilla, y que no hay personajes encubridores, ni misterios de folletín.

AGUADO. Este archisensato quiere presentarnos los hechos arregladitos á un patrón de conveniencias curialescas.

AUGUST. Claro, hasta el crimen debe ser correcto, y los asesinos han de tener su poquito de ministerialismo.

INFANT. No es eso, no. Pero me parece absurdo mezclar en asuntos tan bajos á personas respetables.

OROZCO. ¿Quién podrá afirmar ni negar nada? Yo digo que si los misterios de la conciencia individual rara vez se descubren á la mirada humana, también la sociedad tiene escondrijos que nunca se ven, así como en el interior de las rocas hay cavernas donde jamás ha entrado un rayo de luz. En cuestión de enigmas

sociales, yo no afirmo nada de lo que la malicia supone, pero tampoco lo niego sistemáticamente.

FEDERIC. Muy bien dicho.

AUGUST. Yo no soy sistemática. Pero me inclino comunmente á admitir lo extraordinario, porque de este modo me parece que interpreto mejor la realidad, que es la gran inventora, la maestra siempre fecunda y original siempre. Rechazo todo lo que me presentan ajustado á patrón, todo lo que solemos llamar *razonable* para ocultar la simpleza que encierra. ¡Ay! los que se empeñan en amanerar la vida no lo pueden conseguir. Ella no se deja, ¿qué se ha de dejar? Este primo mío, (por Infante) empapado en esa tontería del ministerialismo, no quiere ver más que la corteza oficial ó pública de las cosas. Es la mejor manera de acertar una vez y engañarse noventa y nueve. Nadie me quita de la cabeza que en ese crimen hay algo de extraordinario y anormal. Sería ridículo y hasta deshonroso para la humanidad que los delitos fuesen siempre á gusto de los jueces.

MALIBRÁN, VILLALONGA. Bien, bien.

OROZCO. Mi mujer tiene razón. Convengamos en que lo extraordinario y misterioso, no por inverosimil deja de ser verdadero alguna vez.

INFANT. Claro, alguna vez.

AGUADO. Siempre, siempre.

MALIB. Hombre, siempre no.

AGUADO. Siempre digo.

FEDERIC. Tiene razón Augusta. Convengamos en que la realidad es fecunda, original, en que el artificio que resulta de las conveniencias políticas y judiciales nos engaña. Pero no nos lancemos por sistema á lo

novelesco, ni por huir de un amaneramiento caigamos en otro, amiga mía. La vida, por desgracia, ofrece bastantes peripecias inesperadas, lances y sorpresas terribles; y es tontería echarnos á buscar el interés febriscitante, cuando quizás lo tenemos latente á nuestro lado, aguardando una ocasión cualquiera para saltarnos á la cara.

AUGUST. Conforme. Pero yo no busco el interés febriscitante. Es que, sin darme cuenta de ello, todo lo vulgar me parece falso. Tan alta idea tengo de la realidad... como artista. He dicho.

VILLAL. (Aplaudiendo.) ¡Bonita paradoja!

AGUADO. ¡Pero qué ingenio el de esta pícara! (Todos aplauden.)

AUGUST. Gracias, amado pueblo.

FEDERIC. Tiene usted toda la sal de Dios.

AUGUST. (Aparte.) ¡Qué zalamerito viene esta noche...! (Alto.) Tilín, tilín, se suspende esta discusión.

MALIB. (Á Orozco.) ¿Carambolas, Tomás?

OROZCO. No, dispénseme la diplomacia. Me retiro. No me siento bien.

AGUADO. Jugaremos. (Mirando al reloj.) Poco tiempo tenemos ya. Estas gentes morigeradas, estos matrimonios modelo se recogen con las gallinas. (Malibrán y Aguado pasan al billar.)

AUGUST. (Á Infante, que se despide.) ¿Ya?... ven á comer mañana.

OROZCO. (Mirando al salón.—Aparte á Augusta.) Paréceme que la condesa quiere marcharse. No la entretengas.

AUGUST. Voy enseguida...

OROZCO. (Saludando á Villalonga.) Abur, Jacinto, hasta mañana. (Á Federico.) Adiós. Ya sé que es temprano para vosotros, perdidos. Aún podéis matar un rato en el billar.

VILLAL. Que descanses. (Acompaña á Orozco hasta la puerta del despacho, y pasa al billar. Augusta se dirige al salón; pero retrocede al ver á Federico solo en escena.)

ESCENA VIII

AUGUSTA; FEDERICO

AUGUST. (Airada, recelosa, bajando la voz.) Tengo que decirte que te estás portando indignamente.

FEDERIC. ¡Yo! ¿Por qué? (Va hacia la puerta del salón, atisba y vuelve.) También yo deseaba que estuviésemos solos para decirte...

AUGUST. No quiero saber nada. ¡Seis días sin verme!

FEDERIC. Por culpa tuya.

AUGUST. ¡No, tuya, tuya! No sé qué tienes en esos ojos... la traición, la mentira y el cinismo. (Muy agitada.) Me voy acostumbrando á la idea de que huyes de mí, atraído por personas indignas, que no quiero ni debo nombrar.

FEDERIC. ¡Qué desvaríó! ¿Te espero mañana?

AUGUST. No, (Con energía.) no vuelvo más; no, no me mereces.

FEDERIC. Ya lo sé. ¡Pero tiene uno tantas cosas que no merece! ¡Dios es tan bueno! ¿Irás?

AUGUST. No quiero. Bien claro te lo digo.

FEDERIC. Te espero, ¿sí ó no?

AUGUST. He dicho que no... (Aturdida.) ¡Lo pensaré! No, no, y mil veces no. Si fuese, iría para injuriarte, para decirte que te me estás haciendo aborrecible.

FEDERIC. Pues para eso vas, y allí, muy tranquilamente, nos tiramos los trastos á la cabeza.

AUGUST. Cállate... Pueden oir. (Con miedo.) Te escribiré dos letras... No, no te escribo ni media letra; no, no, no.

FEDERIC. Pero...

AUGUST. Basta... cállate... salgamos... (dirígese al salón. Durante las últimas frases aparece Malibrán en la puerta del billar y se detiene en ella con expresión de asombro)

ESCENA IX

FEDERICO, MALIBRÁN, VILLALONGA

MALIB. (Á Federico.) Brava mujer, ¿verdad? ¡Y qué alma, qué pasión!... qué genio...!

FEDERIC. (Aparte, con desdén.) Estúpido. (Se retira por el salón.)

VILLAL. (Saliendo del billar.) Oye, tú... (Á Federico que no le contesta.) Va disparado. Tocan á retreta, amigo Malibrán. Llegó la hora del desfile. Vámonos. En estas casas donde reinan el orden y las buenas costumbres, le echan á uno antes de media noche... ¿Y qué tal? ¿Hemos descubierto algo?

MALIB. (Aparte.) Reservaréme el privilegio de invención. (Alto.) Pues nada.

VILLAL. ¿De veras?

MALIB. Absolutamente nada. Seguimos á obscuras. (Salen por la izquierda.)

(Los criados apagan las luces del billar y comedor, cerrando ambas puertas. Retiran también las luces de la escena, dejando sólo una.)

ESCENA X

OROZCO (que sale de su despacho, sin traje de etiqueta.)
AUGUSTA

OROZCO. Ya se van... Gracias á Dios. La sociedad me cansa más cada día. (Se sienta en el sillón y apoya la frente en la palma de la mano.)

AUGUST. (Viniendo del salón.) Gracias á Dios que se fueron. Deseo estar sola. (Reparando en Orozco.) Ah! Estás ahí? ¿duermes?

OROZCO. No.

AUGUST. ¿Por qué no te acuestas?

OROZCO. No dormiré.

AUGUST. Padeces de insomnio. Tomás, tú no estás bien. Es preciso que te cuides y pongas orden en ese cerebro. Cavilas demasiado, te fijas más de lo conveniente en asuntos que no debieran interesarte en tanto grado.

OROZCO. Pues mis desvelos deben de ser contagiosos, porque tú también estas últimas noches estuviste muy despabilada.

AUGUST. Es que cuando te siento despierto, no puedo dormir. No creas; á mí no me importa. Resisto perfectamente los largos insomnios. Este cerebro mío, creo yo que es de piedra.

OROZCO. ¡Qué dicha!

AUGUST. Lo que á tí te pasa bien lo sé yo. Eres una alma fuerte, una voluntad poderosa, un espíritu superior. Pero como no tienes que luchar por la existencia, porque todos los problemas del vivir te los han dado resueltos, resulta que tus grandes energías están sin uso, y para que no se te pudran dentro, las aplicas á cualquier objeto. Ya te afanas por corregir á los criminales precoces; ya te interesas por las niñas abandonadas como si fueran tuyas, ó bien das en proteger á ingratos, en salvar de la miseria á los que se arruinaron por informales ó tramposos... No, no, yo no te censuro que seas caritativo. Pero todo tiene su límite y su medida, hasta la bondad.

OROZCO. Vida mía, me juzgas mejor de lo que soy. ¿Y si yo te dijera que cumplo muy mal los deberes que me impone mi posición? Cree que algunas noches me

quita el sueño la conciencia turbada, intranquila.

AUGUST. (Sorprendida.) ¡Tú... con la conciencia turbada; tú, el hombre mejor del mundo! Tomás, positivamente no estás bueno. (Con cariño.) Hijo mío, acuéstate y descansa. Si la conciencia te quita el sueño á tí, á tí, que eres tan bueno, ¿quién, dímelo, quién dormirá en este mundo? (Pasa á la alcoba.)

OROZCO. (Levantándose.) Bueno; te obedeceré! (Vacila; se vuelve á sentar.) No, no me acuesto. Mejor estoy aquí. ¡Qué dulce soledad! Aquí, solo, dentro del círculo de mis pensamientos, apartado de la sociedad, que en su comedia insípida me impone uno de los papeles más vulgares, restablezco mi personalidad, me gozo en contemplar los medios que empleo para mi propia corrección; examino mis ideas, peso mis acciones... Oh! no estoy satisfecho de mí, ni mucho menos... ¡Y esos necios creen...! Poco, muy poco he hecho para aliviar el mal humano... He de hacer más, mucho más...! Hay que seguir, hay que avanzar, avanzar siempre... hasta descubrir la fuente eterna, aunque no podamos beber en ella más que algunas gotas que nos salpican á la cara!... (Levántase.) ¡Cuán larga y compleja la humana labor! y el tiempo (mirando el relój) con qué traidora sencilléz se escurre, se va, se pierde...! No, no, aunque mi mujer me riña, no me acuesto sin trabajar un poco. (Pasa al despacho.)

AUGUST. (Por la puerta de la alcoba, en traje de noche, con una luz en la mano.) Escribiré aquí... Cuatro palabras no más... (Reparando en la luz del despacho.) Ah! está allí... (Le observa desde la escena.) Hace un instante, hablaba de conciencia intranquila. Este hombre sin par no sabe lo que es vivir con los piés sobre la

tierra. El los tiene en las nubes, como los bienaventurados que vemos en los techos de las iglesias. No sé qué me pasa. Esta inquietud mía ¿qué es? Los remordimientos se confunden en mí con el temor de no ser amada. Más que el delito, me espanta la idea de una rivalidad humillante. ¡Conciencia extraña la mía! No conozco el remordimiento, sino cuando me lo traen los celos, y sólo cuando éstos me abrasan, reconozco y declaro que no soy buena... Lo que yo quisiera sería poder confiar á alguien este secreto que me abruma. Sí, aunque absurdo parezca, siento impulsos de abrir mi corazón delante de este hombre sin par, y contarle... confesar, sí, por consuelo y alivio del alma, no por renegar de mi error y prometer la enmienda. No: sé que no tendré fuerzas para enmendarme de verdad, ni hipocresía para parecerlo. No quiero, no, estafar la absolución... ¡Pero qué absurdos pienso! ¡Confesarme á Tomás!... Paréceme que tengo fiebre. (Se toca la frente, se toma el pulso.) Á estas horas, el insomnio y las cavilaciones me llevan á una verdadera locura. Como que á veces dudo si duermo ó estoy despierta. ¡Dios mío! ¿seré yo sonámbula? (Con terror.) ¿Incurriré en la tontería de contarle...? (Levántase.) No, despierta estoy... (se pellizca los brazos) y bien despierta.

OROZCO. (En la puerta del despacho.) ¿Pero estás aquí? Me has asustado.

AUGUST. Cuando me acostaba, creí sentirte inquieto y... ¿Por qué trabajas tan tarde?

OROZCO. Tengo la cabeza tan despejada como á las doce del día. Francamente, no veo la necesidad de dormir toda la noche.

AUGUST. Tu robusta naturaleza te engaña, querido. Imposible vivir así. Eres bueno, y por ser mejor te estás dando muy malos ratos. Es hasta un rasgo de soberbia el pretender salirse de la imperfección humana... ¡Ay, tengo miedo á la exaltación de tu cerebro! Por qué no duermes?

OROZCO. Descansa tú y déjame á mí.

AUGUST. Si yo tampoco siento necesidad de dormir.

OROZCO. Esta noche, sobre las mil cosas que en mi cabeza traigo, me intranquiliza la carta que recibí hoy de Joaquín Viera, el padre de Federico.

AUGUST. (Con viveza.) ¿Sí? ¿y qué es?

OROZCO. Me dice que llegará aquí del 26 al 28, y que viene á tratar conmigo de un asunto de intereses.

AUGUST. Sablazo seguro. Por amor de Dios, Tomás... ponte en guardia.

OROZCO. No caigo en qué podrá ser. Dejémosle venir.

AUGUST. ¡Qué infame! No se parece nada á su hijo, que, aunque mala cabeza y desordenado, tiene un fondo de caballerosidad que...

OROZCO. Es verdad. Tan noblote y simpático es el hijo como trapalón el papá.

AUGUST. Mucho cuidado con ese petardista, Tomás. Ponle mala cara cuando le recibas.

OROZCO. ¿Pero qué lío traerá ese hombre? Como si lo viera, me presentará algún antiguo y olvidado crédito de la *Humanitaria.* ¡Pero si por mi cuenta, no hay ninguno que no esté satisfecho!...

AUGUST. ¡Ay! esa maldita sociedad ha dejado tras sí un rastro vergonzoso.

OROZCO. Yo no soy responsable; pero disfruto del capital amasado con aquel negocio, en que trabajaron juntos mi padre (que Dios perdone) y este Joa-

quín Viera. No juzgo lo que hicieron. Después Joaquín, arruinado, huye al extranjero, y se dedica al chantaje y á mil trapisondas... Veremos con qué enredo se descuelga ahora... ¿Crees tú que...?

AUGUST. No sé... No entiendo...

OROZCO. (Muy inquieto.) No tengo sosiego hasta ver... (Levántase.) Examinaré el expediente de la *Humanitaria.*

AUGUST. ¡Por Dios! ¡ahora!...

OROZCO. No puedo contenerme. Yo soy así. El llanto sobre el difunto. Pronto saldré de dudas. (Pasa al despacho, cuya claridad debe verse desde la escena. En ésta no hay más luz que la de la vela que ha traído Augusta.)

AUGUST. ¡Dios mío! ¡qué hombre! Los dos padecemos insomnio, ¡pero por cuán distintos motivos! A mí me desvela en el pecado, á él la perfección... (Observándole desde el centro de la escena.) Ahora saca un legajo... lo desata... lo examina... Lee... Aprovechemos este instante. (Diríjese á la mesa en que hay papel y tintero.) Necesito que me pida perdón, que desvanezca este enojo, esta pena... No puedo soportar su amistad con esa mujer indigna. Y no le vale decirme que sus visitas son inocentes... Esta noche me propuso que nos viéramos mañana. ¡Y yo, tonta, respondí que no! ¡Tenemos á veces unos arranques de dignidad tan ridículos! Nada, nada; le citaré. (Escribe rápidamente.) «Aunque no lo mereces, necesito oir tus descargos, y acudiré á la hora de costumbre. Si tardas, te araño.» No, no; esto es humillante. (Rasga el papel, lo arruga, y al arrojarlo al suelo titubea, y al fin se lo guarda en el seno.) Escribiré otra. Principiaré muy incomodada, y con pocas ganas de perdonar. El es quien debe humillarse. Coquetea-

remos. (Escribe.) «Amigo mío, es preciso que esto concluya, y que tratemos formalmente de nuestra separación definitiva.» Esto, magnífico. ¡Oh! no, no. Debo tratarle á la baqueta, vituperarle por su amistad con esa... ¡Maldita *Peri,* aborto del infierno! Esto no sirve. (Rompe la carta y se guarda los pedazos arrugados en el seno. Escribe otra vez.) «Imposible perdonarte tus visitas á esa mujerzuela. No vuelvas á presentarte delante de mí, si no me juras...» Eso, que jure, que se fastidie... No, no; tampoco esta sirve. ¡Qué tonta estoy! Conviene mucha suavidad... ternura... Si no, puede que su orgullo se alborote, y... No. (Guarda en el seno los restos de la tercera carta, y empieza otra.) «Eres un ingrato, y correspondes mal al inmenso cariño... Es menester que hablemos pronto... Mañana, ya sabes la hora...» Al fin acerté. Esta va bien. (Cierra la carta, y escrito el sobre, la guarda en el seno. Levántase.) ¡Tedio inmenso de esta vida, vendo mi alma por combatirte... (Como sosteniendo una lucha.) No puedo, no puedo ser de otra manera. Mañana romperé otra vez la regularidad enervante de esta vida; mañana probaré lo misterioso y desconocido, la miel del secreto que nos compensa de tanta insipidéz... (Desde el centro de la escena, mirando hacia el interior del despacho.) Hombre sin tacha, tus luchas son como una comedia que compones y representas para engañar el fastidio de esta normalidad que nos convierte la vida en un Limbo sin pena ni gloria. El bien ó el mal, esos dos guerreros que nunca concluyen de batirse, ni de vencerse, ni de matarse, no cruzan sus espadas en tu espíritu. En tí no hay más que fantasmas, ideas representativas, figuras vestidas

de vicios y virtudes, que se mueven con cuerdas. Si eso es la santidad, no sé yo si debo desearla... (Con arranque.) Pero lo que yo digo: los santos, estarían mejor en el cielo. La tierra, dejárnosla á nosotros, los imperfectos, los que sufrimos, los que gozamos, los que sabemos paladear la alegría y el dolor... Los puros, que se vayan al otro mundo. Nos están usurpando en éste un sitio que nos pertenece. (Mirando hacia el despacho.) Ya parece que se cansa de revolver legajos... se levanta.

OROZCO. (Con la lámpara en una mano, y varios papeles en otra.) ¿Aquí todavía?

AUGUST. Me iba ya.

OROZCO. Aguarda un poco. Hace tanto calor en ese despacho, que vengo á trabajar aquí. Me han puesto la chimenea que parece un infierno.

AUGUST. Trabajar...! tan tarde...!

OROZCO. Sí, tengo que escribir unas cartas...

AUGUST. Qué es esto? (Viendo el legajo que Orozco deja sobre la mesa.) ¿El expediente de la *Humanitaria*?

OROZCO. Sí... y por más vueltas que le doy, no puedo encontrar el dato que busco. No descubro ningún crédito pendiente... (Se sienta.) Además, traigo aquí otro asunto que quiero estudiar... y consultarte.

AUGUST. A mí?

OROZCO. Asunto por el que mostraste gran interés. ¿No te acuerdas? Aquel proyecto de institución para criar y educar niñas desvalidas. Tú me dijiste que te gustaría dedicar á esta obra benéfica todo el cariño, todo el interés, toda la atención correspondientes á los hijos que no hemos tenido.

AUGUST. Es cierto; lo dije.

OROZCO. Obra hermosa en verdad. Mira. (Dándole un papel.)

Este es el plan primitivo ideado por mí, y que á tí te pareció demasiado amplio. Este otro (dándole otro papel) es un borrón tuyo, modificando mi plan... Lee la nota que le puse. Verás que si yo pequé de atrevido, tú empequeñeces demasiado la institución. Examínalo todo, y proponme una solución intermedia más práctica que mi proyecto y menos meticulosa que el tuyo.

AUGUST. (Con hastío.) Bien. (Guarda los papeles en el bolsillo.)

OROZCO. (Mirándola sorprendido.) ¿Pero qué tienes, vida mía? Noto en tí cierta agitación.

AUGUST. Me has contagiado. No sé qué hay en mi cerebro. Pásame una cosa muy extraña.

OROZCO. ¿A ver?

AUGUST. Estas noches... se me figura que cuando duermo estoy despierta, y que cuando estoy despierta, duermo. ¡Qué desatino! Ahora mismo, imaginaba que entré aquí, no sé á qué hora, y que te hablé.

OROZCO. (Riendo.) ¿Dormida?

AUGUST. Sí... y que te dije muchas cosas, de un modo inconsciente... como si fuera yo una máquina de hablar.

OROZCO. ¿Y qué me dijiste?

AUGUST. Cosas... de esas que no se dicen nunca... no sé... Sácame de dudas. ¿Es cierto que te hablé?

OROZCO. No. (Recordando.) Ah! sí, anoche en este mismo sitio, ya un poco tarde, entraste y hablamos...

AUGUST. ¿Y qué te dije?

OROZCO. Algo que me sorprendió... sí.

AUGUST. (Con gran curiosidad.) Repítelo, por Dios!

OROZCO. Me dijiste... á ver si recuerdo. Ah! contestando á no sé qué expresión mía, dijiste: «Declaro que hay en mi espíritu una tendencia irresistible á pren-

darme de todo lo que no es común ni regular.»

AUGUST. Ya... sí.

OROZCO. Dijiste además «tengo antipatía al orden pacífico del vivir, á la corrección, á esto mismo que llamamos comodidades. Esto de hacer un día y otro las mismas cosas, el tenerlo todo previsto, el encontrar todo á punto, me entristece, me fatiga. Bendito sea lo inesperado, porque á ello debemos los pocos goces de la existencia.»

AUGUST. (Riendo.) Sí, sí. Y que me entristecía tener asegurados y distribuídos los afectos como las rentas... ya, ya recuerdo, me quejaba de este inmenso hastío de la buena posición, de este compás social, de esta educación puritana y meticulosa que nos desfigura el alma, como el maldito corsé nos desfigura el cuerpo.

OROZCO. Justamente. Te contesté lo que me pareció y...

AUGUST. ¿Y no te dije nada más?

OROZCO. Creo que no.

AUGUST. Estás seguro?

OROZCO. No recuerdo...

AUGUST. Pues bien despierta estaba cuando te lo dije.

OROZCO. Si tienes algo más que decirme, ahora...

AUGUST. No, no... Es que... No hagas caso.

OROZCO. Retírate ya.

AUGUST. Y tú?

OROZCO. Velaré un poco más. (La abraza.) Vete á descansar.

AUGUST. No trabajes, por Dios... tan tarde...

OROZCO. Pero, hija, ¿qué es esto? (Tocándola el seno al abrazarla.) Tienes el pecho lleno de papeles...

AUGUST. (Turbada.) No... qué?... papeles?...

OROZCO. Sí...

AUGUST. (Con una idea felíz.) Ah!... sí... lo que me has dado... eso de la fundación.

OROZCO. Ya... (Vacilando.) Pero... (Ademán de sacarle los papeles del pecho.)

AUGUST. Pero qué? dudas?... (Con valor temerario, mostrando el seno.) Sácalo.

OROZCO. (Después de vacilar un instante.) No. Déjame. (Empujándola hacia la alcoba.) Á dormir.

AUGUST. ¡A esperar! (Vase.) (Orozco se sienta y lee con profunda atención.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete lujoso en casa de *la Peri*. Es de día.

ESCENA PRIMERA

FEDERICO, LINA, después INFANTE

FEDERIC. ¿Está?

LINA. Sí. ¿Quiere usted pasar al tocador?

FEDERIC. ¿Hay alguien?

LINA. Sí, un señorito. Ha llegado hace diez minutos. En la sala está (señalando á la izquierda) leyendo los periódicos. Siéntese un ratito. Leonor sabe que es usted, porque me dijo: «Corre á abrir, que debe de ser ese.»

FEDERIC. Aquí todos somos *eses*... Díme: (llamando á la criada, que se retira) ¿Y quién es... ese?

LINA. Don Manolito Infante.

FEDERIC. ¡Infante!

LINA. Sí... Le diré á usted. Anoche estuvieron aquí de broma, hasta las tantas, el D. Manolito, ese otro, que también es diputado...

FEDERIC. Sí, Villalonga... buen punto.

LINA. Aquel otro tan estirado, que todo se lo sabe...

FEDERIC. Malibrán.

LINA. *Alias* D. Cornelio, justo... y el marqués, el marqués de casa. Jugaron, cenaron y se divirtieron

como demonios. Leonor pidió tres billetes de caballero y cinco de señora para el baile de esta noche en el teatro Real. El Malibrán dijo que no había ya billetes de caballero, y que apostaba una merienda en Aranjuéz á que no se conseguiría ninguno. Infante aceptó la apuesta, y dijo: «Mañana, antes de las once, están aquí los ocho billetes,» y ha cumplido... ¡pobrecito! Entró un momento antes que usted.

FEDERIC. ¡Caramba! (Receloso, mirando hacia la izquierda.) Sentiré que me vea.

LINA. ¡Quiá!... no le verá á usted...

INFANT. (Asomándose á la puerta.) ¡Federiquín... tú...!

FEDERIC. ¡Manolo... tú...!

INFANT. Sí, hijo de mi alma, yo soy; yo, tu siempre fiel amigo. No me riñas por verme aquí. Te contaré...

FEDERIC. Ya me lo ha contado ésta...

INFANT. Pero, díme, ¿y cómo...?

FEDERIC. No me riñas tú ahora, después que he sido yo tan indulgente...

INFANT. Pues indulgencia recíproca. Oye. He tenido el gustazo de ganarle una apuesta á Malibrán... Tontería, puerilidad si quieres. Este condenado amor propio... Ahora explícame tú...

FEDERIC. No vengo á traer billetes ni á ganar apuestas. Tengo que decir cuatro palabras á Leonor. (A Celestina.) ¿Tardará en salir?

INFANT. Pasa, hombre. Eres de confianza.

LINA. No hay nadie. El peluquero, lo modista y dos prenderas.

FEDERIC. Plantón tenemos.

INFANT. Pues yo no. Mira (dando los billetes á la criada) dale los billetes, y que se prepare para la meriendita que hemos ganado.

ESCENA II

FEDERICO; INFANTE

FEDERIC. Bueno, bueno, bueno... (Mira su reloj con impaciencia.) Las diez y media ya.

INFANT. ¿Qué te pasa? Estás inquieto... ¡Cuéntame, por Dios! ¿Quieres que te recoja luégo, y nos vamos á almorzar juntos?

FEDERIC. No, no cuentes conmigo. Hoy es para mí un día nefasto, con dificultades de tal magnitud, que no veo cómo saldré de ellas. Mi sistema, ante estos tremendos compromisos, consiste en la ausencia de toda previsión. En el momento crítico, discurro lo que debo hacer... y hecho. Obro por inspiración. En presencia del enemigo que me acosa, siento en mí algo del genio militar, y me descuelgo súbitamente con una combinación rápida y salvadora.

INFANT. ¡Tremenda vida! ¡Pobre amigo! Anoche, al salir del Círculo para venir acá, me dijo el primo de Villalonga que la suerte, ¡bribona! se había portado contigo infamemente.

FEDERIC. (Sombrío.) ¡Sí... noche más negra! Debí prever el desastre, pues cuando nos amenaza un día de prueba, la noche que le precede es siempre una noche de perros.

INFANT. Querido, á todo trance es preciso que pongas término á esa vida de angustias... No me digas que no puedes; no me digas... Ten presente cuánto te queremos todos tus amigos. ¿No te inspiro yo confianza?... ¡Hombre, por María Santísima! Pues qué, ¿yo no merezco?... ¡Tu amigo de la infancia... el que

fué tu camarada en la escuela, en el colegio, en la Universidad...!

FEDERIC. No hablemos de eso.

INFANT. ¿Y si yo insistiera en hablar y en pedirte que me confíes tus dificultades y en ayudarte á vencerlas?

FEDERIC. Te lo agradecería; pero no quiero perder tu preciosa amistad.

INFANT. ¡Perderla!

FEDERIC. Sí, perderla. Yo me entiendo. Los favores de cierta clase se pagan con el aborrecimiento. Querido Infantillo, cada cual es como Dios le ha hecho. Cuando un hombre padece ataques más ó menos agudos de esa terrible enfermedad que se llama insolvencia, si quiere conservar los amigos, lo primero que tiene que hacer es no deberles nada. Yo no puedo evitar que se apodere de mí una aversión insana hacia toda persona decente que viene en mi auxilio cuando me estoy ahogando. En fin, punto final.

INFANT. (Aparte.) ¡Qué hombre este! El orgullo le acabará. (Alto.) Pues quiera Dios que este día nefasto termine sin ninguna catástrofe. Para todo, para todo, ¿lo entiendes? cuenta conmigo. Verás cómo sales bien.

FEDERIC. Saldremos... sí. Hay fe en la Providencia. ¡Qué dia, chico, qué día! ¡Mentira parece que tantos y tan diferentes males quepan dentro del término breve de unas cuantas horas! Porque á las dificultades de cierto género, pasajeras, sí, y de poca importancia, debo añadir hoy... Vamos, ¿te lo cuento?

INFANT. Hombre, sí. Venga.

FEDERIC. Pues... Ya sabes dónde vivo... Algunas noches, á la hora en que nos recogemos los madrugadores, es decir, los que nos acostamos de madrugada, me has dado convoy hasta la puerta de mi casa. ¿Recuer-

das que frente por frente á mi puerta hay un letrero que dice: *Santana. Géneros del Reino y extranjeros?*

INFANT. Sí; una tienda de ultramarinos. ¿Y qué?...

FEDERIC. Espérate. Más arriba del letrero, hay dos ventanas. Allí tiene su escritorio ese animal.

INFANT. ¿Qué animal?

FEDERIC. El tendero. Déjame seguir; el cual es tío de un sobrino... y éste, el sobrino... hortera de unos veinte años, guapín, sentimental, con el romanticismo dulzón de una libra de pasas convertida en persona, tiene el atrevimiento de hacerle guiños á mi hermana.

INFANT. Ah! ya...

FEDERIC. Y no es eso lo peor... lo terrible, querido Manolo, es que Clotilde se deja querer de semejante aborto... Ayer lo descubrí, y me volé. ¡Escena terrible en mi casa! Tengo que hacer un escarmiento en esas mujeronas que me sirven...

INFANT. Cuestión delicada es esa... Considera que tu hermana no vive en la esfera social que le corresponde. Está en la edad crítica del amor. No ve á nadie... ha visto á ese chico...

FEDERIC. (Irritándose.) Cállate, ¡Mi hermana dejándose impresionar por un tipo semejante! Quita; déjame. Tú conoces mis ideas; soy un botarate, un vicioso; pero hay en mi alma un fondo de dignidad que nada puede destruir. Llámalo soberbia si te parece mejor.

INFANT. Pues lo llamo, sí.

FEDERIC. No tolero que un vendedor de aceitunas ponga los ojos en Clotilde, y me resigno menos á que ella guste de semejante zascandil... Anoche... aún me dura el coraje, la excitación que el caso me produjo... al

retirarme á casa, sorprendí al tipo ese, que furtivamente abría la puerta de la calle para salir...

INFANT. De modo que se colaba...? Y tú... (señal de agresión) le...?

FEDERIC. Le agarré del pescuezo... cree que si el sereno no me le quita de las manos, allí acaban sus atrevimientos y la mengua de mi nombre y de mi casa.

INFANT. Serénate... considera... Se comprende que no te agrade la elección de tu hermana. Pero fíjate en las circunstancias. ¿Acaso la has puesto tú en condiciones de elegir?

FEDERIC. ¡Malditas circunstancias! Sólo sirven de tapadera infame para cubrir los ultrajes al honor. Que mis ideas son anticuadas en este particular, lo sé, lo sé; pero... ¡qué remedio! Aunque me llames extravagante, te diré que no me cabe en la cabeza la igualdad. No soy de esta época, lo confieso; no encajo, no ajusto bien en ella. Ya conoces mi repugnancia á admitir ciertas ideas muy en boga. Eso que en lenguaje político se llama *pueblo*, yo lo detesto, ¡qué quieres que te diga! y no creo que con la gente de baja extracción, vayan las sociedades á nada grande, hermoso, ni bueno. Soy aristócrata hasta la médula; lo heredé de mi madre... Créelo; eso de la democracia me ataca los nervios. Gracias que no es verdad, ni hay tal democracia, pues si la hubiera, ¡Dios nos asista!

INFANT. ¿Que no la hay? Tu hermanita te sacará de dudas.

FEDERIC. Prefiero verla muerta.

INFANT. Piénsalo bien. Esas cosas se dicen pronto; pero luégo la señora realidad nos pone los puntos sobre las íes... Cálmate. Te afanas sin motivo. Examina-

das con serenidad, tus desdichas no son tan fieras como las pintas.

FEDERIC. Es que aún hay más, Manolo.

INFANT. ¿Más?

FEDERIC. Te aseguro que... Hoy, poco antes de salir de casa, recibí una carta de mi padre, anunciándome que llega mañana á Madrid.

INFANT. Tu padre... ¿y qué?

FEDERIC. Pareces tonto... Mi padre. Y sigue la mala. ¿Á qué vendrá?

INFANT. Pues, hombre, vendrá... á verte.

FEDERIC. Es mi padre, y no puedo decir contra él ninguna palabra ofensiva... Pero harto sabes que nunca viene á Madrid sino para negocios y combinaciones que á mí me desagradan, me lastiman...

INFANT. Sí, ya... sé.. Por ahí suelen llamarle *el cometa*... ¿Pero á tí qué te importa?

FEDERIC. ¡Que qué me importa! Confiésame, querido Infante, que soy el hombre más digno de lástima que hay bajo el sol. (Entra Leonor presurosa por la derecha, abrochándose la bata.)

ESCENA III

LOS MISMOS; LEONOR

LEONOR. ¡Hola, micos! (A Federico.) Dispensa el plantón. (A Infante.) Y usted, niño simpático, sepa que se le quiere. ¡Viva la gente de arranque! Los billetes aquí, y el diplomático más corrido que una mona.

INFANT. No me lo agradezcas á mí, sino á él, á su fatuidad.

LEONOR. (Despidiéndole.) Con que... mil gracias, y...

INFANT. Ya, ya sé que estorbo...

LEONOR. Usted no estorba nunca: no, no; pero... cuanto más

pronto se largue, mejor... Confianza se llama esta figura...

INFANT. Abur, abur.

LEONOR. Y mil gracias otra vez. (Empujándole hacia la puerta.)

INFANT. Ya, ya me voy. ¡Infelíz amigo!

ESCENA IV

LEONOR; FEDERICO

LEONOR. Hay que echarte memoriales para verte. ¿Cómo estás? ¿Á ver esa carátula? ¿Palidéz tenemos, y ojos tristes?... ¡Ay, ay! ¡Pobrecito de mi alma! (Se sienta en un sofá.)

FEDERIC. ¿Y tú, qué tal?

LEONOR. Ya lo ves: vendiendo vidas. ¿Recibiste mi papel?

FEDERIC. Claro que lo he recibido, pues aquí estoy.

LEONOR. Pues te llamé... Verás... Supe ayer por Torquemada lo que te pasa, y la que te tiene armada para hoy ese pillo. Me entraron ganas de echar un capote por tí, como tú lo has echado por mí, cuando me he visto en la cuna de la fiera.

FEDERIC. Conozco tu buen corazón y tus desplantes de generosidad. Puesto que entre los dos hay confianza, hablemos. Nunca siento ante tí el embarazo que estas materias me producen ante otras personas con quienes tengo amistad.

LEONOR. Es que yo soy tu amiga... de la entraña, y los demás lo son de aquí. (Tocando la punta de la lengua.) Estoy contenta: esta mañana te eché las cartas, y en ellas ví que saldrías bien del soponcio.

FEDERIC. ¡Qué célebre! (Riendo.) ¿Y qué te dijo el náipe?

LEONOR. Primero salió *disgusto grande*... ya sabes, el *siete de espadas, en un corto camino, cuerpo y pensa-*

miento de un hombre moreno. La cosa era bien clara.

FEDERIC. Clarísima; ya lo creo.

LEONOR. No lo tomes á broma. Pues encendidas las velitas y dichas las santas oraciones, eché *lo que ha de venir*; y ¿qué creerás que salió? Pues *recelo por la mañana*, el caballo de bastos, que eres tú...

FEDERIC. Yo soy...

LEONOR. Salió después *la mujer de buen color*... que soy yo... y, por fin, el tres de oros... ¿Sabes tú lo que significa el tres de oros?

FEDERIC. Debe de significar una cosa muy buena... Pero vamos al grano, Leonorilla, que no hay tiempo que perder. ¿Tienes...?

LEONOR. ¿Vil metal? eso que el marqués llama *el nervio de las naciones?* No, hijo mío; estoy como el Gobierno. No tengo una peseta.

FEDERIC. Entonces... ¿á qué me has llamado? Yo creí que nadabas en la abundancia.

LEONOR. No, mico, yo no nado... en nada. Pero tampoco me ahogo en poca agua.

FEDERIC. Explícate.

LEONOR. En fin, muy poco tengo disponible; pero... dinero hay.

FEDERIC. ¿Dónde?

LEONOR. Qué sé yo... por ahí... en cualquier parte. Y habiéndolo, lo traeremos acá. Para no cansarte, haré lo que el Gobierno, *piznorar*. ¿No se dice así? Tengo alhajas, y buenas. Mira, tonto, la sota de espadas junto al tres de oros quiere decir que *la mujercita de buen color* se atufa, trinca sus joyas, y se va con ellas á Peñíscola. ¿Te parece bien?

FEDERIC. Paréceme atróz, y lo acepto por la terrible ley de

la necesidad, con pena, pero sin rubor. Pásmate, como se pasmaría el mundo si lo supiese. ¡Qué extrañas relaciones estas! No somos amantes, lo fuimos. Somos amigos tan solo; pero esta amistad nuestra es un fenómeno *psicológico* que... ¿Sabes lo que es psicológico?

LEONOR. Pis... pis... (Sin poder pronunciarlo.)

FEDERIC. Quiere decir *del alma,* un fenómeno...

LEONOR. Mira. (Con ademán de pegarle.) Haz el favor de no llamarme á mí fenómeno... ni tampoco á nuestra amistad.

FEDERIC. Quiero decir que esto nadie lo entiende más que nosotros. Por nada del mundo acepto yo, de un amigo de mi clase, ciertos favores. ¿Por qué los acepto de tí, sin que mi decoro se sienta herido? No puedo explicármelo. ¿Qué significa esta fraternidad que entre nosotros existe? ¿Se funda quizás en nuestra degradación? Yo envilecido, tú también; nos entendemos en secreto. Tal vez si tus auxilios se hicieran públicos, yo los rechazaría con horror... Y yo me pregunto: esta amistad nuestra, ¿no es de la mejor ley? No habrá en ella, escarbando mucho, algo á que pueda darse el nombre de virtud? No... ¡qué desvarío!... no puede ser.

LEONOR. No te devanes los sesos por encontrar el nombre de estas cosas... Son cosas, bien claro está... ¡cosas de la vida! ¡Cosas!

FEDERIC. Eso... cosas. ¡Qué confusión! Seremos tú y yo tan malos como parecemos?

LEONOR. ¿Quieres callarte?

FEDERIC. No es por alabarme; pero conviene recordar que yo también supe ayudarte en trances críticos de tu vida.

LEONOR. Justo, como yo á tí ahora. En fin, bueno debe de ser esto, porque yo, aunque corra mis temporales, siempre tiro hacia tí, como la cabra al monte. Cuando pasan muchos días sin verte, estoy intranquila; y si oigo decir que caes enfermo, me pongo de mal temple. Me enamoro de éste, del otro y del de más allá; poco me importa engañar cien veces al que más me entusiasma, y encajarle un sin fin de mentiras. Pues no teniendo amores contigo, como no los tengo, primero me corto la lengua que decirte una falsedad.

FEDERIC. (Aparte.) Sí, sí; en cuestión de amores, ella rueda por su lado, yo por el mío, y venimos á juntarnos en este punto inexplicable de nuestra confianza, que es para mi alma un gran consuelo.

LEONOR (Que le ha observado cariñosamente, tratando de penetrar el objeto de su meditación.) ¿En qué piensas, monín?

FEDERIC. En algo que á mí me pasa.

LEONOR. ¿Amores? Ah! pizpireto, no me lo niegues. Como no tenemos lío, puedes contarme tus penitas. Díme, ¿á qué señora engañas ahora, pillo? Porque señora ha de ser, y de las buenas.

FEDERIC. Pues... algo hay. Pero la confianza contigo tiene su excepción, y lo que es el nombre no esperes que te lo diga.

LEONOR. Bueno: guárdatelo. No le vaya á dar el aire. ¿La quieres mucho?

FEDERIC. Te diré... Me gusta. Es mujer hermosa, apasionada, muy superior á lo que yo merezco... Pero...

LEONOR. Pero... el perito ese quiere decir que no te entusiasma.

FEDERIC. Despierta en mí ilusión de amor. Pero no sé qué barrera, qué zanja infranqueable me separa de esa

mujer. Quizás sería mi felicidad si entre ella y yo pudiera existir esta confianza, esta sinceridad, este abandono mutuo de los secretos más penosos de la vida. Mi alma se divide... la parte que tengo aquí me vendría bien allá... para completar lo otro.

LEONOR. ¿Y piensas llevártela, canallita? Pero no nos descuidemos, hijo mío. (Llamando á la criada.) Lina. (Entra ésta.) Tráeme mis colgajos... (Dándole unas llaves.) Todas, todas. (A Federico.) Aquí escogeremos... (Váse la criada.)

FEDERIC. Ya ves que te hablo de mis... cosas, como tú dices. Cuéntame las tuyas.

LEONOR. ¡Ay! ¡las mías! son tan públicas, que en rigor, más que contarlas, debiera... desmentirlas, para figurarme que no son verdad.

ESCENA V

LOS MISMOS; LINA

LINA. (Trayendo varios estuches de joyas en un pañuelo.) Esto es lo que había en el armario de luna... Sabes? ahí está.

LEONOR. (Alarmada.) Quién?

LINA. ¡El marqués!

LEONOR. (Envolviendo las alhajas en el pañuelo y dándolas á Federico para que las oculte.) ¡Maldita sea su estampa! (A Lina.) Por nada del mundo le dejes entrar aquí. (Dirígese á la puerta amenazando con el bastón de Federico.) Mira: le metes en mi cuarto, le dices que no estoy; que espere allí. (Váse Lina.) No es por nada... No le temo ni me importa. Pero es una de nuestras primeras chinches... No quiero que se entere...

FEDERIC. No, por Dios...

LEONOR. Ya, ya entra. (Escuchando en la puerta del fondo, cerrada.) En todo quiere meterse, y si viera esto, la matraca sería tremenda. (Volviendo al sofá.) No temas... Lina le entretiene.

LINA. (Entrando por la derecha.) Ya está allá!

LEONOR. ¿Qué cara trae?

LINA. La de siempre, la fea. (Suena la campanilla.)

LEONOR. ¡Ay! ay! Apuesto que es *Ojirris*. Ahora que quiero estar sola...!

LINA. ¿Le abro?

LEONOR. ¿Será *Ojirris*?

LINA. Sí: le conozco en la manera de llamar. (Vuelve á sonar la campanilla.)

LEONOR. Corre, díle que se vaya y vuelva... No, no; díle que estoy en casa de mi prima, y le espero allá. (Sale Lina por el fondo. Leonor cierra la puerta y escucha.) Ya, ya va bien despachado... ¡pobrecito!

FEDERIC. Díme... ¿Pero quién es... *Ojirris*?

LEONOR. Perico, hombre, *Perico el gaditano*. Le llamo así porque bizca un poco del derecho.

FEDERIC. Ya...

LEONOR. Esto sí que es raro... Ya ves. El marqués loco por mí, y yo loca por ese mequetrefe. Es tonto, perdido, feo; y sin embargo, estoy loca por él. Lo que no quita que un día sí y otro también tengamos bronca. Ayer le tiré una bota á la cabeza, y le hice sangre en la frente. Después no tenía yo consuelo. Anoche, monos; pero luégo tocamos á reconciliación.

LINA. Se va refunfuñando. Allá te espera. (Vase.)

FEDERIC. ¡Qué misterio en los afectos humanos! ¡Y hay quien pretende reducirlos á reglas y encasillarlos como las muestras de una industria!

LEONOR. Sí que es raro lo que á una le pasa. Mírame chiflada por ese gitano y sin maldita confianza en él. No le fiaría valor de una peseta, ni nada tocante á las cosas de formalidad. (Desenvolviendo el lío de las alhajas.) Niño, que es tarde. (Examinando algunas joyas.) ¡Mira qué collar! Me lo dió Pepito Trastamara.

FEDERIC. (Abriendo un estuche.) ¡Ah! los tornillos que yo te dí.

LEONOR. Sí, hace cuatro años. Eso es lo que más falta me hace á mí, tornillos... ¿Y este aderezo? Me lo dió Aguado cuando volvió de la Habana... En fin, (escogiendo varios estuches) me parece que habrá bastante con esto. El solitario, el aderezo, los tornillos, la mariposa de brillantes que fué de la marquesa de Tellería... Con esto...

FEDERIC. ¿Crees que basta? No sabes la cantidad.

LEONOR. Sí que la sé, tontín. Por una casualidad tuve noticias de este apurillo tuyo. Fuí á ver á Torquemada para pagarle mil reales que le debía mi *Ojirris*, y me dijo aquel esperpento que ya no te da más prórrogas, y que si no recoges hoy el pagaré de trece mil pesetas, te echa al juez... Ahora á la calle, Leonor. (Dirígese á la puerta de la derecha y llama en voz baja.) Lina, tráeme el mantón, un pañuelo, zapatos. (Volviendo junto á Federico.) Díme: si yo no te hubiera llamado hoy, ¿habrías venido tú á contarme tu compromiso, y á pedirme que echara el resto por sacarte?

FEDERIC. (Después de vacilar.) Creo que sí.

LEONOR. ¡Viva la confianza! (Entra Lina con la ropa.) ¿Qué dice ese cataplasma?

LINA. Está muy ocupado.

LEONOR. ¿Qué hace?

LINA. Morderse las uñas.

LEONOR. ¿Le dijiste que mi tía Encarnación está enferma?

LINA. Que se ha muerto.

LEONOR. Mejor.

LINA. Y que estás allá. El muy escamón dijo: «Pues oigo voces en el gabinete,» le contesté que están aquí la Antonia y Malibrán. Como no puede ver á Malibrán, no se le ocurrirá meterse aquí.

LEONOR. Muy bien. ¡Pero qué talento tiene esta chica, y qué diplomática es! Bueno. Me vestiré en la sala. (Vanse por la izquierda.)

FEDERIC. ¡Qué criatura, qué arranques! Lo mismo absorbe una fortuna, que la regalaría si la tuviera. Ha arruinado á siete, que yo sepa, y á mí me comió lo que heredé de mi madre... ¡Pero qué gracioso desorden!

LEONOR. Ya estoy. (Coge las alhajas que antes apartó.) Al instante vuelvo: no te muevas de aquí. Voy á casa de Valentín, el portal de enfrente: me dará en seguida la cantidad redonda, porque es hombre muy cristiano, muy fino y me considera. (A Lina.) Tú vuelve allá, y entretenle con las bolas que se te ocurran. Después vuelves aquí, y recoges esto. (Las alhajas sobrantes.) ¡Aire! (Sale rápidameete por el fondo. Lina por la derecha.)

ESCENA VI

FEDERICO; LINA

FEDERIC. (Paseándose por la escena.) Quiera Dios que salgamos bien. Esa Leonor... ¡pobrecilla! Sí, malo es esto, muy malo, pero no había otra solución. Y á todas estas busco y revuelvo en mí, y mi orgullo no pa-

rece. ¿En dónde se ha metido ese loco? Andará huído por los rincones y escondrijos del alma. Veo en mí dos hombres: el Federico Viera, que todo el mundo conoce, y este otro; éste. (Señalándose.) ¿Cuál es el verdadero? (Parándose ante un espejo.) ¿El que veo, ó el que no veo? Me trastorna esta duda. (Tratando de ordenar sus ideas.) ¿En qué consiste que, cuando me agobia un pesar, lo primero que se me ocurre es venir á contárselo á... ésta? ¿Acaso le tengo amor? No, porque sus amantes no me infunden celos. Amistad, sí; pero ¿qué amistad es esta? ¿Por qué me inspira esta mujer una confianza que no siento por ninguna otra? (Herido por un recuerdo.) ¡Ah! ya no me acordaba. A las cuatro, entrevista con Augusta. ¿Por qué, al recordarlo, brota en mi alma una chispa... ¿de qué diré? de disgusto, de pena... No puedo dudar que me interesa; y no obstante, algo daría yo porque se cansase de mí, y me propusiese el rompimiento. La amé y la seduje obedeciendo á estímulos obscuros de la imaginación y de los sentidos, y por ella ultrajé á ese hombre incomparable, á quien debo amistad, cariño, atenciones mil... ¿No es esto más villano que recibir auxilios de *la Peri*? Y sin embargo, el mundo no lo ve así. Por lo que aquí ha pasado hoy, algunos quizás dejarían de saludarme; por lo otro, me envidiarían. (Agitadísimo.) Lo indudable es que con unas y otras cosas, con el oprobio de mi hermana, con esta nueva aparición de mi padre, la vida se me está haciendo insoportable, pesadísima, (se sienta fatigado) y no puedo, no puedo ya cargar con ella. (Entra Lina, que viene á recoger las alhajas.) ¡Ah! se me ocurre una idea. Oye, Lina, me vas á decir

una cosa... pero sin engañarme... La verdad pura.

LINA. ¿A ver? No le diré mentira, ni verdad que no deba decirse.

FEDERIC. Está bien. Malibrán suele venir aquí algunas noches...

LINA. Y algunas tardes.

FEDERIC. ¿Le has oído hablar de mí, recientemente, ó de algo que conmigo se relacione?

LINA. (Recordando.) Sí.

FEDERIC. ¿Anoche quizás?

LINA. Sí... pero no sé si debo...

FEDERIC. Cuéntamelo; lo que tú no me digas, me lo dirá Leonor.

LINA. Pues dijo que es usted un perdido.

FEDERIC. ¿Y nada más?

LINA. Y jugador.

FEDERIC. *Pecata minuta...* A ver, haz memoria. Al hablar de mí, ¿nombró á alguna otra persona?

LINA. Don Federico, déjese de preguntas; yo no sé... Si se fueran á contar las cosas que aquí se oyen... (Suena la campanilla.) Es Leonor. (Sale.)

ESCENA VII

FEDERICO; LEONOR

FEDERIC. No me queda duda. Ya principia el rumor insidioso, traicionero, precursor de la difamación y del escándalo...

LEONOR. (Entrando presurosa.) Hecho todo. Venga un abrazo... en premio de mi... Iba á decir virtud... Pero no... son ¡cosas!

FEDERIC. (Abrazándola.) Eso es... cosas.

LEONOR. Aquí tienes... (Dándole billetes de Banco envueltos en

el pañuelo de las alhajas.) Vete corriendo á casa de Torquemada y refrégale los cuartos en la geta, para que vea ese puerco que aquí hay honor, limpieza de sangre, circunstancias y hombría de bien.

FEDERIC. (Sin decidirse á tomar el dinero) Parece mentira que...

LEONOR. ¿Remilgos ahora, mico?

FEDERIC. No... (Con efusión.) Eres... no sé. (Leonor le introduce los billetes en el bolsillo.)

LEONOR. Vete... ya vas espirando.

FEDERIC. Dos palabras. Tengo que preguntarte... Malibrán...

LEONOR. Ah! sí... yo también quería decirte...

FEDERIC. Sé por Lina que anoche habló de mí. Quizás se permitió calumniar á alguna persona. ¿Recuerdas tú lo que dijo?

LEONOR. Nada, pamplinas...

FEDERIC. Cuéntamelas.

LEONOR. Eso es... entretente aquí, y olvídate de lo principal.

FEDERIC. (Confuso.) De qué?

LEONOR. Del judío ese, que á estas horas estará pensando que no le pagas, y...

FEDERIC. Ah! no sé cómo tengo la cabeza... Es tarde.

LEONOR. Y si te descuidas...

FEDERIC. Adiós, adiós. (Sale presuroso.)

LEONOR. ¡Pobre mico! Es el perdis más caballero que hay bajo el sol.

ESCENA VIII

MUTACION

Gabinete amueblado con dudosa elegancia. Ventanas al fondo y á la izquierda. Puerta á la derecha, por la cual se verifican todas las entradas y salidas. Chimenea, entredós, pupitre Un sofá y butacas. Es de día.

AUGUST. Yo creí encontrarle aquí (Mirando su reloj.) Las cuatro y veinticinco. ¡Qué calor! (Se quita el abrigo y sombrero.) Hoy estaba más obligado que nunca á la puntualidad... ¡Por qué tardará tanto este hombre, el primer desocupado de Madrid!... Pobrecillo! sabe Dios qué líos, qué trapisondas!... De fijo que los amores de su hermana le llevan al disparadero. ¡Qué carácter! (Vuelve á mirar el reloj.) Cinco minutos más... (Con febril impaciencia.) No sirvo, no sirvo para esperar... Si habrá llegado su padre, *el cometa!*... No, no; decía la carta que del 26 al 28... ¿Qué día es hoy? (Meditando.) Si no puedo pensar nada. (Levántase.) ¡Ah!... un coche. (Se acerca al balcón.) No, no es; pasa... ¡Qué silencio ahora!... Otro coche... Como no sea éste, me entrará la desesperación... Sí, sí es... se acerca. ¡Ay! no sé qué tiene el coche en que viene él, que hace más ruído que los demás... Gracias á Dios, ya estoy contenta... Ya sube... Esa Felipa, cómo tarda en abrir!

ESCENA IX

AUGUSTA; FEDERICO

FEDERIC. Perdóname, vida mía, si he tardado un poco.

AUGUST. ¿Qué te pasa; qué ocupaciones...? ¿Ha llegado tu papá?

FEDERIC. No, mañana.

AUGUST. Ya sé lo de Clotildita. Me lo ha contado Manolo.

FEDERIC. (Con disgusto.) No hablemos de eso.

AUGUST. ¡Qué susto he pasado! Creí que no venías.

FEDERIC. Por Dios. (Cariñoso.) ¿Cómo podías suponer...?

AUGUST. Quita allá, embustero, farsante. A fe que estoy contenta de tí.

FEDERIC. Esta mañana, cuando recibí tu carta, dije: «Paces tenemos.»

AUGUST. Perdón habrá, si sales bien del juicio oral á que voy á someterte. Vamos á ver, procesado, conteste usted. ¿En dónde ha estado usted hoy?

FEDERIC. (Aparte, con recelo.) Si le habrá dicho Manolo...

AUGUST. ¿Qué asunto, qué negocio le trae á usted estos días tan sobresaltado?

FEDERIC. (Aparte.) No, Manolo es discreto. (Alto.) Pues nada, hija; asuntos, cosas mías que no pueden interesarte.

AUGUST. ¡Que no me interesan! Vaya unas herejías que echas por esa boca! Si el amor tuviera su Inquisición, serías tú condenado á la hoguera por las atrocidades que dices contra el dogma. No, no debí escribirte hoy: ha sido una debilidad... Anoche no dormí pensando en tus traiciones.

FEDERIC. Pero sepamos qué traiciones son esas... No las conozco.

AUGUST. Hazte el tontito. Esa mujer indigna... ¿Qué se te ha perdido á tí en su casa?

FEDERIC. Vamos á ver... ¿quién te ha dicho...? Acaso Manolo...?

AUGUST. Manolo, por ser ministerial de todo, lo es hasta de tí, y siempre que te nombra te pone en las nubes.

FEDERIC. Entonces, Malibrán, que ahora se dedica á desacreditarme.

AUGUST. Quien me lo dijo añadió que ese trasto tiene gran influencia sobre tí.

FEDERIC. ¡Qué disparate!

AUGUST. Nada es disparate. El disparate no existe. Los hechos podrán ser ó no ser; pero no es la mejor manera de negarlos el decir que son absurdos. Convénceme, pues, de otra manera.

FEDERIC. Cómo?

AUGUST. Queriéndome mucho, como yo me merezco, y probándomelo. Si me quieres á mí, no podrás querer á otra.

FEDERIC. Pues eso, vida mía, más demostrado está que la redondéz de la tierra, más que la atracción de los cuerpos, más que...

AUGUST. (Riendo) Basta... de matemáticas. Y ahora continúa el interrogatorio del procesado.

FEDERIC. Basta de curia, digo yo: la detesto. No te atormentes, querida mía! Si yo te quiero á tí sola, á tí; si por más que rebusque tu suspicacia, no verás en parte alguna... nada que pueda...

AUGUST. Sigue... ¿Por qué se te traba la lengua? Porque sólo la verdad la pone expedita y corriente; y tú me engañas...

FEDERIC. No por Dios. Podré tener... Yo te juro que no sé lo que es amor fuera de aquí. Lo demás, ¿qué te importa?

AUGUST. ¿Pues no ha de importarme? El amor, si es de ley, ha de completarse con la compañía y el apoyo recíproco, con la confianza absoluta, sin ningún secreto que la limite, y con la comunidad de penas y goces... Una queja tengo de tí, y es que nunca has querido confiarme secretos penosos que te amargan la vida. ¿Dices que me quieres? Pruébamelo. ¿Có-

mo? Clavando en mi corazón parte de las espinas que desgarran el tuyo. ¡Ay! algunas de esas espinitas... verás qué pronto me las sacudo yo.

FEDERIC. (Aparte.) Corazón inmenso, no merezco poseerte.

AUGUST. Si me quieres de verdad, confíate á mí. Temes parecer indelicado, innoble. ¡Qué tontería! (Con veleidad graciosa.) Oye lo que se me ocurre. Gasta con todos ese orgullo, y suprímelo para mí. Tu delicadeza es mi enemiga, mi rival, y tengo celos de ella. Le clavaría las uñas... Para que lo sepas todo: tu vida angustiosa, tu pobreza, sí, empleemos la palabra terrible, han sido un incentivo más del amor que te tengo. (Sonriendo.) Si fueras capitalista, yo no te habría querido. Si fueras un hombre metódico, que llevara sus cuentas por partida doble, créelo, me serías antipático.

FEDERIC. (Estrechándole las manos.) ¡Monísima! Tienes toda la gracia de Dios.

AUGUST. Yo soy así. Estoy cansada de la regularidad. Me ilusiona el desorden.

FEDERIC. Ah! ya te cogí; contradicción; si eres como dices, ¿á qué ese empeño de poner orden en mí?

AUGUST. Pues si hay contradicción, mejor. No retiro nada de lo dicho. Dame tu confianza. Destruye esta muralla que hay entre nosotros.

FEDERIC. ¿Y si yo te dijera que derribando esta muralla perdería tu estimación?... Yo no merezco el interés que te tomas por mí. Lo que de mí ignoras te seduce porque es misterio, porque es drama ó novela para tí...

AUGUST. (Con arranque.) ¡Pues fuera misterio... fuera lo novelesco y dramático! ¡Abajo el disparate que tanto me gusta! ¡Abajo el desequilibrio! ¿Que me con-

tradigo? Bueno. ¿Que desmiento mi carácter? Mejor. ¿Que destruyo ese encanto, esa poesía, llamémosla así, de tu pobreza disimulada? Mejor. Este amor mío primero y último hace una revolución en mi naturaleza. ¿Qué significa esto? Es el paso del período soñador al período práctico, del noviazgo al matrimonio; la gran crisis de amor; el tránsito de la época legendaria á la época clásica. ¿Qué tal?

FEDERIC. (Admirado.) Divino.

AUGUST. Esto se llama erudición. Tontín, ¿no me comprendes?

FEDERIC. Sí, sí.

AUGUST. ¿Lo quieres más claro? Es preciso que nos volvamos muy prosáicos, muy caseros.

FEDERIC. Te desvanece tu propia bondad. ¿Cómo puede ser eso de volvernos tú y yo muy caseros?

AUGUST. Pues siendo.

FEDERIC. Con bienes comunes?...

AUGUST. Sí, sí.

FEDERIC. ¿Necesitaré traerte á la realidad? Olvidas...

AUGUST. Ah! ya... tienes razón. (Con desaliento.) Para lo que te proponía, necesito libertad, y no la tengo. Iba yo por los espacios imaginarios, como las brujas que cabalgan en una escoba.

FEDERIC. Vuelve á la realidad.

AUGUST. Vuelvo... y en ella te digo que... con arte todo es posible. Oyeme: te contaré una cosa interesante. Esta mañana me dijo Tomás: «Tengo un proyectillo para modificar la vida de ese pobre Federico, y librarle de la plaga de sus acreedores.»

FEDERIC. (Agitado.) No me hables de eso. ¡No sabes el daño que me causas!...

AUGUST. Considera que no es él quien te favorece, sino yo,

FEDERIC. No puedo considerar tal cosa: Querida mía, si me amas, impide los favores de ese hombre á quien yo debería reverenciar, de un hombre cuya noble confianza pago con el mayor, con el más villano de los ultrajes.

AUGUST. (Con gravedad, después de una pausa.) Habíamos convenido en no hablar de eso... Quien le ultraja... no eres tú. Al acusarte, parece que me acusas á mí.

FEDERIC. Yo... á tí! jamás! Pero desde el momento en que me hablas de generosidades tuyas ó de tu marido, la cuestión moral se me impone, y veo planteado un dilema terrible.

AUGUST. ¿Es eso verdadera virtud ó simplemente falta de valor? Bueno: déjame á mí el pecado entero, y coge para tí todos los escrúpulos. (Se levanta airada.)

FEDERIC. Sosiégate... espera...

AUGUST. Lo diré todo de una vez. Reconozco, como nadie, el mérito de mi marido. Sólo yo, que vivo á su lado, sé bien toda la extensión de su bondad. Me inspira un cariño acendrado y puro, admiración, veneración, no sé qué... Yo reverencio á Tomás... le rezaría... pero te amo á tí.

FEDERIC. (Aparte.) Su valor es tan grande como su pasión. ¡Qué mujer!

AUGUST. (Impaciente por no recibir respuesta.) Será preciso que te lo repita? Él es un santo, y yo te quiero á tí. Aquí tienes las dos verdades capitales. ¿Crees que trato de buscar entre ellas una componenda hipócrita? No. Dejo los hechos como están. Tú eres cobarde y huyes. Yo soy valiente, y me paso la vida delante de estas dos verdades, mirándolas cara á cara.

FEDERIC. Tu tesón me abruma.

AUGUST. (Despechada.) Pero qué, ¿no tienes nada que contestarme?

FEDERIC. Ten calma... escúchame. Si he nombrado á tu marido, tú tienes la culpa. Ni de él ni de tí admito favores de cierta clase; y si insistes en ello...

AUGUST. Qué? Dílo.

FEDERIC. Lo comprendes sin que yo lo diga.

AUGUST. Sí lo comprendo (con aflicción) tú no me quieres, no me has querido nunca.

FEDERIC. Por Dios, vida mía... ven acá. (Tratando de abrazarla.) Ten juicio... considera...

AUGUST. Me perteneces, y quiero que participes de los bienes materiales que yo poseo. ¿Cómo he de soportar que vivas sujeto á mil humillaciones? No, no. Te someterás. Yo lo quiero, yo... lo haré.

FEDERIC. (Exaltándose.) Pues si persistes en tu loca idea, he de hablarte con claridad, como no lo he hecho nunca. Tiempo ha que me siento minado por una pena sorda y punzante... Cree que cuando entro en tu casa, y estrecho la mano de aquel hombre tan superior á mí, de tan elevado espíritu, de corazón tan grande y puro... no sé... no sé... Me creo el más abyecto de los hombres, y para adormecer mi conciencia, para acallarla por instantes tan sólo, necesito embriagarme, necesito un anestésico, vicios degradantes y obscuros, de esos en que la ansiedad ahoga el pensamiento y acaba por matarlo... No puedo, no puedo más. Eres muy bella, discreta, graciosa, por mil razones interesante, y digna de ser amada... Pero ¿por qué no eres mujer de otro hombre...? Perdóname si te ofendí. No es mi ánimo ofenderte. Deseo tu felicidad. Pero quiero convencerte de que yo no puedo dártela... Augusta: tú no

me conoces. Soy un perdido, un miserable. Huye, apártate de mí, si no quieres que te lleve á la perdición, al escándalo vergonzoso, peor que la muerte.

AUGUST. ¡Huir de tí! (Llorando.) No puedo.

FEDERIC. Me revelo á tí con absoluta ingenuidad. Soy ya bastante indigno, y no quiero serlo más.

AUGUST. ¡Farsa, comedia! Te rebajas, te humillas para conseguir de mí la separación que deseas.

FEDERIC. ¡Ay, no me conoces! ¡Qué sabes tú! Por algo te oculto las miserias de mi vida. Si conocieras ciertos oprobios que hay en mí, quizás no tendría yo que hacerte ningún argumento para que me dejaras.

AUGUST. ¡Dejarte! Nunca. (Con brío.) Porque si fueras un presidiario te querría lo mismo.

FEDERIC. ¡Corazón monstruoso, nada puedo contra tí! ¡Dispuesto estoy á seguirte, á dejarme arrastrar de tu locura, hasta donde quieras, hasta la condenación eterna... pero no me des nada... no quiero nada.

AUGUST. ¡Hipocresía!... Si lo has de tomar al fin, ¿á qué tanto...?

FEDERIC. ¡Que lo he de tomar!

AUGUST. (Con terquedad.) Sí.

FEDERIC. (Dominando un movimiento de ira.) Veo que los dos estamos dañados profundamente. Yo no puedo salvarme ya; tú sí. Estás á tiempo. Vuelve... allá, vuelve, y olvídame.

AUGUST. (Altanera.) Basta. Esto no puede ser. Tu moral de última hora es ridícula, poco delicada, inconveniente. Tienes razón... (Con ira.) Eres un... No debo decirlo... Tú sentirás la injuria, y me agradecerás que la calle.

FEDERIC. Sin oirla, sé que la merezco.

AUGUST. Y como no está bien que yo trate con hombres in-

dignos... me marcho... sí... (Nerviosa y trémula, se pone el abrigo.) No aguanto más... Esto se acabó...

FEDERIC. (Aparte.) Se acaba... Mejor.

AUGUST. (Aparte.) ¿Pero será capáz de dejarme marchar?

FEDERIC. (Aparte, sentado y calmoso.) No se irá, no.

AUGUST. (Furiosa, queriendo aparentar desdén.) Bien, bien... pero no me marcharé sin decirte que te desprecio, que nunca te he querido... que...

FEDERIC. Y yo te digo que te querré siempre (con frialdad afectuosa), que serás para mí la mujer más digna de respeto...

AUGUST. (Aparte.) ¡De respeto! Si me abofeteara, si me escupiera, no me ofendería como ahora me ofende.

FEDERIC. Adiós.

AUGUST. (Va hacia la puerta, y echando de menos su manguito, vuelve á cogerlo.—Aparte.) ¿Pero me dejará marchar de veras? (Alto.) Adiós... (Va hacia la puerta.)

FEDERIC. Augusta.

AUGUST. (Retrocediendo vivamente.) ¿Qué, hijo mío?... ¡Ah! se me olvidaba también el pañuelo... (Lo coge.)

FEDERIC. (Cariñoso, pero frío, sin moverse del asiento.) No te vayas enojada conmigo... no creas...

AUGUST. ¿Enojada...? no. (Aparte.) Me retiene, quiere retenerme... Pues ahora, golpe maestro... Me marcho resueltamente.

FEDERIC. (Aparte.) No quiere irse. (Alto.) Ven acá. (Dando un paso hacia ella.)

AUGUST. (Aparte.) Aquí es la mía. (Alto.) Déjame. Adiós... (Sale resueltamente.)

FEDERIC. No se va... volverá desde la puerta... (Diríjese al fondo, y escucha.) Pues sí... se va... baja la escalera... La conozco. Volverá mañana.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Es de día

ESCENA PRIMERA

OROZCO; VILLALONGA

OROZCO. ¿Qué me cuentas?... ¿Pero cuándo ha sido eso?

VILLAL. Anoche ó ayer tarde... No estoy bien enterado de la hora. Lo que sí sé es que Clotildita, harta ya de la tiranía de su hermano, y queriendo arrollar los *obstáculos tradicionales* que la separaban de su horterita, alzó bandera revolucionaria y abandonó la casa de Federico, llevando su ropita en un lío colgado del brazo.

OROZCO. Me gusta el pronunciamiento.

VILLAL. Y viva la democracia.

OROZCO. ¿Y á dónde fué á parar con su cuerpo?

VILLAL. Pues se fué solita, por su pié, á casa de Infante, poniéndose bajo el amparo tutelar de Manolo, y de su tía Carlota. De modo que la tienes de vecina.

OROZCO. ¿Y Federico... intransigente... furioso...?

VILLAL. Atróz...

OROZCO. Pero si mil veces le hemos dicho mi mujer y yo: «tráenos acá á tu hermana, y no te cuides más de ella.» Pero su orgullo consideraba sin duda nuestra protección como una limosna humillante, y ya ves...

¡Bien merecido le está! Tanto quijotismo viene á parar en que al fin hay que casar á la descendiente de los Vieras de Acuña con ese... ¿cómo se llama?

VILLAL. Santanita... Pues ten por cierto que nuestro amigo no transige.

OROZCO. Claro: pretendía sin duda que, viviendo su hermana como vive, le hubiera pedido su mano un Hohenzolleru ó un Hapsburgo. ¿De modo que cuando llegue el papá...?

VILLAL. Pero si ha llegado esta mañana... en el *express*... y al entrar en su casa se encontró sin la angelical criatura.

OROZCO. ¡Valiente cuidado le dará! ¿Has visto á Joaquín?

ESCENA II

LOS MISMOS; INFANTE (que entra precipitadamente.)

INFANT. Le he visto yo.

OROZCO. (Con jovialidad) ¿Y qué cáriz trae?

INFANT. Tan meloso, tan sutil, tan insinuante y seductor de palabra como siempre. (Á Orozco.) Me ha encargado que te anuncie su visita para hoy. Viene de Inglaterra con la máxima de que el tiempo es dinero. A las cinco.

OROZCO. Ya tenemos el cometa en el horizonte.

VILLAL. ¡Bienaventurados los pobres, porque no tenemos la influencia maléfica de esas estrellas con rabo!

INFANT. ¡Farsante igual! Estuvo en casa no hace dos horas, á ver á su hija. ¡Oh, qué escena tan conmovedora! Lloraron.

VILLAL. ¡También él!

OROZCO. Joaquín imita el llanto de las personas con una per-

fección que causa maravilla... (Á Infante.) Pero dime, Manolo, ¿estás contento con la lotería que te ha caído?

INFANT. Pues mira, cuando la vimos entrar anoche... estábamos comiendo... con su lío en el brazo, y detrás un mozo de cuerda con el baul, la primera impresión mía fué muy desagradable. Con cuatro palabras ingénuas, sencillas, dichas con alma, nos explicó su situación. Mi tía Carlota, única persona de viso que la trataba y solía visitarla, por haber sido muy amiga de su madre, la acogió del modo más cordial, y por mi parte no tardé en simpatizar con ella. A estas horas, tanto mi tía como yo le hemos tomado cariño, y abrazamos resueltamente su causa.

OROZCO. Es simpática como su hermano, y ninguno de los dos se parece al papá.

INFANT. ¿Simpática has dicho? Es un ángel.

VILLAL. ¡Eh! poco á poco. Si le habrá salido un rival á Santanita...

OROZCO. ¿Amor, Manolo?

INFANT. Ea, se acabaron las bromitas, y vamos á las veras... (á Orozco.) Yo vengo aquí con una pretensión...

OROZCO. (Vivamente.) ¡Ay, ay! Ya me duele... Me lo temía. Pretensiones á mí!...

INFANT. Pero, hombre, si no me has dejado hablar...

OROZCO. Si te veo venir. Lo de siempre. Esos mocosos quieren caer sobre mí como la langosta.

VILLAL. Inconvenientes de la fama, Tomás. Esos tórtolos inocentes te piden protección.

OROZCO. ¿A mí? ¿Pero qué protección he de darles yo?... Están frescos... Pero este Manolo...!

INFANT. Me dejas hablar, ¿sí ó no?

OROZCO. No; más vale que te calles. Como que el inocente

ese pedirá un destinito para poder casarse. Pues ¿quién mejor que tú?...

INFANT. No se trata de eso... todavía.

OROZCO. ¿Pues de qué?

INFANT. Quiero hablar con Augusta. Me entenderé mejor con ella. ¿Ha salido?

OROZCO. Creo que no.

INFANT. Que venga... Augusta. (Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)

OROZCO. Ya viene.

ESCENA III

LOS MISMOS; AUGUSTA

AUGUST. Ya, ya estoy enterada... Mi enhorabuena, Manolo, protector de los amantes finos, amparo de la inocencia.

OROZCO. Sí, pero nos quiere endosar á los tórtolos para que nosotros...

AUGUST. Les protejamos. Excelente idea. Yo me alegro, y tú también, Tomás.

OROZCO. Siga el jubileo en mi casa. En fin, Manolo, explícate.

INFANT. La joven... repito que es el mismo candor... Desde que entró en casa, no ha cesado de pedirme con verdadero afán que la traiga acá.

OROZCO. (A Augusta.) Ves?

AUGUST. Siempre hemos deseado traerla.

INFANT. Pero de visita... No; en mi casa vivirá hasta el día del bodorrio.

VILLAL. (A Orozco.) No puedes, no puedes librarte...

INFANT. Hoy, casi con lágrimas en los ojos, me ha repetido la súplica: «Lléveme usted, lléveme usted por Dios, á ver al Sr. de Orozco. Tengo que pedirle un fa-

vor.» No he querido decirle que sí ni que no hasta no consultaros... ¿La traigo, ó no la traigo?

AUGUST. Sí, sí, queremos verla.

OROZCO. Como has de reventar si no la traes... tráela.

INFANT. Vuelvo al instante. Dentro de diez minutos estamos aquí. (Váse y vuelve.) Y si está el novio en casa, ¿le traigo también?

OROZCO. No, hombre, guárdatele.

VILLAL. Sí, que lo traiga... (Váse Infante.)

AUGUST. Les protejeremos, sí. Lo primerito es casarles.

VILLAL. Sí, creo que es lo más urgente. Después, éste les señalará una pensión...

OROZCO. Yo? No puede ser; y lo siento, de veras lo siento.

VILLAL. ¡Hombre sin entrañas!

AUGUST. Hijo, en este caso has de desmentir tu fiereza, tu crueldad y tu tacañería. ¿Cómo vamos á dejar á esos pobres chicos...?

OROZCO. Tú, tú...

AUGUST. Pues yo, yo...

OROZCO. Adiós, Jacinto. Tengo que prepararme para recibir al *cometa*. (Vase por el despacho.)

ESCENA IV

AUGUSTA; VILLALONGA

AUGUST. ¿Pero usted se ha creído que no haría nada por ellos?

VILLAL. ¿Qué he de creer yo tal cosa? Conozco á Tomás aún mejor que usted... por lo menos, antes que usted.

AUGUST. ¡Pobres chicos! ¡Mire usted que enamorarse de balcón á balcón...! ¡Y aficionarse los dos al matrimonio, y no parar hasta realizarlo! ¡Qué honradéz y

qué nobleza de ideas...! Nada, Jacinto, reconozca usted que el verdadero amor, el sentimiento primordial que mueve el mundo, no existe ya en toda su pureza más que en la clase de dependientes de comercio.

VILLAL. Por de contado, crea usted que Federico llevará muy á mal que ustedes favorezcan ese matrimonio.

AUGUST. ¿Lo cree usted? No... eso sería ya un fanatismo imperdonable. Se guardará muy bien...

VILLAL. Sermonéele usted...

CRIADO. (Anunciando.) El señor de Malibrán.

ESCENA V

LOS MISMOS; MALIBRÁN

MALIB. Señora y amiga...

AUGUST. ¡Qué sorpresa! No le esperaba. Viene usted como llovido del cielo.

MALIB. No vengo del cielo, sino que entro en él, pues entro donde usted está.

AUGUST. ¡Ay, Dios mío, cuanta finura!

VILLAL. Don Cornelio... (Saludándole.)

MALIB. Don Jacinto... Creí encontrar aquí á Joaquín Viera.

AUGUST. ¿Ha llegado? Presumo que es amigo de usted.

MALIB. Vivimos juntos algunos meses en Londres. Pues estuvo á verme esta mañana. Y á propósito, ¿es cierto que Clotildita...? Y Federico, ¿qué hace...?

VILLAL. Sí; de él.hablábamos.

MALIB. Le compadezco... por eso, y por otras muchas cosas. Es un desequilibrado, un cerebral, una contradicción viva, una antítesis...

AUGUST. ¡Vaya, que no trae usted hoy poca sabiduría...!

VILLAL. Su trabajo le cuesta. ¡Hombre dado á las investigaciones...!

MALIB. No lo puedo remediar. Mi pedantería es hija de los desengaños, que me han obligado á estudiar la vida. Compadézcame usted en vez de zaherirme por lo que sé. Y sé más (con fineza de dicción y de intención), mucho más de lo que usted cree.

AUGUST. (Confusa, aparte.) ¿Qué quiere decir?

VILLAL. (Aparte.) Es mucho D. Cornelio este... (Alto.) Cuidado, amigo mío; tanta sabiduría se le podría indigestar, y...

ESCENA VI

LOS MISMOS; CLOTILDE, INFANTE (que entran por la izquierda); OROZCO (que sale del despacho.)

AUGUST. (Adelantándose á recibir á Clotilde.) Clotilde, hija mía...

CLOT. (Turbada.) Señora... (Aparte.) ¡Cuánta gente!... ¡qué vergüenza!

INFANT. (Á Villalonga.) Como no tiene costumbre de sociedad, la pobrecilla no acierta á decir dos palabras. ¿Verdad que es preciosa? ¡Y qué aire tan distinguido...!

AUGUST. ¡Cuánto gusto en verla por aquí...!

CLOT. Yo... señora... yo...

OROZCO. Clotildita...

CLOT. Don Tomás...

OROZCO. Serénese usted. Está entre buenos amigos, que desean su felicidad.

AUGUST. Nos ha dicho Manolo que deseaba usted hablar con Tomás.

(En un sofá colocado á la derecha, se sientan Augusta y Clotilde. Orozco en una silla próxima. Los demás en pié detrás del sofá ó por los lados.)

CLOT. Sí... es verdad, sí... (Aparte.) ¡Qué miedo! No acierto

á decir dos palabras... Yo creí que estarían solos...

AUGUST. Ya supongo... Mi marido y yo nos hacemos cargo de su situación, y estamos dispuestos á mirar por usted, á protegerla...

OROZCO. En lo que sea posible...

CLOT. Gracias, gracias. (Aparte, mirando furtivamente al techo y á los objetos más próximos.) ¡Ay qué casa tan preciosa! ¡Cuándo tendré yo una así!

MALIB. (Á Villalonga.) Es linda de veras... ¡y qué tipito tan aristocrático!

INFANT. Y sobre todo, qué inocente!

VILLAL. Sí, muy inocente... pero no te fíes...

OROZCO. Somos muy amigos de Federico... Bien sabe usted que le queremos mucho.

CLOT. Mi hermano es bueno... Tiene sus defectos...

OROZCO. Como los tenemos todos...

CLOT. Pero su corazón es noble.

OROZCO. También somos amigos de su papá de usted...

CLOT. ¡Qué bueno es!...

AUGUST. Sí, sí; muy bueno...

INFANT. ¡Pero qué candor!

OROZCO. Con sus defectillos, claro.

CLOT. (Vivamente.) Como los tenemos todos.

AUGUST. La resolución que usted ha tomado, es un poco grave... pero sin duda no podía usted seguir en compañía de su hermano.

CLOT. Ah!... no señora... imposible seguir... (Aparte.) ¡Ay, si se fueran esos, yo me explicaría...

OROZCO. Díganos usted...

INFANT. La pobrecilla no se atreve. Yo le ayudaré. Ya debéis comprenderlo. Quieren casarse...

CLOT. Eso es, casarnos...

INFANT. Y como son previsores, piensan en el nido... En

fin, que hay que empezar buscándole un empleo á Santanita.

OROZCO. Ya... su prometido, su novio de usted no tiene oficio ni beneficio. Vive con algún pariente...

CLOT. No señor. Diré á usted. El tío Santana le ocupaba en llevar la contabilidad, dándole una gratificación; pero los negocios de aquella casa hace un año que van de capa caída... « Qué hacemos, qué no hacemos.» Pues economías; y lo primero que se les ocurre es suprimir el chocolate del loro... Al pobre Pepe le tocó ser la primera víctima. Pero bien lo pagan, porque se quedaron sin contabilidad, y ahora cogen el cielo con las manos. Un comercio sin contabilidad, bien sabe usted que es como un corto de vista sin anteojos.

OROZCO. Cierto. (Admiración en todos.)

CLOT. (Aparte.) Gracias á Dios que me voy soltando.

AUGUST. De modo que hoy por hoy al pobrecito Pepe le vendría bien un destinito...

OROZCO. Eso, Manolo, tú... toma nota.

INFANT. De oficial quinto... sí.

CLOT. Pero como los destinos del Gobierno son tan inseguros, pretendemos además otra cosa, por lo que pueda tronar.

AUGUST. ¿Otra cosa?...

VILLAL. Pues no es corta para pedir la inocente.

CLOT. Diré á usted, Pepe es muy despejado, y aunque parece un alma de Dios, es hombre de fibra, sin carácter.

OROZCO. Lo creo.

INFANT. Y simpático... Le he visto hoy, y me ha entrado por el ojo derecho.

CLOT. Huérfano de padre y madre. Veintitres años. Des-

de los dieciseis trabaja y gana para mantenerse.

AUGUST. Vamos...

CLOT. En la partida doble hace primores; escribe cartas comerciales en francés; tiene título de Perito Mercantil, y se ganó un premio de Economía Política.

AUGUST. ¡Angel de Dios! Señores, es preciso que entre todos le protejamos.

CLOT. En casa del tío Santana... frente á donde yo vivía... llevaba solito todo el peso del escritorio... Nunca sirvió en el mostrador, que repugna á sus hábitos. Pero hoy está decidido á todo con tal de ganar para mantener á la familia. Es incansable en el trabajo. Sabe llevar los libros como los llevan pocos, y en las sumas largas no se le escapa un céntimo; por eso me determino á molestar al señor de Orozco, suplicándole...

OROZCO. Hija mía, yo no tengo casa de comercio.

CLOT. Ya lo sé... pero... Dispénseme si le molesto con mis pretensiones.

AUGUST. Acabe, acabe usted.

CLOT. Pues queremos que el señor de Orozco se interese con los señores Trujillo y Ruíz Ochoa, banqueros, en cuyo escritorio está vacante la plaza de tenedor...

MALIB. Pues esta inocentona no pierde ripio.

OROZCO. ¿Y está usted segura de que hay esa vacante?

CLOT. Como que hoy mismo fué Pepe á preguntar, y en efecto... no la han provisto. Si usted la pide, don Tomás, la plaza es nuestra.

AUGUST. Nada, nada; que Pepito será tenedor.

VILLAL. Tenedor... y ella cuchara... ¡Vaya una niña!

OROZCO. Yo veré... pero entendámonos, Clotildita. Ha pedido usted primero un destino de oficial quinto, después la plaza de tenedor. Supongo que será para

optar por una de las dos, en caso de que...

CLOT. No señor, no se trata de optar...

OROZCO. Entonces... pretende...

CLOT. Las dos plazas.

VILLAL. ¡Demonio con la joven angelical!

OROZCO. ¿Y desempeñará los dos?

CLOT. Perfectamente. Irá á la casa de banca antes y después de las horas de oficina. El destino del Gobierno querémoslo como ayuda en los primeros tiempos. Después lo dejamos. Pepe no ha nacido para oficinas... Tiene vocación de comerciante... pero en grande... sueña con ser rico, y lo será. Yo le ayudaré.

VILLAL. ¿Qué tal, infantillo?

INFANT. Que esta niña vale un imperio.

OROZCO. ¡Pero Clotildilta, acaparar dos plazas, cuando hay tantos que no tienen ninguna!

CLOT. Pues que se las busquen como puedan. Cada cual mire por sí.

AUGUST. Pero será quizás mucho trabajo...

CLOT. ¡Mucho trabajo! Todo el trabajo del mundo le parece poco para su ambición de ganar dinero. Y que hace falta sacarlo de una parte y de otra, porque las necesidades aumentan de día en día, y todo se está poniendo muy caro. La carne por las nubes; el pan...

VILLAL. ¿Pero has visto esto?

INFANT. ¡Qué monada!

MALIB. Es la reina de las hormigas.

CLOT. A Pepe no le asusta el trabajo. Hoy mismo... verán: por las mañanas emplea dos horitas en llevar las cuentas de una tienda de huevos de la Cava de San Miguel. De tarde, la misma faena en un establecimiento de ropas en liquidación, y por las no-

ches se pasa tres horas escribiendo en casa de un notario.

OROZCO. ¿Qué tal? Esto es... de oro.

AUGUST. ¿Y gana, gana cuartos?

CLOT. ¡Que si gana! Hay meses que pasa de treinta duros.

AUGUST. Con los cuales va viviendo; pobrecillo!

CLOT. Y le sobra. Vive como un anacoreta.

OROZCO. También ahorra?

CLOT. Ya lo creo. Yo no le permito que gaste más que lo preciso. Buena soy yo. Afortunadamente no tiene ningún vicio.

AUGUST. Y lo que le sobra, lo va guardando...?

CLOT. No señora... que se lo guardo yo. Así está más seguro.

MALIB. No he visto otra...

VILLAL. Todavía no se han casado, y ya se ha puesto los pantalones.

INFANT. De modo que todo aquel baul que llevó usted á casa lo tiene usted lleno de duros, picarona.

CLOT. No señor... Pepe sabe agenciarse para cambiar su plata por oro... aquí consigue una monedita, allá otra, y así vamos reuniendo...

VILLAL. Ya... y al fondo del baul.

CLOT. Al baul, no.

OROZCO. ¿Dónde guarda usted sus caudales, señorita?

CLOT. Aquí. (Señalando al cuerpo.) En un cintillo.

MALIB. ¡Qué portento de muchacha!

VILLAL. Aprendamos, aprendamos todos...

INFANT. Ahí tenéis la generación que nos ha de barrer... Estos, estos...

VILLAL. Acuérdense de lo que digo. Antes de cinco años, esos tendrán más dinero que nosotros.

AUGUST. Lo primero es casarlos... á escape.

INFANT. ¡Casarlos!... Bien se lo merecen!

CLOT. (A Orozco.) ¿Podemos contar con la plaza de tenedor?

OROZCO. No es cosa mía. Veremos...

AUGUST. Diga usted que sí.

CLOT. (A Infante.) ¿Y con la plaza de Oficial quinto? Apunte el nombre, D. Manuel.

INFANT. Haré los imposibles por conseguirlo.

CLOT. Ustedes son nuestra salvación. Hace un rato, hablando con Pepe de si pedíamos ó no este favorcito, decía él *mañana*; pero yo dije *hoy*, porque yo he creído siempre que eso de dejar las cosas para mañana es perder las buenas ocasiones, y que cuando se ocurre una medida salvadora, debe ponerse en práctica... al instante.

VILLAL. ¡Pero qué chiquilla...!

MALIB. Si todos los solteros que estamos aquí debiéramos pedir su mano.

INFANT. Envidiemos al gran Santanita.

VILLAL. Todos los presentes aceptamos la lección, y juramos proteger á esa pareja, ¡la pareja de los grandes destinos!

AUGUST. Sí, sí, aprended aquí, solterones empedernidos, holgazanes, polilla de la sociedad. Estos, estos son los seres providenciales, los que vigorizan la raza humana, los que hacen poderosas y ricas á las naciones.

CLOT. Gracias, gracias á todos. Nuestra gratitud será eterna.

(Entra un criado y da una tarjeta á Orozco.)

OROZCO. (Levántase y dirígese al otro lado de la escena. A Villalonga y Malibrán.) Ya tenemos al cometa en el meridiano.

AUGUST. (Levantándose.) Perdóneme usted, hija. (Dirígese á hablar con Orozco y Villalonga.)

INFANT. (Á Clotilde.) Bien, bien. Así me gusta á mí la gente.

CLOT. Como soy tan corta de genio, no me atreví á hablarles de otra cosa.

INFANT. Qué?

CLOT. Pepe ha buscado ya la casa en que hemos de vivir. ¡Y qué casualidad! La que más le gusta es una que pertenece al papá de Augusta, el Sr. de Cisneros... Pues cuando tenga más confianza, le diré á esta señora que le hable á su papá...

INFANT. ¿Para que les baje el precio?

CLOT. Oh! no; eso nunca; es poco delicado. Para que nos ponga agua, y nos empapele la sala, que está muy fea.

INFANT. Yo me encargo de eso... yo.

AUGUST. (Á Orozco.) Por Dios, Tomás. Temo á tu bondad. Trátale como merece.

OROZCO. Descuída.

AUGUST. (A Clotilde.) Venga usted conmigo. (Vánse por la puerta de la alcoba.)

INFANT. Vámonos al billar. (Salen por el billar.)

MALIB. (A Orozco.) Yo dejo á usted.

OROZCO. Despacho pronto. ¿Quiere usted pasar al billar?

MALIB. No; me voy á mi casa ó al Ministerio. Tengo que escribir un sin fin de cartas urgentísimas.

OROZCO. Pues escríbalas usted en mi despacho, y luégo se queda usted á comer.

MALIB. Acepto con mucho gusto... lo primero nada más. (Entra en el despacho.)

ESCENA VII

OROZCO; JOAQUÍN VIERA

VIERA. (Abrazándole con efusión.) ¡Tomás de mi alma!

OROZCO. Joaquín... ¿qué tal... qué me cuenta usted?

VIERA. ¿Y tu mujer? ¡Siempre tan guapa, tan buena!... ¡Qué placer me causa verte!

OROZCO. ¡Cuánto tiempo!...

VIERA. Sí... Y tú estás bueno... buen color... Abrázame otra vez... aprieta, aprieta. Tomás, querido Tomás. Te conocí niño, después mozo, hombre al fin. ¡Cómo reverdecen en nuestra alma los antiguos cariños cuando vamos envejeciendo! Y ahora que me agobian tantas desdichas... ¡Ay, hijo mío! (Con emoción.)

OROZCO. Ya, ya sé que en Madrid ha encontrado usted algunas novedades poco gratas..

VIERA. No me digas... Á Federico me le encuentro medio trastornado... Mi hija... mi angelical Clotilde... Mejor que yo sabes tú lo ocurrido. Figúrate mi pena...

OROZCO. Me la figuro. Pero usted... creo yo... con tanto viajar y las largas ausencias, ha perdido el gusto de la familia, y vive usted demasiado suelto para afanarse por estas menudencias.

VIERA. No, hijo mío, no me juzgues así... Mi vida, ¡ay! es la contínua privación de los bienes que apetece mi alma. Nada más conforme á mi carácter que la estabilidad. Pues heme aquí privado de los goces del hogar, errante por naciones extranjeras, sin oir la voz de un sér amado, sin ver el rostro de una persona de mi sangre y de mi raza. ¡Qué sino el mío, Tomás! Tres grandes atractivos tiene la exis-

tencia para mí: mis hijos en primer término; después la tierra, ó sea la propiedad; después los libros, ó sea el estudio y la contemplación de la Naturaleza. (Con ternura y acento firme.) Créelo, estos son los únicos bienes apetecibles, y además las únicas amistades fecundas y verdaderas: la familia, manantial de goces infinitos; el suelo, un pedazo de esa tierra que te devuelve generosa los cuidados que pones en ella; y por fin, el libro sano y ameno que te deleita, te calma y te instruye. Pues nada de esto me concede Dios á mí. Sin duda me priva de lo que más amo para concedérmelo en otro mundo mejor.

OROZCO. Así será. Pero debe usted, con su buena conducta en éste, asegurar la posesión de todos esos bienes en el otro.

VIERA. ¡Buena conducta! (Con asombro.) ¿Qué quieres decir?... Querido Tomás, no me ofendas con un juicio tan... ligero, tan impropio de la elevación de tu alma. O quizás pretendes que sólo es respetable la existencia de los capitalistas, y que la nuestra, la de los pobres, no merece que luchemos, que agucemos el ingenio por ella. No, hijo mío; el derecho á la vida nos corresponde á todos. No vayas á creer que ese derecho va exclusivamente adscrito á las acciones del Banco, al cuatro amortizable, y á la propiedad rústica ó urbana...

OROZCO. (Impaciente.) ¡Lástima de ingenio!... ¿Pero á qué tanto divagar?... No perdamos tiempo, Joaquín, y sepamos el objeto de su visita y de su viaje.

VIERA. (Con emoción, estrechándole las manos.) Tomás, Tomás, mucho me duele que todas mis aproximaciones á tí tengan siempre un objeto... poco grato, al menos

en apariencia. No puedes figurarte la pena que esto me causa.

OROZCO. (Sereno.) No se apure usted, y vea cuán tranquilo estoy.

VIERA. Te quiero... como á mis hijos... casi estoy por decir que más, más.

OROZCO. Gracias.

VIERA. Y no quisiera llegarme á tí sino con la cara risueña.

OROZCO. ¿Por qué la pone usted tan lúgubre?

VIERA. Lúgubre no... es que el asunto es un poco desagradable... Voy á parar á lo siguiente: Siendo tú quien eres, la conciencia más pura que hay bajo el sol, has de tener á gala y orgullo el devolver á sus legítimos poseedores lo que por olvido ó negligencia, no por malicia (con afectación), ¡no, no! está en tu poder.

OROZCO. ¿Y qué es eso que no me pertenece y que yo retengo?...

VIERA. (La mano sobre el pecho.) ¿Dudas de mi palabra?

OROZCO. ¿Pues no he de dudar?

VIERA. Pues mi palabra sola te ha de convencer, sin necesidad de apelar á la prueba fehaciente. Escúchame. ¿Te acuerdas de las obligaciones de *Proctor y Barry?*

OROZCO. Sí que me acuerdo. Todas fueron canceladas, parte el 78, parte el 82. Sobre esto no tengo duda. He revisado estos días el expediente. Todas, todas...

VIERA. Todas... (con sutileza) menos una. Tomás, aguza la memoria. Conozco mejor que nadie los asuntos de la *Humanitaria*, fundación mía y de tu padre. Canceladas las obligaciones... menos una.

OROZCO. Menos una, es cierto, que había sido reservada por

el viejo Proctor para su hija mayor, Adelaida. Dicha obligación la liquidamos cuando murió esta señora allá en...

VIERA. En Sidney. Pero no fué como tú dices, Tomás de mi vida. Haz memoria... no fué así. Liquidásteis una póliza, que esa señora poseía también; pero la obligación, que era de las de ocho mil libras, quedó pendiente, por no encontrarse el documento original. Se hizo una información, que no resultó clara, y el asunto quedó en tal estado. Los Proctor murieron todos en una serie de catástrofes horribles, naufragios, terremotos, epidemias... Sólo queda Benjamín, que recogió á los hijos de Adelaida, y que ha llegado hace poco de Australia.

OROZCO. ¿Y ese Benjamín es el que ha descubierto la obligación perdida?

VIERA. Cierto.

OROZCO. Comprendido... A ver... venga. (Con impaciencia.) Quiero saber qué trazas tiene ese documento.

VIERA. (Sacando un papel.) Ahí está. Examínalo con la proligidad que quieras. (Mientras Orozco examina con profunda atención el documento presentado por Viera, éste se levanta, y con las manos en los bolsillos se pasea por la habitación, hablando para sí.) Á ver por qué registro sales ahora, hipocritón, cuákero de mil demonios. Estás cogido. La red es hermosa, y admirablemente tejida con hilos legales; y por más que la busques, no encontrarás malla rota para escabullirte. (En alta voz.) ¿Qué piensas de eso? ¿Cabe en tí la sospecha ó el recelo de que la obligación pueda ser falsa?

OROZCO. No; es legítima.

VIERA. Luego, yo no soy un falsario, querido Tomás. Devuélveme tu estimación.

OROZCO. La deuda es legal: yo no lo niego; pero surge la duda de que esta obligación esté comprendida en el arreglo que se hizo en 1874. Es, por lo menos, discutible el derecho de Benjamín á realizar este crédito. (Levantándose, entrega la obligación á Viera.) Tome usted su papel.

VIERA. ¿Qué decides?

OROZCO. (Con frialdad y aplomo.) Decido... no pagar.

VIERA. ¿No reconoces la legalidad de la deuda?

OROZCO. La reconozco, pero la declaro prescripta.

VIERA. (Desconcertado.) Reflexiona, Tomás; no te arrebates. Benjamín pleiteará, y te verás metido en un lío espantoso, y perderás con costas.

OROZCO. (Paseándose y mirando al suelo.) Lo veremos. La cuestión es muy problemática.

VIERA. (Con mirada penetrante.) Tomás, eso es... indigno de un hombre como tú. Confórmate con el arreglo que te propongo, en nombre de Proctor, la mitad, cuatro mil libras.

OROZCO. No quiero... ¿Se sorprende usted?...

VIERA. ¿No he de sorprenderme? Soy un hombre muy escrupuloso en cuestiones de moral...

OROZCO. Pues yo no.

VIERA. Que no eres escrupuloso!...

OROZCO. ¡Qué cara pone usted!

VIERA. ¡Tomás, Tomás!

OROZCO. Me he cansado del papel de puritano que la opinión se empeña en hacerme representar.

VIERA. (Aparte.) ¡Pero este hombre se está burlando de mí!

OROZCO. Leo en el pensamiento y en las intenciones de usted como en un libro, amigo Viera. Usted ha visto en mí un ardiente apóstol de la moral pura, capáz de dejarse desollar vivo antes que retener un ma-

ravedí que no le pertenezca, y se dijo: «Compro la obligación por una bicoca, lo cual no es difícil, porque los ingleses pasan por todo antes que pleitear en España; me presento con mis papeles en regla; el hombre se amilana; su inflexible rectitud hace mi negocio; cobro á toca-teja, y hasta otra.» ¿Es esto, sí ó no, lo que usted pensaba?

VIERA. Tomás, tú desvarías.

OROZCO. Pues ahora resulta que el hombre de conciencia rígida no existe más que en la infundada creencia de los necios que han querido suponerle así; resulta que Orozco es como todos los que le rodean, ni perverso, ni tampoco santo; que desea mantenerse en el justo medio entre la tontería del bien absoluto y el egoísmo brutal de otros; que no quiere dejarse explotar, sosteniendo el derecho estricto y la moral pura en cuestiones de intereses; de todo lo cual resulta también que al negociante que me escucha le ha salido mal la cuenta, y que por esta vez su maniobra ha sido un verdadero fracaso.

VIERA. (Tragando saliva.) Tú harás lo que gustes. Yo he cumplido contigo. Fracasadas mis gestiones conciliadoras, te entenderás con Benjamín, que inmediatamente entablará la acción correspondiente.

OROZCO. Ese señor hará lo que le acomode. Si quiere pleitear, que pleitee.

VIERA. Ya voy viendo que haces el papel de hombre recto en todo aquello que no afecta á tus intereses. Eso no está bien, Tomás, hijo mío. Yo te aseguro...

OROZCO. No asegure usted más què una cosa.

VIERA. ¿Qué?

OROZCO. Que no pago.

VIERA. (Con sofocada ira.) Pues me pones en un conflicto tremendo. De modo que si el inglés pleitea, y pleiteará, tendré que ponerme frente á tí y al lado suyo ¡qué cosa tan contraria á mis sentimientos!, porque no puedo negarme á ofrecer á la justicia mi conocimiento de la curia española y de cómo se llevan aquí los negocios de cierta clase.

OROZCO. Muy bien.

VIERA. No, no lo haré... Soy mejor que tú.

OROZCO. Lo celebro mucho.

VIERA. Aunque nadie me ha llamado nunca *el hombre modelo,* yo... tengo ideas claras de la justicia, de la propiedad, del derecho... Si no te quisiera como te quiero, te hablaría con mayor dureza. Tomás, Tomás, si aún conservas un resto de cariño para el que fué leal amigo de tu padre, para el que te tuvo tantas veces sobre sus rodillas; si mi voz, mi persona, estas canas hablan algo á tu corazón, trátame de otra manera. No, no puedo tolerar que te veas envuelto en un litigio dispendioso, después del cual, ganado ó perdido, tu honra quedaría por los suelos. No, eso no; tu buen nombre antes que nada. Tomás, hijo mío, es preciso que arregles esto. ¿No comprendes la necesidad imprescindible de cancelar la obligación? Estoy autorizado para negociar libremente, y te propongo una transacción. Si tú eres razonable, yo, en obsequio tuyo... Vamos, quédese la cosa en tres mil libras.

OROZCO. (Flemático, glacial.) Ni un cuarto.

VIERA. Piénsalo... piénsalo, por Dios. Te doy un día para pensarlo.

OROZCO. Aunque me dé usted un siglo, yo... no puedo darle nada.

VIERA. (Devorando su despecho.) Lo siento por tí... Cree que lo siento... Me das un golpe...

OROZCO. Un golpe tremendo, lo sé... Pero usted... ¡ah! usted es hombre de grandísima resistencia, y después del golpe, sigue tan terne en su campaña, y achicándose en sus pretensiones para asegurar un resultado cualquiera, llegará á proponerme dos mil libras.

VIERA. (Aparte.) ¡Da dos mil libras! (Alto.) Tomás, me ofendes con proposición tan humillante. Rebájate todo lo que quieras; pero no incurras en esa sordidéz vergonzosa.

OROZCO. Pero si yo no le propongo á usted las dos mil libras. Digo que usted las propondrá y que se las niego también.

VIERA. ¿Serías capáz de no recoger la obligación por esa miseria?... ¡Dos mil libras! Tú has perdido el juicio.

OROZCO. Concluyamos. (Con resolución.)

VIERA. ¿Das las dos mil libras?

OROZCO. No; es mucho. De algún tiempo á esta parte me he vuelto muy tacaño.

VIERA. (Riendo.) Ya lo veo... ya.

OROZCO. Doy... Advierto que esta proposición es cerrada, indiscutible. Usted la acepta ó la rechaza, y concluimos.

VIERA. (Con ansiedad.) A ver...?

OROZCO. Doy... mil doscientas libras.

VIERA. ¡Mil doscientas libras! ¿Y no se te cae la cara de vergüenza al hacerme tal proposición?...

OROZCO. No se me cae; vea usted, la tengo donde la he tenido siempre. A decidirse pronto.

VIERA. ¡Oh! lo pensaré... La cosa es grave... Tu obstinación...

OROZCO. Trato hecho.

VIERA. No, no te precipites. Siquiera mil quinientas, Tomás.

OROZCO. No aumento ni un chelín. Y es buen negocio para usted.

VIERA. Pues... por no reñir contigo, por conservar tu amistad... acepto... ¿Y cuándo?

OROZCO. Ahora mismo. Extenderé un talón.

VIERA. No, no.

OROZCO. ¿Qué quiere usted?

VIERA. Dame papel Londres. Una letra de mil libras á mi orden, y á cargo de tus banqueros, los Ruffer. Las doscientas libras me las das aquí en pesetas... ¿Qué cambio?

OROZCO. Pase usted á mi despacho.

VIERA. Ah! sí, tengo que escribir á Londres.

OROZCO. Ahí está Malibrán escribiendo cartas... Extienda usted la letra y la firmaré.

(Aparece Augusta en la primera puerta de la derecha, y se detiene en ella como esperando á que salga Viera para entrar.)

VIERA. Bueno.

OROZCO. Y si quiere liquidar las doscientas libras en pesetas, ahí está la cotización.

VIERA. Supongo que me las pondrás al cambio de 26,50.

OROZCO. Como usted quiera: no reñiremos.

VIERA. (Dirigiéndose al despacho.) Dura está la carne de la oveja... Pobre lobo, conténtate con una hilacha.

ESCENA VIII

OROZCO; AUGUSTA

AUGUST. ¡Qué hombre, qué mónstruo! cuéntame... Yo rabiaba de curiosidad, y abrí un poco la puerta.

Pero no pude enterarme bien. ¿Le has dado algo?

OROZCO. Lo menos posible.

AUGUST. ¡Ay! deja que me reponga del terror que me causa.

OROZCO. ¿Terror?... A mí me divierte. Histrión más perfecto no creo que exista.

AUGUST. Pero qué...? Creí entender algo de una obligación olvidada.

OROZCO. Sí, de las de ocho mil libras.

AUGUST. ¿Pero es legítima? Porque ese sería capáz de falsificar...

OROZCO. Es legítima.

AUGUST. ¿Y qué... te has negado á pagarla?

OROZCO. Aunque bien pudiera sostenerse la prescripción, yo no la admito, no puedo admitirla, y el crédito ese, como deuda sagrada, debe pagarse.

AUGUST. Tomás de mi alma ¿serás capáz...?

OROZCO. Ten calma. No sabes...

AUGUST. Tu rectitud ha venido á ser una verdadera demencia. Esas deudas fiambres, obscuras y antediluvianas no se pagan nunca. Consulta el caso con todos los hombres de negocios, y verás...

OROZCO. No me hace falta consultar á nadie. Esa obligación pendiente pesa sobre mi conciencia, y no estaré tranquilo hasta que de ella no me descargue.

AUGUST. ¡La conciencia...! (Alarmada.) Explícate: ¿pagas...?

OROZCO. Sí; pero no he dicho que á Viera.

AUGUST. Pues no lo entiendo. ¿Es ó no Joaquín poseedor legítimo de la obligación?

OROZCO. Lo es. Hoy, antes que él viniese, recibí carta de Horacio Ruffer, en la cual me dice que Viera dió por esa obligación un diez por ciento de su valor nominal, es decir, ochocientas libras. Yo le doy el quince, mil doscientas libras.

AUGUST. Y negocio concluído.

OROZCO. Concluído por parte de él; por parte mía, no, porque pienso pagar íntegramente... De modo que aún tengo en mi poder (calculando) libras... seis mil ochocientas.

AUGUST. ¡Pagar íntegramente!... ¡y á quién! (Alarmada.) Ay, hijo, yo voy á llamar á un médico. Tú estás malo, Tomás... ¿Has pensado bien...? Explícame, por Dios.

OROZCO. Escúchame. Joaquín es un mónstruo; tú lo has dicho. Entre sus muchas responsabilidades ante Dios y los hombres, la más notoria es la perversa educación de sus hijos: el abandono en que los tiene, sin apoyo moral, sin medios honrosos de subsistencia. La penuria, la falta de autoridad doméstica, condujeron á Federico... bien lo sabes... á una vida de angustias humillantes. Por las mismas causas, Clotildita se ve precisada á buscar marido de una manera... poco decorosa. Y yo digo: ¿rectificar los errores de ese aventurero, no es un acto de alta justicia? ¿No procedo con absoluta equidad, sustrayéndole, con astucia no inferior á la suya, la mayor parte de lo que le pertenece, para mejorar con ello la existencia de sus infelices, olvidados hijos? (Augusta, paralizada por la estupefacción, no acierta á decir palabra alguna.) ¿Has oído aquello de que «ladrón que roba á ladrón...?» Pues sí, yo, yo le quito á ese tunante el valor casi íntegro del crédito que adquirió, se lo estafo con regocijo y satisfacción santa de mi conciencia.

AUGUST. ¡Oh, qué grandeza... increíble grandeza de alma! ¿Tú eres el ladrón... de ese...?

OROZCO. Y no sólo soy su ladrón (con elevado humorismo), sino

su asesino, porque le mato, le entierro, le doy por fenecido, puesto que entrego su peculio á sus herederos... ¿Lo comprendes ahora? Pues con las seis mil ochocientas libras, constituyo un fondo, que divido en partes iguales, poniéndolo á nombre de Federico y de Clotilde, en títulos intransferibles. Federico podrá vivir de este modo en modesta holgura, y si es hombre capáz de apreciar los beneficios de la vida ordenada, no dudo que se corregirá de ciertos hábitos... En cuanto á Clotilde, no hay que decir que sabrá sacar partido de su herencia.

AUGUST. (En un rapto de entusiasmo.) Tomás, me rindo á tu bondad y á tu entendimiento, que ya me parecen sobrenaturales... ¡Qué hombre! ¡Qué gloria para mí tenerte! (Le abraza con efusión.) ¡Debo adorarte de rodillas! ¡Qué grande eres!... ¿Ves?... se me saltan las lágrimas de alegría... de admiración...

OROZCO. No creo que Federico, presentada la cuestión de este modo...

AUGUST. ¡Oh, no... imposible!

OROZCO. Háblale tú... explícale... Hazle comprender...

AUGUST. Veremos... Hoy vendrá á comer.

ESCENA IX

LOS MISMOS; VIERA, MALIBRÁN (que salen del despacho, ambos con varias cartas en la mano.)

OROZCO. (Tocando un timbre.) ¿Han escrito ustedes? Que lleven las cartas al correo. (Entra un criado, que recoge las cartas.)

VIERA. (Á Augusta.) Señora mía: dicha y honor grande es para mí besar sus piés, ponerme á sus órdenes y saludarla como gala de esta sociedad, compañera

de mi mejor amigo, y ángel de bondad y de virtud.

AUGUST. ¡Jesús, qué incienso!... Gracias, Joaquín... Me asfixia usted... (Á Malibrán.) ¿Pero estaba usted ahí?

MALIB. Tomás me ha permitido contestar aquí mi correspondencia extranjera.

AUGUST. (Con énfasis) Ah! Flojitos negocios trae usted entre manos. Ya me figuro los sobres... «al canciller príncipe de Bismark... al canciller de Austria-Hungría... al *signor* Crispi...» ¡ja... ja...!

MALIB. (Aparte á Augusta.) Qué graciosa! Por burlarse de mí, ha sacado á relucir la *Triple Alianza*. Es que anda usted muy preocupada estos días...

AUGUST. Con qué?

MALIB. Con eso... con la triple alianza... (Aparte.) Vuelve por otra.

VIERA. No le haga usted caso. Hemos pasado el tiempo charlando. ¡Y qué historias me ha contado este don Cornelio, que todo lo sabe!... ¡Pero qué historias!... Estoy horrorizado, Augusta. ¡Las cosas que pasan en este Madrid...!

AUGUST. Sí, pasan cosas horribles, sobre todo desde que ha venido usted. (Á Malibrán.) Se queda usted á comer?

MALIB. No, gracias. Cómo en la legación turca. Y con su permiso... (Despídese Malibrán.)

OROZCO. Pero se va?

AUGUST. Sí, nos deja por los turcos.

VIERA. ¡Pero qué historias sabe este Malibrán!... ¡Y qué bien las cuenta!...

MALIB. Hasta la noche... (Vase.)

VIERA. (Á Augusta.) Usted, amiga mía, ha venido á desenojarme con su apacible y dulce trato, más propio de ángeles que de mujeres. Este hombre, á quien quiero como á un hijo, me ha tratado muy mal.

AUGUST. Vamos, que no va usted descontento...

VIERA. Abusa de su superioridad, como todos los mimados de la fortuna. Tomás, díme: ¿qué bienes existen, dentro de lo humano, que tú no poseas? Todos los tesoros que Dios concede á los mortales, cuando se le antoja, han llovido sobre tu casa. Eres rico, vives estimado y ensalzado como un ídolo de estas muchedumbres burguesas que dan y quitan las reputaciones... y por encima de tantas glorias, hombre bendito, descuella la de poseer esta joya, cuyo precio ninguna lengua puede medir, ni ponderar... este ángel de fidelidad y de pureza que convierte tu casa en un cielo... esta mujer divina, en la cual la hermosura, con ser tanta, es eclipsada y obscurecida por la virtud...

AUGUST. Basta... (Aparte.) Me causa terror este hombre.

OROZCO. La adulación es la fuerza de los débiles.

VIERA. (Aparte.) La venganza es el placer de los dioses. (Alto.) Una sola cosa falta aquí.

OROZCO. Faltan tantas!...

VIERA. Vaya, que os he encontrado un defecto.

OROZCO. Habrá muchos.

VIERA. No, uno sólo... Que no tenéis hijos... *¡Macbeth no tiene hijos!...* Todavía... quién sabe! En eso os gano yo, que los tengo.

OROZCO. Para el caso que usted les hace...

ESCENA X

LOS MISMOS; CLOTILDE, INFANTE (que salen por la derecha.)

AUGUST. (Dirigiéndose á ellos.) ¿Se van ya? ¿Por qué no se quedan á comer?

INFANT. No, la tía Carlota tendría celos... (Por Clotilde.) Le he enseñado toda la casa.

CLOT. (Aparte.) ¡Vaya con el lujo que gasta esta gente!

AUGUST. Es de usted.

CLOT. Gracias. Cuando Pepe gane mucho dinero, que lo ganará, y seamos ricos, tendremos una casa como ésta... ¿verdad?

AUGUST. Sin duda. (Continúan hablando.)

OROZCO. (Después de examinar un papel que le da Viera.) Está bien: liquidadas las doscientas libras á 26,50, resultan pesetas cinco mil trescientas. Extenderé el talón enseguida. ¿Y la letra?

VIERA. Si no me diste timbre.

OROZCO. Yo la pondré. (Dirígese al despacho.)

VIERA. Ah! mi hija... Clotilde...

CLOT. Papá...

VIERA. ¿Estás contenta?

CLOT. ¿Cómo no estarlo en esta casa?

VIERA. Sí, aquí moran todas las dichas.

ESCENA XI

LOS MISMOS; FEDERICO (que entra por la izquierda, y al ver á Clotilde y su padre, se detiene en la puerta.) Después OROZCO.

FEDERIC. (Aparte.) Mi padre... Clotilde.

AUGUST. (Viéndole.) Adelante...

VIERA. Ya tenemos aquí al caballero de los espejos... digo, de los escrúpulos.

AUGUST. Vamos, abrace usted á su hermana.

FEDERIC. Usted lo quiere?

AUGUST. Y lo mando.

VIERA. Quien manda manda.

FEDERIC. Pues sea. (La abraza.)

AUGUST. Hay paces?

FEDERIC. Con ella sí, con ella sola. Desconoce la vida, y no sabe el daño que causa.

VIERA. Si la conoce... Esta sale á mí: tiene la veta económica. Tú sales á tu madre, toda imaginación y susceptibilidad.

INFANT. En fin, á lo hecho pecho, y puesto que Clotilde ha decidido por sí de su suerte, no hay más remedio que transigir.

FEDERIC. Yo... nunca.

VIERA. Yo sí... y les bendigo, y que sean felices. (Abraza á Clotilde.)

OROZCO. (Que sale del despacho con la letra de cambio y el talón. Á Viera.) Aquí está el talón... y la letra.

VIERA. Toma la obligación. (Recoge los valores que le da Orozco y los guarda en su cartera.)

FEDERIC. (Aparte, observándole.) Ha habido negocio. Recibe dinero.

VIERA. Pues sí, les doy mi bendición (mirando á Orozco) pero soy pobre, y no puedo darles nada más. (Á Clotilde.) No te importe. (Con fingida emoción.) Has caído en buenas manos. (Por Orozco y Augusta.) Ellos saben emplear en el alivio de todas las penas, en el remedio de las necesidades humanas, los inmensos bienes que Dios les ha concedido, y que por sus merecimientos y virtudes... les aumentará.

AUGUST. (Aparte.) Su frío sarcasmo me envenena.

OROZCO. (Aparte.) Nunca ví cómico igual.

VIERA. (Á Federico.) Y tú, buen mozo, (abrazándole) tampoco necesitas para nada de este viejo. Tampoco á tí te faltan apoyos, truhán. Nadie como tú. Tomás, Augusta, ¡cuánta gratitud os debo! (Casi llorando.)

No tenéis hijos, y me quitais los míos. Adiós, adiós.

OROZCO. (Dándole la mano.) Hasta otra.

VIERA. Ya no más. (Aparte.) Hipocritón, tengo quien me vengue. (Váse por la izquierda. Orozco le acompaña hasta la puerta.)

AUGUST. (Aparte.) Se va... Ya respiro.

CLOT. Adiós.

INFANT. Salgamos por aquí. (Por el salón.) (Augusta besa á Clotilde y la acompaña hasta la puerta del salón.)

OROZCO. (Á Federico.) Viejo menguado y torpe, ¡qué inocente va de la trastada que le juego!

FEDERIC. ¡Tú!

OROZCO. Yo.

FEDERIC. (Aparte, confuso.) ¿Qué pasa aquí? No entiendo una palabra. (Alto.) Y qué...? (Mirando alternativamente á Augusta y Orozco.)

OROZCO. Nada... (Mirándole fijamente.) Después te lo diré. (Cogiéndole por un brazo.) Ya te tengo cogido. (Augusta les mira desde el fondo de la escena.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Habitación modesta y desordenada en casa de Federico. La puerta de la derecha conduce á la alcoba; la del fondo á la sala. Por la de la izquierda entran los que vienen de la calle. Una mesa. Sobre ella papeles, libros, tazas, tintero, todo colocado desordenadamente.)

ESCENA PRIMERA

LEONOR (que entra de la calle); BÁRBARA

BÁRB. Que no la engaño á usted. No está.

LEONOR. Sí que está... Pásele recado. (Con altanería.)

BÁRB. Pero señora... (Aparte.) ¡Qué modos!

LEONOR. A mí no puede negarse. Dígale usted que soy Leonor... (Bajando la voz.) Leonor. Sé que está enfermo, y por eso he venido. Tengo que hablarle con precisión.

BÁRB. Vaya, le diré la verdad. (Bajando la voz y señalando á la derecha.) Está, sí... pero se ha echado un rato... Creo que ha cogido el sueño. Pasó muy mala noche, y por nada del mundo le despertamos.

LEONOR. Pero qué tiene?... Tu abandono... falta de asistencia. No saben ustedes cuidarle.

BÁRB. ¿Que no? Anoche, mi hermana y yo no hemos pegado los ojos... Tacitas de té y de tila, copas de Jeréz, cucharaditas de cloral, qué sé yo... Con nada se calmaba. Delirando toda la santa noche. Ya nos decía frases cariñosas, ya palabras malsonantes que

la avergüenzan á una. Y á lo mejor se echaba de la cama, se vestía de prisa y corriendo, y andaba por toda la casa hablando con... con nadie, porque nadie había; pero él hablaba como si viera fantasmas, ó personas figuradas por su imaginación. Pues esta mañana... crea usted que partía el corazón.

LEONOR. ¿Qué... qué hacía?

BÁRB. En su alcoba, junto á la cama, tiene un retrato de su mamá, en un cuadro magnífico ¡cosa buena!, así como de un palmo. Pues hoy, serían las nueve, después de hacer y decir mil disparates, descolgó el retrato, y abrazándole como se abraza á un niño, le daba besos y le decía cosas... Ay! mi hermana y yo nos echamos á llorar, y estábamos todos en casa como si se nos hubiera muerto alguien.

LEONOR. Pobrecito!

BÁRB. (Acercándose de puntillas á la puerta de la izquierda.) Me parece que está despierto y levantado, sí...

LEONOR. Ah! sí... aquí está. (Entra Federico por la derecha leyendo en un devocionario.)

BÁRB. Aquí tiene una visita. (Federico no contesta, absorto en la lectura.)

LEONOR. Pero chico... que estoy yo aquí.

FEDERIC. Ah!... Leonorilla. (Vuelve á leer.)

BÁRB. Por las trazas, tenemos en casa á la mismísima *Peri*. (Váse.)

ESCENA II

LEONOR; FEDERICO

LEONOR. Aquí me tienes. Te escribí... no me contestaste, ni fuiste por allá. (Observando que Federico, sin hacerle caso, se sienta con muestras de cansancio, y vuelve á fijar

su atención en el libro.) Pero, hijo, qué manera de recibir visitas!

FEDERIC. Ah! sí, dispensa... Leía... Este es el libro de oraciones de mi madre... el recuerdo más vivo que conservo de ella... Mi madre fué una santa, Leonor, una mártir. (Leonor hace un movimiento para coger el libro.) No, no... quita. Esto es sagrado, y no puede ir á tus manos.

LEONOR. Ay! es verdad.

FEDERIC. Te permito tocarlo... nada más que aplicar la punta de los dedos... (Leonor lo toca.)

LEONOR. A ver si se me pega algo.

FEDERIC. Basta...

LEONOR. No... verás cómo no se me pega nada.

FEDERIC. Ah! antes que se me olvide. (Deja el libro sobre la mesa, y abre un cajón de la misma, saca billetes y se los enseña.) Mira.

LEONOR. ¡Billetes! Ay! Déjame que los toque... Me muero por ellos.

FEDERIC. Para tí los quería.

LEONOR. ¡Chico!... ¿Qué? te ha soplado la musa?

FEDERIC. Con un poco de suerte, y algo que me dió mi padre ayer, al partir para Inglaterra, he reunido eso, que es para tí. No te doy la cantidad completa que me prestaste. El resto... cuando se pueda.

LEONOR. (Cogiendo los billetes.) ¡Ay, hijo de mi alma! Dame acá. Me hace una falta atróz. ¡Qué bonito es tener dinero! Él será todo lo vil que se quiera; pero ¡qué aburridos vivimos cuando no le vemos la cara!

FEDERIC. Venías por él?

LEONOR. No; es que tenía que hablar contigo de un asunto. (Aparte.) No me atrevo á decírselo. Me da mucha pena. (Alto.) Por lo que veo, nadas en la opulencia.

FEDERIC. ¿Nadar yo? Dí más bien que pataleo. Ya no tengo salvación. Cuando salgo de un compromiso, casi de milagro, viene otro, y después otro. Corren hacia mí, pisándose la cola. No veo ni aun probabilidades de evitar la insolvencia y la deshonra. (Sombríamente.) Soy hombre perdido.

LEONOR. No te aflijas, tontín. Confía en Dios. Puede que te caiga una herencia.

FEDERIC. (Agitado.) ¡Una herencia! Leonor... tus bromas me lastiman.

LEONOR. Pues yo también ando mal. Tengo que inventar algún negocio. Debo más que el Gobierno, y ese condenado *gaditano* va á dar con mis pobres huesos en un hospicio. Ahora está conmigo hecho una confitura. Como que necesita cuartos. Pues dice que soy yo otra como *La Traviatta* (riendo), y que él me va á redimir, á volverme honrada, y qué sé yo qué... ¡qué risa! Parece que ahora va á venir su padre, para quitarle de mí y llevársele, y él pretende que, cuando su papá venga á verme, haga yo el papel de tísica arrepentida, tosiendo con sentimiento, y pintándome ojeras... vamos, como *La Traviatta*, para que el buen señor se ablande y nos eche su santa bendición... ¡qué risa! Con estas pamplinas, ello es que me está dejando por puertas. (Federico se muestra triste y caviloso, sin prestarle atención.) ¿Pero qué tienes hoy? ¿Estás enfermo... ¿qué te pasa?...

FEDERIC. Ya puedes figurarte... ¡Me pasan tantas cosas... tantas...!

LEONOR. Á mí no me la pegas tú. ¿Por qué no me confías tus secretos? Sé lo que son penas, y en lo tocante á penas de amor, no hay quien me gane. Podría po-

ner cátedra de esto en la Universidad, y saldría yo con mi birrete color de rosa, y mi toga de batista, á explicar á los chicos el tratado de fatigas de amor.

FEDERIC. ¡Qué mona eres!... Figúrate cómo estaré, que ni con tus gracias puedo reirme.

LEONOR. (Aparte.) Malo está el pobre... No, no se lo digo... me volveré á casa sin decírselo...

FEDERIC. Y...?

LEONOR. Qué?

FEDERIC. ¿No tenías algo que decirme?

LEONOR. Sí... pero no... no era nada. (Aparte.) Pues sí, más vale que lo sepa, aunque le duela. (Alto.) Escucha... ¿te lo digo?

FEDERIC. Sí, mujer.

LEONOR. Sí, aunque te desagrade, es mejor, para que estés prevenido. Anteanoche, en casa, Malibrán se desbocó.

FEDERIC. ¿De veras?

LEONOR. El condenado vació de golpe el saco de las picardías, y allí saliste, chico, allí salió también ella... En fin, que lo sabemos todo. Basta de comedias conmigo.

FEDERIC. ¿La nombró? (Con vivo interés.) ¿Pero la nombró?...

LEONOR. Claro que sí. Los nombres son la salsa de estos guisos.

FEDERIC. Repíteme todo, todo lo que hablaron, aunque sea lo más indigno, lo más...

LEONOR. ¿Todo, todo?... Pero mira, no te enfades. Son cosas que dicen los hombres cuando hablan unos de otros... borricadas, simplezas. Ya puedes comprender. Es de clavo pasado que, tratándose de señora rica y galán pobre, lo primero que se ha de decir es que ella le paga las trampas.

FEDERIC. No, no dirían tal atrocidad.

LEONOR. Sí que lo dijeron. Me parece que fué el marqués...

FEDERIC. ¿Y tú te callaste?

LEONOR. Buena soy yo para callarme, tratándose de tu honor, que es lo mismo que el mío... (desdiciéndose) digo, no... como el mío no, porque yo no lo tengo. En fin, te defendí como una leona, sosteniendo que tú no eres capáz de tomar dinero de ninguna mujer. Claro, había que decirlo así.

FEDERIC. Sigue. ¿Y qué más?

LEONOR. Pues dijo Cornelio... te advierto que se le fué un poco la mano en la bebida... dijo que se había propuesto averiguar... ya me entiendes... y que después de andar muchos días hecho un polizonte, os descubrió el burladero.

FEDERIC. ¿Y dónde... á ver... dónde dijo?...

LEONOR. Se lo calló muy bien callado, por más que los otros le marearon para que cantara.

FEDERIC. Es que no lo sabe.

LEONOR. Ay! no seas tonto. Lo sabe; se le conoce en la manera de decirlo.

FEDERIC. Pues mejor.

LEONOR. Mira, niño, ándate con tiento, porque es muy fácil que te veas envuelto en una cuestión muy mala. Por eso he querido prevenirte.

FEDERIC. Prevenido estoy, suceda lo que quiera.

LEONOR. No te envalentones. Mira que... ¿No temes á Orozco?... Dijo Malibrán que ese señor tiene cataratas, y que él se las va á quitar.

FEDERIC. Pues que se las quite. Mejor...

LEONOR. No digas tal.

FEDERIC. (Exaltado.) ¿Pues qué piensas tú? Si siento vivos deseos de enterarle yo mismo?

LEONOR. ¿Qué dices? Chico, tú no tienes tu cabeza buena. ¡Tú! ¿De manera que tú mismo dejarás al descubierto á la que te quiere tanto?

FEDERIC. Tienes razón... Tú conservas el sentido claro de las cosas, y yo lo he perdido completamente. Siento, pienso y digo los mayores despropósitos... (Con amargura.) Leonorilla...: ¡Ay! tú eres la única persona que veo con gusto en esta ruina de mi espíritu. Entre tantas caras que me ponen un ceño antipático y hosco, sólo la tuya resplandece. ¿Verdad que es raro? Pero siempre ha de haber algo que no se entiende, y lo que no entendemos, adviértelo, es lo que más consuela. Las cosas muy sabidas y muy estudiadas, hastían el alma. Las que se nos presentan en términos vagos, confundiendo nuestra razón, son las que nos confortan y nos alientan.

LEONOR. (Aparte.) No tiene la cabeza buena, no. (Alto.) Pues para consuelo, para medicina de tu alma, aquí me tienes. Sigue mis consejos y verás. No te amilanes. Entre tú y Manolito Infante, cogéis á Malibrán y le metéis el resuello en el cuerpo. Yo puedo deciros de él cosas muy feas, pero muy feas... No tenéis más que amenazarle con publicarlas si no calla, y callará como un plato de habas... Así se hacen las cosas... y pecho á los rum-runes, y no hagas caso. Sigues, seguís achantaditos, y quién sabe si al fin, lo que hoy parece un peligro, será tu salvación.

FEDERIC. ¡Salvarme yo! No lo esperes.

LEONOR. Monín, tú estás mal, mal, mal, y el gusano que más te roe por dentro, es ese pícaro... vamos, el no tener... (Señal de dinero.) Si pudieras arreglarte... Si llegaras á contar con un tanto fijo...

FEDERIC. No hay posibilidad de que cambie mi manera de vivir.

LEONOR. Pues sí que la hay... ¿Te la digo? Pero no te me enfades. Pues... allá voy... Me parece una barbaridad que pases tantas amarguras, teniendo esa amiga tan ricachona.

FEDERIC. ¡Leonor! ¡También tú!

LEONOR. No, miquito, yo no digo que tú le pidas... digo que de ella debiera salir el ofrecerte una cantidad gorda, para que de una vez...

FEDERIC. (Irritándose) Quita, quita. Déjame en paz.

LEONOR. Anda... tonto. Fuera remilgos. (Remedándole.) El honor... la *diznidáz!*... Vamos, que buenos miles podría darte... y algo me había de tocar á mí.

FEDERIC. (Con tristeza y desaliento.) ¿Por qué me lastimas, por qué me hieres así?

LEONOR. ¿Te incomodas? Pues tómalo á broma.

FEDERIC. Te lo tolero como chiste.

LEONOR. Eso, como chiste. ¿Sabes lo que dice mi marqués? Que el chiste de hoy es la seriedad de mañana.

FEDERIC. O en otra forma: que arrojas á la calle un chascarrillo, y sin saberlo has plantado la simiente de una tragedia.

BÁRB. (Entra por el fondo.) Un señor...

FEDERIC. ¿Quién?... (Aparece Orozco en la puerta del fondo.)

LEONOR. (Aparte.) ¡El marido de la de Orozco! Yo me las guillo. (Alto.) Quédate con Dios. (Aparte.) Se armó la gorda. (Váse.)

ESCENA III

FEDERICO; OROZCO

FEDERIC. (Con sorpresa y espanto, al ver avanzar á Orozco.) ¡Otra vez!...

OROZCO. (Con asombro.) ¿Qué?... Soy yo.

FEDERIC. (Desvariando, excitadísimo.) Tú... sí... ¿qué quieres?... ¡Otra vez ante mí!... déjame, déjame.

OROZCO. (Inquieto.) ¿Qué es esto?... ¿Qué te ocurre?

FEDERIC. Por tercera vez me visitas... Basta, basta. Ya te dije que no quiero, que no puedo...

OROZCO. (Confuso.) ¡Por tercera vez! Pero cuándo...?

FEDERIC. Anoche...

OROZCO. ¡Anoche! Tú deliras... ¡Pobre amigo! Si no nos hemos visto desde anteayer, cuando estuvo tu papá en casa...

FEDERIC. ¡Que no nos hemos visto!... (Turbado.) Tomás... tú no eres tú; no estás realmente aquí... Lo que veo es tu sombra, tu imagen, hechura de mi pensamiento, de esta idea infame, que habiendo agotado dentro de mí sus formas de suplicio, sale y me atormenta desde fuera.

OROZCO. ¡Qué disparate! Soy yo... Mírame, tócame. (Le abraza cariñosamente.) Soy tu amigo, que te quiero, que deseo salvarte de la miseria, de la deshonra...

FEDERIC. Ah!... (Dejándose abrazar, vencido de la emoción.) Perdóname... no sé lo que digo... Estoy enfermo... (Despejándose.) Anoche... efecto sin duda de las dificultades que me agobian... tuve horas de cruelísimo insomnio... después intensa fiebre... te ví... entraste en mi alcoba... salté del lecho... hablamos... te dije...

OROZCO. Vamos, que he venido á ser tu idea fija...

FEDERIC. Y al romper el día, después de un breve sueño en este sillón... entraste con la claridad del alba...

OROZCO. ¡Con el alba yo!... (Jovial.) ¡Qué madrugador me he vuelto! Vaya, chico, no más... basta. Acabarás por marearme á mí también... Conste que no nos he-

mos visto... realmente, desde anteayer, y que ahora vengo á tratar contigo... ya supondrás de qué...

FEDERIC. Lo adivino... lo sé... y es inútil...

OROZCO. (Sentándose á su lado.) Aquel día, después de comer, te manifesté... ya lo sabes. Me respondiste que lo pensarías. Y anoche, Augusta me ha llenado de asombro diciéndome que te mostrabas inclinado á rechazar lo que te ofrecemos.

FEDERIC. Le dije... yo creí habértelo dicho también á tí... anoche... Pero pues aseguras que soñé... te lo digo ahora. Tomás, no puedo aceptar.

OROZCO. Pero qué razón...? Dame una razón...

FEDERIC. Que no quiero, que no puedo...

OROZCO. Advierte que es una herencia, herencia un poco extraño en la forma...

FEDERIC. Sí, la forma es hábil, exquisita, como invención de tu ingenio sublime, tan grande como tu generosidad.

OROZCO. No se hable de generosidad... No saques ahora el fastidioso argumento de tu delicadeza.

FEDERIC. Es mi razón suprema... y el único capital del pobre.

OROZCO. Eso es ya ingratitud, orgullo satánico.

FEDERIC. Es que yo sostengo que Satanás era un ángel... muy delicado.

OROZCO. Pase como chiste... Ea, al grano. Díme, ¿cómo te rebaja el beneficio otorgado por un amigo, y no te envilecen otras cosas? Tus expedientes angustiosos y degradantes para vivir no te sonrojan, y en cambio...!

FEDERIC. Es que son hábitos, y ya no puedo vivir sin ellos. Tomás, Tomás, me duele mucho decírtelo; pero te lo diré. Soy vicioso. La idea de una vida sosa y co-

rrecta, con el bienestar acompasado de un modesto rentista, me causa horror. No quiero esa vida, no la quiero. El veneno se ha adaptado á mi naturaleza, y ya no puedo existir sin él.

OROZCO. ¡Palabrería, farsa! ¿Cómo pretendes hacerme creer que prefieres esa vida de sobresaltos...?

FEDERIC. Créelo, sí. Detesto la tranquilidad. No sé cómo hacértelo comprender. Los conflictos diarios, las angustias, el no respirar, el no vivir, la excitante lucha, prodúcenme placer insano. Soy como el borracho incorregible que se siente envenenado por el alcohol, y lo apetece con todas las energías de su naturaleza. Yo apetezco el mal, el picor terrible de las dificultades pecuniarias, las emociones del azar, con sus desmayos hondos y sus alegrías delirantes.

OROZCO. Nada de eso pertenece á la realidad. O es un desvarío de enfermo, ó tus argumentos sirven para ocultar alguna poderosa razón, que ignoro. Hazte cargo de que tu padre, de un modo inconsciente, es quien...

FEDERIC. No nombres á mi padre. Obra tuya es esta idea, esta combinación que tiene una cara divina y un reverso diabólico. Te conozco bien. Tomás, despréciame, no hagas caso de mí. Yo no merezco ni que me mires siquiera.

OROZCO. No salgas ahora por ese registro de las alabanzas para aturdirme. No hables de generosidad. ¿Te molesta mi protección? Pues nada verás en mí que te la recuerde. ¿Quieres mostrarte ingrato? Mejor. A mí me gusta la ingratitud... Y si las anomalías de tu carácter te llevan á pagar este beneficio con alguna acción fea, aunque sea de las más villanas, á mí no me importa... Mejor. Me agrada recibir

mal por bien. Así se purifica nuestra voluntad; así se templa nuestro espíritu para adquirir firmeza y vigor, que lo hacen inconmovible ante los peligros de que le cerca la miseria humana; así nos aproximamos un poco á la Divinidad, que si nos parece tan grande, es por la indiferencia con que mira impávida, desde su altura, á los que continuamente la desprecian, la ultrajan ó la escupen.

FEDERIC. (Con exaltación.) Tomás, si te digo que me pareces sobrenatural, no expreso todo lo que siento... Déjame: tengo que añadir que... tu perfección me lastima... Yo también... á mi modo... quiero ser perfecto... yo también quiero acercarme á la divinidad... No me gusta que nadie suba más que yo...

OROZCO. Pues te dejaré. (Aparte.) ¡Infelíz, qué pena dejarle así! (Alto.) ¿De modo que no hay manera de reducirte?

FEDERIC. No, no discurras más. ¿Para qué? Convéncete de que anhelo ser pobre. (Con sarcasmo.) Me ha dado por ahí... La riqueza te sirve á tí de escala para remontarte á la perfección; pues yo quiero que mi escala sea la indigencia. Penuria, vergüenza, mortificación, sufrimientos: eso es lo que necesito para regenerarme.

OROZCO. (Con humorismo.) ¿Santidad tenemos?

FEDERIC. ¿Por qué no? ¿Es que quieres tú monopolizarla?

OROZCO. De ningún modo.

FEDERIC. ¿Te molesta la competencia?

OROZCO. (Aparte.) ¡Perturbado está de veras! (Alto.) Díme, ¿te irrita la protección que hemos dado á tu hermana y á su novio.

FEDERIC. Sí... tal vez... esa es la causa de que no podamos entendernos.

OROZCO. Vamos, no sé cómo tengo paciencia para oirte. Lo que á tí te hace falta, bien lo sé yo...

FEDERIC. Una camisa de fuerza.

OROZCO. No: reposo, expansión, salir de Madrid. Vaya, te propongo una cosa. Vente conmigo á *las Charcas*.

FEDERIC. ¿Al campo? ¿Vas de caza?

OROZCO. Sí, esta tarde. Pasaremos allí los dos días de fiesta.

FEDERIC. ¿Quién va contigo?

OROZCO. Hasta ahora cuento con Aguado, con Calderón... También va Malibrán.

FEDERIC. ¿Le has convidado?

OROZCO. Se ha invitado él mismo. Hace tres días que no me deja á sol ni sombra. En fin, ¿vienes ó no?

FEDERIC. No puedo, no.

OROZCO. Sí... con los quehaceres que te agobian...

FEDERIC. Tengo una cita.

OROZCO. Mujeres... Oh! siempre en malos pasos.

FEDERIC. ¿Qué es eso de... mujeres? Habla con más respeto... Es una dama.

OROZCO. Peor para tí. ¿Esa es la santidad, ese es el ascetismo de que me hablabas antes?

FEDERIC. ¿Y qué tiene que ver? El amor no quita los principios... Yo tengo principios.

OROZCO. Que nadie entiende.

FEDERIC. Los entiendo yo, y basta.

OROZCO. Si soy lo que dices, tu idea representada en una sombra, debo entenderlos.

FEDERIC. (Irritado y nervioso.) Sombra ó realidad, tu presencia, tus visitas me mortifican horriblemente. Si me hicieras el favor de marcharte...

OROZCO. Sí, hombre...

FEDERIC. Y de no volver...

OROZCO. Como gustes. (Estrechándole la mano y contemplándole

cariñosamente.) Quédate con Dios... (Aparte.) No le entiendo... Carácter indomable, cabeza perdida. (Alto.) Que descanses.

FEDERIC. Descuída... Descansaré!...

ESCENA IV

FEDERICO

FEDERIC. Se fué... ¡Qué consuelo! ¡Libre de ese hombre! Temo que vuelva. Huiré y me esconderé donde no pueda oir su voz, donde su mirada noble y profunda no me anonade... Imposible vivir así... Yo confiaba ¡menguado de mí! en que este secreto no se descubriría fácilmente, y ahora resulta que no tardarán en conocerlo todos nuestros amigos, medio Madrid, y él... ¡Pero qué hombre, santo Dios! ¿Por qué le hiciste de tan rara perfección para ponérmele delante en esta hora crítica de mi vida? ¿Por qué no es un malvado, un egoista sin entrañas, un envidioso, un falso al menos, siquiera un hombre vulgar, de estos que forman casi toda la trama del tejido social?... (Rehaciéndose.) Valor; esperaré á pié firme hasta que un amigo infame le revele la terrible, la ignominiosa afrenta. Sucederá entonces lo que es de rúbrica: el hombre ofendido me exigirá reparación; se la daré con la estúpida forma del duelo, y... ¡Cuán grotesca es la sociedad! Deberíamos todos embadurnarnos la cara con harina como los clowns, ó colgarnos cascabeles de las orejas, como los antiguos bufones, pues somos unos grandes mamarrachos. (Inquietísimo.) No sé qué hacer... No me atrevo á salir. Temo encontrármele en los pasillos... en la escalera... en la calle... No salgo, no.

Quiero estar solo. No me agrada más conversación que la mía, como la de un amigo que se despide... Porque yo me marcho, yo me rindo, yo no puedo vivir así. La vida, tal como la voy arrastrando ahora, es carga superior á mis culpas. Ya merezco el descanso... Ya... (Suena la campanilla.)

ESCENA V

FEDERICO; BARBARA

BÁRB. Señor... ahí está...

FEDERIC. (Aterrado.) Otra vez?... Cierra bien la puerta... echa el cerrojo... Como le dejes entrar, le recibo á tiros. (Saca un revólver del cajón de la mesa, y lo pone sobre la misma.)

BÁRB. Pero señor... si no es...

FEDERIC. Le siento próximo, le oigo... le veo; no se ha ido...

BÁRB. Si es el señorito Infante...

FEDERIC. No puede ser Infante. Te equivocas. No abras; te mando que no abras. (Suena la campanilla más fuerte.)

BÁRB. Que es don Manolo: le he visto.

FEDERIC. Que no abras te digo.

BARB. (Aparte.) Ya me da miedo este hombre. Abriré. (Váse.—Al empezar la escena VI, se obscurece la escena, y entra Bárbara con una lámpara, que deja sobre la mesa.)

FEDERIC. Infante... no puede ser. (Trémulo.) Es el otro, que no dejará de acosarme mientras yo tenga aquí una chispa de pensamiento...

ESCENA VI

FEDERICO; INFANTE

INFANT. Temí no encontrarte.

FEDERIC. Eres tú de verdad?... Sí...

INFANT. Dos palabras, nada más que dos palabras, y me voy... Pero estás malo?

FEDERIC. Sí.

INFANT. (Mirándole fijamente, alarmado.) ¿Qué tienes?

FEDERIC. Nada... la cosa más tonta... Que no duermo.

INFANT. Bah! Lo de siempre. Dificultades de... Porque tú quieres.

FEDERIC. Verás qué pronto las resuelvo ahora.

INFANT. Sí?... Cómo?...

FEDERIC. Poniéndome en salvo.

INFANT. ¡Huir tú! no me parece propio de tu carácter. Huir? ¿Y adónde te vas?

FEDERIC. Lejos, lejos.

INFANT. ¿Pero adónde?

FEDERIC. Á un país muy bonito. Es lejano y próximo. Dista mucho, y se llega en un soplo... El país del sueño, tonto. Verás cómo las dificultades no me siguen allá. Y si alguno de mis atormentadores va y me llama... verás como no despierto.

INFANT. Oh! Ten juicio... (Aparte, alarmadísimo.) ¡Pero qué malo está! (Ve el revólver sobre la mesa, y con rápido movimiento lo coge y se lo guarda.—Alto.) Mira, chico no hagas tonterías. (Con cariño.) Federico, por Dios, entrégate á mí, y te salvaré.

FEDERIC. No puedes.

INFANT. ¿Quieres que te traiga un médico?

FEDERIC. Médico? para qué?

INFANT. Tienes fiebre. Métete en la cama... No, mejor será que salgas, para que se te despeje la cabeza. Ahí tengo mi coche. Ven, y paseando hablaremos.

FEDERIC. Hablemos aquí. No puedo salir.

INFANT. Pues... dos palabras. ¿No sabes que ese majadero de Malibrán se ha permitido inventar una historia infame?...

FEDERIC. ¡Una historia infame!

INFANT. Sí, y contarla en casa de Leonor, en el Círculo, en todas partes. ¿Has visto mayor vileza? ¡Pretender empañar la limpia fama de mi prima con tan brutal calumnia! ¡Calumniarte también á tí!... Cuando lo supe, mi primer impulso fué buscarle, pedirle la retractación inmediata y categórica, y si á dármela se negaba, volverle la cara del revés.

FEDERIC. Vuélvesela... lo merece...

INFANT. No puedo soportar á ese hombre. La antipatía que me ha inspirado siempre, es ya un odio mortal. Si no se retracta, le abofeteo, le escupo... No es digno de que se guarden por él las formas que impone el fuero del honor.

FEDERIC. (Excitado.) Mejor es matarle... matarle como á un perro con hidrofobia.

INFANT. Pero antes de dirigirme en su busca he querido verte, porque me entró un recelo... Nuestra flaca naturaleza, la corrupción que respiramos nos inclinan siempre á la duda... Dudé, dudo, no te ofendas... He querido que disipes hasta la última sombra de recelo, que asegures en mí la confianza, la fe. Cuanto ha dicho ese infame.. es mentira. (Con interrogación solemne.)

FEDERIC. (Con calma y acento firme.) Cuanto ha dicho ese miserable... es verdad.

INFANT. (Aterrado.) ¡Verdad... verdad! Tú deliras... Por Dios, amigo querido... díme que deliras, dímelo; díme que sueñas.

FEDERIC. ¡Ojalá soñara!

INFANT. ¿Es cierto lo que escucho?... ¡Tú!... No, me engañas, te engañas tú mismo. Ese trastorno... ese mirar sombrío, demuestran que no eres dueño de tus propias ideas. Federico, tú estás demente, tú no

eres responsable de las graves palabras que has pronunciado.

FEDERIC. No, mi razón está aquí todavía. Si no estuviera, no padecería yo lo que padezco. No es demencia, no; es revelación deliberada y sincera, es descargo de un espíritu que no puede soportar ya el peso inmenso de sus propios errores... Anda, corre, vé y cuéntale esta verdad terrible á tu amigo, al que también á mí me distinguió y me distingue con amistad generosa que no merezco... cuéntale todo, y añade que no temo la muerte, que la deseo, que la necesito...

INFANT. (Con emoción.) Basta.

FEDERIC. Y en cuanto al indigno Malibrán, ahora...

INFANT. (Vivamente.) Creyendo falso lo que decía, pensé castigar su grosero lenguaje. (Con rabia.) Ahora que sé que es verdad, y por lo mismo que es verdad, juro que... ha de pagarme la infamia de haberla dicho.

FEDERIC. Va con Tomás á *las Charcas.*

INFANT. No irá, yo te lo aseguro.

FEDERIC. Descarga tu furor en mí, guardián caballeresco del honor de aquella casa.

INFANT. No me corresponde ese papel. No faltará quien te pida cuentas.

FEDERIC. Y las daré... ó no las daré.

INFANT. Pues, por la calidad de la persona ofendida, por la amistad que te profesaba, por los beneficios...

FEDERIC. No he querido recibirlos...

INFANT. No has querido; pero... lo hecho, hecho se queda. Bien enterado estoy de los planes de Tomás... Desgraciado, no tienes más que una solución...

FEDERIC. ¿Cuál?

INFANT. (Saca el revólver que antes guardó en su bolsillo, y lo

pone sobre la mesa.) Toma. (Se aleja, ocultando su emoción.)

FEDERIC. Ay!... Manolo... ¿Te vas... sin darme un abrazo...? el último...?

(Infante vuelve. Abrázanse cariñosamente sin pronunciar palabra. Retírase Infante muy conmovido.)

ESCENA VII

FEDERICO; AUGUSTA (que entra por el fondo al marcharse Infante.)

AUGUST. ¿Solo ya?

FEDERIC. ¡Augusta!

AUGUST. Yo, sí... no me riñas... Llegué hace un momento. Dijéronme que tenías visita... Esperé. (Con inquietud.) Díme, ¿qué hablabas con Infante?

FEDERIC. Nada. Manolo, como siempre, tan bromista... Pero tú... en mi casa!

AUGUST. Sí; ¿te contraría? Imposible dejar de venir... Oye: Tomás, en el momento de salir para la estación con sus amigos, díjome que acababa de separarse de tí, dejándote en un estado lastimoso... que padecías horriblemente, que... Figúrate mi ansiedad... Nada, no he podido contenerme... y aún me costó trabajo esperar á que obscureciera un poco más. Tomé un coche, y aquí me tienes... Díme, díme pronto, ¿qué es esto?... qué te pasa...?

FEDERIC. (Afectando serenidad.) Nada... si estoy bien... estoy mejor.

AUGUST. ¿De veras? Ah! Tomás exageraba...

FEDERIC. Sin duda. Cuando él estuvo aquí no me sentía yo tan bien como me siento ahora.

AUGUST. Cuéntame. Quizás disputásteis. Ya, ya entiendo... la terrible cuestión. Su bondad y tu delicadeza, no pueden concordarse, no ajustan, no casan bien. Yo espero que al fin...

FEDERIC. Sí, sí, yo también lo espero...

AUGUST. Luego, ya no estás tan intransigente.

FEDERIC. No... ya no... ¿para qué?

AUGUST. (Con alegría.) Ah!, al fin te sometes á mi voluntad. ¡Qué alegría me das! Te convences de la necesidad de cambiar de vida...

FEDERIC. Oh! sí cambiaré de vida muy pronto. El cansancio de ésta es ya intolerable.

AUGUST. Pues mira (recorriendo la habitación y examinándola rápidamente) lo primero que tienes que hacer, con la herencia de tu papaíto, es tomar otra casa. Qué mala y qué fea es ésta, querido!

FEDERIC. La tengo buscada ya.

AUGUST. Y dónde? Como ésta, piso bajo?

FEDERIC. Sí... más bajo todavía... digo, no... alto, altísimo.

AUGUST. Pero que sea bonito, alegre...

FEDERIC. Sí, muy alegre... y ahora... verás cómo ya no tendrás que reñirme, ni llamarme orgulloso.

AUGUST. (Recelosa.) Oh! tú me engañas... No sé qué noto en tí. (Mirándole fijamente.) Federico, mírame.

FEDERIC. Ya te miro.

AUGUST. No, tú no estás bien. (Suspirando.) ¡Qué sobresalto... cuando entré en esta casa, sentí una angustia...! ¡Ay qué mal vives aquí! (Examinando lo que hay sobre la mesa.) Déjame, déjame revolverte todo. ¡Ah! qué librito de misa es éste?

FEDERIC. El libro de oraciones de mi madre. Suelo leerlo cuando siento depresión del ánimo y aburrimiento del vivir. Me consuela mucho.

AUGUST. Es precioso ¡Pobre Josefina! Bien lo usaba la pobre... ¡qué estropeadito está! (Federico hace un movimiento para tomar el libro de sus manos.) Déjame, déjame que lo examine bien. (Hojea el libro.) Y aquí

hay algunas palabras apuntadas por ella con lápiz.

FEDERIC. Me gusta leer aquí, porque me parece que en estas páginas se esconde, para acecharme, el espíritu de aquella santa mujer. Razón tiene mi padre en decir que salgo á ella... á él no. Mi hermana es la que sale á él. Díme que no me parezco nada á mi padre; dímelo... (Con exaltación.)

AUGUST. Sí, hombre, te lo diré.

FEDERIC. Cuidado, no se te caigan unas florecitas que hay entre las hojas.

AUGUST. Sí, aquí hay una... mira... una espuelita de caballero. (Mostrando la flor.) ¡Qué monada! ¿Y dices que sueles leer aquí?

FEDERIC. Sí... alguna vez... cuando estoy triste.

AUGUST. Pues no será muy divertido. Aquí veo latín y castellano... (Lee con entonación solemne.) *Ossa arida, audite verbum Domini...* Y esto, ¿qué quiere decir?

FEDERIC. *Huesos áridos, oíd la palabra del Señor.*

AUGUST. ¡Ay, me da escalofríos...!

FEDERIC. Refiérese á la resurrección de los muertos...

AUGUST. El día del juicio... sí... (Le da el libro.) Toma.

FEDERIC. Para mí, este libro es la cosa de más mérito que existe en el mundo. Ni las piedras preciosas de más valor, ni las obras de arte más perfectas se igualan á esta incomparable joya.

AUGUST. Ah! sí.

FEDERIC. Pues bien: para que veas si te estimo, Augusta... te lo regalo.

AUGUST. Sí... lo acepto... (Mirándole receloso.) Pero... no sé...

FEDERIC. Y cuando yo esté ausente, lees en él y te acuerdas de mí.

AUGUST. Pues mira, yo también te haré á tí un regalito.

FEDERIC. Qué?

AUGUST. Quiero sorprenderte. No te lo digo.

FEDERIC. Dímelo.

AUGUST. Esta tarde estuvieron en casa unos hombres... ¡qué tipos tan ordinarios y repugnantes! Tomás les citó, y allí dejaron unos papeles llenos de garabatos, con tu firma.

FEDERIC. ¡Mis pagarés!

AUGUST. Sí; ya estás libre de esas horribles cadenas.

FEDERIC. Augusta, vida mía, márchate. Yo te ruego que me dejes. (Excitado.)

AUGUST. Por qué?... Temes?

FEDERIC. Sí; temo que venga...

AUGUST. Quién?

FEDERIC. (Delirante.) Tomás viene... le siento... le veo.

AUGUST. (Aterrada.) ¿Estás loco?

FEDERIC. (Señalando á la izquierda.) Por allí... La puerta se abre... Pero no le ves? no le ves?

AUGUST. ¡Deliras, pobrecito mío!

FEDERIC. Que entre. Mejor.

AUGUST. No hay nadie... Ni el más ligero rumor se siente.

FEDERIC. Ah! lo mismo que anoche. Entró sin hacer ruído. Pero yo le oigo y le veo, aunque no quiera verle ni oirle, porque le tengo aquí (en la frente), cara, voz, ojos, cuerpo y vida del hombre que ultrajé, y aquí se juntan su afrenta y mi gratitud, mi infamia y su generosidad!

AUGUST. Por piedad, querido mío!

FEDERIC. (Con brío, adelantándose hacia la puerta, como para recibir á alguien.) No te vuelvo la cara. Aquí estoy, aquí estamos... Entra... Se retira. Pero sabe que no le temo, y volverá.

AUGUST. Por tu vida, ¿qué dices?

FEDERIC. ¿Pero no le ves? Sale... va por allí... se ale-

ja, se pierde en la obscuridad... Pero volverá.

AUGUST. (Abrazándole.) Cálmate... No me asustes. Me muero de miedo.

FEDERIC. (Se desprende de sus brazos, y saca del bolsillo el revólver.) Cuando vuelva, no me encontrará!

AUGUST. (Aterrorizada.) ¿Qué es eso? ¿Qué haces? (Quiere abrazarle de nuevo, y él la rechaza.) Federico, amor mío...

FEDERIC. Sé lo que debo hacer.

AUGUST. ¿A dónde vas? (Deteniéndole por un brazo.)

FEDERIC. (Rechazándola.) A donde debo ir. A la paz de mi alma, al descanso de mis huesos. Pido á Dios que me perdone! (Entra precipitadamente en la alcoba, y cierra la puerta por dentro.)

AUGUST. (Corriendo hacia la puerta y tratando de abrirla.) ¿Qué es esto? Cierra. ¡Federico! (Suena un tiro.) ¡Jesús! (Cae sin sentido.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

La decoración de los actos 1.° y 3.° Es de noche. Apagadas las luces del salón y billar. Una sola lámpara alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA

VILLALONGA; AGUADO

AGUADO. Pero...?

VILLAL. Pues nada...

AGUADO. Y...?

VILLAL. Sólo sé lo que sabe todo el mundo.

AGUADO. Menos yo. Cuando en la mañana del 2 se recibió en *las Charcas* tu telegrama anunciando lo ocurrido, Tomás y Calderón tomaron el tren para venirse á Madrid. Yo me quedé entretenido con mi escopeta. Llego hoy, ávido de noticias, y las primeras que recibo parécenme un tanto fantásticas.

VILLAL. Pues lo real y positivo es que el pobre Viera se quitó la vida al anochecer del día 1.°, en su alcoba...

AGUADO. Pero de las averiguaciones judiciales, ¿qué resulta?

VILLAL. Pues nada... un suicida más, un desengañado, un impaciente, un...

AGUADO. No filosofes... Díme, ¿y no aparece ninguna relación, ningún hilo...?

VILLAL. Hilito? No. Sólo las criadas estaban allí cuando ocurrió la catástrofe.

AGUADO. Lo más grave del caso... (Habla al oído de Villalonga.)

VILLAL. (Con gravedad) Sí; pero eso... los amigos leales de esta casa debemos desmentirlo con indignación, procurar que la especie no corra, y que el escándalo se ahogue en su origen...

AGUADO. Oh! sí... es una infamia... Pero tú... en confianza ¿qué opinas?

VILLAL. Yo... nada... Sí, opino, como tú, que es grosera calumnia; y por excepción, abandono la bendita calma que Dios me ha dado, para protestar, para indignarme... Además, el procedimiento contrario tiene sus quiebras. Ya ves el *siniestro* del pobre Malibrán. Por si dijo ó no dijo tales ó cuales tonterías en casa de *la Peri*, Infante le acometió á la salida del Círculo...

AGUADO. Se batieron? Por eso Malibrán no pudo ir á *las Charcas.*

VILLAL. Batirse no... Infante, que es hombre de coraje, y enemigo de fórmulas, se insinuó con él de un modo tan violento y expeditivo, que el pobre diplomático no podrá ya cautivar á las damas con su belleza.

AGUADO. ¿Qué me dices?

VILLAL. Ha perdido un ojo, ó lo perderá.

AGUADO. Infante... (Señal de puñetazo.) le...

VILLAL. Le deshizo media cara, y además... al caer al suelo la víctima, se torció un pié!

AGUADO. ¡Qué atrocidad!

VILLAL. ¡Pobre don Cornelio! Yo digo que va ganando, porque tuerto, se parecerá á Camöens, y cojito, se parecerá á Byrón, que son sus dos ídolos... En fin, lo más triste de todo esto es la trágica suerte de

nuestro pobre amigo, tan simpático, tan caballero... Ayer, en el entierro, pasé un rato...

AGUADO. Mucha gente?

VILLAL. Muchísima. En el cementerio nos encontramos á la pobrecita Leonor, hecha un río de lágrimas... Y el día anterior, en el depósito judicial, ¡impresión más terrible no he recibido nunca!... Pues allí también Leonor... de guardia día y noche, arrimada á un árbol, sin comer más que pan y algún fiambre que le llevaba *Ojirris*.

AGUADO. Pues mira tú, esa fidelidad de perro me entusiasma.

VILLAL. Augusta tiene razón. ¿Te acuerdas de aquella noche? Nada hay tan ingenioso como la realidad, la gran artista...

ESCENA II

LOS MISMOS; INFANTE

INFANT. *Bon soir.*

AGUADO. Hola, paladín de la honra, mantenedor valiente del... de la...

VILLAL. De la moralidad...

AGUADO. Vengan esos cinco. Sabe usted si está aquí Tomás?

INFANT. No, le he dejado en el 3 de esta calle. Va á una junta de accionistas de no sé qué...

AGUADO. Ya sé. Pues allá le cojo... ¿Y Augusta?

INFANT. Creo que tiene jaqueca...

AGUADO. Súdela en mi nombre. (Á Villalonga.) ¿Vienes?

VILLAL. Pues no hay un alma aquí, me largo también.

INFANT. Abur.

ESCENA III

INFANTE; AUGUSTA

INFANT. (Acercándose á la primera puerta de la derecha.) Si se habrá acostado...

AUGUST. (Sale cautelosamente, envuelta en una cachemira, en actitud doliente.) Ah! Manolo... gracias á Dios que vienes...

INFANT. Estuve á prima noche; pero dormías, y no quise molestarte... ya puedo darte la seguridad que deseas... Todo arreglado.

AUGUST. ¿Has hablado con ellas?

INFANT. Sí; y he recompensado con largueza, como deseabas, la noble conducta que observaron contigo.

AUGUST. ¡Pobrecillas! Nunca les agradeceré bastante aquel acto de compasión y generosidad. Me conocían, sí... Comprendieron los peligros de mi presencia en aquella casa, y me encerraron no sé dónde... en un cuarto lóbrego y estrecho... ¡Qué instantes, Manolo, qué horas! No sé cuánto tiempo estuve allí... Desde mi encierro, oí el tumulto de los vecinos, de la policía al invadir la casa... Dios me inspiró la idea salvadora de mandarte llamar, de poner mi suerte en tus manos... Acudiste, y me sacaste de aquella situación, cuya gravedad me espanta todavía.

INFANT. ¿Y á quién sino á mí, más que amigo hermano, podías confiar pena y conflicto tan graves? Por respeto á tí, por compasión, desde que pusiste en mí tu confianza, decidí hacerme digno de ella. No temas nada. De tu presencia en aquella casa no hay ni puede haber el más leve indicio en el pro-

ceso. Es un hecho que hemos escamoteado á la realidad. No existe más que en la imaginación de los forjadores de leyendas.

AUGUST. ¡Ay, primo mío, cuánto tengo que agradecerte! Pero el juez...

INFANT. Te lo repito: nada temas. Los dos testigos, Claudia y Bárbara, nada depondrán contra tí. Están bien cogidas y aseguradas.

AUGUST. ¡Qué gran consuelo me das! Mi vida no es vida...

INFANT. El tiempo te irá serenando, y tu conciencia adquirirá la paz que ahora no tiene... ni puede tener. (Bajando la voz.) Debo advertirte que á Tomáa han llegado, no sé por qué conducto, algunas de las hablillas con que alimenta su insana curiosidad este vulgo que aquí solemos ver, y que te acompaña, te recrea y te adula, mientras no llega una ocasión en que pueda decapitarte. Las muchedumbres, aunque vistan frac, no perdonan, y fácilmente guillotinan ó arrastran hoy á los que ayer adoraron.

AUGUST. (Con inquietud.) Sí... Tomás sabe... no diré que todo... parte sí... algo... no sé qué. ¿Qué grado de culpa verá en mí? ¿Su calma es la expresión más refinada del desprecio con que me mira?

INFANT. No te atormentes, y espera resignada y animosa, con la entereza que da un arrepentimiento sincero. Ten por seguro que Tomás...

AUGUST. ¿Me interrogará...? ¿Crees tú...?

INFANT. Creo que sí, y mi opinión, Augusta, es que debes... entregarte sin condiciones... decir toda, absolutamente toda la verdad. Á un hombre como ese, no se le puede decir menos que al confesor. Este es mi consejo leal, consejo de hermano. Tu salvación es esa; no hay otra para tí.

AUGUST. Quizás tengas razón. ¡Confesarme á él!... ¿Y si yo te dijera que ya lo he hecho...? ¡Oh, yo estoy loca! No sé lo que digo ni lo que pienso. Me atormenta una duda... Verás... Anoche tuve pesadillas horribles, una tras otra, y ratos de insomnio febril. Pero no puedo distinguir lo real de lo soñado. Mis actos despierta, mis sueños dormida se confunden, se amalgaman, y no los puedo separar. La impresión que más claramente subsiste en mí, entre tantas impresiones borrosas y turbias, es... que me levanté de la cama, pásmate, que fuí al despacho de Tomás, que entré y me puse de rodillas ante él, y le confesé todo... pero todo, todo...

INFANT. ¿Estás segura...?

AUGUST. No, y ese es mi suplicio... Lo sospecho. Es como un recuerdo de lo que fué, como un temor de lo que pudo ser. No puedo explicártelo. ¿Crees tú en el sonambulismo?

INFANT. Te diré. (Mirando por la izquierda.) Me parece que Tomás viene. Hablemos de otra cosa. Teresa Trujillo inconsolable por no verte. (Entra Orozco.) Aguado, nuestro gran moralista, me encargó...

OROZCO. (Á Augusta.) Qué tal, vida mía? te sientes mejor?

AUGUST. Sí... un poquito mejor. ¡Qué tarde vienes!

OROZCO. Una reunión fastidiosa...

INFANT. Pues á recogerse. No estorbo más. (Á Augusta.) Celebro tu alivio, prima. Mañana, á paseo.

OROZCO. (Saludándole.) Adiós... Ya es hora de que descanses tú también.

INFANT. (Aparte.) Y que lo necesito de veras... ¡Qué dia! (Váse.)

ESCENA IV

AUGUSTA; OROZCO

Augusta, arrebujada en su cachemira, se acomoda en una butaca á la derecha. Orozco sentado junto á la mesa.)

OROZCO. ¿Qué?... ¿tienes frío?

AUGUST. (Temblando.) Un poco... pero ya voy entrando... en calor. (Aparte.) Su mirada me desconcierta.

OROZCO. No es tarde. Si te encuentras bien, hablaremos un poco de asuntos que á entrambos nos interesan.

AUGUST. (Aparte, con espanto.) Llegó el momento de las explicaciones. Estoy perdida. ¿Lo sabe ó quiere saberlo? (Mirándole fijamente.) ¿Quién podrá descifrar el jeroglífico de ese rostro de mármol?

OROZCO. (Aparte, mirándola con atención profunda.) ¿Será capáz de confesar? Me temo que no.

AUGUST. (Aparte.) No nos acobardemos. Me adelantaré gallardamente á sus preguntas. (Alto.) ¿Por qué me miras así? ¿Es que quieres decirme algo, y no te atreves?

OROZCO. Te observo temerosa, y esperaré á que te tranquilices.

AUGUST. (Aparte.) ¡Temerosa yo!

OROZCO. Ya sé que eres valiente. No necesitas demostrármelo con palabras. Yo también lo soy, más que tú, mucho más, pues tengo ánimo suficiente para poner la verdad sobre todas las cosas, para reducir á la insignificancia los afectos más hondos, cuando contradicen el sentimiento puro de la humanidad y de la vida.

AUGUST. Ya sé que eres un hombre... único. Has cultivado la vida interior; has conseguido lo que imposible parece en la flaqueza humana, esclavizar las pasiones, subirte á las alturas de tu conciencia eminente, y mirar desde allí los actos de tus semejantes, como el ir y venir de las hormigas; aislarte, y no permitir que te afecte ninguna maldad, por muy cerca que la tengas. ¿Es esto así? ¿Te he comprendido? (Orozco hace signos afirmativos.) ¿Y quieres que yo te acompañe en esa purificación? Ay! bien quisiera, pero no sé si podré. Soy muy terrestre, peso mucho, y cuando quiero remontarme, caigo y me estrello.

OROZCO. La gravedad del espíritu se disminuye limpiando el corazón de malos deseos. Mi ilusión, mi sueño, eran iniciarte en un sistema de vida que empieza siendo espiritual y difícil, y acaba por ser fácil y práctico. Confíate á mí por entero... Revélame todo lo que sientes, y después que yo lo sepa, hablaremos.

AUGUST. (Aparte.) ¡Confesar! ¡Qué terror siento! Si me hablara un lenguaje humano, que moviera mi corazón y mi conciencia, me conquistaría... pero esos pensamientos tan sutiles no se han hecho para mí, amasada en barro pecador.

OROZCO. ¿No contestas á lo que te digo? Descúbreme tu interior; pero con efusión perfecta.

AUGUST. (Aparte.) Lo sabe, y quiere arrancarme la confesión. ¿Se lo dijeron? se lo dije yo? Esta duda me enloquece. Tomemos la ofensiva. (Alto.) ¿Qué quieres que te descubra? ¿Sospechas de mí?

OROZCO. (Con determinación levantándose.) Inútiles y ridículos circunloquios! Desde que apareció muerto Federico

Viera, tu nombre anda en lenguas de la gente. No necesito añadir más. Lo que haya de verdad en esto, tú me lo has de decir. Si es falso, desmiéntelo; si no lo es, sépalo yo por tí misma. En esta ocasión solemne he de saber lo que eres y lo que vales...

AUGUST. (Turbada.) Pero tú... crees?

OROZCO. Yo no creo ni dejo de creer nada. Espero á que tú hables.

AUGUST. (Aparte, aterrada.) ¡Confesar!... antes morir. Siento un pavor... (Alto.) Pues te diré: extraño mucho que des asentimiento á esas infamias.

OROZCO. (Flemático.) Luego es falso lo que se dice.

AUGUST. Y lo dudas?

OROZCO. No afirmo ni niego... ¿Por qué tiemblas? Tu cara es como la de un muerto.

AUGUST. Estoy enferma.

OROZCO. Enferma de susto. Tranquilízate: toma el tiempo que quieras para pensarlo. Mira, yo me siento aquí á leer un poco, y en tanto, tú recoges tu conciencia, y decides delante de ella lo que debes responderme. (Se sienta, toma un libro ó revista y lee.)

AUGUST. (Aparte, sin moverse en el asiento, arropándose.) Lo sabe... Ese lenguaje claramente lo indica... ¡Qué actitud tan extraña! ¡Oh, su santidad me hiela!... ¿Y si tras esa mansedumbre rebulle el propósito de matarme? ¡Ay, siento un escalofrío mortal!... ¡No, no confieso!

OROZCO. (Gravemente, apartando la vista de lo que lee.) ¿Piensas, Augusta, ó es que te has quedado dormida?

AUGUST. No duermo, no.

OROZCO. ¿Tienes frío?

AUGUST. Un poco... (Temblando.) Pensaba en esa tontería... en tu sospecha. ¿Quién te la sugirió?

OROZCO. Curiosidad por curiosidad, creo que la mía debe llevar la preferencia. Habla tú primero.

AUGUST. ¿Cómo, por qué medio han nacido en tí esas ideas?

OROZCO. (Con ligera inflexión festiva.) Por adivinación.

AUGUST. ¡Virgen Santa, mis temores se confirman... Anoche, en aquel delirio estúpido...! ¡Miserable de mí, vendida neciamente! (Alto, tragando saliva.) Adivinación has dicho? No puede ser. Alguien me acusó...

OROZCO. Quizás.

AUGUST. (Aparte.) Dios mío, sácame de esta incertidumbre, y separa en mi mente las acciones reales de las fingidas por el cerebro enfermo. (Rehaciéndose.) Oh! no es posible que yo hablara... no puede ser. Me estoy atormentando con un recelo pueril. Animo... y nada de confesión.

OROZCO. (Aparte.) Esto sí que es difícil de extirpar. El desgarrón de este sentimiento, que me arranco para echarlo en el pozo de las miserias humanas, ¡cómo me duele! Al tirar, me llevo la mitad del alma, y temo que mi serenidad flaquee... Si salgo triunfante de esta prueba, ya no temeré nada; dominaré el mundo, y nada terrestre me dominará...

AUGUST. (Aparte, sofocada, limpiando el sudor de su frente.) No sé qué siento en mí... un prurito irresistible de referir la verdad... entera... sin omitir nada... absolutamente nada.

OROZCO. (Prosiguiendo su monólogo.) ¡Pero cómo duele esta amputación! (Mirándola furtivamente.) Era el encanto de mi vida. Inferior á mí por su inconsistencia moral, su amor me daba horas felices. La pierdo. Quizás será un bien esta viudéz que me espera; quizás este lazo me ataba demasiado á las bajezas materiales... Me convendrá seguramente perder el úni-

co afecto que al mundo me ligaba... ¿Y si no lo perdiera? ¡Si con un acto de hermosa contrición se eleva hasta mí! (Volviendo á mirarla.) ¡Ah, no tiene alma para nada grande!

OROZCO. ¿Has pensado, Augusta?

AUGUST. No pienso... Todo está pensado ya. (Aparte.) No sé qué hacer ni por dónde salir...

OROZCO. ¿Has examinado tu conciencia, Angusta?

AUGUST. (Sacando fuerzas de flaqueza.) Sí, sí... Mi conciencia... no tiene nada que examinar.

OROZCO. ¿Está serena y callada? ¿No te acusa de ninguna acción contraria á las leyes divinas... ó siquiera á las humanas?

AUGUST. (Aparte.) Me confieso á Dios, á tí no.

OROZCO. ¿Qué dices?

AUGUST. No he dicho nada. (Aparte, con brutal entereza.) Me arriesgo á todo... Salga lo que saliere, negaré.

OROZCO. ¿Insistes en llamar absurdos los rumores...?

AUGUST. (Aparte, desconcertada.) ¿Poseerá alguna prueba material?

OROZCO. ¿Callas?

AUGUST. ¿Rumores? A mis oídos no han llegado. (Aparte.) Dios mío, acábese esta lucha horrible. (Vacilando.) No sé... Su perfección, si lo es, no hace vibrar en mí ningún sentimiento. Si viera en él la expresión humana del dolor, de los celos...!

OROZCO. ¿Qué piensas?

AUGUST. No pienso... es que me asombro de que creas semejante desatino. (Aparte.) Si tiene pruebas, que las tenga... Ya no me vuelvo atrás.

OROZCO. ¿De modo que lo niegas?

AUGUST. (Después de una pausa.) Lo niego.

OROZCO. ¿Y lo juras?

AUGUST. ¿Á qué viene eso de jurar?...

OROZCO. (Aparte.) Me engaña miserablemente. Peor para ella. Desgraciada, quédate en tu miseria y en tu pequeñéz.

AUGUST. (Aparte, recelosa.) ¿Me crees? Crees lo que digo?

OROZCO. Sí... (Se aparta de ella y pasea por la habitación: aparte.) Me he quedado solo, solo como el que vive en un desierto...

AUGUST. (Aparte.) No me ha creído... Y yo siento un vacío en mi alma... Me siento divorciada, sola, como si en un páramo viviera.

OROZCO. (Aparte.) Mi mujer ha muerto. Soy libre. Ningún cuidado me inquieta ya, si no es el de mi propia disciplina interior.

AUGUST. (Aparte.) Si en él viera yo el noble egoísmo del león que se enfurece y lucha por defender á su hembra...

OROZCO. ¡Pero qué solo estoy! Murió el encanto de mi vida... ¿Flaqueará mi ánimo en esta crisis tremenda? ¿Me dejaré arrastrar de este impulso maligno que en mí nace, ó más bien resucita, porque es resabio de mis dominadas pasiones de hombre? (Detiénese detrás del sillón en que está Augusta, contemplándola. Ella no le ve.) ¿Por qué no te impongo un cruel y ejemplar castigo; por qué no te...? (Apretando los puños, la amenaza; mas al instante recobra su grave actitud.)

AUGUST. (Aparte, encogiéndose y cerrando los ojos sobresaltada, al sentirle detrás.) ¿Qué hace? No atrevo á moverme, ni á mirar siquiera para atrás. Dios me ampare.

OROZCO. (Dominándose, con suprema violencia sobre sí.) ¡No, no te iguales á lo más bajo, á lo más grosero de la humanidad... Déjala.

AUGUST. (Volviéndose, aterrada.) ¿Qué... qué hay?

OROZCO. (Con el acento grave y frío de siempre.) Nada... pero es muy tarde... ¿No te acuestas?

AUGUST. (Aparte.) El acento de siempre. (Alto, levantándose.) Sí... me acostaré. (Dirígese paso á paso á la puerta de la alcoba, meditando.)

OROZCO. (Sin mirarla, inmóvil, en el centro de la escena.) No, los brutales instintos no destruirán, en un instante de flaqueza, el reposo supremo que adquirí á fuerza de mutilar y mutilar pasiones y afectos miserables. Elévate, alma, otra vez, y mira desde lejos estas bastardías liliputienses.

AUGUST. (Deteniéndose en la puerta de la alcoba.) ¡Divorciados para siempre!... Aún podría...

OROZCO. Qué?... vuelves?

AUGUST. (Disimulando.) No... sí... es que presumo que estaré desvelada... y... me llevo un libro para leer. (Dirígese á la mesa y trata de elegir un libro entre los que allí hay, tomando y dejando volúmenes y examinándolos rápidamente. Orozco la contempla en silencio.) No sé qué siento. El alma se me desgaja. Si fuera posible decir toda la verdad, toda...

OROZCO. (Aparte.) Su alma no está serena. La mentira la embravece como el viento á la mar.

AUGUST. (Aparte.) Y toda la verdad, toda, toda, es imposible de decir... Diría que me siento menos arrepentida que culpable, y que ningún afecto, ninguno, borrará de mi corazón la imagen del pobre muerto. Diría que entre tu santidad, que admiro, y mis debilidades, de que me acuso á Dios, hay un abismo que humanamente no puedo salvar... ¡Contradicción, pena horrible sin el recurso de poder aliviarla confesándola!... ¿Cómo decirte que me infundes veneración, ternura fraternal, pero que el amor, la flor de la confianza humana, no puede nacer en esta unión árida y glacial?... No sé ver juntamente en

tí al esposo y al sacerdote... Sepáralos, y quizás nos entenderemos. (Angustiada.) ¡Y si esto digo, no habrá perdón, no puede haberlo!... ¡Y si miento, tampoco! (Con resolución.) ¡Imposible! (Dirígese á la alcoba sin llevar el libro.) Dios me perdonará... cuando lo merezca.

OROZCO. Pero al fin... no llevas el libro...

AUGUST. (Con calor.) No lo necesito... Leeré en mí misma. (Vase.)

ESCENA ÚLTIMA

OROZCO solo. (Después la imagen subjetiva de Federico Viera.)

OROZCO. Leer en sí misma... Falta que se entienda. (Siéntase meditabundo.) ¡Dominada la pavorosa crísis...! ¡Fuera locuras impropias de mí! Los celos, ¡qué estupidéz! Las veleidades, antojos ó pasiones de una mujer, ¡qué miseria! Elevar tales fruslerías al foro de una conciencia pura, empapada en el bien supremo, es lo mismo que si, al ver una hormiga, ó cuatro, ó cien, llevando á rastras un grano de trigo, fuéramos á dar parte á la guardia civil y al juez instructor. No... conservemos nuestra calma frente á estas agitaciones microscópicas, para poder despreciarlas más hondamente... (Levántase agitado.) Quiero salir... me ahogo, necesito respirar el aire libre, contemplar el cielo, las estrellas sin fin... Ah! qué diría esa inmensidad de mundos, si fuesen á contarles que aquí, en el nuestro, un gusanillo insignificante llamado mujer amó á un hombre en vez de amar á otro! Si el espacio infinito se pudiera reir, ¡cómo se reiría de las bobadas que aquí nos

revuelven y trastornan! Pero para reirse de ellas, era menester que las supiera, y el saberlas sólo le deshonraría. (Volviendo al proscenio.) Siéntome otra vez asaltado de la idea que fué mi suplicio ayer, hoy también... la maldita representación del trágico suceso... Quiero reconstruírlo, determinar sus móviles, y no alcanzo... ¡Ah, sí!... (Con inspiración súbita.) Parece que mi razón se ilumina con poderosa luz, sí... y poseo la verdad... (Exaltado.) Ya, ya encontré la exacta lógica de... (El salón se ilumina.) ¿Qué es esto?... ¡Encendido el salón!... (Acércase á la puerta.) Parece que alguien entra en el salón... Sí, una persona... un hombre... (Vuelve al proscenio restregándose los ojos.) Sin duda sueño... Mis ideas se lanzan fuera de mí. (Se ilumina el billar.) Luz también en el billar... Alguien está allí... Le conozco... Federico... (La imagen de Federico aparece en el billar.) Te conocí... te esperaba. Tu presencia no me causa terror, imagen del que fué mi amigo. Vivo te amé, muerto me inspiraste ódio. (La imagen se desvanece.) No te alejes, ven... Este sentimiento infame me acongoja, me empequeñece, y con poderosa voluntad lo arranco de mi alma. Vuelve á mí... quiero verte. (La imagen vuelve á mostrarse.) Eres mi idea fija, como yo fuí la tuya. Eres mi propio pensamiento, la luz que alumbra mi razón, revelándome el sentido de tu lastimosa tragedia y los móviles de tu muerte... Sé que moriste por estímulos del honor y de la conciencia, porque la vida se te hizo imposible entre mi generosidad y tu delito, entre el bien que te hice y el mal que me hiciste. Si en tu vida hay no pocas ignominias, tu muerte es un signo de grandeza moral. Tú y yo nos elevamos so-

bre toda esta miseria de las pasiones, del ódio y del vano juicio del vulgo. No sé aborrecer. Me has dado la verdad: yo te doy el perdón. Abrázame. (Dirígese hacia la imagen, que se desvanece cuando Orozco le tiende los brazos.)

FIN DEL DRAMA

LA DE SAN QUINTÍN

COMEDIA EN TRES ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el 27 de Enero de 1894.

MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
(Sucesores de Hernando)
Arenal, 11
1906

LA DE SAN QUINTÍN

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.

LA DE SAN QUINTÍN

COMEDIA EN TRES ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el 27 de Enero de 1894.

MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
(Sucesores de Hernando)
Arenal, 11
1906

PERSONAJES

ROSARIO DE TRASTAMARA, Duquesa de San Quintín (27 años)	Srta. Guerrero.
RUFINA (15 años)	Srta. Ruiz
LORENZA, ama de llaves de Buendía	Srta. Cancio.
RAFAELA, criada de la Duquesa	Srta. López.
SEÑORA 1.ª	Srta. Molina.
IDEM 2.ª	Srta. Arévalo.
IDEM 3.ª	Srta. Segovia.
DON CÉSAR DE BUENDÍA (55 años), padre de Rufina	Sr. Cepillo.
VÍCTOR (28 años)	Sr. Thuillier.
DON JOSÉ MANUEL DE BUENDÍA (88 años), padre de don César	Sr. Cirera.
EL MARQUÉS DE FALFÁN DE LOS GODOS (35 años)	Sr. G. Ortega.
CANSECO, Notario (50 años)	Sr. Balaguer.
CABALLERO 1.º	Sr. Guerrero.
IDEM 2.º	Sr. Santés.

La acción es contemporánea, y pasa en una villa marítima del Norte de España, designada con el nombre convencional de Ficóbriga. Es verano.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales se haya celebrado ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EST. TÍP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

C. de San Francisco, 4.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de Buendía.—Al fondo, próxima al ángulo de la izquierda, una gran puerta, con forillo, por la cual entran todos los que vienen del exterior ó de la huerta, y un ventanal grande, al través de cuyas vidrieras se ven árboles.—Dos puertas á la derecha, y una grande á la izquierda, que es la del comedor.—Muebles de nogal, un vargueño, arcones, todo muy limpio.—Cuadros religiosos, y dos ó tres que representan barcos de vela y vapor: en la pared del fondo, la fragata Joven Rufina *en tamaño grande.—La decoración debe tener el carácter de una casa acomodada de pueblo, respirando bienestar, aseo, y costumbres sencillas.—Una mesa á la derecha; velador á la izquierda.—Es de día.—Por derecha é izquierda, entiéndase la del espectador.*

ESCENA PRIMERA

D. José, sentado, en el sillón próximo á la mesa. A su lado, Rufina. A la izquierda, junto al velador, D. César y una Señora. A la derecha, junto á la mesa, dos Señoras, sentadas, y dos Caballeros, en pie. En el centro de la escena, Canseco, en pie. Lorenza entra y sale sirviendo Jerez. En la mesa y velador, servicio de copas y botellas, y una bandeja de rosquillas. Al alzarse el telón, Canseco está en actitud de pronunciar un discurso; ha terminado una frase que provoca aplausos y bravos de todos los personajes que se hallan en escena. Copa en mano, impone silencio, y prosigue hablando.

Canseco.—Concluyo, señoras y caballeros, proponiéndoos beber á la salud de nuestro venerable patriarca, gloria y prez de esta honrada villa industrial y marítima; del es-

clarecido terrateniente, fabricante y naviero, don José Mánuel de Buendía, que hoy nos hace el honor de cumplir ochenta y ocho años... digo... que hoy cumple... y se digna invitarnos... en fin... (Embarullándose.)

TODOS.—Bien, bien... que siga...

CANSECO.—Bebamos también á la salud de su noble hijo, el gallardo don César de Buendía. (Risas.)

D. CÉSAR.—(Mofándose.) ¡Gallardo!

CANSECO.—Quiero decir, del nobilísimo don César, heredero del cuantioso nombre y de los ilustres bienes raíces, y no raíces, del patriarca cuyo natalicio celebramos hoy. Y, por último, brindo también por su nieto. (Rumores de extrañeza. Movimiento de sobresalto en don José y don César.) (¡Ay... se me escapó!) (Tapándose la boca.)

SEÑORA 1.ª—(Que te resbalas, Canseco.)

D. CÉSAR.—(¡Majadero como éste!)

CANSECO.—(Disimulando con toses y gestos, y enmendando su inconveniencia.) De su... quiero decir, de su nieta (Encarándose con Rufina), de esta flor temprana, de este ángel, gala de la población...

RUFINA.—(Burlándose.) ¡Ay, Dios mío... de la población!

CANSECO.—De la familia, de la... (Vacilando.) En fin, que viva mil años don José, y otros mil y pico don César y Rufinita, para mayor gloria de esta culta villa, célebre en el mundo por su industria minera y pesquera, y, entre paréntesis, por sus incomparables rosquillas; de esta villa, digo, en la cual tengo la honra de ser Notario, y como tal, doy fe del entusiasmo público, y me permito notificárselo al señor de Buendía en la forma de un apretado abrazo. (Le abraza. Lorenza ofrece á los invitados rosquillas. Todos comen y beben. Risas y aplausos.)

D. JOSÉ.—Gracias, gracias, mi querido Canseco.

SEÑORA 3.ª—(La que está junto á don César.) ¡Qué hermosura de vida!

SEÑORA 1.ª—¡Qué bendición de Dios!

SEÑORA 2.ª—¿Y siempre fuertecito, don José?

D. JOSÉ.—Como un roble veterano. No hay viento que me tumbe, ni rayo que me parta. Pueden ustedes llevar la noticia á los envidiosos de mi longevidad. La vista clara, las piernas seguras todavía... el entendimiento como un sol.

En fin, no hay más que dos casos en el mundo: yo y Gladstone.

CAB. 1.º—¡Prodigioso!

CANSECO.—¡Qué enseñanza, señores; qué ejemplo! A los ochenta y ocho años, administra por sí mismo su inmensa propiedad, y en todo pone un orden y un método admirables. ¡Qué jefe de familia, previsor cual ninguno, atento á todas las cosas, desde lo más grande á lo más pequeño!

D. JOSÉ.—(Con modestia.) ¡Oh, no tanto!

RUFINA.—Diga usted que sí. Lo mismo dirige mi abuelito un pleito muy gordo, de muchísimos pliegos... así, que dispone la ración que debemos dar á las gallinas.

CAB. 2.º—Así, todo es prosperidad en esta casa.

D. JOSÉ.—Llámenlo orden, autoridad. Cuantos viven aquí bajo la férula de este viejo machacón, desde mi querido hijo hasta el último de mis criados, obedecen ciegamente el impulso de mi voluntad. Nadie sabe hacer ni pensar nada sin mí; yo pienso por todos.

CAB. 1.º—¿Qué tal?

CAB. 2.º—¡Esto es un hombre!

CANSECO.—Nació de padres humildísimos... Entre paréntesis, ya sé que no se avergüenza...

D. JOSÉ.—Claro que no.

CANSECO.—Y desde su más tierna edad ya mostraba disposiciones para el ahorro.

D. JOSÉ.—Cierto.

CANSECO.—Y á poco de casarse empezó á ser una hormiga para su casa. (Risas.)

D. JOSÉ.—No reirse... la idea es exacta.

D. CÉSAR.—Pero la forma es un poco...

CANSECO.—Total, que en una larga vida de laboriosidad ha llegado á ser el primer capital de Ficóbriga. Hállase emparentado con ilustres familias de la nobleza de Castilla...

SEÑORA 1.ª—Señor don José, ¿es usted pariente de los Duques de San Quintín?

D. JOSÉ.—Sí, señora, por casamiento de mi hermana Demetria con un segundón pobre de la casa de Trastamara.

SEÑORA 2.ª—¿Y la actual Duquesa Rosario?

D. JOSÉ.—Mi sobrina en grado lejano.

CANSECO.—Usted lo tiene todo: nobleza por un costado, y por

otro, mejor dicho, por los cuatro costados, riquezas mil. Suyas son las mejores fincas rústicas y urbanas del partido; suyas las dos minas de hierro... dos minas, señores, y mejor será decir tres (A don José), porque la fábrica de escabeches y salazones, que usted posee á medias con Rosita *la Pescadera*, mina es, y de las más productivas.

D. José.—Regular.

Cab. 1.º—Suma y sigue: la fábrica de puntas de París...

Canseco.—Item: los dos vaporcitos que llevan mineral á Bélgica. Ainda mais: los dos buques de vela...

Rufina.—(Vivamente.) Tres.

Canseco.—Verdad. No contaba yo la fragata *Joven Rufina*, que no navega.

Rufina.—Sí que navega. Barquito más valiente no lo hay en la mar.

Canseco.—Otra copita, la última, para celebrar este maravilloso triunfo del trabajo (En tono oratorio), señores, de la administración, del sacrosanto ahorro... ¡Oh gloriosa leyenda del siglo de hierro, del siglo del papel sellado, del siglo de la fe pública que á manera de... que á manera de los...! (Embarullándose.)

Cab. 1.º—Que se atasca... (Todos ríen.)

Canseco.—Del siglo de oro de nuestra literatura, digo, de nuestra economía política, y de la luz hipotecaria... (Risas estrepitosas.) No... de la luz eléctrica, eso... y del humo, es decir, del vapor... de la locomotora... ¡uf! He dicho. (Aplausos.)

D. César.—(Levantándose.) ¿Quién viene?

Rufina.—(Mirando por las vidrieras del fondo.) Un caballo de lujo veo en el portalón de la puerta.

D. José.—¿Caballo dijiste? Tenemos en casa al Marqués de Falfán de los Godos.

Rufina.—(Mirando por el fondo.) El mismo.

ESCENA II

Dichos.—El Marqués de Falfán de los Godos en traje de montar, elegante sin afectación, á la moda inglesa.

El Marq.—Felices...

D. José.—Señor Marqués, ¡cuánto le agradezco!...

D. César.—(Contrariado.) (¡A qué vendrá este farsante!)

El Marq.—Pues, señor, me vengo *pian pianino*, á caballo, desde las Caldas á Ficóbriga, y al pasar por la villa en dirección á la playa de baños, advierto como un jubileo de visitantes en la puerta de esta mansión feliz. Pregunto: dícenme que hoy es el cumpleaños del patriarca, y quiero unir mi felicitación á la de todo el pueblo.

D. José.—(Estrechándole las manos.) Gracias.

El Marq.—¿Con que ochenta?

D. José.—Y ocho: no perdono el pico.

El Marq.—No tendremos nosotros cuerda para tanto. (A don César.) Sobre todo, usted.

D. César.—Ni usted.

El Marq.—Gozo de buena salud.

D. César.—¿Qué haría yo para poder decir lo mismo? ¿Montar á caballo?

El Marq.—No: tener menos dinero... (En voz baja) y menos vicios.

D. César.—(Aparte al Marqués.) (Graciosillo viene el prócer.)

El Marq.—No es gracia. Es filosofía.

Cab. 1.º—Señor Marqués, ¿mucha animación en las Caldas?

El Marq.—Tal cual.

D. José.—¿Y no tomará usted baños de mar?

El Marq.—¡Oh, sí!... ¡Mi Océano de mi alma! Dentro de un par de semanas me instalaré en el establecimiento.

Cab. 2.º—¿Ha venido usted en *Ivanhoe?*

El Marq.—No, señor: en *Desdémona*.

Señora 3.ª—(Con extrañeza.) ¿Qué es eso?

D. César.—Es una yegua.

Señora 3.ª—Ya.

D. José.—(Con interés.) Dígame, ¿salió usted de las Caldas á eso de las diez?

El Marq.—Ya sé por qué me lo pregunta.

D. José.—¿Llegó la Duquesa?

El Marq.—¿Rosario? Sí, señor. Díjome que vendrá luego, en el mismo coche que la trajo de la estación.

D. José.—¿Y está buena?

El Marq.—Tan famosa y tan guapa. Parece que no pasan catástrofes por ella. Me encargó que le dijese á usted... Ya no me acuerdo.

D. José.—Ella me lo dirá... ¿No toma usted una copita?

El Marq.—Sí, señor, vaya. (Le sirve Rufina.)

D. José.—Y pruebe las rosquillas, que dan celebridad á nuestra humilde Ficóbriga.

El Marq.—Son riquísimas. Me gustan extraordinariamente.

Rufina.—Hechas en casa.

El Marq.—¡Ah!...

Canseco.—(Tomando otra rosquilla.) Y mucho más sabrosas que todo lo que se vende por ahí. (Las Señoras y Caballeros se despiden para marcharse. Rufina y don César les atienden.)

D. José.—¿Se van ya?

Señora 1.ª—Mil felicidades otra vez.

Cab. 1.º—Repito...

Señora 2.ª—Mi querido don José... Marqués... (El Marqués les hace una gran reverencia.)

D. José.—Saldremos á despedirles. (Al Marqués.) Dispénseme...

Señora 3.ª—No se moleste... (Salen todos, menos Canseco y el Marqués. Este come otra rosquilla.)

ESCENA III

El Marqués, Canseco.

El Marq.—Dispense usted, caballero. ¿Tengo el honor de hablar con el médico de la localidad?

Canseco.—No, señor. Canseco, Notario, para servir á usted.

El Marq.—¡Ah! sí... ya recuerdo: tuve el gusto de verle... (Queriendo recordar.)

CANSECO.—Sí, tres años há, cuando otorgamos aquella escritura de préstamo... del préstamo que hizo á usted don César.

EL MARQ.—Sí, sí. Usted ha de dispensarme si me permito hacerle una pregunta. ¿No le parecerá impertinente mi curiosidad?

CANSECO.—¡Oh! no, señor Marqués...

EL MARQ.—¿Usted conoce bien á esta familia?

CANSECO.—Soy íntimo. La familia merece todo mi respeto.

EL MARQ.—Y el mío. Yo respeto mucho al patriarca... Pero á su hijo...

CANSECO.—Pues don César es...

EL MARQ.—Es... ¿qué?

CANSECO.—Una bellísima persona.

EL MARQ.—El pillo más grande que Dios ha creado, ejemplar que sin duda echó al mundo para que admiráramos la infinita variedad de sus facultades creadoras; porque si no es así... Confiéseme usted, señor de Canseco, que nuestra limitada inteligencia no alcanza la razón de que existan ciertos seres molestos y dañinos.

CANSECO.—Verbigracia, los mosquitos, las...

EL MARQ.—Por eso yo, cuando me levanto por las mañanas, ó por las tardes, en la corta oración que dirijo á la soberana voluntad que nos gobierna, siempre acabo diciendo: «Señor, sigo sin entender por qué existe don César de Buendía.»

CANSECO.—(Con malicia.) (Este le debe dinero.)

EL MARQ.—Y... dígame usted, si no le parezco importuno: ¿el inmenso caudal amasado por ambos Buendías... dejo á un lado el por qué y el cómo del tal amasijo... esta inmensa fortuna pasará íntegramente á la nieta, á esa Rufinita angelical...?

CANSECO.—¿Íntegramente?... No. La mitad, según creo...

EL MARQ.—(Comprendiendo.) ¡Ya!

CANSECO.—Y entre paréntesis, señor Marqués, ¿no es un dolor que esa niña, en quien veo un partido excelente para cualquiera de mis hijos, haya dado en la manía de meterse monja?

EL MARQ.—Entre paréntesis, me parece un desatino... Ha dicho usted la mitad. Pues aquí encaja mi pregunta.

CANSECO.—A ver...

EL MARQ.—¿No será indiscreción?

CANSECO.—Que no.

EL MARQ.—(Llena dos copas.) ¿Es cierto que...? (Da una copa á Canseco.) Otro paréntesis, amigo Canseco... ¿Es cierto que don César tiene un hijo natural?

CANSECO.—(Con la copa en la mano, lo mismo que el Marqués, sin beber.) Sí, señor.

EL MARQ.—¿Es cierto que ese hijo natural, nacido de una italiana llamada Sarah, está aquí?

CANSECO.—Desde hace cuatro meses.

EL MARQ.—¿Le ha reconocido su padre?

CANSECO.—Todavía no.

EL MARQ.—Luego piensa reconocerle.

CANSECO.—Sí, señor, porque hoy mismo me ha dicho que prepare el acta de reconocimiento.

EL MARQ.—Bien, bien. (Beben ambos.)

CANSECO.—Es guapo chico; pero de la piel del diablo. Criado en tierras de extranjis, su cabeza es un hervidero de ideas socialistas, disolventes y démoledoras. Por dictamen del abuelo, le han sometido á un tratamiento correccional, á una disciplina de trabajos durísimos, sin tregua ni respiro.

EL MARQ.—¿Aquí?

CANSECO.—Vive en la fábrica de clavos, y allí trabaja de sol á sol, menos cuando le encargan alguna reparación aquí, ó en los barcos, ó en los almacenes... porque, entre paréntesis, es gran mecánico, sabe de todo. En fin, como talento y disposición, crea usted que Víctor no tiene pero.

EL MARQ.—(Calculando.) Su edad debe ser... veintiocho años.

CANSECO.—Por ahí. Tiénenle en traje de obrero, hecho un esclavo; y en realidad, ideas tan revoltosas, temperamento tan inflamable, bien justifican lo duro del régimen educativo, señor Marqués. Esperan domarle, y, entre paréntesis, yo creo que le domarán.

EL MARQ.—Bueno, bueno. Un millón de gracias, amigo mío, por haber satisfecho esta curiosidad... enteramente caprichosa, pues no tengo interés...

ESCENA IV

EL MARQUÉS, CANSECO, D. CÉSAR.

D. CÉSAR.—(¡Aquí todavía este tarambana!)

EL MARQ.—¡Ah! ¡Don César!... Pues no sólo por felicitar á mi señor don José me he detenido aquí, sino por hablar con usted dos palabras.

D. CÉSAR.—Ya, ya me figuro...

CANSECO.—(Apártase á la derecha y llena otra copa.) (Este quiere otra prórroga... Y van seis.)

EL MARQ.—Sin duda, usted cree que vengo á solicitar otra prórroga...

D. CÉSAR.—Naturalmente. Y lo peor del caso es que yo, sintiéndolo mucho, señor Marqués, no podré concedérsela. (Con afectación de sentimiento.)

EL MARQ.—No hay que afligirse. Vengo á participar al que ha sido mi pesadilla durante diez años que... (Echando mano al bolsillo.) Aquí tengo el telegrama de mi apoderado, que recibí anoche... Entérese. (Se lo muestra.) Ayer quedaron cancelados los dos pagarés.

D. CÉSAR.—¿El grande también? ¿El de las doscientas mil y pico...?

EL MARQ.—Ese y el otro, y el de más allá.

CANSECO.—(¡Pagar este hombre! Celebremos el milàgro con otra copa, precedida de su correspondiente rosquilla.) (Come y bebe.)

D. CÉSAR.—¡Qué milagro! ¿Le ha caído á usted la lotería?

EL MARQ.—Me ha caído una herencia. Usted es dichoso cobrando, y yo reviento de júbilo al verme libre de la ignominiosa servidumbre que impone una deuda inveterada, mayormente cuando el acreedor es de una complexión moral... iutolerable.

D. CÉSAR.—(Con falsa humildad.) No lo dirá usted por mí.

EL MARQ.—(Con malicia revestida de formas corteses.) ¡Oh, no...! Dios me libre de chillar ahora por el fabuloso incremento de los intereses, que en los cuatro años últimos han

triplicado la suma que debí á su misericordia... Es la costumbre, ¿verdad?

D. César.—(Afectando franqueza.) Hijo, lo convenido.

El Marq.—Eso, lo convenido. Basta. Deferente con usted, y tan conocedor de los negocios como del resto de la vida humana, no incurriré en la vulgaridad de llamarle á usted usurero, judío, monstruo de egoísmo, como hacen otros... sin duda injustamente.

D. César.—(Quemado, pero disimulando su rencor con falsa cortesía.) Usan ese lenguaje los mismos que tienen la audacia de decir que es usted un perdido... ¡Infamia como esa!

El Marq.—(Dándole palmaditas.) Despreciamos la maledicencia, ¿verdad? ¡Ay, amigo don César! ¡qué hermoso es pagar! (Suspirando fuerte.) Soy libre, libre. ¡Roto al fin el vergonzoso grillete! El pagador recobra los fueros de su personalidad, amigo mío... Los afanes, la sorda vergüenza, los mil artificios que trae la insolvencia, transfiguran nuestro carácter. Un deudor es... otro hombre... no sé si me explico.

D. César.—Y usted, al cumplir sus compromisos, vuelve á ser...

El Marq.—Lo que debí ser siempre, lo que soy en realidad.

D. César.—(Como queriendo concluir.) Lo celebro mucho. De modo que nada nos debemos el uno al otro.

El Marq.—¿Nada?

D. César.—Que yo sepa.

El Marq.—Piénselo bien. Puede que tengamos alguna olvidada cuentecilla que ajustar...

D. César.—¿Cuentas...? ¿mía... de usted...? No hay nada.

El Marq.—No es de dinero.

D. César.—¿Pues de qué? ¡Ah! algún supuesto agravio...

El Marq.—Justo.

Canseco.—(Esto se pone feo.)

D. César.—Pues si he agraviado á usted... de un modo inconsciente, sin duda, ¿por qué no me pidió usted explicaciones en tiempo oportuno?

El Marq.—Porque el infeliz deudor, ¿quiere que se lo repita? carece de personalidad frente al árbitro de su vida y de sus actos todos. Se interpone la delicadeza, que es la segunda moral de las personas bien educadas, y ya tiene

usted al hombre atado codo con codo, como los criminales. El dinero prestado hace un tremendo revoltijo en el orden lógico de los sentimientos humanos.

CANSECO.—(¡Vaya unas metafísicas que se trae este aristócrata!)

D. CÉSAR.—No entiendo una palabra, señor Marqués... ¡Ah! cuestión de mujeres quizás...

EL MARQ.—Hablo con el hombre más mujeriego y más enamoradizo del mundo.

D. CÉSAR.—¡Cosas que fueron!... ¡Bah! ¿Y al cabo de los años mil sale usted con esa tecla? (Riendo.) ¡Vaya unas antiguallas que desentierra el buen Marqués de Falfán...!

EL MARQ.—Me gusta refrescar sentimientos pasados.

D. CÉSAR.—Á mí no. Soy muy positivo. Lo pasado, pasó. Y el presente, mi noble amigo, es harto triste para mí. (Sentándose triste y desfallecido.) Estoy muy enfermo.

EL MARQ.—¿De veras?

D. CÉSAR.—(Con abatimiento.) Gravemente enfermo, casi casi condenado á muerte.

EL MARQ.—Sería muy sensible... (Poniéndole la mano en el hombro.) ¡Pobrecito! La codicia y la concupiscencia son polilla de las naturalezas más robustas.

D. CÉSAR.—Pero, en fin, ¿qué agravio es ese? Yo no recuerdo...

EL MARQ.—No hay prisa. Cuando usted recobre su salud, pasaremos revista á diferentes períodos de nuestra vida, y en alguno de ellos hemos de encontrar ciertos actos que no tuvieron correctivo... debiendo tenerlo...

D. CÉSAR.—(Recordando y queriendo desvirtuar el hecho recordado.) ¡Ah!... ¿Tanta importancia da usted á bromas inocentes?

EL MARQ.—(Con seriedad, reprimiendo su ira.) Bromas, ¿eh? Pues ahora que estoy libre, no extrañe usted que yo también... ¡Y las gasto pesadas!

D. CÉSAR.—Ó quizás se refiera usted á sucesos, ó accidentes, motivados por una equivocación lamentable, por un *quid proquo*...

EL MARQ.—(Con intención.) También sé yo equivocarme lamentablemente cuando quiero dar un sofoco... Golpes á mansalva que he aprendido de usted...

CANSECO.—(Confuso.) (¿Pero qué significa esto...?)

ESCENA V

Dichos.—D. José, Rufina; después Lorenza.

D. José.—(Entrando fatigado.) Ya se han ido. Gracias á Dios.

El Marq.—Yo también me voy. (Estrechando las manos á don José.) Mi querido patriarca...

D. José.—Amigo mío... César, acompáñale. Si encuentra usted por el camino á Rosario, dígale que la espero impaciente. Adiós.

El Marq.—Bien. (Despidiéndose.) Señor Canseco...

Rufina.—(Entrando presurosa.) Ahí está don Buenaventura de Lantigua.

D. José.—¿Más visitas...? (Á don César.) Recíbele tú. Dí que estoy rendido. Después te vienes aquí. Tengo que hablarte.

D. César.—(Con desabrimiento.) (¡Dichosas visitas!) (Vanse por el fondo el Marqués y don César. Entra Lorenza, que, ayudada de Rufina, recoge el servicio del refresco.)

Canseco.—Yo también me despido... (Abraza á don José.) Con que... No faltar á la reunión de mayores contribuyentes en el Ayuntamiento.

D. José.—(Sentándose fatigado.) No faltaré... Adiós. (Vase Canseco.)

ESCENA VI

D. José, Rufina, Lorenza.

D. José.—¿Cuánto Jerez se han bebido?

Lorenza.—Once botellas.

D. José.—Con media docena habría bastado.

Lorenza.—Pues de las siete libras de rosquillas que hicimos para hoy, mire usted lo que dejan.

D. José.—En estos días ya se sabe... (Recordando.) ¡Ah! antes que se me olvide... (Saca varias llaves y da una á Lorenza.) Saca tres botellas de clarete para la comida de hoy.

LORENZA.—Bien. ¿Y ponemos otro principio?

D. JOSÉ.—No.

LORENZA.—Como me dijo que quizás tendría un convidado...

D. JOSÉ.—(Con extrañeza.) ¿Quién?

RUFINA.—Sí, abuelito: la Duquesa...

D. JOSÉ.—¡Ah! sí... Pero ignoro si querrá comer con nosotros. Por si acaso, mata una gallina.

RUFINA.—¿La moñuda?

D. JOSÉ.—No: reservar la moñuda, que es la mejor. Maten la pinta. Dí, tú, ¿cuántos huevos pusieron ayer?

LORENZA.—(Retrocediendo.) Nueve.

D. JOSÉ.—Poco es. Más vale el maíz que se comen.

LORENZA.—¡Pobrecillas! Si supieran de cuentas lo que usted, ya igualarían el provecho que dan con la pitanza que consumen. Pero Dios no ha querido que las aves sean tan... matemáticas... (Vase con la loza.)

D. JOSÉ.—En cambio, ha querido que tú seas respondona. (A Rufina.) La cuenta de hoy.

RUFINA.—(Sacando papel y lápiz.) Aquí está. Carne, siete y medio. Pescado, cinco... (Escribe.)

D. JOSÉ.—Apúntalo todo, y á la noche lo pasas al libro. Quiero que hasta la hora de mi muerte se lleve cuenta y razón del gasto de la casa. La regularidad es mi goce, y el orden mi segunda religión. ¡Benditos sean los números, que dan paz y alegría á una larga existencia!

RUFINA.—(Examinando sus papeles.) Hay que añadir alpiste para los canarios: seis. Y salvado para las gallinas. He traído ambas cosas por mayor para que salga más arreglado.

D. JOSÉ.—(Con entusiasmo.) ¡Eres un ángel!... (La besa.) El ángel de la administración... No extraño que Dios te quiera para sí... ¿Vas ahora á la iglesia?

RUFINA.—(Guardando sus papeles.) Todavía no puedo. Ha de venir más gente.

D. JOSÉ.—Es verdad.

RUFINA.—El capitán y marineros de la *Joven Rufina*. ¿No sabes? Te traen una fragata de guirlache, con los palos de alfeñique, y cargamento de tocino del cielo.

D. JOSÉ.—(Gozoso.) Ja, ja...; ¡Qué bonito!... ¡Cuánto regalo hoy! (Regodeándose.) ¡Los capones del Alcalde, qué hermosos!

RUFINA.—¿Pues y la lengua ahumada de don Cosme?

D. José.—¿Y el jamón del cura?

Lorenza.—(Presurosa por el fondo.) Señor, los del Resguardo traen una docena de cocos; y también está el Rentero de la Juncosa con muchas mantecas, morcillas y sin fin de golosinas.

Rufina.—(Con alegría.) Voy á verlo.

D. José.—Obséquiales con una copa. (Vanse Rufina y Lorenza. Entra don César.)

ESCENA VII

D. José, D. César.

D. José.—(Indicándole el asiento próximo.) Ya deseaba estar solo contigo.

D. Cesar.—(Sentándose fatigado.) ¡Condenadas visitas!

D. José.—Tenemos que hablar.

D. Cesar.—Hablemos.

D. José.—Has cumplido cincuenta y cinco años.

D. Cesar.—(Suspirando.) Sí, señor. ¿Y qué?

D. José.—Que eres un muchacho.

D. Cesar.—Comparado con usted... Pero si miramos á la salud, el muchacho es mi padre, y yo el octogenario. ¡Si viera usted qué mal me siento de algunos días acá! (Apoya los codos en las rodillas, y la frente en las manos.)

D. José.—Ea, no marear con dolencias imaginarias. César, no seas chiquillo. Si has de casarte, no hay que perder el tiempo.

D. Cesar.—(Sin alzar la cabeza.) ¿Acaso el casarse por segunda vez es ganarlo?

D. José.—En este caso sí. Vuelvo á decirte que conviene á los intereses de la casa que sea tu mujer ese espejo de las viudas, *Rosita Moreno*, por mal nombre *La Pescadera*.

D. Cesar.—(Alzando la cabeza.) Y usted se empeña en que me pesque á mí.

D. José.—Exactamente. Y tengo poderosas razones para desear ese matrimonio. Es tu deber crear una familia, asegurar... como si dijéramos, nuestra dinastía.

D. Cesar.—Tengo una hija.

D. José.—(Vivamente.) Pero Rufinita quiere ser monja.

D. Cesar.—Tengo un hijo.

D. José.—Un hijo natural, no reconocido aún.

D. Cesar.—Le reconoceré... Ya dije á Canseco...

D. José.—Sí; pero... Por dictamen mío, el reconocimiento no se verificará hasta no asegurarnos de que Víctor merece pertenecer á nuestra familia. En vista de la mala fama que trajo del extranjero, donde se educó, y de Madrid, donde vivió los últimos meses, opiné, y tú lo aprobaste, que debíamos someterle á un sistema de observación correccional. Figúrate que resultara imposible...

D. Cesar.—Víctor tiene talento.

D. José.—Si como tiene talento tuviera juicio...

D. Cesar.—Espero que el rigor con que le tratamos le enderezará. Y ya ve usted que soy inexorable... No le dejo vivir.

D. José.—Así, así. Pero ¡ay! tan arraigadas están en su magín las ideas disolventes, que...

D. Cesar.—Fruto de las malas compañías y de las lecturas ponzoñosas. Créalo usted: los pícaros libros son la perdición de la humanidad.

D. José.—No exageres... Hay libros buenos.

D. Cesar.—Pero como para saber cuál es bueno y cuál no hay que leerlos todos, y esto no es posible, lo mejor es proscribir la lectura en absoluto... En fin, yo trato de formar á Víctor á nuestra imagen y semejanza, antes de admitirle legalmente en la familia... ¡Y cómo trabaja el pícaro! ¡Todo es fácil para él! ¡Qué inteligencia, qué prontitud, qué manos!

D. José.—Pero esas cualidades poco significan solas. El obrero que á su habilidad no une el don del silencio, no sirve para nada.

D. Cesar.—Por eso le tengo prohibido que dirija á los obreros más palabras que *buenos días*, y *sí*, y *no*. Temo que arroje en los talleres alguna semilla de insubordinación. (Don José empieza á dar cabezadas de sueño.) Si he de decir verdad, á mí mismo, que soy tan árido de palabra y tan seco de trato, me cautiva si me descuido. Y aunque me parecen absurdas sus ideas sobre la propiedad, el traba-

jo, la política y la religión, de tal modo reviste sus disparates de una forma reluciente, que me seduce, me emboba... ¡Ah! pues si yo lograra, con este régimen de esclavitud en el trabajo, que aquel talento superior entrara por el camino derecho... (Advirtiendo que don José se ha dormido, inclinando la cabeza sobre el pecho.) Pero, padre... ¿se duerme usted?

D. José.—(Despertando lentamente y creyendo que habla con otra persona.) Rosario de Trastamara, Duquesa de San Quintín... perdóname si te digo que... (Sacudiendo el sopor y viendo claro.) ¡Ah!... creí... De tal modo me embarga el ánimo la visita de esa mujer, que...

D. Cesar.—¿Pero es de veras?... ¿Tendremos aquí á Rosarito?

D. José.—Ya oíste al Marqués de Falfán. No puede tardar. Su carta dice que viene á pedirme consejo.

D. César.—¡Pedir consejo! Traduzca usted la frase al lenguaje corriente, y diga: pedir dinero.

D. José.—¿Pero tan pobre está?

D. Cesar.—En la última miseria.

D. José.—¿Lo ha perdido todo?

D. Cesar.—Todo. A poco de morir el botarate de su marido, la propiedad inmueble pasó á manos de tres ó cuatro acreedores. Rosario tuvo que vender los cuadros, armaduras y tapices, la plata labrada, las vajillas, y hasta las libreas de los lacayos.

D. José.—¡Qué demonches!

D. Cesar.—En París, según oí, ha malbaratado sus joyas. Hoy no le queda más que el guardarropa, la colección de trapos elegantes, que no valen nada.

D. José.—¡Dios misericordioso, concluir de ese modo casa tan poderosa!... Y díme, ¿viste á Rosario en Madrid últimamente?

D. Cesar.—No, señor. Desde las cuestiones agrias que tuve con su padre, la más orgullosa, la más atufada nulidad que he visto en mi vida, no me trato con ningún Trastamara, y el parentesco es letra muerta para ellos y para mí.

D. José.—¡Pobre Rosario! No puedo olvidar que la tuve sobre mis rodillas, que la he dado mil besos... Por cierto que si su pobreza es tal como dices, no habrá más remedio que facilitarle algunos recursos...

D. CESAR.—(Levantándose.) Usted hará lo que quiera. Yo no le daría un cuarto. Ella no pedirá, no; pero llorará. Verá usted cómo llora: las lágrimas son en esa nobilísima raza la forma elegante del pordioseo. (Se aleja.)

D. JOSÉ.—Pero aguarda... óyeme.

D. CESAR.—Tengo que ir al Ayuntamiento.

ESCENA VIII

Dichos.—RUFINA; poco después VÍCTOR.

RUFINA.—(Presurosa y alegre, por el comedor.) Abuelito, papá, el capitán, piloto y marineros de la *Joven Rufina*. Vengan, vengan á ver el barco de dulce.

D. JOSÉ.—Voy. Que pasen al comedor.

RUFINA.—¿Les damos Jerez?

D. JOSÉ.—No: ron de Jamáica, del que levanta ampolla. Voy allá. ¿Vienes tú? (Vase con Rufina por el fondo.)

D. CESAR.—Yo no. (Preocupado.) Esta aparición de la Duquesita me da mala espina. ¡A pedir consejo!... ¿Para que?... ¿Querrá casarse? Infeliz mujer, ¡qué mal se avienen orgullo y pobreza! (Viendo aparecer á Víctor, que entra por la derecha, segundo término.) ¡Ah! Víctor... (Con severidad.) ¿Qué buscas aquí?

VÍCTOR.—(En traje de obrero, con blusa: trae varias herramientas.) Me dijo usted que viniera á las once para encargarme... no sé qué.

D. CESAR.—¡Ah! sí, ya no me acordaba... Ante todo, ¿reconociste la fragata?

VÍCTOR.—Sí, señor: ayer.

D. CESAR.—¿Podrá hacer un viaje, uno solo?

VÍCTOR.—Difícilmente. La cuaderna mayor está quebrantada; casi todos los baos deben ponerse nuevos. El codaste y la roda no ofrecen seguridad, y el palo mayor está astillado por la fogonadura.

D. CESAR.—¿De modo que será peligroso...? Pero un viaje, un solo viaje, en estos meses de bonanza, bien podrá.

VÍCTOR.—Si no vuelve antes del equinoccio de Octubre, podría quedarse en el camino.

D. CESAR.—Pues nada, la mandaremos con mineral á Inglaterra. Retorno de carbón, y después, hacha en ella.

VÍCTOR.—Como usted quiera.

D. CESAR.—¿Está listo el laminador, que se descompuso la semana pasada?

VÍCTOR.—Listo, y marcha perfectamente.

D. CESAR.—Bien. Ahora trae el metro, el martillo, el cortafríos...

VÍCTOR.—(Mostrándolos.) Los traígo.

D. CESAR.—(Llevándole hacia la puerta de la derecha.) Ya te dije que proyecto levantar un piso sobre estas habitaciones. Mide con toda exactitud las tres piezas, y hazme el plano de ellas. Examina el grueso de las paredes, descubre las vigas de carga de los tabiques para reconocerlas... Y todo eso pronto, hoy mismo.

VÍCTOR.—Está bien. (Vase por la derecha, segundo término. Don José y Rufina, que vuelven del comedor, le ven salir.)

RUFINA.—Pero qué, papá, ¿en día como éste no hay descanso para el pobre Víctor?

D. JOSÉ.—Ya descansará, hija.

D. CESAR.—Lo que hace hoy no es trabajo para él.

D. JOSÉ.—La ociosidad es su mayor enemigo.

RUFINA.—¡Qué tiranía!... Todos contra él. (Con resolución.) Pues sepan que estoy aquí para defenderle.

D. CESAR.—¿Tú?... Me parece muy bien...

ESCENA IX

Dichos.—LORENZA, presurosa por el fondo.

LORENZA.—Señor, ahí está.

D. CESAR.—¿La Duquesa?

LORENZA.—El coche acaba de parar en el portón. Viene con ella una criada; detrás un carro cargado de baúles.

D. CESAR.—Yo me escabullo. Adiós. (Vase por el comedor.)

D. JOSÉ.—La recibiré aquí. (Vase Lorenza.) Por si come en casa,

conviene que en la cocina se esmeren un poco. Manda por una lata de conservas... café superior, azúcar fino.

RUFINA.—Sí, sí.

D. JOSÉ.—Y cuida de poner un bonito ramo en la mesa.

RUFINA.—Descuida. ¿Me quedo?

D. JOSÉ.—No. Rosario querrá hablarme á solas. Después la verás. Vete á la iglesia.

RUFINA.—Voy, sí... (Vase por el comedor. Aparece Rosario por el foro.)

ESCENA X

D. JOSÉ; ROSARIO, en traje de viaje, muy elegante.

ROSARIO.—Señor de Buendía...

D. JOSÉ.—(Abrazándola.) ¡Rosario, hija mía!

ROSARIO.—(Examinándole el rostro.) Viejecito, sí... pero muy bien conservado. ¡Qué hermosa ancianidad!

D. JOSÉ.—¡Y qué hermosa juventud! (Se sientan.)

ROSARIO.—Paréceme que veo á mi abuelito... ¿Se acuerda usted?

D. JOSÉ.—(Con recordar penoso.) ¡Ah...!

ROSARIO.—Y á mi padre.

D. JOSÉ.—¡Pobre Mariano! Si hubiera hecho caso de mí, no te verías hoy en tan triste situación. Pero tanto á él como á tu mamá, las verdades de este viejo predicador por una oreja les entraban y por otra les salían. Durante el tiempo que administré los cuantiosos bienes de la casa de San Quintín en esta provincia, luché como un león para poner orden en el presupuesto de la familia. ¡Ay! era como poner puertas al campo. Tuve que dejar la administración. Enfriáronse nuestras relaciones, y al fin dejé de escribirle... no te acordarás... cuando salió á remate la Juncosa.

ROSARIO.—¡Ay, qué tristeza al pasar hoy por la Juncosa! ¡Y pensar que aquellas hermosas arboledas fueron mías, y el monte, y las marismas!... Allí, en aquel caserón que parece un castillo feudal, con sus hiedras, su muro al-

menado, su soledad misteriosa y su romanticismo, pasé los mejores días de mi infancia. Y ahora, la Juncosa, y San Quintín, y el palacio de leyenda...

D. José.—(Premioso.) Son míos... sí. Yo se los compré al rematante. Otras fincas valiosas de San Quintín han venido á mi poder por los medios más legítimos. La maledicencia, hija mía, que nada respeta, ha querido ofenderme susurrando que hice préstamos usurarios á tu familia...

Rosario.—¡Oh, no!... Si cité el caso de hallarse nuestra propiedad en manos de ustedes, no ha sido en son de censura, no... Señalo un caso, un fenómeno...

D. José.—Fenómeno muy natural, y que está pasando todos los días. La riqueza, que viene á ser como la anguila, se desliza de las manos blandas, finas, afeminadas del aristócrata, para ser cogida por las manos ásperas, callosas del trabajador. Admite esta lección, y apréndetela de memoria, Rosarito de Trastamara, descendiente de príncipes y reyes, mi sobrina en segundo grado...

Rosario.—Y á mucha honra...

D. José.—Y añadiré, para que la lección agarre más en tu mente, que mi padre fué un triste pastelero de esta villa... No creas que carecía de timbres nobiliarios... Dice la tradición que inventó... ¡que inventó! (Con orgullo) las sabrosas rosquillas que dan fama á Ficóbriga.

Rosario.—¡Oh!...

D. José.—Sesenta años há, cuando tu abuelo, el Duque de San Quintín, escandalizaba este morigerado país con un lujo estrepitoso, José Manuel de Buendía se casaba con Teresita Corchuelo, hija de confiteros honradísimos. Pues bien: el día de mi boda no tenía yo valor de cuatro pesetas. Y me casé, y pusiéronme á llevar cuenta y razón de las rosquillas, que entonces empezaron á exportarse, y gané dinero, y supe aumentarlo, y fuí un hombre, y aquí me tienes.

Rosario.—¡Soberano ejemplo!

D. José.—¡Ah, si yo te hubiera cogido por mi cuenta!... (Con ademán de pegarle.) En fin, dime lo que te pasa; cuéntame.

Rosario.—¡Ah, señor don José, mis desdichas son tantas que no sé por dónde empezar! A poco de perder á mi esposo, que era, como usted sabe...

D. José.—Una calamidad. ¡Dios le tenga en su santísima gloria! Adelante.

Rosario.—Me ví envuelta en pleitos y cuestiones muy desagradables con mis tías las de Gravelinas, con mi primo Pepe Trastamara. Esto y la ruína total de mi casa, hiciéronme la vida imposible en Madrid. Refugiéme en París, y allí nuevos disgustos, humillaciones, conflictos diarios, una vida angustiosa.

D. José.—Ya, ya entiendo... Y que no habrás sufrido poco, pobrecilla, dado tu carácter altanero...

Rosario.—¿Altanero?

D. José.—Lo dice la fama.

Rosario.—¡Ay! las desdichas me han abatido el orgullo más de lo que usted cree... ¡Si viera usted...! Siento en mí una vaga tristeza, la pena de haber nacido en la más alta esfera social. Y al mismo tiempo, me cruzan por aquí (Por la mente) no sé qué ideas, y sorprendo en mí aptitudes de mujer práctica, encerradita en un modesto hogar...

D. José.—Un poco tarde, un poco tarde ya.

Rosario.—Apetezco la soledad, la quietud, la sencillez; vivir con verdad, sintiendo y pensando por cuenta propia...

D. José.—Vamos, quieres retirarte del mundo. ¿Acaso te llama la vida religiosa?

Rosario.—Será quizás mi única salvación. Sobre esto quiero consultar á usted.

D. José.—Lo pensaremos, lo discutiremos; calma. Oyeme: has venido á pedirme consejo, y yo, sin negarte el consejo, te doy una cosa que vale más: te doy asilo en esta humilde morada.

Rosario.—(Con efusión.) ¡Oh, gracias, gracias!...

D. José.—Mientras resuelves si entras ó no en un convento, y en cuál ha de ser, te estás aquí tan tranquila.

Rosario.—Molestaré quizás.

D. José.—Nada. Te juro que no he de alterar mis costumbres sencillotas. Donde comen cuatro, comen cinco. El clásico puchero: sota, caballo y rey; ya sabes. La casa es grandísima. Buenas vistas, luz, aire, alegría por todas partes.

Rosario.—No me tiente usted, señor de Buendía... ¡Cuánta

dicha, qué dulce reposo, qué encanto!... ¡Y cómo me gustan estas casas patriarcales, este lujo del aseo, este nogal bruñido por el tiempo, y el trapo de manos hacendosas! (Levántase y mira por la vidriera del fondo.) ¿Pues y esa huerta? La he visto al pasar. ¡Qué delicia de manzanos, con tanta fruta! ¿Y el gallinero? ¿Y esa terraza, donde veo que planchan, bajo el fresco emparrado?... Y allá un horno... Y un palomar con tanto *ru-ru*... Esto es un paraíso. (Vuelve al lado de don José.)

D. José.—Además del reposo que ofrezco á tu espíritu enfermo, esta vida ha de ser para tí un curso de filosofía del hogar doméstico. El ejemplo de mi nieta te enseñará muchas cosas que ignoras.

Rosario.—(Batiendo palmas.) Sí, sí... He oído contar maravillas de esa preciosa joven...

D. José.—Es un ángel, un verdadero ángel administrativo, y una gobernadora de casa que podría poner cátedra.

Rosario.—¿Dónde está? Ya deseo conocerla.

D. José.—Luego lo verás.

Rosario.—Y aquí no tiene usted más familia.

D. José.—También tengo á mi hijo.

Rosario.—¡Don César! (Con repentino sobresalto, levantándose.)

D. José.—Sí. ¿Qué te pasa?

Rosario.—Creí que su hijo de usted continuaba en Madrid.

D. José.—Llegó el mes pasado.

Rosario.—(Muy inquieta.) No, no... No acepto su hospitalidad. Ese hombre y yo no podemos estar bajo un mismo techo.

D. José.—¡Pero qué tontería! ¿Por qué temes á César?

Rosario.—No es temor; es más bien repugnancia.

D. José.—¡Ah!... ya entiendo... Los rozamientos con tu papá hace algunos años...

Rosario.—(Muy nerviosa.) ¿Rozamientos? Es algo más. He visto á mi padre, ya casi moribundo, derramar lágrimas de ira por no hallarse con fuerzas, delante del mismo Dios sacramentado, para perdonar á don César.

D. José.—Es que tu papá era la misma exageración... Hija de mi alma, olvida... y perdona... ¡Bah! Yo te aseguro que mi hijo no te molestará. Mira tú: en el fondo, César no es mala persona. Pero no me ciega el amor paternal, y reconozco en él un gravísimo defecto.

ROSARIO.—¿Cuál?

D. JOSÉ.—Su desmedida afición al bello sexo. Ha sido en él una enfermedad, un ciego instinto... Mujer que veía, mujer que deseaba. De ese defecto provienen todos sus errores, y los graves disgustos que nos dió á su pobre mujer y á mí.

ROSARIO.—¡Qué calamidad de hombre!

D. JOSÉ.—Con una buena cualidad, hay que ser justos, atenuaba esa locura; y era... que nunca les daba dinero, ó muy poco.

ROSARIO.—Quería que le amasen de balde... Y á propósito... Mi primo Falfán me habló de... Parece que don César tiene un hijo...

D. JOSÉ.—El cual nos ha traído un problema grave.

ROSARIO.—Dígame: ¿ese joven no es hijo de una italiana llamada Sarah, que murió hace bastantes años?

D. JOSÉ.—Justo. ¡Vaya unos regalos que me hace mi hijo!

ROSARIO.—Y luego pretende usted que yo sea benévola con don César, cuando usted mismo...

D. JOSÉ.—Pero tus agravios son pura cavilación, y además cosa ya pasada. Me haces una ofensa renunciando por tan fútil motivo á la hospitalidad que te ofrezco.

ROSARIO.—Ofensa no.

D. JOSÉ.—(Estrechándole las manos.) ¿Te quedas?

ROSARIO.—Por usted, por su nieta.

D. JOSÉ.—Bien. Yo cuidaré de que la vida te sea grata dentro de la humildad de este pacífico reino mío.

ROSARIO.—(Conmovida.) ¡Gracias, gracias! Sospecho, mi querido anciano, que ha de gustarme tanto, tanto esta vida, que al fin... tendrán ustedes que echarme.

D. JOSÉ.—(Bromeando.) ¡Bueno!... te echaremos cuando nos estorbes...

ESCENA XI

Dichos.—Lorenza, Rafaela, y dos mozos que traen cuatro baúles.

D. José.—Dejarlo todo aquí. (A Rosario.) Saca la ropa modesta que has de usar en mi casa. Lo demás déjalo guardado.

Rosario.—Así lo haremos.

D. José.—(Señalando por la derecha, primer término.) Ocuparás estas tres habitaciones, que fueron las de mi esposa. De esas ventanas verás el mar, la playa de baños.

Rosario.—Veámoslo. (Sale seguida de don José por la derecha.)

Lorenza.—(A Rafaela.) Dígame: ¿todo eso viene lleno de ropa?

Rafaela.—Claro: todo el tren de verano, y algo de entretiempo. Total: veintisiete trajes.

Lorenza.—¡Oh! ¡qué rica debe de ser esa señora!

Rosario.—(Volviendo á entrar con don José.) Hermosísimo. Rafaela, abre ese mundo. Quiero mudarme en seguida. Saca el traje de percal con lunares.

D. José.—Vaya: ahora te quedas solita. Yo estorbo. Tengo que ir un rato al Ayuntamiento. (A Lorenza.) Tú, mi sombrero. (Lorenza le da el sombrero.) Procura estar lista, y vete acostumbrando á la puntualidad. (A Lorenza.) No olvides... ya sabes... (Habla rápidamente en voz baja con Lorenza.)

Rafaela.—(Que ha abierto uno de los baúles y saca de él algunas ropas, que pone sobre las sillas.) Ahora que recuerdo: aquí no está el vestido azul con lunares.

Rosario.—(Señalando otro baúl.) Ahí, tonta.

D. José.—Esta es tu casa. Lorenza y todos mis criados, á tu disposición. (Besa la mano á Rosario, y vase por el fondo con Lorenza.)

Rosario.—Bien... (Con gracejo.) Ya está usted aquí de más. (Se quita el sombrero y lo pone encima de la mesa.)

ESCENA XII

ROSARIO, RAFAELA.

ROSARIO.—Sácame también un par de blusas.

RAFAELA.—(Forcejeando con la cerradura, sin poder abrirla.) Señorita, no puedo abrirlo.

ROSARIO.—Pues déjalo. Saca la ropa de éste (El que está abierto), y la vas poniendo en aquel armario de nogal. (Señalando al interior por la puerta de la derecha.)

RAFAELA.—(Impaciente.) ¡Maldita cerradura!

ROSARIO.—Alguien habrá por ahí que te ayude. (Oyense fuertes golpes en la pared, por la derecha.) ¿Qué es esto?

RAFAELA.—Parece que derriban la casa.

ROSARIO.—Vamos, date prisa. Mira, yo lo sacaré. Vete á traerme agua. (Revolviendo en una bandeja de ropas que Rafaela, al salir, dejó sobre la silla.) Aquí está el de cuadros. Este no me gusta. (Lo saca; y al volverse hacia la derecha para extenderlo sobre una silla, ve á Víctor, que entra por la puerta derecha, segundo término, trayendo martillo, cortafríos y el metro. Rosario se asusta, da un ligero grito. Quédase Víctor suspenso, inmóvil, contemplándola.)

ESCENA XIII

ROSARIO, VÍCTOR.—RAFAELA, que entra y sale varias veces durante la escena.

ROSARIO.—¡Ah...! Es un operario... Dispense usted: me asusté. Si hiciera usted el favor de abrir ese baúl...

VÍCTOR.—(¡Ella es... sí!) (Continúa contemplándola extático.)

ROSARIO.—¿Pero no oye lo que le digo? ¿Es usted el que daba esos martillazos en mis habitaciones?

VÍCTOR.—(Sin poder disimular su alegría.) (¡Vive aquí!...)

ROSARIO.—(Observándole con expresión de duda y curiosidad.) Pero...

VÍCTOR.—Perdóneme usted, señora Duquesa. ¿Qué mandaba?

ROSARIO.—(Confusa.) (¡Cosa más rara! ¡Yo conozco á este hombre!)

VÍCTOR.—(Advirtiendo la atención con que le mira Rosario.) Difícilmente me reconocerá en este traje.

ROSARIO.—¡Reconocerle!... Pues qué.. ¿Le he visto yo á usted alguna vez?

VÍCTOR.—Sí, señora. (Sorpresa y mayor confusión de Rosario. Pausa.) En fin, ¿qué mandaba? (Entra Rafaela con dos jarros de agua.)

RAFAELA.—Este baúl es el que hay que abrir. (Vase por la derecha. Víctor examina la cerradura. Rosario no deja de mirarle.)

ROSARIO.—(O yo me he vuelto tonta, ó en efecto... conozco á este hombre... ¿Pero quién es? ¿Dónde le he visto? Ese traje...)

VÍCTOR.—(Que, después de varias tentativas, ha abierto la cerradura.) Ya está.

ROSARIO.—Ahora, puede usted retirarse.

VÍCTOR.—(Después de una pausa, dudando si atreverse ó no.) ¿Sin satisfacer su curiosidad?... Porque la señora Duquesa, en este momento, se devana los sesos por recordar dónde y cuándo me ha visto.

ROSARIO.—Es cierto. (Atrevidillo es el mozo.)

VÍCTOR.—Si la señora me lo permite, refrescaré su memoria con cuatro palabras.

ROSARIO.—¿Es usted el hijo de don César?

VÍCTOR.—Sí, señora.

ROSARIO.—Ya... ¿Y qué tal? Condenadito á trabajos forzados por su mala cabeza.

VÍCTOR.—Sí, señora.

ROSARIO.—Pues sí: no puedo refrenar mi curiosidad. Dígame cómo y cuándo...

VÍCTOR.—Ante todo, si por mi osadía he merecido su enojo, le ruego me perdone...

ROSARIO.—(Con altanería.) Está usted perdonado... Vamos á ver. Contésteme.

VÍCTOR.—¿Dónde y cuándo he tenido el honor de que usted me vea?

ROSARIO.—Sí...

VÍCTOR.—¿Y el honor más grande de que usted me hable?

ROSARIO.—(Vivamente.) ¿Hablarle? Eso no.

VÍCTOR.—Eso sí... óigame un instante. No siempre he vestido de obrero. Mi padre, hombre inflexible, me ha impuesto este traje... como correctivo... Criéme en Francia...

ROSARIO.—(Vivamente.) Y en Biarritz quizás... me vió usted.

VÍCTOR.—No, señora... hace cinco años me mandó mi padre á Lieja á aprender mecánica. Concluídos los estudios teóricos, pasé á Seraing, y trabajaba en la gran fábrica que llaman Cockerill. Los sábados nos reuníamos tres ó cuatro muchachos de distintas nacionalidades, y nos íbamos á pasar el domingo, de jarana, en Amberes, Malinas ó Brujas. Un día se dirigió la cuadrilla á Ostende. Era la época de los baños de mar. Juntando el poco dinero que teníamos, dimos unos cuantos golpes en la ruleta de la Cursaal, y la loca suerte nos favoreció.

ROSARIO.—(Riendo.) ¿Ganaron?

VÍCTOR.—Lo bastante para creernos ricos por unas cuantas horas. Eramos tres: un alsaciano, un suizo, y este humilde criado de usted. Resueltos á dar un bromazo gordo, nos instalamos aparatosamente en el *Hotel del Círculo de Baños*, haciéndonos pasar por príncipes rusos.

ROSARIO.—¡Ah, valientes pillos! Ya, ya recuerdo... una tarde de Agosto... Me acuerdo, sí, del principillo ruso.

VÍCTOR.—Era yo. Invité á usted á dar un paseo por los jardines en un entreacto del concierto. Fuimos á la vaquería, charlamos un rato, y por la noche, en el baile, me permití... tuve la increíble audacia de hacer á usted una declaración amorosa.

ROSARIO.—(Riendo.) Sí, sí... y que fué de lo más volcánico y relampagueante... Ya me acuerdo... Pero diga usted... Si me pareció que hablaba usted alemán con sus compañeros...

VÍCTOR.—Hablo el alemán como el español.

ROSARIO.—Conmigo hablaba usted francés... lo mismo que un parisién.

VÍCTOR.—Sí, señora...

ROSARIO.—¿Gran facilidad para lenguas?

VÍCTOR.—Hablo también el inglés. Tengo ese don, á falta de otros. Desgraciadamente, en aquella ocasión ninguno

sabía una palabra de ruso; y por esto, y porque se nos acabó repentinamente el miserable metal, tuvimos que dejar nuestro disfraz y salir escapados en el primer tren de la mañana del lunes.

ROSARIO.—Y ya no nos vimos más.

VÍCTOR.—¡Oh, sí!...

ROSARIO.—(Con gran curiosidad.) ¿Pero cuándo?

VÍCTOR.—Aún falta mucho que contar.

ROSARIO.—¿De veras?

RAFAELA.—(Entra por la derecha; señala otro baúl.) También éste... no sé qué tiene. (A Víctor imperiosamente.) Oye, abre también éste. (¡Qué obrerito más guapo!) (Coge ropa para llevarla.) Ya podías ayudarme á traer las bandejas.

ROSARIO.—Anda tú y déjale. (Mientras Víctor abre el otro baúl.) (Si esto parece novela... ¡Qué gracioso! El príncipe ruso de Ostende en Ficóbriga abriéndome los baúles.) (Vuelve á salir Rafaela llevando ropa.)

VÍCTOR.—(Con una rodilla en tierra, abriendo la cerradura.) ¿Sigo contando?

ROSARIO.—Sí, sí... Me cautiva todo lo que sale de los caminos trillados y vulgares. Pero cuidadito, no me cuente usted nada que no sea verdad.

VÍCTOR.—Si usted me conociera, señora, sabría que adoro la verdad, y que á ella lo sacrifico todo. (Abre el baúl.) Ya está.

ROSARIO.—Adora la verdad, y se fingió ruso, y príncipe.

VÍCTOR.—Una broma de estudiante. ¡Ah, qué día de Agosto! Entonces era usted recién casada, y hermosísima.

ROSARIO.—Va pasando el tiempo.

VÍCTOR.—Y ahora es usted mucho más hermosa.

ROSARIO.—(Paréceme que se propasa.) Basta ya. Algo tendrá usted que hacer en otra parte.

VÍCTOR.—(Desconsolado.) Me despide... sin oir lo que... ¿Cree usted que se degrada oyéndome?

ROSARIO.—¡Oh, no!... Hable, diga lo que quiera... Vamos, ¡qué picardías habrá usted hecho para que le tengan así!

VÍCTOR.—Reconozco que mi padre está en lo justo. He sido malo, sí.

ROSARIO.—Rebelde al estudio, quizás.

VÍCTOR.—Sí, señora... Yo no estudiaba, digo, estudiar sí, y

mucho; pero solo. Leía lo que me acomodaba, y aprendía lo más grato á mi mente. Repugné siempre la enseñanza en escuelas organizadas; me resistí á ganar grados y títulos. Lo que sé, lo sé sin diploma, y no poseo ninguna marca de la pedantería oficial. En Bélgica aprendí muchas cosas con más práctica que teoría. Soy algo ingeniero, algo arquitecto... sin título, eso sí. Pero sé hacer una locomotora, y si me apuran hago una catedral, y si me pongo fabrico agujas, vidrio, cerámica...

ROSARIO.—¡Cuántas habilidades, y venir á parar á esa triste condición de obrero!...

VÍCTOR.—Verá usted... En Bélgica me sedujo la idea socialista. Cautivóme un alemán, hombre exaltado, que predicaba la transformación de la sociedad; y tomé parte en una huelga ruidosa, pronuncié discursos, agité las masas... ¡Terrible campaña, que terminó con mi prisión...!

ROSARIO.—Bien merecido.

VÍCTOR.—Seis meses me tuvieron en la cárcel de Amberes. Mi padre me escribió echándome los tiempos, y negándome todo auxilio.

ROSARIO.—Y con razón. ¡Vaya que defender esas barbaridades! Pero usted no creía eso: lo defendía por pasatiempo, por travesura.

VÍCTOR.—No, señora: lo creía... y lo creo. Al salir de la prisión, me fuí á Inglaterra. Mas no pude consagrarme al estudio de mis caras doctrinas, porque en Londres tropecé con un español que se empeñó en reconciliarme con mi padre... y lo consiguió. Fué mi padre en busca mía, y me trajo á España y me plantó en Madrid.

ROSARIO.—¿Y allí era usted también obrero?

VÍCTOR.—No, señora: era señorito. Mi padre tomó mil precauciones para apartarme de la propaganda socialista. Yo alternaba con multitud de jóvenes de la mejor sociedad, algunos muy ricos. Por las noches me ponía mi fraquecito, y al amparo de la democracia mansa que allí reina, tenía acceso en todas partes.

ROSARIO.—Ya... (Comprendiendo.) Y alguna vez quizás me vió usted... Pues no recuerdo...

VÍCTOR.—Yo sí... Además, la veía á usted constantemente en teatros, paseos, en la iglesia...

ROSARIO.—¿También frecuentaba las iglesias...?

VÍCTOR.—Como todos los sitios donde podía ver á una persona que me fascinaba, que me volvía loco, que... (Entra Rafaela.)

RAFAELA.—(Todavía el obrerito aquí. ¡Qué le estará contando á mi señora!)

ROSARIO.—¿Y en Madrid también predicaba usted la destrucción de la sociedad, y todos esos desatinos?

VÍCTOR.—Hacía propaganda oral y teórica; pero sin resultado.

RAFAELA.—(Recogiendo más ropa.) (¡Vaya si es guapo el obrerito! A éste le pesco yo, como tres y dos son cinco.) (Sale llevando ropa.)

ROSARIO.—Vamos, que no se atrevía usted.

VÍCTOR.—Diré á usted con toda verdad, y sin altanería, que yo me atrevo á todo. Nada existe en lo humano, nada, nada, que ponga miedo en mi corazón.

ROSARIO.—(Con admiración.) ¿De veras?

VÍCTOR.—Y las dificultades, los peligros, aumentan mi valor.

ROSARIO.—Bravísimo. Por valiente le tienen en esta esclavitud. ¡Sabe Dios las atrocidades que habrá usted hecho en Madrid!

VÍCTOR.—No: mi vida en Madrid era de lo más inocente... No vivía más que para seguir á la mujer que era mi encanto y mi suplicio, pues me fascinaba sin mirarme.

ROSARIO.—Y no le miraba á usted. ¡Qué pícara!

VÍCTOR.—Desconocía... y desconoce... mi loca pasión.

ROSARIO.—Amor solitario, delirio, embuste.

VÍCTOR.—(Con calor.) Pasión de una realidad indudable, pues en ella he vivido y viviré; pasión de acendrada pureza, pues nunca esperé ser correspondido, ni lo espero ahora; pasión en la cual tanto me enloquece la ausencia como la presencia de la soberana hermosura que...

ROSARIO.—(Echándose á reir.) Basta, basta. ¡Qué chaparrón de poesía! Deje usted que me guarezca... (Apártase de él.) Francamente, no creo en esas pasiones, que hasta en los dramas y novelas resultan ya de un gusto dudoso. ¡Prendarse insípidamente de una mujer de alta clase; espiar su coche; dar caza á su sombra en la calle, flechándola con miradas no devueltas, en paseos y teatros; adorarla

en puro éxtasis nebuloso, y...! Eso se lo cuenta usted... á quien conozca el mundo menos que yo.

VÍCTOR.—Se lo cuento á usted, porque es verdad y porque ha deseado saberlo. Vivo de esa ilusión y con ella moriré. Es la savia de mi existencia. No comprendo la vida sin la continua presencia de mi ídolo aquí (En la mente), y aquí la llevo, y aquí la adoro, criatura sin semejante, prodigio de la Naturaleza, trasunto de la divinidad...

ROSARIO.—Ja, ja, ja... Pero, hombre, dígame usted quién es esa diosa. Quiero saber quién es. ¿Acaso la conozco?

VÍCTOR.—Perdone usted mi atrevimiento, que viene á ser la compensación de mi insignificancia. Quien nada es, ni nada tiene, ni nunca será nada tal vez, bien puede permitirse el don de la sinceridad, de la claridad.

ROSARIO.—No, si la sinceridad me gusta muchísimo. Es el mayor de los goces para quien ha vivido tanto tiempo en un mundo de ficciones y mentiras.

VÍCTOR.—(Con entusiasmo.) Bendita sea la boca que tal dice.

ROSARIO.—(Impaciente.) El nombre, venga el nombre.

VÍCTOR.—¿Para qué?

ROSARIO.—Pronto... ¿quién es?

VÍCTOR.—No, no.

ROSARIO.—Mire que si usted no lo dice, lo digo yo, y le pongo la cara colorada. La dama de quien usted ha hecho un ídolo en tonto... (Pausa) soy yo.

VÍCTOR.—¡Oh!

ROSARIO.—Lo adiviné al momento. ¿Cree usted que yo no he leído novelas?

VÍCTOR—Señora, observe usted que nada pretendo; que no tengo esperanzas, ni las tendré nunca.

ROSARIO.—Naturalmente.

VÍCTOR.—Y si lo que sabe le parece monstruoso, aplásteme con su indiferencia.

ROSARIO.—(Siempre con gracejo.) Hombre, tanto como aplastarle... Nadie se ofende por ser ídolo... más ó menos falso.

VÍCTOR.—Y lo que he dicho no excluye el respeto más vivo. Yo le juro á usted que no hablaré más de...

ROSARIO.—Sí: estas cosas no deben repetirse. Tanta poesía empalaga. Porque usted se cree socialista, y no es más que poeta; un poeta que quiere demoler el mundo y poner-

me á mí de pasmarote sobre las ruínas. ¡Qué gracioso!

VÍCTOR.—No se cuide usted de mí; no me mire siquiera...

ROSARIO.—¡Pero, hombre, también prohibirme que le vea! Si delante se me pone... no voy á cerrar los ojos cuando usted pase...

VÍCTOR.—Pues si mi existencia significa algo para usted, hágame su esclavo.

ROSARIO.—Eso sí... Empecemos. (Entra Rafaela por la derecha.) Haga el favor de ayudar á mi criada... (Señalando las bandejas de ropa que están sobre las sillas.)

RAFAELA.—(Dándoselas.) Toma. Es tarde... Ya están ahí los señores.

VÍCTOR.—Mi padre, el abuelo. (Sale por la derecha llevando ropa.)

ROSARIO.—(Con admiración y acento de entusiasmo.) (¡Atrevido como él solo!) (Entran por el fondo don José y Rufina. Tras él, algo cohibido, don César.)

ESCENA XIV

Dichos.—D. JOSÉ, RUFINA, D. CÉSAR.

D. JOSÉ.—(Presentando á Rufina.) Mi nieta.

ROSARIO.—¡Qué linda! (Se besan cariñosamente.)

D. CESAR.—(Quedándose en el fondo hacia la derecha, contempla á Rosario con arrobamiento. Avanza y hace una gran reverencia, á la cual contesta Rosario friamente.) ¡Qué hermosa! ¡Brava mujer! (Entran de nuevo por la derecha Rafaela y Víctor en busca de más ropa.) ¿Qué haces aquí? (A Víctor con displicencia.) A la fábrica pronto. Suspende el trabajo que te encargué... Y esta tarde puedes pasear. Pero lejos, lejos...

VÍCTOR.—(Retirándose por la puerta derecha, segundo término.) Bien, señor... Lejos iré, muy lejos...

D. JOSÉ.—(A Rosario.) ¿Y qué... comemos? Es la hora.

ROSARIO.—(Con prisa.) Cinco minutos nada más. Salgo al instante. (Corre hacia su cuarto.)

D. JOSÉ.—Cinco minutos, niña. (Gritando hacia fuera.) ¡Lorenza, la sopa!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Terraza en casa de Buendía.—Al fondo, una fila de manzanos y otros frutales, en espalier, *con un hueco al centro, por donde entran los que vienen de la huerta.—En el forillo, paisaje rústico.—Puertas laterales en primer término.—La de la izquierda, cubierta de enredaderas, da paso á las habitaciones de servicio, cocina y despensa, y junto á ella hay un hueco de emparrado, que conduce al sitio en que se supone que está el horno.—La de la derecha comunica con las habitaciones de los señores.—A la izquierda, cerca del proscenio, una mesa grande que sirve para planchar y amasar.—Dos sillas y una banqueta de madera.*

ESCENA PRIMERA

ROSARIO, RUFINA, LORENZA, las tres con mandil. La primera plancha una camisola. Lorenza la dirige y enseña. Rufina apila en una banqueta la ropa planchada ya.

LORENZA.—Más fuerte, señora.

ROSARIO.—(Apretando.) ¿Más todavía?

LORENZA.—No tanto... ¡Ah! las pecheras de hombre son el caballo de batalla.

ROSARIO.—¡Qué torpe soy!

LORENZA.—¡Quiá! si va muy bien. Ya quisieran más de cuatro...

RUFINA.—No te canses. Lorenza concluirá.

ROSARIO.—(Fatigada, dejando la plancha.) Sí... No puedo más. Hoy ya me he ganado el pan.

LORENZA.—(Planchando con brío.) Concluyo en un periquete.

RUFINA.—Nosotras á guardar.

ROSARIO.—(Apilando en una bandeja de mimbres almohadas y sábanas.) Déjame á mí.

RUFINA.—No... yo... tú te cansas.

ROSARIO.—Que no me canso, ea. ¡Qué placer llenar los armarios de esta limpia, blanquísima y olorosa ropa casera!... y ponerlo todo muy ordenadito, por tamaños, por secciones, por clases... (Cogiendo la bandeja de ropa.) Venga. (Rufina le ayuda á cargársela á la cabeza.) ¡Hala!

RUFINA.—(Señalando por la derecha.) ¡Al armario grande de allá! (Sale Rosario por la derecha.)

LORENZA.—Parece que no; pero tiene un puño... y un brío...

RUFINA.—¡Ya, ya!

ROSARIO.—(Reapareciendo presurosa por la derecha.) Ahora, las sábanas.

RUFINA.—Ahora me toca á mí. (Cargando un montón de ropa. Vase por la derecha.)

ROSARIO.—¿Y yo? Lorenza, dame la plancha otra vez. Me habéis acostumbrado á no estar mano sobre mano, y ya no hay para mí martirio como la ociosidad.

LORENZA.—Si estoy acabando.

RUFINA.—(Por la derecha resueltamente.) Con que... señora Duquesa de San Quintín, concluyó el planchado. ¿Qué hacemos hoy?

LORENZA.—Manteca.

ROSARIO.—No: hoy toca rosquillas. Don José lo ha dicho.

RUFINA.—Y ya mandé á Víctor que encendiera el horno. (Lorenza recoge la última ropa, y la lleva adentro; después va retirando los utensilios de plancha.)

ROSARIO.—Hoy me pongo yo á la boca del horno, yo, yo misma... y ya verás... (Indica el movimiento de meter la pala en el horno.)

RUFINA.—No... tú no sabes; no tienes práctica, y quemarás la tarea. Déjame á mí el horno.

ROSARIO.—Bueno, bueno. (Con inquietud infantil, haciendo movimiento de amasar sobre la mesa.)

LORENZA.—¿Amasan aquí?

ROSARIO.—Aquí, que está más fresco.

RUFINA.—Y Víctor se encargará de llevarme la masa.

ROSARIO.—¿Pero le dejarán venir acá?

RUFINA.—Si está ahí. (Señalando á la huerta.) Papá le ha mandado arreglar la esparraguera y replantar el fresal viejo.

ROSARIO.—¿Qué? ¿también entiende de horticultura?

RUFINA.—De todo entiende ese pillo. (Va hacia el fondo, y llama, haciendo señas con la mano.) ¡Eh, Víctor!...

ROSARIO.—¡Eh, señor socialista, señor nivelador social, venga usted acá!

ESCENA II

Dichas.—VÍCTOR, por el fondo.

VÍCTOR.—¿Qué mandan las lindas proletarias?

RUFINA.—Que te prepares. Necesitamos de tu co... operación revolucionaria y disolvente.

ROSARIO.—Somos las hordas populares... Pedimos pan y trabajo; y como no nos dan el pan, lo hacemos; pero no para que se lo coman los ricos.

VÍCTOR.—(Riendo.) ¿Van á hacer pan?

ROSARIO.—Rosquillas, hombre, para el pueblo soberano. (Señalándose á sí misma.)

RUFINA.—Y traerás aquí la tabla de amasar, las latas y todos los adminículos.

ROSARIO.—Y luego usted se dignará llevar la tarea á la boca del horno.

VÍCTOR.—Encendido está ya. Parece un corazón enamorado. Conviene esperar á que se temple.

ROSARIO.—Con el frío de la sana razón.

RUFINA.—Vuélvete á la huerta. No diga papá que te entretenemos.

VÍCTOR.—(Contemplando extático á Rosario.) (¡Divina, sobrenatural mujer...! ¡Miserable de mí!) ¿Me llamarán luego? ¿Es de veras que me llamarán?

ROSARIO.—Sí, hombre, sí.

VÍCTOR.—Pues abur. (Vase por el fondo.)

RUFINA.—¡Qué guapo y qué simpático!

ROSARIO.—Sí que lo es. Corazón grande, alma de niño.

LORENZA.—(Que ha entrado y salido repetidas veces en la escena, llevando los trastos de planchar.) Señoritas, no olvidarme las gallinas. Es hora de darles de comer.

ROSARIO.—Sí, vamos. (Al ir hacia el fondo son detenidas por don José y el Marqués, que entran. Vase Lorenza por la izquierda.)

ESCENA III

ROSARIO, RUFINA; D. JOSÉ, EL MARQUÉS.

D. JOSÉ.—Aquí la tiene usted.

EL MARQ.—(Riendo de la facha de Rosario.) Ja, ja, ja... Rosarito, ¿eres tú? ¡Increíble metamorfosis!

ROSARIO.—(Por don José.) Aquí tienes al autor del milagro.

D. JOSÉ.—¿Qué cree usted? Se levanta á las cinco de la mañana.

EL MARQ.—Justamente á la hora á que se acostaba en Madrid.

ROSARIO.—¿Y tú qué tal?

EL MARQ.—Ayer me instalé en los baños, y mi primera visita en la gran Ficóbriga es para la nieta de reyes, hoy aprendiza de planchadora.

D. JOSÉ.—Se pasa el día de faena en faena; vida gozosa, entretenida y saludable.

EL MARQ.—Sí que lo será. ¿Me admiten en la partida?

RUFINA.—Mire usted que aquí se trabaja de veras.

D. JOSÉ.—Diga usted que también se divierten, triscan y retozan.

ROSARIO.—¡Ay! ayer tarde, por el monte arriba, ¡qué espectáculo, qué pureza de aires, qué aromas campesinos! Nunca he sentido tan grande amor á la Naturaleza y á la soledad.

EL MARQ.—Pues en los baños me dijeron que una tarde, al subir al monte, por poco te matas.

ROSARIO.—¿Yo?

RUFINA.—No fué nada.

D. JOSÉ.—Una torpeza de Víctor. Ya le he reprendido. Empeñóse en llevar el burro por un desfiladero...

RUFINA.—No fué culpa de Víctor. ¡Vaya! ¡que todo lo malo lo ha de hacer el pobre Víctor!...

ROSARIO.—Fué culpa mía. Yo, yo misma le mandé que me llevara por aquellos riscos. Por poco nos despeñamos, amazona, burro y borriquero... En fin, gracias al arrojo de ese valiente muchacho, no pasó nada.

D. José.—Ni volverá á ocurrir. Ya tendrá cuidado.

Rosario.—Y finalmente, Currito Falfán, primo mío, vástago ilustre de la segunda rama de los Otumbas, ¿quieres ayudarnos á hacer rosquillas?

El Marq.—(Riendo.) ¿De veras?... ¿Pero tú...?

D. José.—Amasa que es un primor.

El Marq.—Ayudaré... á comerlas. Y acepto también la invitación de don José, que sostiene que no hay sidra como la suya...

D. José.—(Ponderando.) Hecha en casa. ¡Verá usted qué sidra!

Rosario.—Y ahora, al gallinero.

El Marq.—Espérate, hija: tengo que hablarte. ¿Acaso valgo menos que las aves de corral?

Rufina.—Quédate. Yo iré. (Vase por el fondo.)

ESCENA IV

Dichos, menos Rufina.—D. César, presuroso por el fondo; después Lorenza, por la izquierda.

D. Cesar.—¿No ha venido Canseco...? Hola, Marqués... (Receloso y displicente.) (¡Aquí otra vez este botarate!)

D. José.—El Notario no puede tardar.

El Marq.—Dígame, don César, ¿es cierto que compra usted los dos caballos de tiro, y la yegua del Marqués de Fonfría, que hoy salen á subasta?

D. Cesar.—(Con vanidad.) Sí, señor... ¿Y qué?

D. José.—¿Pero te has vuelto loco? ¡Caballos de lujo... tú!

D. Cesar.—Yo, yo... El señor Marqués, tan perito en asuntos caballares, me dará informes...

El Marq.—Con muchísimo gusto.

D. José.—(Asustado.) ¿Pero te ha entrado el delirio de grandezas? César, vuelve en tí.

El Marq.—Los dos de tiro, *Eclair* y *Néstor*, son de la yeguada de mi hermano, media sangre. La yegua *Sarah* fué mía. Procede de las cuadras del Duque de Northumberland... pura sangre, fina como el coral, y veloz como el

viento. (Rosario limpia la mesa, y acaba de retirar algunos objetos que sobran.)

D. CESAR.—Me dará usted, si no le molesta, la filiación exacta de los tres animales...

EL MARQ.—La tengo en mi libro, y los datos de alzada, edad... Compre usted sin miedo: es verdadera ganga.

D. JOSÉ.—(Inquieto.) ¿Pero no es broma?... ¡Despilfarro mayor!

ROSARIO.—(Acercándose al grupo.) Don César piensa poner coche á la *gran d'Aumont*, para que se pasee por Ficóbriga *Rosita la Pescadera.*

D. CESAR.—Se paseará... quien se pasee.

EL MARQ.—¿Pero se casa? ¡Oh, Providencia!

D. JOSÉ.—(Malhumurado.) Como la elección no sea buena, vale más no pensar en ello.

ROSARIO.—¿Casarse?... Si dice que se va á morir pronto.

EL MARQ.—Mejor para encontrar novia.

D. CESAR.—Todavía daré alguna guerra. (A Rosario bruscamente en tono afectuoso.) Rosarito, no trabaje usted tanto, que se le estropearán las manos.

ROSARIO.—¿Y á usted qué le importa?

D. CESAR.—Me importa... puede importarme mucho. Y no debe andar usted tanto al sol si quiere conservar la finura de su cutis.

D. JOSÉ.—Si así está más bonita.

EL MARQ.—Más pastoril, más campestre.

D. JOSÉ.—(Regañón.) A buenas horas te entra la manía de lo aristocrático.

ROSARIO.—Cuando á mí me da por lo popular.

D. CESAR.—Rosarito de mi alma, no me lleve usted la contraria. Ya sabe que la quiero bien, que...

D. JOSÉ.—(Incomodado.) Ea, basta de bromas.

D. CESAR.—Si no es broma. (A Rosario.) ¿Ha tomado usted á broma lo que le he dicho?

EL MARQ.—¿Pero qué es ello? (Bromeando.) Don José, esto es muy grave.

D. JOSÉ.—Insisto en que mi hijo no tiene la cabeza buena.

D. CESAR.—Y hay más...

D. JOSÉ.—(Alejándose airado.) No quiero, no quiero saber más locuras. Tendría que tratarte como á un chiquillo. Marqués, ¿probamos ó no probamos esa sidra?

EL MARQ.—Estoy á sus órdenes.

D. JOSÉ.—Voy un instante á la bodega. Le espero á usted en el comedor. (En la puerta mirando á don César.) (¡Calamidad de hijo! ¡Ah, veremos, veremos quién puede más!) (Vase por el fondo.)

LORENZA.—(Por la derecha.) El señor de Canseco.

D. CESAR.—Que pase á mi cuarto. (A Rosario.) Tengo que ocuparme de cosas graves. Hablaremos luego. (Al Marqués.) Dispénseme. No se olvidará usted de mandarme...

EL MARQ.—¿El registro de caballos?... Sí, sí. Descuide.

D. CESAR.—Hasta ahora. (Vase por la derecha.)

ESCENA V

ROSARIO, EL MARQUÉS.

ROSARIO.—(Viendo alejarse á don César.) ¿Has visto qué cócora de hombre?

EL MARQ.—Juraría que se ha prendado de tí.

ROSARIO.—Tengo esa desdicha.

EL MARQ.—¿Y se ha declarado?

ROSARIO.—Salimos á declaración por día, en diferentes formas. Ayer, en una carta larguísima, fastidiosa y con muy mala gramática, me hizo proposición de casamiento.

EL MARQ.—¡Y tú...!

ROSARIO.—¡Cállate, por Dios! Te juro que antes me casaría con un albañil, con un peón, con un presidiario que con ese hombre.

EL MARQ.—Bien dicho. Todo antes que esta dinastía de pasteleros enriquecidos. El que inventó las rosquillas debió de ser un excelente hombre. Pero la raza ha ido degenerando, y don César es rematadamente protervo. Tú le odias; yo más.

ROSARIO.—No: yo más. Reclamo el privilegio. Las mordeduras de ese reptil han sido más venenosas para mi familia que para la tuya.

EL MARQ.—¡Ah! tú no sabes... No quiero hablarte de la humillación en que he vivido diez años, sufriendo sus perfi-

dias, y sin poder defenderme. Luego, el maldito, con refinada hipocresía, afectaba una adhesión servil á mi persona; y después de jugarme una mala pasada, se deshacía en cumplidos y protestas de amistad... ¡Y qué solapada astucia para fiscalizar mis actos, qué actitudes de polizonte.,.! Nada, que no me dejaba vivir... Me seguía los pasos... Era mi sombra, mi pesadilla. ¿No te conté aquel caso?... ¡Ah! verás. Logró apoderarse de siete cartas mías, dirigidas á la Estéfani...

ROSARIO.—Y se las mandó á tu mujer. Lo supe, sí.

EL MARQ.—Tenía que enviar á Dolores una cantidad en billetes. Dentro del sobre puso las cartas.

ROSARIO.—¡Infamia mayor! ¿Y no le mataste?

EL MARQ.—Me fuí á él como un tigre... Habías de verle y oirle, tembloroso, servil, queriendo encubrir la cobardía con la lisonja... Juróme que se había equivocado... que las cartas pensaba mandármelas á mí. En efecto: bajo otro sobre me mandaba una nota de réditos...

ROSARIO.—Debiste ahogarle.

EL MARQ.—Debí... sí... pero ¡ay! aquella noche necesitaba yo dos mil duros... Cuestión de honor... cuestión de pegarme un tiro si no los tenía.

ROSARIO.—Comprendo... ¡ah!

EL MARQ.—Y tuve que humillarme. Rosario de mi vida, nada envilece como cierta clase de deudas. No debas. Si para verte libre de tal suplicio necesitas descender en la escala social, baja sin miedo, cásate con un guarda de consumos, ó con el sereno de tu barrio.

ROSARIO.—Tienes razón. He sido también esclava y mártir. Gracias á Dios, estoy libre... aunque pobre.

EL MARQ.—Y ahora, prima querida, resuelto á no morirme sin dar á mi verdugo un bromazo como los que él me ha dado á mí, pongo en tu conocimiento que ya se la tengo armada,

ROSARIO.—¿Un bromazo?...

EL MARQ.—Una equivocación de la escuela fina, del estilo de las suyas.

ROSARIO.—Cuéntame... ¿Qué es eso?

EL MARQ.—Una cosa tremenda...

ROSARIO.—(Con vivo interés.) Pues dímelo. ¿Es algún secreto?

El Marq.—Para tí no.

Rosario.—¿Qué harás, pues?

El Marq.—(Temeroso de ser oído.) Destruir la ilusión de su vida. Ya sabes que anda por ahí un hijo...

Rosario.—Sí: le conozco; está aquí.

El Marq.—Por más señas, demagogo, sectario de la *Commune*, del ateísmo y del mismísimo infierno. Pues con todo, no será tan antipático como César.

Rosario.—En efecto: no es antipático. No parece hijo de tal padre.

El Marq.—¡Toma! como que no lo es... como que no lo es... ¿Lo quieres más claro?

Rosario.—(Estupefacta.) ¡Qué me cuentas! (Pausa.)

El Marq.—Lo que oyes. Puedo probarlo. Es decir, lo que puede demostrarse es que la filiación del joven reformador de la sociedad es un enigma, una equis...

Rosario.—(Con ardiente curiosidad.) Explícame eso... ¿Pero es de veras que...?

El Marq.—¿Conociste á una tal Sarah Balbi?

Rosario.—¿Italiana, institutriz en la casa de Gravelinas? A mamá oí hablar de esa mujer. Ya, ya voy comprendiendo. Y don César la amó, y la creyó fiel...

El Marq.—Rarezas, anomalías de los caracteres humanos.

Rosario.—¡Un hombre que tan bien conoce la moneda falsa, que entre mil centenes buenos encuentra el malo, sólo con revolverlos sobre una tabla... no conocer á Sarah!

El Marq.—¡Y tenerla por oro de ley!... Cegueras que impone el cielo como castigo.

Rosario.—Pero tú, ¿cómo sabes...?

El Marq.—Recordarás que hace pocos meses murió en casa el pobre Barinaga.

Rosario.—(Recordando.) Coronel de ejército, figura noble... barba blanca...

El Marq.—Por meterse en trapisondas políticas, acabó sus días en la miseria. Yo le recogí para que no fuera al hospital.

Rosario.—Ya, ya... Y ese infeliz tuvo amores con la italiana...

El Marq.—Sí.

Rosario.—Al mismo tiempo que don César.

El Marq.—Dos días antes de morir, refirióme el pobre coronel

su martirio. Porque verás. La amó locamente. Conservaba siete cartas de ella... ¡siete! fíjate en el número; siete cartas, que me entregó.

ROSARIO.—¿Y las tienes?

EL MARQ.—Como que ellas serán el cartucho de dinamita que pienso poner en las manos del caballero de las equivocaciones... ¡Ah! me faltaba decirte que Barinaga padeció el suplicio de los celos...

ROSARIO.—De modo que la tal Sarah le engañaba también...

EL MARQ.—El lo creía, ó lo temía... Era un misterio esa mujer... Misterio lleno de seducciones: me consta... Corramos un velo...

ROSARIO.—Sí, corrámoslo.

EL MARQ.—En las siete cartas, que yo llamo *las siete partidas*, se ve bien claro que explotaba la ceguera de don César...

ROSARIO.—Con el argumento de su maternidad.

EL MARQ.—Que era en ella como una palanqueta para forzar aquella arca tan difícil de abrir.

ROSARIO.—¡Horrible historia! ¡Y ese infeliz joven...! ¿Pero qué culpa tiene él? ¡Arrancarle su nombre, privarle de su fortuna!... No, no, primo; no hagas eso... déjale que...

EL MARQ.—La cosa es grave. No creas... Yo también dudo á veces...

ROSARIO.—(Cambiando súbitamente de idea.) ¡Oh, qué ideas me asaltan! Pues sí, debes...

EL MARQ.—¿Opinas que...?

ROSARIO.—(Rectificándose con espanto de sí misma.) No, no...

EL MARQ.—Entonces, ¿te parece que...?

ROSARIO.—(Después de vacilar, afirma de nuevo.) Sí, sí... Siento en mí impulsos rencorosos, vengativos. Merece el tal don César un golpe duro, muy duro, y no seré yo quien le compadezca... Esta aversión la heredé de mi padre...

EL MARQ.—Ya sé...

ROSARIO.—La heredé también de mi madre. Ese hombre se permitió hacerle proposiciones amorosas, y colérico y venenoso, al verse rechazado con horror, la calumnió infamemente...

EL MARQ.—¡A quién se lo cuentas...! Dijo de ella...

ROSARIO.—(Indignada, tapándole la boca.) Cállate.

EL MARQ.—¿Con que decididamente... *me equivoco?*

ROSARIO.—(Con firmeza.) Sí, sí.

EL MARQ.—El me ha pedido la filiación de la yegua... que también se llama Sarah... ¡Bromas del Altísimo, Rosario!... Pues este cura... se *equivoca,* y en vez de meter en el sobre...

ROSARIO.—Comprendido... (Turbada y confusa.) ¡Ay, no sé qué pensar... ni lo que siento sé! ¡Si supieras, primo, por qué camino tortuoso ha venido á tener este asunto para mí un interés inmenso!

EL MARQ.—Sí, sí. Yo creo que en conciencia debemos...

ROSARIO.—(Con resolución.) ¿Harás lo que te mande?

EL MARQ.—¿Qué es?

ROSARIO.—Dame las *siete partidas.*

EL MARQ.—¿Y tú...?

ROSARIO.—Déjame á mí.

EL MARQ.—Te enviaré el paquetito con persona de confianza.

ROSARIO.—Tomo sobre mi conciencia el cuidado y la responsabilidad de la *equivocación.* (Sintiendo voces por la derecha.) Chist... Creo que el patriarca te llama.

EL MARQ.—(Presuroso.) ¡Ah! sí, la sidra... Quedamos en que te mando eso.

ROSARIO.—Sí, sí.

ESCENA VI

Dichos.—D. JOSÉ, por el foro; tras él LORENZA.

D. JOSÉ.—Pero, Marqués, le estoy esperando...

EL MARQ.—Allá iba...

D. JOSÉ.—(Registrando con la mirada toda la terraza.) ¿No ha vuelto ese loco? (A Lorenza.) ¿Y César?

LORENZA.—En su cuarto. El señor de Canseco ha salido: dijo que volverá.

D. JOSÉ.—Ya... (Reconocimiento tenemos.)

EL MARQ.—¿Pero no sabe usted lo mejor?

ROSARIO.—Que soy causa de su delirio, señor don José de mi alma.

D. José.—¿Crees que no lo había comprendido? Hace días que me dió en la nariz el tufo del volcán.

Rosario.—Yo, triste de mí, no le he dado el menor motivo.

D. José.—Ya me lo figuro... Hija mía, yo te suplico que hagas lo posible y lo imposible por quitarle de la cabeza esa idea caprichosa. Ni á él le conviene, ni...

Rosario.—Claro, ni á mí.

D. José.—Yo deseo casarle con una mujer sencillota, sin pretensiones...

Rosario.—Alianza muy natural. Y así aseguramos el negocio del pescado.

D. José.—No lo digas en broma. (Receloso.) (¡Si alentará ésta su locura! Estaremos en guardia.)

ESCENA VII

Dichos.—Rufina, por el fondo con una cesta de huevos.

Rufina.—Hoy van ocho.

D. José.—(Examinando embelesado los huevos, y mostrándolos al Marqués.) ¡Vea usted qué hermosura!

El Marq.—¡Oh, sí!

D. José.—Y puede usted asegurar que no hay en el mundo gallinas tan ponedoras como las mías.

El Marq.—Así lo proclamaré *urbi et orbe*, y ¡guay de quien lo ponga en duda!

Lorenza.—(A Rufina.) Señorita, la llave para sacar el azúcar.

D. José.—(Asombrado.) ¡Azúcar!

Rosario.—Claro... para las rosquillas.

D. José.—¡Ah! ya.

Rufina.—Tarea de cinco libras, abuelito.

D. José.—Pues una libra de azúcar. Saca el azúcar y la canela. (Tentándose los bolsillos.) ¿Tienes tú las llaves? (Rufina da las llaves á Lorenza.) Libra y media de manteca, ¿sabes?... Primero separas las claras; bates bien las yemas con el azúcar, y cuando esté bien espeso, lo...

Lorenza.—(Interrumpiéndole.) Si ya sé, señor...

D. José.—Digo que haces tú la primera pasta, para facilitarles

el trabajo... Anda. (Vase Lorenza.) Con que... señor Marqués, ¿vamos á probar la sidra?

EL MARQ.—*Andiamo*... y después me bajo al establecimiento. Con que abur. (A Rosario.) A trabajar se ha dicho. (Con intención.) Afinar bien la masa...

D. JOSÉ.—En marcha. (El Marqués le da el brazo. Vanse por el fondo.)

ESCENA VIII

ROSARIO, RUFINA, VÍCTOR; después LORENZA.

VÍCTOR.—(Que sale por la izquierda con una tabla de amasar, un rodillo y varias latas.) ¿Dónde pongo esto?

ROSARIO.—Aquí. ¿Y Lorenza, ha batido las yemas?

VÍCTOR.—En eso está. Las yemas y el azúcar: alegoría de la aristocracia de sangre unida con la del dinero.

ROSARIO.—(Con gracejo.) Cállese usted, populacho envidioso.

VÍCTOR.—¿Está mal el símil?

ROSARIO.—No está mal. Luego cojo yo las aristocracias, y... (Con movimiento de amasar) las mezclo, las amalgamo con el pueblo, vulgo harina, que es la gran liga... ¿Qué tal? y hago una pasta... (Expresando cosa muy rica.)

RUFINA.—Pero ese pueblo, alias harina, ¿dónde está?

ROSARIO.—¿Y la manteca, clase media, como quien dice?

VÍCTOR.—Voy por la masa.

ROSARIO.—Pero no nos traiga acá la masa obrera.

RUFINA.—Ni nos prediques la revolución social.

ROSARIO.—(Empujándole.) Vivo, vivo.

VÍCTOR.—A escape. (Vase por la izquierda.)

RUFINA.—(Arreglando la tabla de amasar y pasándole un trapo.) ¡Qué bueno es Víctor!

ROSARIO.—¿Le quieres mucho?

RUFINA.—Sí que le quiero. ¡Qué hermoso es tener un hermano! ¿Verdad...?

ROSARIO.—(La mira fijamente. Suspira con tristeza. Pausa.) Sí. (Entra Lorenza con una jofaina y toalla, que pone al extremo de

la mesa; detrás Víctor con la masa, que forma un bloque sobre una tabla.)

LORENZA.—Ya está todo mezclado.

ROSARIO.—¿Y bien cargadito de manteca?

LORENZA.—Sí, señora. (Pone la masa sobre la tabla y le da golpes con el puño.)

ROSARIO.—(Impaciente.) Yo, yo. (Apartando á Lorenza, golpea la masa.)

LORENZA.—Antes de trabajar con el rodillo... así, así... (Indica el movimiento de ligar con los dedos.)

RUFINA.—Y le das muchas vueltas, y aprietas de firme para que ligue bien.

ROSARIO.—(Hundiendo las manos en la masa.) Si sé, tonta. Vete tú al horno. ¿Está bien caldeado?

LORENZA.—Hay que verlo.

RUFINA.—Vamos.

ROSARIO.—En seguidita te mando masa. (Vanse Rufina y Lorenza por la izquierda, segundo término.)

ESCENA IX

ROSARIO, VÍCTOR.

ROSARIO.—(Suspendiendo el trabajo.) Gracias á Dios que estamos solos.

VÍCTOR.—Cortos instantes de felicidad para mí, robados á la soledad y á la tristeza de este presidio.

ROSARIO.—(Trabajando de nuevo.) Tengo que reñirle á usted, caballerito. Anoche, al volver de paseo por la playa con Rufinita y las sobrinas del cura, cuando se hizo usted el encontradizo, me dijo usted cosas muy malas. He soñado con hordas populares desbordadas, con la guillotina y el saqueo...

VÍCTOR.—Eso no va con usted.

ROSARIO.—Porque soy pobre y nada tengo que saquear.

VÍCTOR.—No es por eso.

ROSARIO.—Vamos, que usted, cuando toquen á derribar ídolos,

hará una excepción en favor mío. Porque este señor socialista escarnece sus ideas enamorándose locamente de una aristócrata.

VÍCTOR.—Locamente, sí.

ROSARIO.—¡Traidor, desertor, apóstata! ¡Eso es burlarse de los principios!...

VÍCTOR.—Pues me burlo...

ROSARIO.—Abandona un imposible por aspirar á otro.

VÍCTOR.—(Vivamente.) No, si yo no aspiro á nada. Sé que usted no puede amarme.

ROSARIO.—Pues si no puedo amarle, domínese; coja usted su corazón, y haga con él (Apretando la masa) lo que hago yo ahora con esta masa insensible.

VÍCTOR.—Y después al horno de la imaginación...

ROSARIO.—(Vivamente.) Eso es lo que le pierde á usted.

VÍCTOR.—Al contrario, me salva. ¡Bendita imaginación! Mi único consuelo es cabalgar en ella y lanzarme por el espacio infinito, hacia la región de lo ideal, del pensar libre y sin ninguna traba. Delirando á mi antojo, construyo mi vida conforme á mis deseos: no soy lo que quieren los demás, sino lo que yo quiero ser. No me importan las leyes, porque allí las hago todas á mi gusto. Me instalo en el planeta más hermoso. Soy rey, semidiós, dios entero; amo y soy amado.

ROSARIO.—Basta. Eso me recuerda mi niñez, cuando, con mis amiguitas, jugaba yo á los disparates.

VÍCTOR.—¿Qué es eso?

ROSARIO.—¿Pero usted, de muchacho, no ha jugado á los desatinos? Es cosa muy divertida. Yo deliraba por ese juego. Vea usted: mis amigas y yo nos desafiábamos á cuál inventaba un disparate mayor; y la que sacaba de su cabeza un absurdo tal que no pudiera ser superado, esa ganaba. (La actriz determinará, conforme á la intención de cada frase, cuándo debe interrumpir y cuándo reanudar el trabajo.)

VÍCTOR.—¡Qué bonito!

ROSARIO.—Juguemos á los desatinos. A ver cuál de los dos inventa una cosa más disparatada.

VÍCTOR.—Más imposible.

ROSARIO.—Justo: la otra noche pensaba yo que era una hormi-

ga, y que daba vueltas alrededor del mundo, siempre por un mismo círculo, hasta que al fin, con el roce de mis patitas, partía el globo terráqueo en dos... Imagínese usted el número de siglos que necesitaría para...

VÍCTOR.—(Riendo.) Sí... ¡Qué gracioso! Pues yo he pensado un desatino mayor. Que usted y yo vivíamos en un planeta donde los vegetales hablaban.

ROSARIO.—Y los animalitos echaban hojas.

VÍCTOR.—En que nosotros éramos como arbustos que caminaban, y nuestros ojos flores que reían, y nuestras bocas flores que besaban... En aquel extraño mundo, usted no era aristócrata.

ROSARIO.—Como que probablemente sería una calabaza, quizás una apreciable ortiga... ¡Bah! sus disparates no valen nada, amigo Víctor. Se puede inventar un despropósito incomparablemente mayor.

VÍCTOR.—¿A ver?

ROSARIO.—Un absurdo... vamos, que apenas se concibe. (Pausa. Se miran un momento.) Que yo, no en ese planeta donde hablan las hierbas, sino aquí, en éste, pudiera llegar á quererle á usted, á simpatizar con sus ideas primero, con la persona después...

VÍCTOR.—Señora Duquesa, ¿quiere usted que yo me vuelva loco?

ROSARIO.—¿A que no inventa usted una barbaridad como esa?

VÍCTOR.—¡Quererme usted... y...! Duquesa...

ROSARIO.—Ea, ya me empalaga usted con tanto *Duquesa*, *Duquesa*... Si sigue usted tan fino, las rosquillas van á salirme muy cargadas de dulce. Llámeme usted Rosario.

VÍCTOR.—¿Así, con toda esa llaneza?

ROSARIO.—¿Pero usted no sabe que la de San Quintín es también revolucionaria y disolvente? Sí, señor: creo que todo anda muy mal en este planeta; que con tantas leyes y ficciones nos hemos hecho un lío, y ya nadie se entiende; y habrá que hacer un revoltijo como éste (Amasando con brío), mezclar, confundir, baquetear encima, revolver bien (Haciendo con las manos lo que expresan estos verbos), para sacar luego nuevas formas...

VÍCTOR.—¡Admirable idea...! Yo voy más allá.

ROSARIO.—(Vivamente.) A donde va usted ahora, pero volando, es á ver si el horno está á punto.

VÍCTOR.—Sí que estará.

ROSARIO.—Vaya usted, le digo.

VÍCTOR.—(Sonriendo.) ¡Despótica! (Alejándose.)

ROSARIO.—No soy yo la despótica, sino la masa, la soberana masa. (Vase Víctor por la izquierda, segundo término.)

ESCENA X

ROSARIO; después RAFAELA.

ROSARIO.—(Dejando de amasar, coge el rodillo para extender la masa.) ¡Ay, Dios mío! (Suspirando fuerte.) ¡Si apenas me atrevo á decírmelo á mí misma! Pero es un hecho, y me lo digo, me lo confieso, me lo arrojo á mi propia cara... Las ideas de este hombre me seducen, me enamoran... No, no son las ideas; es la persona, es él... (Ha extendido la masa formando una placa sobre el tablero. Con el cuchillo saca una tira de masa. Suspende el trabajo, cogiendo entre los dedos un pedacito de masa, y trabajando maquinalmente, pensando en otra cosa.) ¿Pero qué? Rosario, ¿no te avergüenzas de tu debilidad? ¡Enamorada de un pobre bastardo!... de un... ¡Ah! ¡si yo pudiera hacer un mundo nuevo, sociedad nueva, personas nuevas, como hago con esta pasta las figuritas que se me antojan! (Examinando una figurita que ha moldeado rápidamente.) No, no: hay que aceptar el muñeco humano como él es, como lo hicieron los pasteleros de antes... (Deshaciendo la figurita y estrujando la masa.) Aún no está bien ligada. (Arrolla la placa y pasa el rodillo de nuevo.) ¡Pobre Víctor!... ¡Qué destino el suyo! (Quédase meditabunda, las manos en el rodillo.)

RAFAELA.—(Por el foro con un paquetito.) De parte del señor Marqués. Encargóme que lo entregara en propia mano.

ROSARIO.—¡Ah! las cartas... Sarah... (Sin poder cogerlo.) Pónmelo en el bolsillo del delantal.

RAFAELA.—(Poniendo el paquetito en el bolsillo.) ¿Quiere la señora que le ayude?

ROSARIO.—(Volviendo á formar la placa.) No, déjame sola. Vase Rafaela.) Pues, señor... causa espanto mirar el abismo que se abre entre Víctor y don César. (Coge el cuchillo y hace tiras de masa. Quédase meditabunda, y suspende el trabajo.) ¿Me atreveré yo...? No... imposible...

ESCENA XI

ROSARIO; VÍCTOR por la izquierda, segundo término.

VÍCTOR.—Dentro de dos minutos á punto estará.

ROSARIO.—(Distraída.) ¿Quién?

VÍCTOR.—El horno.

ROSARIO.—(Pónese á labrar las rosquillas, enroscando tiritas de masa.) Rosario, date prisa.

VÍCTOR.—Parecióme, al entrar, que hablaba usted sola.

ROSARIO.—Sí; y decía que es gran simpleza sacrificarlo todo á la verdad, y que el supremo arte de la vida consiste en amoldarnos ciegamente á este cúmulo de ficciones que nos rodea.

VÍCTOR.—No pienso lo mismo, y á toda mentira, cualquiera que sea su valor, le declaro guerra á muerte.

ROSARIO.—¿Ama usted la verdad?

VÍCTOR.—Sobre todas las cosas.

ROSARIO.—¿Y sostiene que la verdad debe imperar siempre?

VÍCTOR.—Siempre.

ROSARIO.—¿Aunque ocasione grandes males?

VÍCTOR.—La verdad no puede ocasionar males.

ROSARIO.—Muy pronto lo ha dicho. Está usted muy puritano.

VÍCTOR.—Y usted muy preguntona.

ROSARIO.—Otra preguntita. Quiero enterarme de todos sus gustos y aficiones. ¿Ama usted el dinero, las riquezas?

VÍCTOR.—(Desconcertado.) Esa pregunta... hecha así... Pues según y conforme...

ROSARIO.—Usted es enemigo del capital... De modo que le será

muy desagradable ver al pícaro capital entrándosele por las puertas. Cogerá usted un palo, y...

VÍCTOR.—Tanto como eso...

ROSARIO.—Vamos, que eso del odio al capital es música, sobre todo cuando el capital es propio.... (Víctor quiere hablar. Le impone silencio.) Aguarde y déjeme concretar la cuestión. Usted tiene una riqueza en perspectiva, una posición, un nombre... Si perdiera todo eso, ¿lo sentiría?

VÍCTOR.—Riqueza y pobreza serán igualmente buenas para mí si usted me quiere.

ROSARIO.—¡Quererle yo! ¿Volvemos al disparate imposible?

VÍCTOR.—Volvamos á él, y dígame usted que es un imposible... posible.

ROSARIO.—(Mirándole fijamente.) ¡Ah! Víctor... Entre usted y yo se alza un fantasma odioso.

VÍCTOR.—(Asombrado.) ¡Un fantasma!...

ROSARIO.—Sí; y para destruirlo, fíjese usted bien en lo que le digo, tendría yo que cometer un crimen.

VÍCTOR.—(Estupefacto.) ¡Un crimen!

ROSARIO.—Sí, señor: un crimencito... el crimen de Ficóbriga. (Riendo.) ¡Qué cara pone!

VÍCTOR.—De veras no entiendo.

ROSARIO.—¿Pero usted no sabe una cosa? Que yo soy muy mala, pero muy mala.

VÍCTOR.—Eso no. Es usted un ángel.

ROSARIO.—Un ángel capaz de matar; el ángel del asesinato, como llamaron á Carlota Corday.

VÍCTOR.—(Cnn creciente asombro.) ¿Usted... usted capaz de matar?

ROSARIO.—Sí.

VÍCTOR.—¿A quién?

ROSARIO.—A usted.

VÍCTOR.—(Tomándolo á broma.) ¿A mí? Pues bien: de esa mano acepto yo la muerte, siempre que me traiga también el amor.

ROSARIO.—¿Y no se enojará conmigo... si le mato?

VÍCTOR.—Nunca... Si lo duda, póngame usted á prueba... ¿Qué tengo que hacer yo?

ROSARIO.—(Presentándole una lata con rosquillas.) Por de pronto, llevarme la primera hornadita... (Alarmada al ver venir á don César por la derecha.) ¡Ah! Don César... Disimulo.

ESCENA XII

ROSARIO, VÍCTOR, D. CÉSAR.

D. CESAR.—(Con sequedad, sorprendido de ver á Víctor.) ¿Qué tienes tú que hacer aquí?

ROSARIO.—No le riña usted. Yo le mandé venir.

D. CESAR.—Ocupación es ésta, señora mía, más propia de chiquillos y mujeres... Su criada de usted...

ROSARIO.—La tengo ocupada en otras cosas.

D. CESAR.—Pues venga la Pepita. Y tú... lleva eso, y después... ya sabes: esta misma tarde quiero tener el proyecto de drenaje de la huerta de abajo.

VÍCTOR.—Bien... (Retirándose.) (¡Insoportable tiranía!) (Vase por el fondo.)

ESCENA XIII

ROSARIO, D. CÉSAR.

D. CESAR.—Entre usted y Rufina me tienen revuelta la casa con sus trabajitos de juguete y sus...

ROSARIO.—A don José no le parece mal lo que hacemos. Pero si á usted le disgusta...

D. CESAR.—No, no. Usted manda aquí... Permítame que me siente. No puedo con mi alma. (Acerca una silla y se sienta junto á la mesa.)

ROSARIO.—Como me reprendía...

D. CESAR.—¡Reprender, no!... Siga, siga usted, ya que tiene el mal gusto de rebajarse á menesteres tan impropios de su clase.

ROSARIO.—(Labrando las rósquillas con presteza.) Ja, ja... ¿Ahora sale usted con esa antigualla de las clases? Fíjese en que

soy pobre, don César... (Suspirando) y hay que ir aprendiendo á ganarse la vida.

D. CESAR.—Y siguen las bromitas. Señora Duquesa de San Quintín, usted hará sus cuentas...

ROSARIO.—Nunca he servido para la contabilidad.

D. CESAR.—Quiero decir, reflexionará... Porque usted ha de casarse.

ROSARIO.—O no.

D. CESAR.—Si busca su segundo esposo en la aristocracia, es fácil que vuelva á caer en manos de un desdichado como Gustavito. Yo soy hombre poco simpático, así, á las primeras de cambio, según dicen; pero después... ¡Oh, Rosarito! Yo la querré á usted con alma y vida; le daré una gran posición.

ROSARIO.—¿Sabe usted que he tomado asco á las grandes posiciones?

D. CESAR.—Fraseología.

ROSARIO.—Digo lo que siento. ¡Vaya con don César! Al cabo de una vida consagrada á la usura, se le ha metido en la cabeza ser Duque... Vamos, que si mi padre levantara la cabeza, y viera que usted me pide por esposa...

D. CESAR.—Pues se alegraría.

ROSARIO.—Y si mi pobre madre resucitara...

D. CESAR.—También se pondría muy contenta. Ea, Rosarito de mi alma, olvidemos antiguas discordias... que nunca tuvieron fundamento. Dígame, por Dios, qué debo hacer para disipar esa aversión...

ROSARIO.—Pues volver á nacer.

D. CESAR.—Seré su esclavo, y me amoldaré á sus gustos y caprichos. Seré como esa masa blanda que usted coge entre sus deditos de rosa para hacer de ella lo que quiere.

ROSARIO.—Sería usted muy duro de amasar.

D. CESAR.—Es que llevaría conmigo mucha azúcar.

ROSARIO.—Azúcar... dinero... ¡Ay, don César: para endulzarle á usted no bastaría todo un Océano de miel de caña!

D. CESAR.—Añadiríamos manteca superior, sentimiento, cariño, paz conyugal,

ROSARIO.—No, no: siempre resultaría un bollo muy amargo.

D. CESAR.—(Levantándose y dando un golpe en el suelo con la silla.) ¡Diabólica pastelera, usted me vuelve loco! Juega conmi-

go como un gatito con un ovillo de algodón, y me enreda y me desenreda el alma, y me hace todo una maraña, un lío... y no sé lo que pienso, ni lo que siento... (Con entereza.) Ea, concluyamos.

ROSARIO.—Eso quiero yo, concluir.

D. CESAR.—¿Usted leyó mi carta?

ROSARIO.—Ya lo creo.

D. CESAR.—¿Y por qué no me contesta?

ROSARIO.—Tenga calma.

D. CESAR.—¿Más todavía? Me gustan las situaciones despejadas. Sí, ó no... Lo contrario de usted, que, como aristócrata de lo fino, se pirra por lucir el ingenio flexible, y marea, sí, marea...

ROSARIO.—Gracias.

D. CESAR.—No... si tengo de usted mejor idea de la que debiera tener... Creo firmemente que usted me contestará, que quizás ha escrito ya la contestación...

ROSARIO.—Puede ser...

D. CESAR.—(Coquetea furiosamente, afectando despreciar lo que anhela... Si entiendo yo á estas mujeres...)

ROSARIO.—¿Qué dice?

D. CESAR.—(Alardeando de sincero.) Que usted juega conmigo... y con todo ese trasteo, me prepara una grata sorpresa. (Acércase á la mesa, y apoyando las manos en ella, contempla á Rosario de cerca, endulzando la voz.)

ROSARIO.—¿Grata sorpresa?... ¿Está seguro de ello?

D. CESAR.—Sí... Y usted me contestará con un sí muy redondo y muy bonito que me hará feliz... (Reparando en el paquetito que Rosario tiene en el bolsillo del delantal.) ¡Ah!... ¿Qué tiene usted ahí...? ¿una carta?...

ROSARIO.—Puede ser.

D. CESAR.—(Apartándose de la mesa.) Ya, ya... Esa es la contestación que deseo. Si soy adivino, Rosario... Soy, por desgracia, perro viejo en achaque de diplomacia femenina.

ROSARIO.—Se conoce, sí.

D. CESAR—Les calo la intención, les cojo al vuelo los pensamientos...

ROSARIO.—¡Qué pillín!... Pues adivíneme la respuesta que tengo aquí...

D. CESAR.—Pues... apostaría que accede... pero con mil cir-

cunloquios elegantes, y muchos tiquis-miquis... El eterno procedimiento femenil. Mujer al fin... digo, dama.

ROSARIO.—Lo mismo da.

D. CESAR.—(Mostrando gran impaciencia.) ¿Me permite usted que me acerque? (Sin aguardar el permiso, acércase á Rosario y mira el paquetito, del cual asoma la mitad.) Mucho abulta... Veo mi nombre... Letra del Marqués de Falfán.

ROSARIO.—Si es un pliego que mi primo mandó para usted.

D. CESAR.—(Descorazonado.) ¿Lo de los caballitos?... ¿Por qué no me lo entrega?

ROSARIO.—No puedo usar las manos.

D. CESAR.—Pues permítame cogerlo. (Movimiento para coger el paquete. Rosario, con súbito sobresalto, lo impide poniendo la mano sobre el bolsillo.)

ROSARIO.—No. (Pausa. Asombro de don César.)

D. CESAR.—Pero...

ROSARIO.—(No me atrevo, no... Cúmplase el destino, y triunfe la mentira.)

D. CESAR.—(Muy serio.) Si ese paquete no es más que lo que creo, ¿por qué no me lo entrega usted?

ROSARIO.—(Sin saber qué decir.) Es que... (Con una idea feliz.) Acertó usted, don César. Aquí tengo mi contestación. La junté con los papeles que me dió el Marqués, y lo até todo con esta cinta encarnada.

D. CESAR.—(Impaciente y nervioso.) ¡Pues démela por Cristo!

ROSARIO.—No, no.

D. CESAR.—(Con acritud desdeñosa.) ¿Tan atroz es lo que usted me dice?

ROSARIO.—Naturalmente. Concreto mis agravios, como usted me pedía en su carta...

D. CESAR.—(Mostrándose descarado y grosero.) Y saca usted á colación el caso de su papá... Si su papá de usted, el noble Duque de San Quintín, tenía mucho que agradecerme á mí, sí, señora. Le libré de ir á la cárcel... Y no soy yo de los que dicen, ¡cuidado! que lo merecía... no soy yo, no...

ROSARIO.—(Nerviosa, balbuciente de ira.) ¿Y por qué dicen que es usted tan rastrero como venenoso?

D. CESAR.—Y también me hablará usted de su madre...

ROSARIO.—No la nombre usted. Sus labios manchan...

D. CESAR.—¿Que manchan...? ¡Vamos, inocente!... ¿Usted qué sabe?

ROSARIO.—(Furiosa.) Se atreve á repetir... ¡Oh, que no pueda una débil mujer ahogar al indigno...! (Detiénese, sofocando la ira. Le mira con desprecio.) Don César... no hablemos más. No merece usted consideración... ni lástima siquiera. (Dándole el paquete.) Tome usted eso.

D. CESAR.—Venga. (Lo toma.)

ROSARIO.—Suplico á usted que me deje.

D. CESAR.—Bueno... Me retiraré... (Dirígese á la puerta de la derecha y se detiene vacilante, como descontento de sí mismo.) (¡Demonio! Estuve muy torpe... Me cegó la ira.) (Queriendo reanudar la conversación.) Rosario...

ROSARIO.—Basta.

D. CESAR.—(Humillándose.) Pero usted... ¿ha tomado en serio lo que dije? (Con hipocresía.) Sin pensarlo, una palabra tras otra, me voy corriendo, desvarío, llego á la broma impertinente. (Rosario se aparta, volviéndole la espalda.) ¿Pero qué... no quiere oirme? (Da algunos pasos hacia ella.) Es que... mi cabeza está muy débil... del no dormir, del no comer. Confundo los recuerdos... Cualquiera se equivoca... y más un pobre enfermo...

ROSARIO.—(La bajeza de sus disculpas ofende más que sus ultrajes...)

D. CESAR.—¿De veras no quiere que le explique...?

ROSARIO.—(Con sequedad.) No.

D. CESAR.—¿Me guarda rencor...?

ROSARIO.—(Con desdén que tiene algo de compasión.) Ya... no.

D. CESAR.—(Alejándose hacia la puerta.) Leeré su respuesta, y hablaremos luego. Usted ha de hacerme justicia.

ROSARIO.—¡Justicia!... De eso se trata.

D. CESAR.—(Desde la puerta, mirándola con pasión.) (Fierecilla indómita, yo te cogeré... aunque sea con trampa.) (Vase.)

ESCENA XIV

ROSARIO; VÍCTOR, que aparece por la izquierda, segundo término, momentos antes de salir D. César, y se detiene acechando su salida.

VÍCTOR.—Se fué... Paréceme que hablaban uetedes con cierta agitación. ¿Qué ocurre?

ROSARIO.—(Turbada y confusa.) Nada, no...

VÍCTOR.—(Cogiendo las latas.) ¿Llevo esto?

ROSARIO.—(Se las quita.) No, ahora no. ¡Dios mío, lo que he hecho! (Lávase precipitadamente las manos en la jofaina.) Víctor, perdóname. No, no me perdonarás... Imposible.

VÍCTOR.—(Alarmado.) ¿Pero qué...? ¿Qué hace usted?...

ROSARIO.—Ya ves: lavarme las manos, como Pilatos... digo, no: soy culpable... las tengo ensangrentadas.

VÍCTOR.—(Sin comprender.) ¡Rosario!

ROSARIO.—¡Ay, Víctor de mi alma! La verdad sobre todo... ¿No piensas eso tú?

VÍCTOR.—Sí.

ROSARIO.—¿Siempre, y en todo caso?

VÍCTOR.—Siempre, siempre.

ROSARIO.—(Dejando la toalla, corre hacia Víctor y le pone ambas manos en el pecho, interrogándole con mirar cariñoso.) ¡Víctor!

VÍCTOR.—¿Qué?

ROSARIO.—¿Me querrás siempre, siempre?

VÍCTOR.—(Fascinado y sin saber qué responder.) ¡Rosario!

ROSARIO.—¡Pero qué loca estoy, Dios mío! Le tuteo á usted... ¡Qué inconveniencia!

VÍCTOR.—Es la verdad que hierve y sale...

ROSARIO.—Sí, sí... Y ahora, vuelvo á repetir: ¿me querrá usted siempre, siempre, á pesar de...?

VÍCTOR.—(Vivamente.) ¿A pesar de qué?...

ROSARIO.—De... de esto. Porque el cariño de usted es lo que más estimo en este mundo; y estoy condenada, sí (Con vivísima emoción), á que usted me aborrezca.

VÍCTOR.—¿Yo...? ¡Qué desvarío! ¡Pero qué...! ¿Llora usted?

ROSARIO.—(Secando sus lágrimas.) No, no.

VÍCTOR.—(Con pasión.) Impóngame usted los mayores sacrificios, la esclavitud más dura; sométame á pruebas dolorosas. Este amor no me parecerá bastante puro y grande si no padezco por él agonías de muerte.

ROSARIO.—(Con profunda tristeza.) No pida usted pruebas. Ya vendrán.

VÍCTOR.—Pero explíqueme usted...

ROSARIO.—No puedo decir nada. Me voy...

VÍCTOR.—(Queriendo detenerla.) No...

ROSARIO.—¡Oh, déjeme usted...! Ahora voy... al horno. (Con risa forzada.) Ya ve usted, tengo que llevar... (Señalando las dos latas de masa), y quiero ver cómo ha salido mi hornada... Adiós... adiós. (Se aleja rápidamente por la izquierda, segundo término.)

ESCENA XV

VÍCTOR, agitadísimo.

Amor, sí, amor... Lo declara el centelleo de sus ojos, la vibración de su acento... ¿Me equivocaré? (Confuso.) No sé... (Meditando.) ¿Qué misterio es éste que revolotea invisible en torno de mí?... Rosario... esta casa... mi familia...

ESCENA XVI

VÍCTOR, D. JOSÉ.

D. JOSÉ.—(Por el foro.) Me huele á tostado... Esas locas han dejado pasar la tarea. ¡Ah, Víctor!

VÍCTOR.—(Con vehemencia.) Abuelo venerable, padre de mi padre, yo quiero ser otro: ya lo soy. Me declaro corregido, transformado...

D. JOSÉ.—Bien; pero hay que probarlo.

VÍCTOR.—¿Lo duda? Disponga usted de mis actos, y también

de mis pensamientos. Abjuro de todas las ideas que á usted le repugnaban; me someto, me identifico con la familia que ha de recibirme en su seno...

D. José.—Cabalmente, hoy pensaba tu padre... Ya está ahí Canseco con el acta...

ESCENA XVII

Dichos.—Canseco, por el foro; luego D. César.

Canseco.—Mi señor patriarca... Señor don Víctor...

D. José.—(Reparando en el documento que Canseco saca del bolsillo.) ¿Es el acta?

Canseco.—Sí, señor. (Se la entrega.)

D. José.—(Llamando por la derecha.) César... hijo mío.

D. Cesar.—(Que sale por la derecha, expresando en su rostro confusión y cólera, que difícilmente puede contener. Víctor y Canseco le contemplan aterrados.) ¿Qué quiere usted, padre?

D. José.—(A don César, dándole el documento.) Entérate. (Don César le echa la zarpa y lo arruga convulsivamente.) ¿Qué haces?

D. Cesar.—Lo que debo. (Rompe el papel y arroja los pedazos.)

D. José.—(Atónito.) ¿Pero, hijo, qué es eso?

D. Cesar.—¡Destruir, aniquilar...! ¡Oh, no, necio de mí! Fácilmente rasgo este papel... pero aquel oprobio, aquel engaño en que viví, ¿cómo romperlos y reducirlos á la nada? ¿Quién destruye el tiempo, quién los hechos aleves, la superchería infame, mi obcecación estúpida? (Aterrado mirando á Víctor que continúa á la izquierda del proscenio en expectación dolorosa y muda, y sin entender lo que ocurre.) ¡Ah!... ahí está... ese fraude vivo, mi error de tantos años... ¡Su persona, que hasta hace poco me era grata, ahora me abochorna, me aterra!

Víctor.—(¡Dios! ¿Qué dice?)

D. José.—Hijo mío, tú deliras.

D. Cesar.—(Con desvarío, los ojos espantados.) Eso quisiera... delirar... soñar. Pero no, no. Ni aun me queda el consuelo de dudarlo.

D. José.—¿Qué?

D. Cesar.—(Aparte á don José en voz baja y lúgubre.) Es la propia evidencia, padre; la verdad viva. Es su letra, su fina escritura, bonita y pérfida; es ella misma, que sale del sepulcro, para revelarme su infame impostura.

Víctor.—(Comprendiendo por la actitud de don César que pasa algo muy grave, pero sin entender lo que es.) ¿Qué misterio es éste? (A Canseco que se aproxima.) ¿Le habrán dicho algo de mí? Calumnia tal vez...

Canseco.—(Confuso.) No sé...

Víctor.—(Dando dos ó tres pasos hacia don César.) Señor...

D. Cesar.—(Con terror.) No te acerques á mí.

D. José.—Víctor, ¿has dado algún disgusto á tu padre?

ESCENA XVIII

Dichos.—Rufina, Rosario, por la izquierda, segundo término. Rosario permanece junto al emparrado, y no avanza hasta que Víctor queda solo.

Rufina.—(Corriendo hacia Víctor.) Chiquillo, ¿qué haces? Nosotras aguardándote allá.

D. Cesar.—Hija mía, apártate de ese hombre.

Rufina.—(Asustada.) ¿Por qué, papá...?

Canseco.—Don César no quiere que nadie se le aproxime.

Rufina.—(A su padre.) Papá, ¿qué ha hecho Víctor?

D. Cesar.—(Aparte á Rufina y á don José.) Nada... Es inocente...

Rufina.—No entiendo.

D. José.—Yo sí... pero explícanos...

D. Cesar.—(Con gran desaliento.) No puedo... la verdad me quema los labios... Imposible que yo declare mi afrenta. (Cae desvanecido en un sillón.) Me siento muy mal... yo me muero. (Rodéanle todos, menos Víctor.) Me falta valor para esta crisis de honra, de conciencia. No sé más que padecer, y maldecir mi destino, y culpar al cielo y á la tierra. (Con inquietud nerviosa se incorpora en el sillón, sostenido por don José y Rufina.) ¡Oh, siento que por mis venas corre fuego, hiel, vergüenza!...

VÍCTOR.—(Anonadado.) ¡Pavoroso enigma!... ¿Pero de qué me acusan, vive Dios? (Con rabia, cerrando los puños.) ¿De qué debo acusarme?

D. CESAR.—¡Acusarte!... de nada, de nada. . No, no digo nada, no puedo... Siento una cobardía que me abruma... No puedo, no puedo...

VÍCTOR.—¡Dios mío!

RUFINA.—(Abrazando á su padre.) ¿Estás enfermo?

D. JOSÉ.—Llevémosle adentro.

CANSECO.—Y avisar al médico.

D. JOSÉ.—Sí, sí.

D. CESAR.—(Conducido por don José, Rufina y Canseco.) Hija mía... mi única verdad. (La besa, llevándola abrazada.)

D. JOSÉ.—Vamos, ven. (Vanse por la derecha.)

ESCENA XIX

VÍCTOR, ROSARIO.

VÍCTOR.—(Airado, corriendo hacia la derecha.) No, no: yo quiero saber...

ROSARIO.—(Que avanza y le detiene.) Aguarda. Lo sabrás por mí.

VÍCTOR.—¿Usted, Rosario, usted posee la clave de este horrible misterio?

ROSARIO.—Sí.

VÍCTOR.—¿Y usted sabe...? ¡Oh, por lo que usted más quiera en el mundo, explíqueme...! Mi padre...

ROSARIO.—No le des tal nombre.

VÍCTOR.—¿Por qué?

ROSARIO.—Porque no lo es.

VÍCTOR.—(Con espanto.) ¡Que no lo es!... ¡Que no soy...!

ROSARIO.—(Rápidamente.) No me pidas más explicaciones... No eres culpable. (Gravemente.) Los culpables no existen... Dios les habrá tomado cuenta.

VÍCTOR.—(Cubriéndose el rostro.) ¡Oh!... (Déjase caer en una silla.)

ROSARIO.—La vida humana es caprichosa, y nos sorprende con bruscas revoluciones y mudanzas. ¿No caen los

poderosos, los magnates y hasta los reyes? Pues si los grandes caen, ¿por qué no han de caer también los pequeños hasta hundirse y desaparecer en la nada?

VÍCTOR.—(Sin oir lo que dice.) Las pruebas, las pruebas de eso... no sé lo que es.

ROSARIO.—Son irrecusables.

VÍCTOR.—(Agitadísimo.) ¿Quién ha manifestado á mi padre?... ¿á don César?... ¿quién... usted? ¿Con qué objeto, con qué fin?

ROSARIO.—Con el de la verdad. Creí que no me acusaría por esto quien ama la verdad sobre todas las cosas.

VÍCTOR.—(Confuso.) Sí; pero...

ROSARIO.—¡La verdad, siempre la verdad! ¿Cabe en tu condición moral usurpar un nombre y una posición que no te pertenecen?

VÍCTOR.—¡Oh, eso nunca!

ROSARIO.—¿Y te causa pena la pérdida de esos bienes que creías poseer?

VÍCTOR.—¡Oh! sería un hipócrita si dijera que este golpe no me hiere en lo más vivo. Ahora, precisamente ahora, anhelaba yo nombre y fortuna para poder aspirar...

ROSARIO.—¿A qué?

VÍCTOR.—(Con grande abatimiento y amargura.) ¡Y me lo pregunta! ¡Con qué crueldad pone ante mis ojos, prolongada ya hasta lo infinito, la distancia que nos separa!

ROSARIO.—(Cariñosamente.) Víctor, resígnate... ¡Cuántas veces, charlando conmigo, protestabas de las jerarquías sociales, maldecías la propiedad, y hasta los nombres, ¡los nombres! ¡vanos ídolos según tú, ante los cuales se inmolaban á veces los sentimientos más puros del alma! Pues bien: ya se ha realizado tu ideal, ya no tienes propiedad, ya no tienes nombre, ya no eres nadie.

VÍCTOR.—(Rehaciéndose.) ¿Nadie?... ¡Oh! no tanto, no tan bajo. (Levántase bruscamente.) Fuera flaquezas impropias de mí. Pasó, pasó la tremenda conmoción de la caída. Aún vivo; soy quien soy. (Con gran entereza.) Acepto con ánimo tranquilo las situaciones más difíciles y abrumadoras. No temo nada. El abismo en que caigo no me impone pavor, ni sus soledades tenebrosas me hacen pestañear... Creí poseer los bienes de la tierra, todos, todos:

los que dan paz y recreo á la vida, los que estimulan la inteligencia, los que halagan ¡ay! el corazón. ¡Sueño, mentira! Mi destino lo quiere así... ¡Destino cruel, durísimo! (Con bravura.) Pues con todas sus durezas y crueldades, yo lo acepto, lo afronto, me abrazo á él para seguir viviendo... Adelante, pues... ¿Qué soy... nadie? Bien... soy un hombre, y me basta.

ROSARIO.—Un hombre, sí, de inteligencia poderosa, de firme voluntad.

VÍCTOR.—¡Mi voluntad! Ahí tiene usted el único bien que me queda.

ROSARIO.—(Con intención.) ¡Y algo más!

VÍCTOR.—Me queda un triste amor sin esperanza, ahora con menos esperanza que nunca... (Con gran vehemencia y profunda curiosidad.) Pero dígame usted, Rosario de mi vida, por amor de Dios, ¿qué interés tenía usted en revelar á mi padre, á don César, eso... eso...? no sé lo que es.

ROSARIO.—¡Un interés grande, inmenso!

VÍCTOR.—¿Cuál?

ROSARIO.—(Cohibida.) Que yo quería decirte...

VÍCTOR.—(Con ansiedad.) ¿Qué?

ROSARIO.—Una cosa que no podía decirte siendo hijo de ese hombre, que aborrezco. Entre el padre apócrifo y el hijo postizo, he abierto un abismo infranqueable. (Transición de ternura.) Y ahora que estás solito en el mundo, ahora que no tienes sobre tí la sombra execrable de don César de Buendía, puedo decirte que...

VÍCTOR.—¿Qué?

ROSARIO.—(Con arranque de amor y entusiasmo.) Nieto de Adán, desheredado de la fortuna, huérfano... del mundo entero, pobrecito mío... (Pausa: clava los ojos en Víctor. Este, abriendo los brazos, va hacia ella) te quiero...

VÍCTOR.—¡Alma mía!

ROSARIO.—¡Amor de mi vida! (Se abrazan. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

LORENZA, arreglando la habitación; RUFINA, que entra por el fondo, con sombrero y traje de calle.

RUFINA.—¡Qué animación, qué alegría!... ¡Cómo está de genta esa plaza, y todo el prado de San Roque, y la calzada de Lantigua hasta el santuario!

LORENZA.—Sí, sí: pocos años se ha visto tan concurrido como éste la romería de Nuestra Señora del Mar. ¡Ay, mi 15 de Agosto, fiesta grande de Ficóbriga, quién te conoció en aquellos tiempos!... Hoy todo se vuelve bullangas, borracheras, comilonas, mucha gente de tierra adentro y de mar afuera... pero devoción... lo que se llama devoción... eso que no lo busquen, porque no lo hay... Y qué... ¿llegaron las señoritas hasta la ermita?

RUFINA.—Trabajillo nos costó romper por entre la muchedumbre... ¡Qué oleaje, qué remolinos!... Pero al fin llegamos, y ofrecimos á la Santísima Virgen los tres ramos de flores: los dos nuestros, y el tuyo. (Inquieta, mirando á la derecha.) Pero esta Rosario...

LORENZA.—¿No entró contigo?

RUFINA.—No: yo creí que había llegado antes.

LORENZA.—No la he visto entrar.

RUFINA.—En el prado de San Roque me entretuvieron, charla que charla, las niñas de Lantigua. ¡Ay, qué picoteras! Cuando de ellas pude zafarme, Rosario no estaba al lado mío... La busqué por los puestos y barracas de la feria, y nada. La señora Duquesa de San Quintín, sin

*

parecer por parte alguna... Creí que se habría adelantado y que la encontraría aquí.

LORENZA.—(Alarmada.) ¿Se habrá perdido entre el barullo de gente, y no sabrá volver á casa?

RUFINA.—¡Quiá!... ¿Esa? Sabe llegar á donde quiere. No se pierde, no.

LORENZA.—¿Pero qué mala hierba ha pisado mi señora la Duquesa?... Ya no madruga, ya no trabaja; se pasa las mañanas cogiendo florecillas silvestres, y las noches haciéndole cucamonas á la luna, y contando las estrellas por ver si alguna se ha perdido.

RUFINA.—Rarezas de su carácter.

LORENZA.—Rareza es, y de las gordas, poner esa cara de entierro, teniendo motivo para estar más contenta que unas pascuas.

RUFINA.—¡Bah!... ¿Ya empiezas?

LORENZA.—Sí... Que estamos acá poco enterados... Si en el pueblo no se habla de otra cosa.

RUFINA.—¿Qué... qué dicen?

LORENZA.—Que pronto serás hijastra de una excelentísima señora.

RUFINA.—Quita, quita. No digas desatinos. ¿Tú qué sabes...?

LORENZA.—Más que tú.

RUFINA.—Lo ocurrido en casa tú no lo entiendes, ni puedes entenderlo.

LORENZA.—(Por sí misma.) A fe que es tonta la niña. (Con misterio.) Desde el día de la revolución de casa...

RUFINA.—Cállate: no me lo recuerdes...

LORENZA.—Desde el día en que repudiaron al señorito Víctor, dejándomele en la clase de pueblo soberano, ¡ay! en la casa de Buendía están pasando cosas muy raras. ¡Pobre joven! Cuando ya le íbamos tomando cariño, resultó que...

RUFINA.—(Melancólica.) Que no es mi hermano. Para mí lo será siempre. Como á hermano le miré desde que vino á casa, y por tal le tendré mientras viva. Cuando sea monjita, y cada día me atrae más la vida religiosa... rezaré por él mañana y tarde, pidiendo al Señor que le conceda alguna felicidad... de la poquita que anda por esos mundos.

LORENZA.—Bien se lo merece, ¡ángel de Dios! Nunca me olvidaré de aquella tarde en que le ví salir de casa para no volver más... Y no creas que iba caidito y con los humos aplacados... Lo que dije: para pueblo, paréceme demasiado altanero.

RUFINA.—(Con interés.) ¿No has vuelto á verle?

LORENZA.—No.

RUFINA.—Dime la verdad.

LORENZA.—Te juro que no.

RUFINA.—¿Y no has sabido nada de él?

LORENZA.—Ni esto. Yo pregunto á cuantos obreros conozco, y ninguno me da razón.

RUFINA.—¡Cosa más rara!

LORENZA.—Se habrá ido por esos mundos...

RUFINA.—No, no. Está aquí. Canseco debe saber dónde, porque el abuelito y papá le han dado el encargo... esto me consta: lo he oído yo... han dado á ese señor Notario, tan diligente como oficioso, el encargo de proponerle...

LORENZA.—¿Cómo?... ¿qué?

RUFINA.—Verás. Yo le pedí por Dios al abuelo que no abandonara al pobre Víctor, y él... ¿á que no me aciertas lo que ha discurrido nuestro adorado patriarca? Pues... regalarle la *Joven Rufina*, que ya está lista para darse á la vela, bien cargadita de mineral, y con víveres para dos meses. Anoche le dijo al capitán que abriera registro para Boston ó Filadelfia, con cargamento á la orden. Le dan el barco á Víctor, con escritura en regla, á condición de partir inmediatamente. La nave y cuanto contiene es suyo, y al llegar á los Estados Unidos puede venderlo, y comprar terrenos en el Oeste, y hacer unas fincas muy grandes, muy grandes...

LORENZA.—¡Ay, qué señor! ¡Qué manera de estar en todo, y darle á cada uno su por qué! Es la mismísima Providencia. Y el otro, ¿acepta?

RUFINA.—Pronto hemos de saberlo, porque el capitán de la fragata quiere salir en la pleamar de mañana.

LORENZA.—(Apuntando una idea.) ¡Ay! ¿Estará don Víctor á bordo?

RUFINA.—(Vivamente.) ¡Oh!... pues no se me había ocurrido... Hay que averiguarlo pronto, pronto.

LORENZA.—Sí: por mi sobrino Juan, el contramaestre. (Va hacia el foro.)

RUFINA.—Oye. ¿Sabes que me inquieta la tardanza de Rosario?

LORENZA.—Mandaré á Rafaela en su busca. (Mirando por el fondo.) ¡Ah! si ya está aquí. (Entra Rosario por el foro. Lorenza se detiene al verla, como queriendo entablar conversación.) ¡Buen paseíto, señora Duquesa...!

RUFINA.—Anda, anda á lo que te encargué, y déjanos.

ESCENA II

ROSARIO, RUFINA.

RUFINA.—¡Gracias á Dios! ¿Pero dónde te metiste?

ROSARIO.—(Desasosegada.) No me perdí, no... Es que... (Con gran viveza.) Dime, ¿sabes algo?

RUFINA.—Nada, hija.

ROSARIO.—Y esa Lorenza, que todo lo sabe y en todo se mete, ¿no ha podido averiguar...?

RUFINA.—Todavía no.

ROSARIO.—(Inquietísima.) ¡Qué ansiedad! Desde aquel día... que no olvidaré nunca, no hemos vuelto á verle ni á saber de él. ¿Por qué se esconde? ¿Es que huye de mí?

RUFINA.—¡Oh, no!

ROSARIO.—Sería mudanza inexplicable. Sus últimas palabras, al despedirse de mí y de esta casa, fueron de apasionada ternura, de cristiana entereza. No sé qué me llegó más al alma, si el cariño que me mostraba, ó la fiera arrogancia con que afrontar quería la adversidad... Pero después... ahora... esta desaparición... esta fuga, si en efecto ha partido... No sé qué pensar... ¡Si vieras qué cosas se me ocurren!...

RUFINA.—¿Qué?

ROSARIO.—Que al encontrarse solo, su espíritu ha caído en el marasmo, en esa pereza que ahoga los sentimientes nobles, dejando crecer la desconfianza, la malicia, el rencor.

RUFINA.—¡Oh, no creas eso!

ROSARIO.—Bien pudiera ser que el amor que le inspiré haya sido ahogado por el sentimiento del mal que le hice.

RUFINA.—Quita, quita: eso no puede ser. Más bien me inclino á creer que hayan torcido su voluntad las voces absurdas que corren por el pueblo.

ROSARIO.—Que yo me caso con tu papá... ¡Ridícula invención!

RUFINA.—De ello me hablaron esta tarde mis amiguitas, y cuantas personas encontré al volver á casa. Claro: si Víctor da en creer también...

ROSARIO.—No puede, no debe creerlo... ¡Qué afán, Dios mío!... ¡Si al menos tuviera la seguridad de que llegó á sus manos la carta que ayer le escribí!

RUFINA.—Se la dí al carretero de la fábrica, que de fijo revuelve toda la villa y sus alrededores por encontrarle.

ROSARIO.—¡Quiéralo Dios!... Esta tarde, ¿por qué crees que me separé de tí en San Roque, cuando charlabas con tus amigas? Fué que me pareció ver entre el gentío de la feria...

RUFINA.—¿A Víctor?

ROSARIO.—Habría jurado que era él. Corrí tras aquel rostro que se me apareció un instante en las oscilaciones de la multitud... No era, no. Movida de un impulso irresistible, me lancé á recorrer toda la feria, con la idea, con el presentimiento de que había de encontrarle. Entre el bullicio loco, en medio de aquel tumulto mareante, yo me deslizaba ligerísima: entra por aquí, sale por allá... Aquí bailaban, allá comían. Todos, viejos y niños, hombres y mujeres, respiraban el contento del vivir, esa alegría franca que no conocemos los que hemos nacido y vivido en un mundo artificioso, todo sequedad y formas afectadas... que se sostienen con alambres... Yo no hacia más que mirar, mirar, mirar, toda el alma en los ojos, revolviendo con ellos el sin fin de caras de aquella muchedumbre hirviente de vida, humanidad fresca, con sangre, con músculos, con alma... Ví rostros atezados de marineros, con todo el ceño de la mar en sus ojos; caras de obreros, marcadas con el sello del carbón... ví aldeanos, trajinantes, diversa gente... pero ¡ay! entre tantas caras no ví la que buscaba. ¡Y yo confiada ciega-

mente en que la Virgen me concedería lo que le pedí!... ya ves... le pedí bien poca cosa... He sido muy desgraciada... he vivido en la aridez de la vida elegante... Le pedía que me concediera volver á ver al único hombre que ha sabido entrar en mi corazón... y quedarse dentro.

RUFINA.—¡Oh, bien puede concedértelo! Es que te equivocaste de ruta. En vez de ir al prado, debiste bajar hacia el puerto.

ROSARIO.—Si fuí, tonta. Bajéme á la ría, y la recorrí desde la machina del mineral hasta la rampa de los pescadores... Ví tres, cuatro, muchas lanchas que llegaban de la otra orilla, los palos engalanados con banderas, follaje y enormes matas de arbustos preciosísimos; venían llenas de peregrinos, todos con ramas de laurel y guirnaldas de flores para ofrecerlas á la Virgen... ¡Tampoco, tampoco allí!... Y aquella gente que desembarcaba gozosa, como si al poner el pie en tierra creyera descubrir un mundo, pasaba junto á mi pena inmensa sin advertirla. ¡Oh, mi pena, qué pequeña, qué diminuta, qué invisible para los demás, para el mundo entero... para mí qué grande!...

RUFINA.—Tranquilízate. De hoy no pasa que sepamos... Por Dios, ten paciencia.

ROSARIO.—Eso es lo que no puedo tener. Recomiéndame todas las virtudes; pero la paciencia no.

RUFINA.—Cuidado... Papá y el abuelito.

ESCENA III

Dichas.—D. CÉSAR, dando el brazo á D. JOSÉ.

D. JOSÉ.—¡Ah, picaronas! ¿habéis estado en la feria?

ROSARIO.—Sí. señor; y hemos llevado flores á la Virgen.

RUFINA.—Y le hemos pedido que os dé á los dos muchísima salud.

D. CESAR.—¿A mí también? ¿Han rezado por mí?

ROSARIO.—Sí, señor... también por usted.

D. CESAR.—Gracias. Pero hasta ahora, la Virgen no le ha hecho á usted maldito caso, porque hoy no me siento mejor que ayer.

ROSARIO.—Es que Nuestra Señora del Mar, este año, no está muy benigna que digamos... No concede nada de lo que se le pide.

D. JOSÉ.—¿Van esta noche al baile del Casino?

ROSARIO.—Yo no.

RUFINA.—Y si quisiéramos ir, ¿nos dejarías, abuelito?

D. JOSÉ.—¡Ah, hijas mías, ya no soy el que manda aquí! ¿Sabéis la resolución que he tomado?

RUFINA Y ROSARIO.—¿Qué?

D. JOSÉ.—Pues... considerando que mi querido hijo tiene en poco la autoridad que ejerzo en esta casa desde hace más de medio siglo; considerando que se empeña en ir por caminos que no son de mi gusto, nos... abdicamos. (Se sienta.)

ROSARIO.—¿Es de veras?

D. JOSÉ.—(Con seriedad.) Sí. Y algo muy importante que yo debiera decirte hoy, él te lo dirá. Allá os entendáis vosotros. (Don César habla aparte con Rosario; don José con Rufina.) El quiere perderse, y se perderá.

ROSARIO.—Pero, don César, ¿todavía insiste usted?

D. CESAR.—¿Cómo no? La constancia es mi único mérito. Insisto, sí.

ROSARIO.—¿A pesar de la reyerta desagradable del otro día?

D. CESAR.—A pesar de todas las reyertas pasadas, presentes y futuras.

ROSARIO.—Creí que me guardaría usted rencor.

D. CESAR.—¿Por qué? ¡Ah! por haberme revelado... Al contrario... si debo agradecerlo... Con intención ó fines que no comprendo bien, usted me libró de un error afrentoso... Al herirme, me hirió con la verdad; y la verdad, dígase lo que se quiera, siempre se agradece... Ya ve usted que soy claro. Imíteme en la claridad, y dígame...

ROSARIO.—(Disgustada.) Si le parece, dejemos para otra ocasión ese asunto. Tengo que escribir á mi familia... Estoy muy holgazana.

D. CESAR.—¡Ingratuela! Siempre huyendo de mí.

ROSARIO.—Hasta luego. (A Rufina.) ¿Vienes? (Vanse por la derecha.)

ESCENA IV

D. JOSÉ, D. CÉSAR.

D. JOSÉ.—Por lo que veo, sus desdenes no te curan de tu loca inclinación.

D. CESAR.—Usted lo ha dicho: inclinación ciega, locura... No puedo remediarlo. Es mi temperamento, es mi carácter que se embravece con los obstáculos, mayormente cuando conoce que son más artificiosos que sinceros. Rabiando, rabiando está ella por amasar su nobleza sin jugo con la vulgaridad substanciosa de la casa de Buendía. Sólo que con habilidad suma regatea su consentimiento para obtener las mayores ventajas.

D. JOSÉ.—(Levantándose airado.) Repito que...

D. CESAR.—(Flemático.) Pero, padre, abdica usted, ¿sí ó no?

D. JOSÉ.—(Sentándose.) ¡Ah, ya no me acordaba!... Haz lo que quieras... No digo nada. Me he metido en Yuste, y desde mi humilde monasterio, asistiendo á mis propios funerales, veo cómo te las gobiernas solo.

D. CESAR.—Me las gobernaré como pueda...

D. JOSÉ.—Ya no intervengo más que para hacer cumplir una de las últimas disposiciones de mi reinado. Dí: ¿vendrá pronto el amigo Canseco?

D. CESAR.—Le espero de un momento á otro.

D. JOSÉ.—Y nos dirá si ese pobre joven acepta ó no...

D. CESAR.—¿Pero usted lo duda?... ¿Qué más puede desear?... Pues no sé... Le damos, por su linda cara, un barco magnífico...

D. JOSÉ.—Sí, con todas las maderas podridas... Está como nosotros. En fin, sepamos si ese diligente Notario...

D. CESAR.—(Que se acerca al foro como para dar órdenes.) En nombrando al ruín de Roma... Aquí está ya.

ESCENA V

Dichos.—Canseco.

D. Cesar.—¿Qué hay?

Canseco.—(Enfáticamente.) Grande, estupenda novedad.

D. Cesar.—A ver...

Canseco.—Entre paréntesis... (Estrechando con efusión la mano de don César.) Sea mil y mil veces enhorabuena, mi queridísimo don César.

D. Cesar.—¿Por qué?

Canseco.—Si en el pueblo no se habla de otra cosa... ¡Y cuán dichoso será para todos los habitantes de Ficóbriga el día en que vengamos á felicitar al excelentísimo señor Duque de San Quintín!...

D. Cesar.—¡Oh... no hay nada todavía!... Podría ser... pero... En fin, amigo mío, ¿qué hay de...?

D. José.—¿Le ha visto?

Canseco.—Sí, señor.

D. Cesar.—¿Dónde vive?

Canseco.—Pásmense ustedes. (Expectación.) ¿Se han pasmado ya?

D. Cesar.—Sí; pero sepamos...

D. José.—¿Dónde está?

Canseco.—En la Virgen del Mar.

D. José.—¿En el santuario?

Canseco.—En la rectoral, en la casa del cura.

D. Cesar.—¿Don Florencio?

Canseco.—Sí: ahora resulta que son muy amigos.

Rufina.—(Asomada á la puerta de la derecha, oye las últimas frases.) ¡Ah!... (Vuelve á entrar en la habitación de Rosario.)

D. José.—¿Habló usted con él?

Canseco.—Sí, señor. Más de media hora.

D. Cesar.—Por de contado, admite el socorro, y se embarcará inmediatamente.

Canseco.—Pues no me ha declarado de un modo explícito su conformidad.

D. CESAR.—¿Que no?

D. JOSÉ.—Pues...

CANSECO.—Vamos por partes. Me contó que, al día siguiente de su salida de esta casa, fué á Socartes, llamado por un ingeniero belga, amigo suyo, y camarada de la escuela de Lieja.

D. CESAR.—¡Ah, sí... Trainard, que es aquí cónsul de Bélgica!

CANSECO.—Acompañado de su amigo y de la señora de su amigo, regresó aquí esta mañana.

D. CESAR.—¿Y qué más?

CANSECO.—Pues nada... Pretende que ustedes le concedan una audiencia, y en su nombre vengo á solicitarla.

D. JOSÉ.—¡Audiencia, aquí!

D. CESAR.—No, no: aquí no tiene que poner los pies. No faltaba más... Dígale usted que no, que no.

CANSECO.—Según me indicó el interfecto, tiene que manifestar á ustedes cosas de la mayor importancia...

D. CESAR.—¡Bah, bah!... Que nos deje en paz.

CANSECO.—Presumo... no es que yo sepa... presumo que será algo referente á la triste revelación hecha por la señora Duquesa... Y, entre paréntesis, ya que hablo de la ilustre dama...

D. CESAR.—¿Qué?

CANSECO.—(Con misterio.) Pues... cuando en el curso de nuestra conversación salió á relucir el nombre de la señora Duquesa, noté en el rostro del Víctor una turbación, un sobresalto... vamos... al momento comprendí... ¿Para qué quiero yo esta perspicacia que me ha dado Dios?... Claro, como la nobilísima pariente de los señores de Buendía fué quien rectificó aquel gravísimo error de familia, es perfectamente lógico que el interfecto, víctima inocente de la manifestación de la declarante, haya cobrado á ésta un odio mortal... Conviene que estén ustedes prevenidos.

D. CESAR.—Pero qué... ¿se atrevería...?

D. JOSÉ.—No creo...

CANSECO.—A Segura llevan preso. Adelantémonos con sabia previsión á cualquier trama diabólica que pudiera imaginar el deseo de venganza.

D. CESAR.—¡Oh! es imposible...

CANSECO.—Yo no afirmo... sospecho... Pesimismos de curial que ha visto muchas picardías... Y, entre paréntesis, ¿qué contesto á la petición?

D. JOSÉ.—Eso tú.

D. CESAR.—Ya he dicho que no, resueltamente que no.

ESCENA VI

Dichos.—ROSARIO, RUFINA, por la derecha.

ROSARIO.—(Desde la puerta.) ¿Es secreto lo que se habla?

D. CESAR.—No... pasen.

CANSECO.—(Adelantándose á saludarla.) Excelentísima señora... (Con misterio y oficiosamente.) No tenga usted miedo.

ROSARIO.—¡Miedo!

CANSECO.—Está usted segura... No hay cuidado. Aquí estamos todos para velar por su preciosa existencia... La única precaución que puede usted tomar es no salir de casa hasta que...

D. CESAR.—Pero si de una manera ó de otra, el interfecto, como usted dice, ha de salir pronto de Ficóbriga... ¡Pues no faltaba más!...

ROSARIO.—¡Ah! ya sé de quién hablan.

D. CESAR.—Y ahora sale con la ridícula pretensión de que le concedamos una entrevista.

CANSECO.—Una audiencia... aquí.

D. JOSÉ.—Pretenderá un auxilio más positivo.

RUFINA.—Concédeselo, abuelito.

D. JOSÉ.—Yo no mando... Ese dispondrá...

D. CESAR.—¡Recibirle aquí! ¡En mi casa!

RUFINA.—Papá... recíbele... ¿Qué te importa?... (A Canseco.) ¿Dónde está?

CANSECO.—Bien cerca de aquí. Vino conmigo hasta la puerta, y en los pórticos de la plaza está aguardando la resolución de los señores.

ROSARIO.—(Aparte á Rufina.) (Corre, llámale.) (Vase Rufina por el fondo.) Por deber de conciencia, señor don César, y re-

cordando la parte principal que tuve en un suceso... lamentable, estoy obligada á interceder por el desgraciado interfecto... Los señores de Buendía, tan hidalgos y generosos, deben... por lo menos oirle y enterarse de lo que pretende.

D. CESAR.—(Excusándose.) Rosario, yo siento mucho...

RUFINA.—(Presurosa por el fondo.) Ya está aquí.

ROSARIO.—Que pase...

D. CESAR.—¿Usted lo manda?

ROSARIO.—Y usted lo aprueba.

D. CESAR.—Sea.

ESCENA VII

D. JOSÉ, D. CÉSAR, ROSARIO, RUFINA, CANSECO, VÍCTOR. Siéntanse todos. D. José á la derecha, teniendo á su derecha á Rufina, á su izquierda á Rosario; enfrente don César, y Canseco á su lado. Queda despejado el centro de la escena. Aparece Víctor en la puerta del foro, vestido de caballero, decentemente sin afectación de elegancia. Permanece un instante en la puerta, esperando que le manden pasar.

D. JOSÉ.—Pasa. (Víctor no se mueve.)

RUFINA.—Dice el abuelito que pases. (Adelántase Víctor, y saluda á los dos grupos con grave reverencia.)

ROSARIO.—(¡Dios mío, qué emoción! ¡No sé cómo componer mi rostro!)

CANSECO.—Ya ve usted. Los señores de Buendía, accediendo á mis instancias, han tenido la bondad de recibir á usted en esta casa.

VÍCTOR.—Bondad que agradezco infinito. Corresponderé á ella abreviando esta visita todo lo posible, porque mi presencia, lo reconozco, no puede ser agradable á todos los individuos de esta digna familia.

RUFINA.—(A Víctor en voz baja.) Siéntate...

VÍCTOR.—No... gracias.

D. CESAR.—(Alarmado.) ¿Qué ha dicho?

VÍCTOR.—Su hija de usted me invitaba á sentarme, y he respondido que no me canso de estar en pie.

D. CESAR.—Bien. Pues si tú deseas la brevedad, más la deseo yo. Me adelanto á tus manifestaciones diciéndote que si el socorro que pretendes, además del barco, es razonable...

VÍCTOR.—¡Oh! no pretendo socorro, no. Ni lo necesito. Solo en el mundo, pobre, sin nombre, sabré encontrar un manantial de vida en medio del páramo que me rodea. Señores de Buendía, ni ustedes pueden darme auxilio, ni yo puedo aceptarlo. Un error nos unió. La verdad, ó una apariencia de verdad, nos ha separado para siempre. Don César, corto con usted toda clase de relaciones, dejando sólo la gratitud, pues á usted debo mi educación, lo poco que sé, lo poco que valgo.

D. JOSÉ.—(A Rosario.) No está mal.

ROSARIO.—Ya lo creo.

D. CESAR.—Entonces...

CANSECO.—(Aparte á don César.) (No quiere auxilio. ¿Le digo que se siente?)

D. CESAR.—(No...) ¿Pues qué quieres? No entiendo. Acaba, que tu presencia es tormento indecible para mí. Tienes el triste privilegio de sumergir mi alma en un estupor insano. Eres inocente del mal que me has hecho, y no puedo amarte; eres mi desilusión, y no puedo aborrecerte. Para curarme de este malestar horrible, es preciso que huyas de mí... (Levántase), pero lejos, lejos, al último confín del mundo.

CANSECO.—(Obligándole á sentarse.) (Calma, amigo mío... No excitarse sin motivo... Yo seguiré por usted.) (A Víctor.) Lo que importa, caballerito, es que usted se ausente de Ficóbriga, y de España... y de Europa. Para eso, los generosos señores en cuyo nombre hablo, le regalan á usted un barco magnífico.

D. JOSÉ.—Eh... ahora entro yo. Eso es de mi reinado. Víctor, dí pronto si estás dispuesto á embarcarte para los Estados Unidos en la nave que te doy.

CANSECO.—Eso.

VÍCTOR.—Agradezco con toda el alma la donación del venerable patriarca, y el interés que se toma por mí. Pero no acepto, no puedo aceptar. (Estupor en todos.)

ROSARIO.—(Aparte con entusiasmo.) (¡Oh, qué noble orgullo! Así te quiero.)

D. JOSÉ.—¿Pero de veras...? ¿Qué razones...?

RUFINA.—(Mejor. Que se quede.)

ROSARIO.—Es natural. Víctor no quiere privar al comercio de una embarcación tan hermosa, tan gallarda y tan segura.

VÍCTOR.—La principal razón es que antes moriré que recibir de esta familia, que respeto, ni el valor de un alfiler.

CANSECO.—Hola, hola...

D. CESAR.—(¿Qué es esto?)

D. JOSÉ.—Entonces... ¿qué quieres de nosotros? ¿A qué has venido?

VÍCTOR.—A dirigir una pregunta á don César.

D. CESAR.—¡A mí!

ROSARIO.—(¡Ahora es ella!)

VÍCTOR.—Deseo que el señor don César desmienta ó confirme... lo que me ha dicho el señor Notario aquí presente... noticia, además, que corre de boca en boca por todo el pueblo.

CANSECO.—(Ya sé...)

D. CESAR.—¿Qué?

D. JOSÉ.—¿Qué?

VÍCTOR.—(A don César.) Deseo saber si es cierto que usted ha hecho proposiciones de casamiento á la señora Duquesa de San Quintín.

D. CESAR.—(Receloso y colérico.) ¡Tú... tú! ¿Y qué te importa?

D. JOSÉ.—¡Atrevimiento igual!

D. CESAR.—¡Pero tú...!

VÍCTOR.—Yo, yo. Pregunto á usted si son ciertas sus pretensiones, porque, sépanlo todos, ¡me opongo á ellas!

D. CESAR Y D. JOSÉ.—¡Tú!

VÍCTOR.—Yo, con toda la energía de mi voluntad, tan soberana como otra cualquiera, me opongo. La razón es bien clara. Amo á Rosario. (Estupor y sobresalto. Don José y don César se levantan bruscamente.)

D. JOSÉ.—¡Jesús!

RUFINA.—(¡Ay, Dios mío!)

D. Cesar.—¡Oh, qué ignominia! Calla, miserable. (Mirando á Rosario y á Víctor con desvarío.) ¡Rosario, Víctor!... ¡Horrible, horrible! ¡Y usted calla, usted no protesta...!

D. José.—(A Rosario, volviendo á sentarse.) Pero tú...

D. Cesar.—Fuera de aquí. Rosario, confúndale usted con su desprecio.

D. José.—Pero habla, hija.

Rufina.—(Pasando al lado de Rosario.) Contesta, mujer. (Rosario continúa sentada, inmóvil y silenciosa.)

D. Cesar.—Pero usted... al menos... ¿no se indigna de que ese desdichado...? (Asaltado de una horrible sospecha.) ¡Acaso...! ¡Dios, lo que pienso! (Aterrado de su idea.) Díganos usted que esta idea que ha fulminado aquí (En la mente) es absurda... díganoslo pronto, pronto.

Rufina.—Habla.

Víctor.—(Suplicante.) Hable usted, por Cristo...

D. José.—A ver... dí...

Rosario.—(Se levanta. Expectación en todos. Pausa. Con solemne acento pronuncia las palabras que siguen.) Soy noble, nací en la más alta esfera social. De niña, enseñáronme á pronunciar nombres de magnates, de príncipes, de reyes, que ilustraron con virtudes heróicas la historia de mi raza... Pues bien: mi nobleza, la nobleza heredada, ese lazo espiritual que une mi humildad presente con las grandezas de mis antepasados, me obliga á proceder en todas las ocasiones de la vida conforme á la ley eterna del honor, de la justicia, de la conciencia. Yo privé á este hombre de todos los bienes de la tierra. Él cree que mi mano es la única compensación de su infortunio, y yo se la doy, y con ella el alma y la vida. (Pasa al lado de Víctor.)

D. Cesar.—(Trastornado.) ¡A él! ¡Amarle á él...! ¡Mentira!

Víctor.—(Con entusiasmo.) A mí, á mí solo.

D. José.—(Rezando.) En el nombre del Padre...

D. Cesar.—(Abrumado, cae en el sillón.) Yo estoy loco. El mundo se desquicia, el universo se rompe en pedazos mil... ¡Oh, oh! ¡La descendiente de reyes... el hijo anónimo de Sarah!... ¡Inaudita fusión, amasijo repugnante en que veo la mano de Lucifer!... ¡Oh, no...! ¡Díganme que es sueño, mentira...!

CANSECO.—Calma, serenidad, mi querido don César.

VÍCTOR.—Perdóneme usted... No es culpa mía...

D. CESAR.—Déjame. Has invadido mi casa, has entrado á saquearme, á llevarte mi dicha, mi esperanza. ¡Qué bien ha hecho Dios en demostrarme que no eres mi hijo! (Canseco trata de calmar á don César.)

D. JOSÉ.—(Severamente, cogiendo á Rosario por una mano.) Perturbadora de mi casa, si la demencia de mi hijo merece este desengaño, la tuya merece un manicomio.

ROSARIO.—Sí, mi señor patriarca. Víctor y yo somos dos locos que nos lanzamos á la increíble aventura de buscar la vida y la felicidad en nosotros mismos.

D. CESAR.—(A Canseco con ansiedad.) (¿Qué dicen, qué hablan?)

CANSECO.—(Ella misma reconoce que está loca perdida.)

D. CESAR.—(Alto.) ¡Y arroja al lodo su ducal corona!

ROSARIO.—¡Mi ducal corona! El oro de que estaba forjada se me convirtió en harina sutil, casi impalpable. La amasé con el jugo de la verdad, y de aquella masa delicada y sabrosa he hecho el pan de mi vida.

D. JOSÉ.—Y ahora, Víctor... puesto que no vas á América...

VÍCTOR.—Sí que voy.

D. JOSÉ Y RUFINA.— ¿Y tú?

ROSARIO.—Yo también. Para completar su existencia, le falta una familia, un hogar ordenado y tranquilo, el cariño y la compañía de una mujer... y esa mujer seré yo, aquí, ó en el último rincón del mundo.

VÍCTOR.—(Abrazándola.) Que será un cielo para mí.

D. JOSÉ.—¡Alabada sea la infinita Misericordia...!

VÍCTOR.—Sí: pida usted el favor del Cielo para estos pobres emigrantes.

D. CESAR.—(A Canseco.) ¿Qué dicen?... ¿De qué tratan?

CANSECO.—Nada... que, según parece, se van juntos al otro mundo. (Don César presta atención á lo que sigue.)

VÍCTOR.—Por mediación de un ingeniero belga, amigo mío, voy á una comarca industrial del estado de Pensilvania, en calidad de emigrante. Exígenme que lleve una familia, y ya la tengo. Nos embarcamos en el vapor de la *Mala Real*, que hace escala en este puerto.

RUFINA.—Llega esta noche.

VÍCTOR.—Y parte mañana.

D. CESAR.—(Con desvarío.) ¡Huye con él... le ama!... el Infierno arriba, en el zenit; el Cielo abajo, en los profundos abismos.

D. JOSÉ.—No podéis partir así.

RUFINA.—No tenéis tiempo de casaros.

D. JOSÉ.—Espérate, y...

ROSARIO.—Después de lo ocurrido, no puedo permanecer aquí ni un momento.

RUFINA.—¿Y á dónde vas?

VÍCTOR.—El cónsul de Bélgica y su digna esposa nos albergan, y apadrinarán nuestra boda.

ROSARIO.—¡Oh, sí!

VÍCTOR.—(Con entusiasmo, llevándose á Rosario.) Ven, mi vida, mi ilusión, mi idea.

CANSECO.—(Pasando al grupo del centro.) Urge que se retiren...

ROSARIO.—(Despidiéndose de don José.) Adiós.

D. JOSÉ.—(Abatido.) Adiós, hija mía. (Rosario y Rufina, en el centro de la escena, se besan cariñosamente, permaneciendo un rato abrazadas. Después Rufina se despide de Víctor, el cual la abraza. En el transcurso de esta escena muda, don José, tomando la mano á Canseco, le dice:) ¡Ay, qué desolación en mi familia! Mi hijo medio loco; mi nieta será monja cuando yo falte... Así concluye esta poderosa casa.

CANSECO.—De poco le ha valido á usted tanta administración.

D. JOSÉ.—(A Rufina, que, después de la despedida, vuelve á su lado llorando.) ¿Lloras?

RUFINA.—Sí... les quiero á los dos.

D. JOSÉ.—¡Mi hijo... César...!

D. CESAR.—(Levántase airado.) Acábese esta pesadilla horrible... (A Rosario y Víctor.) Marchaos de aquí... (Como buscando consuelo al lado de su padre.) Padre, soy hombre concluído, sin ninguna ilusión, sin más esperanza que la muerte.

D. JOSÉ.—Ven acá. (Echa un brazo á Rufina y otro á don César, formando estrecho grupo.) Agrupémonos, para que nuestra soledad sea menos triste.

RUFINA.—¡Se van para siempre!

VÍCTOR.—¡A la mar, á un mundo nuevo!

ROSARIO.—Volvamos la espalda á las ruínas de éste. (Dirígense á la puerta del foro; se vuelven, abrazados, hacia la escena, y extendiendo el brazo que les queda libre, saludan con entusiasmo y alegría.)

ROSARIO Y VÍCTOR. — (Al unísono, con voz clara y vigorosa.) ¡¡Adiós!!

D. CESAR.—Se van... Es un mundo que muere.

D. JOSÉ.—No, hijos míos: es un mundo que nace. (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

A tres pesetas tomo.

La desheredada, dos tomos.—El amigo Manso.—El doctor Centeno, dos tomos.—Tormento.—La de Bringas.—Lo prohibido, dos tomos.—Fortunata y Jacinta, cuatro tomos.—Miau.—La Incógnita.—Realidad.—Angel Guerra, tres tomos.—Tristana.—La loca de la casa.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la cruz.—Torquemada en el Purgatorio.—Torquemada y San Pedro.—Nazarín.—Halma.—Misericordia.—El Abuelo.—Casandra.

NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

A dos pesetas tomo.

Doña Perfecta.—Gloria, dos tomos.—Marianela.—La familia de León Roch, dos tomos.—La Fontana de Oro.—El Audaz.—La Sombra.

OBRAS DRAMÁTICAS

A dos pesetas tomo.

Realidad, drama.—La loca de la casa, comedia.—La de San Quintín, comedia.—Los Condenados, drama.—Voluntad, comedia.—Doña Perfecta, drama.—La Fiera, drama.—Electra, drama.—Alma y Vida, drama.—Mariucha, comedia.—Bárbara, tragicomedia.—Amor y Ciencia, comedia.

EPISODIOS NACIONALES

EDICIÓN ECONÓMICA

A dos pesetas tomo.

Primera serie: Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—*Segunda serie:* El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.—*Tercera serie:* Zumalacarregui.—Mendizábal.—De Oñate á la Granja.—Luchana.—La campaña del Maestrazgo.—La estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los Ayacuchos.—Bodas Reales.—*Cuarta serie:* Las tormentas del 48.—Narváez.—Los duendes de la camarilla.—La Revolución de Julio.—O'Donnell.—Aita Tettauen.—Carlos VI en la Rápita.—La vuelta al mundo en la Numancia.—En prensa: Prim.—En preparación: La de los tristes destinos.

GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Diez magníficos volúmenes conteniendo cada uno dos títulos y numerosos facsímiles de reputados artistas, 85 pesetas.—Tomo suelto, 9 pesetas.—Cuaderno (consta la obra de 92), 1 peseta.

Discursos académicos: un tomo, **2 pesetas.**
Memoranda: un tomo, **2 pesetas.**

EN PREPARACIÓN

Edición ilustrada de **Doña Perfecta**, con dibujos de Pellicer

LOS CONDENADOS

DRAMA EN TRES ACTOS, PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 11 de Diciembre de 1894.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS
Hortaleza, 132.
1898

LOS CONDENADOS

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE MANUEL TELLO
Carrera de San Francisco, 4.

LOS CONDENADOS

DRAMA EN TRES ACTOS, PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 11 de Diciembre de 1894.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS
Hortaleza, 132,
1898

PERSONAJES	ACTORES
SALOMÉ (24 años), sobrina de Gastón.....	SRTA. COBEÑA.
MÓNICA, ancianita enjuta y espiritual, conocida familiarmente por SANTAMONA.....	SRA.. RUIZ.
FELICIANA BELLIDO (34 años), viuda rica.....	» ALVERÁ.
SANTIAGO PATERNOY (45 años).....	SR... CEPILLO.
JOSÉ LEÓN (30 años), vagabundo.....	» THUILLIER.
BARBUÉS (50 años), ansotano pudiente.....	» CIRERA.
JERÓNIMO GASTÓN (60 años), ricacho de Ansó.	» URQUIJO.
GINÉS (25 años), pícaro, ex-sacristán.....	» BALAGUER.
VICENTA. } sobrinas de Gastón	SRTA. MOLINA (Adela).
PRISCA. . }	» MOLINA (Amparo).
MOZO 1.º.....	SR... DEL CERRO.
IDEM 2.º.....	» ABOJADOR.
SOR MARCELA.....	SRTA. LÓPEZ.
LA SUPERIORA DE LA ESCLAVITUD.....	» CANCIO.

Acción contemporánea.—País de Ansó y Berdún.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Administración Lírico-Dramática de D. Eduardo Hidalgo, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PRÓLOGO

Esta obra, estrenada en el teatro de la Comedia la noche del 11 de Diciembre, no agradó al público. No necesito encarecer mi confusión y tristeza, casi estoy por decir mi vergüenza ante el fracaso, pues compuse el drama con la franca ilusión de que sería bien acogido; llegué á figurarme, trabajando en él con ciego entusiasmo, que lograba expresar ideas y sentimientos muy gratos á la sociedad contemporánea en los tiempos que corren; lo terminé á conciencia, lo corregí y limé cuanto pude, y persuadido de no haber hecho un despropósito, ni mucho menos, lo entregué confiado y tranquilo á D. Emilio Mario, que tuvo la bondad de mandar sacarlo de papeles sin pérdida de tiempo, y de repartirlo y ensayarlo con el esmero que es de ritual en aquella casa. El estreno, como brusca sacudida que nos transporta del ensueño á la realidad, me presentó todo al revés de lo que yo había pensado y sentido. El teatro es esto. Las obras de uno y otro género, así las muy pensadas y con cariño escritas, como las compuestas á vuelapluma, no son más que la mitad de una proposición lógica, y carecen de sentido hasta que no se ajustan con la otra mitad, ó sea el público. ¿Casa? Resulta el conjunto verdad, el éxito. ¿No casa? Pues de seguro hay error grave en una de las partes, ó en las dos.

Debo decir que la mayoría de las personas que acudieron al teatro en aquella desgraciada noche, iban con el deseo y quizás

con la confianza del éxito. Otras, en cambio, las menos sin duda, llevaron la previsión y la seguridad de la derrota. Más que la alegría de éstas (cosa muy propia de las luchas literarias, y que no debe asustar á nadie), me duele á mí el desengaño de las primeras. La pena que mostraban en el curso de la representación, y al retirarse de la sala, centuplicaba el desconsuelo con que actores y autor veíamos perdido nuestro trabajo, y malogradas las esperanzas de la empresa.

Pero no tardó en venir á mi espíritu una resignación plácida, que me permitió apreciar los hechos con serenidad. El fin de toda obra dramática es interesar y conmover al auditorio, encadenando su atención, apegándole al asunto y á los caracteres, de suerte que se establezca perfecta fusión entre la vida real, contenida en la mente del público, y la imaginaria que los actores expresan en la escena. Si este fin se realiza, el público se identifica con la obra, se la asimila, acaba por apropiársela, y es al fin el autor mismo recreándose en su obra. El drama Los Condenados no produjo en el público, al menos en la ocasión de su estreno, el efecto á que aspira toda obra de teatro. Pero aunque la representación resultara una tentativa infeliz, creo que no debe recaer sobre él inmediatamente el olvido, por lo cual, siguiendo el ejemplo de ilustres compañeros y maestros del arte, determino imprimirlos. Seguramente, muchas personas que no asistieron al estreno gustarán de apreciar por sí mismas las causas de la caída.

***

Por añeja costumbre de examen de conciencia, en la noche del estreno, y en el curso mismo de la representación, cuando yo veía que, escena tras escena, se iban marchitando las ilusiones que forjó mi deseo de acierto, no cesaba de investigar con

rápida crítica la razón de que no interesaran al público pasajes y conceptos que juzgué ¡ciego de mí! de posible, de casi seguro efecto. He aquí el eterno enigma del teatro, la esfinge, en cuyo rugoso entrecejo, si nunca supieron leer los maestros, ¿cómo han de saberlo los aprendices? El público desvanece el misterio con brutal é irrevocable sentencia. Diríase que en unos casos crea la obra con los datos que le da el autor, y que en otros devuelve friamente los datos, quedándose con un deforme embrión entre las manos. Es la obra que soñada entrevió, que quiso crear sin poder conseguirlo, ya porque los elementos venidos de la otra parte eran infecundos, ya porque no encontraron medio apropiado para su desarrollo. ¿Eso quién lo sabe?

Pues bien: aunque he llegado al conocimiento preciso de las causas del desacuerdo entre autor y público, pensando en ellas desde la noche del estreno, quiero apuntar con absoluta sinceridad todas las que se me han ocurrido. ¿Cayó la obra por la marcha calmosa de la exposición, y la desusada longitud de algunas escenas? Podrá ser; pero no puedo olvidar que en otras obras he incurrido, quizás más ostensiblemente, en el mismo defecto, si defecto es, y el público no ha mostrado impaciencia; ha sabido escuchar y esperar. ¿Cayó por el pecado de lógica, que si muchas veces es venial en el teatro, otras merece terrible anatema? Esto ya es más grave. Debo decir que si el público me ha perdonado la falta de concisión, también me ha consentido los agravios á la lógica, inevitables en la estrechez del mecanismo teatral. Ni en las creaciones más acabadas se encuentra una lógica perfecta. La verdad es que las incongruencias en la soldadura ó en el engranaje de los hechos que componen el argumento, saltan á la vista cuando el interés languidece, y se ocultan cuando éste adquiere fuerza bastante para subyugar al espectador. La importancia de los vicios de lógica se subordina, pues, á la intensidad de los efectos, con que un

autor hábil sabe producir el goce estético, que al propio tiempo que aplaude, absuelve. Por consiguiente, bien podría ser que influyeran en la condenación de Los Condenados, más que los errores de lógica, la impericia del autor para desvanecerlos ó ahogarlos bajo el peso de una profundísima emoción. Apunto esta idea como probable, sin estar seguro de haber encontrado la razón que busco.

Quizás la encuentre en que toda la cimentación de la obra es puramente espiritual, y lo espiritual parece que pugna con la índole pasional y efectista de la representación escénica, según los gustos dominantes en nuestros días, pues no admito tal incompatibilidad, de un modo absoluto, entre el desenvolvimiento psicológico de un plan artístico y las eternas leyes del drama. Y ya que hablo de acción psicológica, ¿consistirá mi yerro en haber empleado con imprudente profusión imágenes, fórmulas, y aun denominaciones de carácter religioso? ¿Será que la idea religiosa, con la profunda gravedad que entraña, tiene difícil encaje en el teatro moderno, y que el público, que goza y se divierte en él cuando ve reproducidos los afanes secundarios de la vida, se pone de mal humor cuando le presentan los elementales y primarios? ¿Es esto así, y debe ser así? Pues cuando categóricamente lo afirmen los doctores de la iglesia literaria, no los bachilleres, lo admitiré y tendré por dogma indiscutible.

Y ahora quiero indagar, fuera de la escena, la causa del desacuerdo. ¿Será que el público, por instinto de ponderación, en el cual palpita un gran principio de justicia, se cansa de ser benévolo con este ó el otro autor, y que por haberle enaltecido más de la cuenta, se complace después en arrojarle por el suelo? Yo oigo una voz que viene de la sala, no ciertamente de las filas contrarias, sino de las amigas, la cual me dice: «Mira, hijo, mucho te he querido y te quiero. Durante veinte años, en otra región literaria, donde la vida es más tranquila y el am-

biente menos tempestuoso, aplaudí tu laboriosidad. Después he premiado con mi benevolencia tus tentativas en el arte escénico. Pero, créelo, ya me van cansando tus pesadeces, tus aficiones analíticas, tus preferencias por la acción interna ó psicológica. Vuelve en tí, hijo mío, y no apures mi divina paciencia. Yo vengo aquí en busca de emociones fáciles, de ideas claras, de accidentes alegres ó patéticos, presentados con arte y brevedad, y tus filosofías me aburren. Te lo manifiesto ahora en forma cortés, porque no puedo olvidar que algún derecho tienes á mi circunspección; pero no busques el genio, que ya sabes que las gasto pesadas. Te perdono esta culpa, con tal que te retires por el foro, prometiéndome traer otra vez cosa más acomodada á mis gustos y aficiones.»

Examinadas las causas probables, y no sabiendo fijamente cuál es la verdadera, se me ocurre que hay que buscar en la conjunción de todas ellas la razón del desgraciado éxito. De éste me declaro único responsable, pues los actores, sin excepción alguna, representaron la obra con inteligencia y esmero, venciendo en lo posible la turbación que debía producirles la inutilidad de sus esfuerzos ante un público en parte distraído, en parte hostil.

***

El público aprueba ó desaprueba, por sentimiento, por instinto crítico, razonando vagamente, y por tópicos casi siempre rutinarios, lo que ha visto y oído. Después viene la prensa, cuya misión debe ser examinar con criterio inteligente las obras literarias. He tenido la paciencia, que paciencia y no poca se necesita para ello, de leer todo lo que sobre Los Condenados se escribió; pocos artículos de crítica formal, sin fin de revistillas que respiraban malquerencia, sueltos informativos, contenien-

do juicios precipitados, de una severidad enfática y ridículamente sentenciosa. En periódicos que me distinguieron siempre con su amistad, ví la tristeza del fracaso, y una crítica indulgente y cariñosa. Muchos venían tan alegres como si les hubiera tocado el premio gordo de la lotería. Algún crítico, que goza fama de mordaz, se mostraba duro con la obra; con su autor, considerado y respetuoso. Otros, en cambio, salieron tan desmandados, como si se tratara del último esperpento de los teatros por horas, de una de esas efímeras piezas, cuya crítica suele hacer el aburrido público con las extremidades inferiores.

Entre tantas y tan diversas formas de censura, he encontrado un artículo crítico que me ha sido muy grato, aunque no es de los menos severos, pues en él se ve á un escritor que sabe lo que trae entre manos, y que acostumbra mirar con seriedad las obras del entendimiento, producto más ó menos feliz de un honrado trabajo. Me refiero al Sr. Villegas, periodista distinguidísimo, de claro juicio y vasta erudición literaria. No sé si me equivocaré; pero ello es que he creído ver en el artículo del Sr. Villegas, como un tímido esfuerzo para sustraerse á la sugestión que sus compañeros de oficio ejercieron mancomunadamente sobre él. Claro que no pudo librarse, porque el esfuerzo, como digo, fué de los más tímidos, y la sugestión debió de ser, por las trazas, de las más enérgicas. Pero nadie me quita de la cabeza que se inició el esfuerzo ó tentativa de independencia. ¡Bueno fuera que en tantos años de trajín literario, no hubiera uno adquirido un poquito de perspicacia para deletrear el pensamiento ajeno! Digo esto, porque en el mencionado escrito encuentro ideas, que no son mis ideas, sorprendidas en la representación de Los Condenados, y transportadas á las columnas de *La Epóca,* donde las he visto con alegría.

Verdad que después de esto, el Sr. Villegas incurre en la fla-

queza de narrar con dudosa exactitud y algunos ribetes de mala fe, el argumento de la obra. Pero esto no es ahora del caso, y voy á lo principal. Yo acepto la interpretación que da el articulista al pensamiento inicial de la obra, y le agradezco mucho que la haya manifestado resueltamente. Antes y después de esta espontaneidad, dice cosas el Sr. Villegas con las cuales no estoy de acuerdo, aunque las acojo, como suyas, con toda la consideración del mundo, y me permitirá que les ponga algunos reparos.

Esto del simbolismo es ahora la ventolera traída por la moda, y muchos que de seguro no la entienden al derecho, nos traen mareados con la tal palabreja. Para mí, el único simbolismo admisible en el teatro es el que consiste en representar una idea con formas y actos del orden material. En obras antiguas y modernas hallamos esta expresión parabólica de las ideas. Por mi parte, la empleé, sin pretensiones de novedad, en *La de San Quintín*. En Los Condenados no hay nada de esto, ni fué tal mi intención, porque eso de que las figuras de una obra dramática sean personificaciones de ideas abstractas, no me ha gustado nunca. Reniego de tal sistema, que deshumaniza los caracteres.

Y también me permito indicar al Sr. Villegas que ningún autor ha influído en mí menos que Ibsen, ó, mejor dicho, que si en el pecado de obscuridad incurrí, no debe atribuirse á las lecturas del dramaturgo noruego. Influyen en un autor inferior las obras de autor superior que le cautivan, que le embelesan, infiltrándose insensiblemente en su espíritu. Divido las de Ibsen en dos categorías. Las de complexión sana y claramente teatral, como *La casa de muñecas*, *Los aparecidos*, *El enemigo del pueblo*, me enamoran, y parécenme de soberana hermosura. Las que comunmente se llaman simbólicas, como *El pato silvestre*, *Solness*, *La dama del mar*, han sido para mí

ininteligibles; y fuera de alguna escena en que maravillosamente se revela el altísimo ingenio de su autor, no he hallado en ellas el deleite que seguramente encontrarán los que sepan desentrañar su intrincado sentido. Mal pueden influir en mí composiciones, cuyo superior mérito reconozco, fiándome del criterio ajeno más que del propio. Lo que de nebuloso y soporífero se haya encontrado en la infeliz obra que motiva estas líneas, hay que achacarlo á errores intrínsecos, y quizás á malogrados esfuerzos por alcanzar un ideal, hacia el que, con alas tan cortas y pulmones tan débiles, no debí tender el vuelo.

Hecha esta aclaración, tengo mucho gusto en reproducir aquí apreciaciones del Sr. Villegas. Palabras suyas son; pero las ideas me pertenecen, y me siento muy honrado con que un crítico, á quien esta vez no tenga por amigo, escriba lo que pensé. «Condenados estamos á la mentira, sometidos á un convencionalismo falso que nos arrastra de error en error, y de caída en caída. Para librarnos de este ambiente malsano que por todas partes nos rodea, es preciso ser sinceros, abrazarnos á la verdad, y tener el valor de arrojar de nosotros nuestras faltas después de reconocidas.

»Solamente así se regenera el hombre; solamente cuando, por el esfuerzo de su voluntad y en uso de su libre albedrío, acepta la expiación, es cuando cumple con la ley que rige su esencia divina. Mas esta verdad no se conquista en la tierra: para poseerla es preciso ir más allá; la verdad está tras las fronteras de la otra vida, y sólo pasando por los dinteles de la muerte puede alcanzársela.»

Al final del artículo, añade el Sr. Villegas: «Bien sé que en obras de arte no salva la intención; pero justo es consignar que en el drama de Galdós con harta más claridad que la significación simbólica, se ve el propósito de dirigir los ojos del público, ó más bien de la sociedad, hacia las grandes cuestiones

de conciencia, tan olvidadas en medio de la atmósfera positivista que nos envuelve.»

Cierto es que la intención no salva á los autores; pero también le digo al Sr. Villegas (y ahora me toca á mí coger por un momento las disciplinas) que no es propio de un escritor serio y que conoce las dificultades del arte, referir el argumento de una obra con infidelidad manifiesta, hija sin duda de la precipitación y el desenfado con que aquí se hilvanan ahora las críticas literarias, como se podrían narrar los incidentes de una bufonada grotesca. Bien comprende el discreto articulista que no hay obra que resista á esa manera de contar lo que en ella ocurre. Hágase la prueba. Cójase el drama ó comedia de mayor perfección y hermosura; refiérase su asunto con ese pérfido humorismo, á estilo de chismografías de café, y el público que lo desconozca y se fíe de tales informaciones, creerá que el autor á quien se quiere juzgar es un estafador literario. Críticos hay á quienes nada se les pide, porque difícilmente podrían darlo; pero al Sr. Villegas, que tiene entendimiento, buen gusto y claridad de juicio, hemos de exigirle rectitud de conciencia, en el sentido literario, pues no poseyendo esta cualidad preciosa, de poco valen las demás para ganar nombre y autoridad de crítico.

***

Ya que he dicho algo del pensamiento de Los Condenados y de su acción psicológica, déjenme apuntar algo también acerca de los caracteres. Creí firmemente, y en esto consistió quizás mi equivocación más grave, que los tipos de Santamona y Paternoy habían de cautivar al público. En ambos puse, con esmero y buena voluntad, el fundamento moral del drama. Pero sea porque los caracteres de excepcional grandeza moral

no aploman bien en la escena, tal como hoy la vemos y entendemos; sea porque no supe darles vida y relieve, manejando con destreza de prestidigitador los resortes teatrales, ello es que ni Santamona ni Paternoy penetraron en el corazón del público, no ciertamente por culpa de la actriz y del actor encargados de aquellos papeles. Ni una ni otra figura son abstracciones filosóficas, sino personas (al menos intenté hacerlas tales), y en la vida real existe seguramente el modelo de ambas, aunque no puede decirse que abunda. La razón de que el público las acogiera con frialdad, podrá quizás encontrarse en defectos internos de la composición, según el criterio dominante, en la imprudente manía de desechar por anticuadas ciertas combinaciones que ya arrojan vivísima luz, ya sombra densa sobre las figuras; en la torpeza del autor para contrastar la preparación sagaz con la brusca sorpresa.

Cierto que, en una obra teatral, nada es defendible si en el conjunto no tiene defensa; pero, por lo que valga, declaro que cuanto he puesto en boca de Paternoy y de Santamona lo conceptúo natural, y naturales creo también sus acciones, incluso el juramento falso, del cual no tengo por qué arrepentirme, por ser un acto de alta caridad, en el cual la letra tiene que ser arrollada por el espíritu, y la fórmula por la intención. La brutalidad de los hechos les pone en el trance ineludible de faltar á la verdad temporal, dirigidos los ojos del espíritu á la verdad infinita, y la voluntad al fin supremo de salvar, no sólo una vida, que esto poco valdría, sino un alma.

Si me arguyen, demostrándolo (y quizás no sería difícil la demostración), que los incidentes preparatorios del juramento pecan de artificiosos, y que la ineludibilidad de la fórmula falsa no está clara y patente, me callaré, pues no extremo la defensa, ni dejo de conocer cuantos puntos débiles ofrece este drama á una crítica perspicaz. Pero admitidos los antecedentes-

tes, el juramento falso me parece de una lógica firme, y tengo por farisáicos los escrúpulos que algunos han manifestado sobre este particular. Lo que hay es que los efectos teatrales se subordinan, á veces, á causas de una sutileza casi inapreciable. Dependen del movible estado de ánimo del público, y de los rapidísimos cambios que sufre en él la receptividad de las emociones. Pensando en esto, he llegado á creer que el juramento falso, consumado por dos personas de incontestable virtud, puede hacer mal efecto, por el eclipse que en un momento brevísimo sufre la belleza moral de los personajes allí representados. Cierto que, pasado aquel momento, ambos recobran su sér luminoso; pero ha habido eclipse, y los eclipses, en toda situación culminante, son siempre peligrosos. Menos difícil de defender es la conducta de Paternoy al final del primer acto, cuando permite el casamiento de Salomé, abusando un poco tal vez de la autoridad, en cierto modo hipnótica, que ejerce en la familia y en todo el pueblo. Las razones de moral elevada que da para obrar de este modo, condenando á los amantes al purgatorio que resulta de la derivación de los errores humanos, podrían ser apreciados por un lector. Para un público son quizás tesis imprudente y peligrosa. Posible es que éste fuera el punto en que la armazón de la obra empezó á resquebrajarse.

Y en cuanto á José León, personaje complejo y escabroso, debo decir que si su lenguaje se justifica por su superior educación, sus actos, teatralmente considerados, no son tan fáciles de defender. Errores hay que no se ven en veinte lecturas, ni en doscientos ensayos, y en la noche del estreno resplandecen súbitamente, iluminados por fugaz relámpago, en la conciencia literaria del autor. La obscuridad que envuelve al personaje no se desvanece hasta que formula su declaración en la última escena de la obra. Es mucho esperar éste para un pú-

blico, lo reconozco. Cuando la declaración llega, el auditorio se ha desorientado sinnúmero de veces, y ha sufrido bruscas alternativas en su manera de pensar y sentir. El momento supremo del arrepentimiento de José León y de la efusión de su conciencia, parece que debía ser inmediatamente después del perjurio de Paternoy y Santamona, y como ofrenda de su alma dañada á las almas purísimas de las dos personas que acababan de salvarle. La obstinación del pecador en el mal, si real y lógica en la vida, pudo ser causa en el teatro de que se malograra una situación de legítimo efecto.

Ya ven que doy argumentos á la crítica, y que no disimulo las brechas por donde el drama pudiera ser noblemente atacado. Digo con expansiva sinceridad todo lo que pienso, y si no me callo lo favorable, tampoco hago un misterio de lo adverso. Presumo que algunos que de teatros escriben, sabrán estas cosas mejor que yo; pero no han querido sin duda examinar la obra con seriedad, y la han tratado como á una farsa sin sentido. Con esto no me conformo, y por decoro del arte he de protestar de tales procedimientos, por desgracia muy arraigados en las costumbres de la prensa y de la crítica.

Creo que toda obra de arte, producto más ó menos feliz del entendimiento, con el entendimiento debe juzgarse, y el que no lo tenga para estas cosas, dedíquese á cualquier otra profesión, ó al oficio á que le llamen sus aptitudes. Y en el caso presente, refiriéndome tan sólo á las producciones literarias, no á la personalidad de los que cultivan las letras, creo y sostengo que hay clases ¡medrados estaríamos si no las hubiera!; ó, en otros términos, que los grados de culpabilidad de un autor á quien se acusa de equivocación, no pueden ser independientes de las dificultades del género que cultiva, ni de las asperezas del asunto que trata. Una mojiganga insubstancial, hilvanada en veinticuatro horas para entretener á un público

infantil, y una composición detenidamente escrita con fines artísticos y morales, no deben ser condenadas con un solo gesto de grotesco desdén y una crítica indocta y vacía.

Como no me duelen prendas, he de ser ingenuo y claro hasta no poder más. Acato el veredicto del público, aun en los casos en que pudiera tenérsele por precipitado. En cuanto á lo que suele llamarse enfáticamente *fallo de la prensa*, ese, ni lo admito ni lo acato, sino que me rebelo absolutamente contra la idea de que tal fallo pueda existir en los tiempos que corren. Las razones de esto las verá el que tenga la paciencia de seguir leyendo.

***

A pesar de sus evidentes progresos en el arte de escribir y en la amenidad de sus escritos, no ha llegado aún la prensa entre nosotros á ser maestra de la opinión ni á llevársela de calle en todos los asuntos. Hoy se lee más que antes, pero se cree menos en las aseveraciones de nuestros buenos *chicos de la prensa*, entre los cuales hay muchos de brillante y agudísimo ingenio. Y se cree menos en ellos, porque desde que los periódicos se transformaron, trocando la sequedad sectaria del instrumento de partido por la ligereza anecdótica del órgano de información, si se lograron algunas ventajas, perdiéronse cualidades morales y literarias que convendría restablecer para que la prensa cumpliera totalmente su misión.

La fiebre informativa ha llegado á ser tan intensa, que ella consume toda la savia intelectual del periodismo, destinada á emplearse en objetos diferentes. Algunos de estos objetos son tratados con excesiva amplitud; otros, como las letras y cuanto á la vida intelectual se refiere, con desdeñosa restricción. En

remotos tiempos, que ahora motejamos de atrasados, y cuando los periódicos eran pobres, y casi de milagro vivían, no había ninguno que dejase de tener en su redacción una pluma perita que trataba desahogadamente, con libre criterio, los asuntos literarios. Hoy, la prensa rica, potente y bien administrada, no les presta la atención debida. La crítica de teatros no es más que una mal razonada noticia del éxito ó el fracaso, y como para esto no se necesita calzar muchos puntos en materia estética, comunmente vemos que periódicos poderosos mandan al estreno de una producción literaria al revistero de toros, sujeto muy apreciable sin duda, pero que no puede, con la mejor voluntad del mundo, desempeñar su cometido. A los pelotaris, á los ciclistas y á los lidiadores de reses bravas, consagra nuestra prensa mayor espacio y atención más cariñosa que á todas las artes liberales.

Personas inteligentísimas y escritores de gallardo estilo trabajan hoy en los diarios de Madrid y provincias. Sin adulación se puede decir que los que treinta años há tuvieron fama de grandes estilistas, no sabían tanto, ni escribían tan bien como muchos jóvenes y viejos que hoy dan sus fugaces escritos á la prensa. Pero estos tales, y todos los que en periódicos muy leídos descuellan por su inteligencia, menosprecian la vida literaria, ó no han parado mientes en ella. La entregan al brazo débil de los inferiores de la redacción, para dedicarse á las embriagueces de la política. En cuanto se meten en el Congreso pierden la cabeza, y con ella la noción total de la vida del país, de la cual sólo perciben una fase.

Cierto que hay excepciones; pero éstas sólo se manifiestan en inseguras tentativas de reforma. Se ve un deseo generoso, no una voluntad organizadora. Periódico hay, de los más populares, que consagra semanalmente un día á la colaboración literaria; otros ofrecen diariamente á su parroquia lecturas

amenas y eruditas; algunos conservan la tradición del crítico literario y del musical; pero todo ello sin amor, sin dirección, sin criterio elevado ni atención esmerada, siempre relegando el arte y las letras á un término menos que secundario, como cosa que importa poco á la nacionalidad.

Y al menos las obras de teatro pueden contar con la información segura. De todo drama, comedia ó sainete se habla en los periódicos al día siguiente de su estreno, aunque sólo sea en unas cuantas líneas dictadas por la amistad, el compañerismo ó el pandillaje. ¡Pero la novela....! De eso no hablemos. La novela ha sido, durante mucho tiempo, una infeliz desheredada, y su existencia un verdadero milagro del Señor, que milagro es vivir sin calor, sin movimiento y hasta sin atmósfera. Para dar más fuerza al argumento que emplearé, prescindiendo ahora de lo que á mí me ha ocurrido en veinticinco años de fatigas literarias, luchando á brazo partido con el público; y omito el aislamiento y la obscuridad de los tiempos de aprendizaje, sin apoyo en la prensa grande, con una sola excepción, de que hablaré después. Los desdenes del cuarto poder del Estado hacia todas las formas literarias, se demuestra mejor diciendo que autores eminentísimos, cuyo nombre no hace al caso, han dado al público en los últimos diez años obras que harán época en nuestra historia artística, sin que en los días de su aparición. ni en mucho tiempo después, se encuentre mención de ellas en los periódicos de más lectura que en Madrid se publican. Novelas magistrales, estudios de alta crítica y enciclopedias de saber estético andan por esos mundos que no me dejarán mentir. Recórranse cuidadosamente colecciones de diarios importantes, y no se encontrará ningún examen crítico de aquellas obras, maravilla del ingenio y gloria de la patria: aun la noticia escueta y desdeñosa de su aparición en las librerías, es difícil encontrarla. En los últimos años, justo es decir-

lo, se ha querido corregir este abandono, y los órganos de la opinión admiten gustosos capítulos de novela próxima á publicarse, ó recién publicada, como un fácil anuncio, que los autores agradecen, echando siempre muy de menos, dentro y fuera del periodismo, la atmósfera literaria. Después, recae nuevamente el olvido sobre los pobres frutos del ingenio, que han de abrirse camino como Dios les dé á entender. Cierto que en esto no hay malicia, sino incuria. Privadamente, se encuentra en todos y cada uno de los grandes periodistas, un perfecto literato, amante del arte y muy amigo de sus amigos; pero el vértigo de profesión, hoy viciada por la política, les arrastra, y sin darse cuenta del daño que ocasionan, no conceden al desenvolvimiento de la vida intelectual ni al examen sistemático de toda producción artística, la atención conveniente.

Por eso, los que con ingrata perseverancia se dedicaron al libro, tuvieron que ganarse su público *á pulso*, como vulgarmente se dice; y cuando han llegado á tenerlo, han visto menos ceñudo el rostro de la diosa prensa. Por mi parte, debo manifestar que en los cruelísimos años de una lucha trabajosa por llegar al corazón y á la inteligencia del público, poco tuve que agradecer á los periodistas de alto vuelo, y sólo hago una excepción en favor del que fué mi querido amigo, D. Eduardo Gasset y Artime, fundador de *El Imparcial*. Á otras personas que en la dirección literaria de aquel diario le sucedieron, debo también una benevolencia cariñosa, y no creo inoportuno consignarlo aquí, sin que esto invalide ni poco ni mucho las ideas que vengo sosteniendo.

Pues si la novela y otras manifestaciones del arte poco ó nada deben á la prensa contemporánea, el teatro no sale mejor librado. Al día siguiente de un estreno, unos cuantos caballeros, designados para esta fácil labor por cada periódico, publican una impresión ligerísima, generalmente sin conocimiento

de causa, juzgando, así para aplaudir como para censurar, por medio de recetas, que unos á otros se sugieren masónicamente. Y después, así sea la obra elevada á las nubes, así arrojada á los profundos abismos, ya no se vuelve á hablar de ella, ni se la analiza, ni se la toma en cuenta para nada. Se ha registrado el *caso* en la estadística de la diaria información, como un juego de pelota feliz ó infortunado, y después á otro suceso, á otra emoción, á otra noticia.

Pues bien: á una prensa que no vive en comunicación perfecta con las letras, ¿cómo se la ha de tener por infalible en materias literarias? ¿Ni cómo se ha de creer en los fallos de un tribunal que no está constituído para poder darlo conforme á derecho? ¡Qué fallo ni qué garambainas! Forzoso es reconocer la autoridad del público que vivifica ó mata las obras con una lógica inapelable y fatalista. Pero la autoridad de la prensa no debe merecernos igual acatamiento, hoy por hoy, y sus dictámenes no son más que opiniones, en algunos casos respetables, en otros no, y en ninguno ejecutivas.

***

No hay quien me persuada de que los estrenos, tal como hoy se verifican, sean la mejor manera de dar á las obras dramáticas una sanción clara y definitiva. Ni los grandes éxitos, ni los fracasos ruidosos convencen á todo el mundo. Cierto que nadie ve un sistema mejor, ni hay medio de modificar prácticamente lo que tiene profunda raiz en las costumbres. Pero ello es cosa mala, y porque no se le vea el remedio, como á otras cosas malísimas, no por eso hemos de tenerla por irremediable. Casos hay de obras aplaudidas, y aclamadas después por la

prensa con grandes aspavientos, que á los tres ó cuatro días de su estreno se han visto totalmente desamparadas del público. Ejemplos hay también de lo contrario, aunque menos frecuentes. Eso de que el auditorio de la primera noche acierta siempre, es un gran despropósito. En el éxito, bueno ó malo, hay algo de la eventualidad lotérica. La suerte teatral no debe fascinar á un espíritu sereno, ni la desgracia confundirlo y acobardarlo. Escribir las obras para el triunfo de una noche, en las condiciones que éste se da ó se niega, entraña cierto rebajamiento de la dignidad del arte.

Creo asimismo que ningún autor debe abandonar sus obras, aunque el público las oiga con frialdad y el frívolo reporterismo las maltrate. Nada más ridículo que ver á los *monos sabios* erigiéndose en jueces de la lidia, mandando al corral del olvido obras y autores, é impidiendo á éstos la defensa ó siquiera la explicación de motivos que la justicia permite á los mayores criminales. Esto es absurdo. Todo autor que tiene lazos de simpatía y de gratitud con el público, está obligado, hasta por cortesía, á decir algo á éste sobre la obra que no fué de su agrado, á defenderla si puede, á explicarla si es obscura, á declarar sus errores, si los ve, á trazar, en fin, una línea divisoria entre la crítica formal y la garrulería impertinente.

***

Otra cosa. Nadie necesita hoy, que sepamos, título de *autor dramático* para dar una obra á las empresas teatrales. Ni he visto yo que éstas, cuando se les presenta un drama ó comedia, exijan al autor la *papeleta de comunión*, ó sea el diploma que, por lo visto, se expide en los corrillos de los cafés ó en la re-

dacción de algún periódico. Al menos, á mí ninguna empresa me ha pedido la tal papeleta, señal de que no es necesaria, ó de que los directores de compañías son hombres de manga ancha y expansivo criterio.

El que esto escribe no cede á nadie en entusiasta respeto hacia los que con su ingenio potente han ganado fama y autoridad de maestros en el arte dramático. Ante ellos se quita, no digamos el sombrero, sino el cráneo, y les ensalza y reverencia con toda su alma. A otros, más jóvenes, les aplaude y admira por la arrogancia con que acometen los más delicados problemas de la sociedad y de la familia. Los que en la comedia urbana, y en la de entretenimiento, y en el picante sainete hacen maravillas, le cautivan también. A todos les pone sobre su cabeza, convencido de que, con ser ellos en conjunto y personalmente tan grandes, no han pensado en arrogarse el monopolio del arte escénico. El *desestanco del teatro* es un hecho incontrovertible. La escena es hoy un campo abierto á todas las tentativas, á todas las aspiraciones, á formas que cada cual presentará como le cuadre. No hay más que una ley de existencia: agradar ó no al público, y ser ó no compatible con el interés de las empresas.

Los que de otro campo hemos venido, y carecemos de abolengo dramático, no por eso nos detenemos tímidamente en el dintel de la casa de Talía, ni menos pedimos un pase á quien ya lo querría para sí. Provincianos somos, ciertamente; pero hasta ahora, ninguna ley dispone que sólo los cortesanos pueden entrar en la Corte.

Y no nos hablen de incompatibilidad entre el arte de construir dramas ó comedias y otras arquitecturas más ó menos similares. Está muy bien la afirmación de que tal autor acertó más en la novela, ó en la poesía, ó en la didáctica que en el teatro. Pero querer poner con esto valladares al humano es-

fuerzo; llegar hasta la afirmación de que las dotes del novelador ó del poeta estorban al conocimiento de la complicada armazón escénica, me parece de una tontería inefable.

Cuanto sobre este particular han dicho algunos señores, téngolo por crítica del género angelical. De esto puedo hablar á ciencia cierta, porque yo también he sido angelical. En mis verdaderos años padecí, como tantos, ese sarampión de las letras, que consiste en la fiebre del criticismo impertinente. Contraviniendo la ley de la Naturaleza, por la cual el juzgar las obras del entendimiento es labor más propia de la madurez experta que de la infancia presumida, lancé á la publicidad innumerables escritos de ciencia literaria; me metía con todo el mundo, daba consejos á los mayores en edad, saber y gobierno, y sostenía con pueril gravedad los mayores desatinos. Verdad que nadie me hacía caso, y por esto sin duda llegué á comprender, con la ayuda de Dios, que por aquel camino no se iba á ninguna parte. Rasgué mi toga de juececillo literario, y busqué en la reflexión y en el trabajo la senda verdadera.

Conste, pues, que eso de ser ó no ser autor dramático no significa nada para los que venimos del campo vecino, para los que vendrán después; y según mis noticias, vendrán, á Dios gracias, en mayor número de lo que se cree. Por mi parte, haré ó no haré más obras dramáticas, según me acomode. Ni engreído por un triunfo, ni abatido por un desaire, subordino mis planes al buen ó mal éxito, ni menos á la petulancia de los que quieren llevar el *padrón de autores* sin haber podido, en una larga vida de infructuosas tentativas, incluirse en él.

Al fin y á la postre, el público es quien tiene las llaves del templo de Talía, y bien sabemos que lo abre para toda persona de regular entendimiento y buena voluntad. Sólo á los tontos les da con la puerta en los hocicos. Así ha sido siempre, y será por los siglos de los siglos.

Si Jesucristo hubiera podido descender á estas menudencias del arte, de seguro habría dicho: *Siempre habrá majaderos entre vosotros.* Condición es de la vida literaria el escucharles y sufrirles, respirando el mismo ambiente que ellos respiran. Y hay más; creo que son necesarios, y que sin ellos, la humana labor tendría menos vitalidad. Siempre sabia y previsora, la Naturaleza ha creado este légamo extensísimo de la majadería, para que fecunde los terrenos en que otras fuerzas crecen con más ó menos vigor. Las de menos savia parece que se robustecen con todo ese material de acarreo, que cae sobre ellas con intento de ahogarlas.

No conservo, pues, en mi espíritu ninguna clase de rencor, ni aun de resentimiento, contra los que han escrito acerca de Los Condenados cosas que tengo por injustas y descorteses, alardeando de un rigor crítico en el cual no se ve proporcionalidad entre la sentencia y los errores la cosa juzgada. Después de todo, en ello hay más ignorancia que malicia, y una y otra son accidentes comunes de la lucha por la existencia artística, ruda en todas las esferas del pensamiento, y en el teatro formidable. Yo aseguro con toda ingenuidad, que esta excitación de la lucha produce en mi ánimo el contento de vivir, y me despierta ambiciones disparatadas, que en otras circunstancias no habría sentido seguramente.

Y como no convienen escenas largas, ni prólogos desmesurados, aquí termino este. Al escribirlo, he creído cumplir un deber de conciencia, y dar una prueba de consideración al público en general, y particularmente á mis habituales lectores.

Algo más podría decir referente al teatro y á su precaria existencia; pero quédese para otra ocasión, y con lo dicho basta y sobra para hoy.

B. Pérez Galdós.

Madrid, Diciembre de 1894.

ACTO PRIMERO

Patio que separa las dos casas de Gastón. Al fondo, un muro de piedra, de poca altura, con paso practicable á una callejuela. En el forillo, paisaje, con fondo de altas montañas pobladas de pinos. A derecha é izquierda, las casas, de fachadas irregulares y techos muy apuntados. Mesa tosca de madera, sobre la cual hay tazas, botellas y servicio de café, en desorden. En el suelo una herrada. Un par de sillas ó banquetas rústicas. Es de día. Derecha é izquierda se entiende del espectador.

ESCENA PRIMERA

VICENTA y PRISCA, ocupadas en los quehaceres de la casa. La primera concluye de barrer el patio. La segunda entra por la derecha con una cesta vacía, en la cual Vicenta recoge el servicio; FELICIANA, por el fondo, en traje ansotano de lujo.

FELIC. ¡Hola, Vicenta!... ¡Prisca!

VICENTA. Buenos días, Feliciana Bellido.

PRISCA. ¡Mujer, qué hermosa estás!

FELIC. Ayer llegué. ¿Y qué tal? ¿Muy atareadas estos días? Vuestro tío, el primer ricacho de Ansó, sabe ser rumboso con sus huéspedes.

VICENTA. ¡Ya lo creo!

FELIC. ¿Y la otra sobrinita, Salomé?

PRISCA. En la cocina, friendo las truchas.

FELIC. Trabajáis sin descanso las tres. ¡Qué vida, qué costumbres, qué esclavitud para el bello sexo!... ¿No entendéis? El bello sexo somos nosotras, las mujeres.

VICENTA. ¡Ah, sí!

PRISCA. Ya, ya.

FELIC. (Examinando las casas.) ¡Cómo ha variado esto! Y esa casona ha sido restaurada...

VICENTA. La arregló el tío para la primera de nosotras que se case. Abajo tenemos el granero, el establo...

FELIC. ¿Y nadie vive aquí?

PRISCA. En lo de arriba, vive mi madre Mónica.

VICENTA. La santa del pueblo.

FELIC. Sí, sí; Santamona, que tiene la manía de recoger en el monte ramos de hierbas aromáticas para adornar las habitaciones... (Riendo.) y ahuyentar los malos pensamientos.

VICENTA. Sí. Hoy por ser la fiesta del bendito San Pedro, patrono de la villa, vendrá cargada de hojarasca muy linda.

PRISCA, (Mirando por el foro.) Por allí va.

FELIC. La encontré hace un rato. Volvía del monte, engalanada como la borriquita del Domingo de Ramos. ¡Pobre santa, qué divina inocencia!

PRISCA. (A su hermana.) ¿Traigo más agua?

VICENTA. Sí. (Prisca se pone la herrada en la cabeza.)

FELIC. Por mí, no os entretengáis.

PRISCA. Con tu licencia. (Vase por el fondo.)

FELIC. Yo espero á tu tío.

VICENTA. Hasta luego. (Vase por la izquierda, llevándose la loza en una cesta.)

ESCENA II

FELICIANA; BARBUÉS, por el fondo, con aire arrogante y voz altanera, la chaqueta al hombro, un garrote en la mano.

BARBUÉS. ¡Eh... Jerónimo!... (Llamando.) ¡Jerónimo Gastón!

FELIC. No ha venido aún. Ya no tardará.

BARBUÉS. ¡Válgate Dios con la pachorra! (Indignado, dando una patada.) ¡Zapa, contra-zapa!

FELIC. (Asustada.) ¡Jesús, qué genio de hombre!

BARBUÉS. Perdone usted, señora doña Feliciana. (Se descubre.) Tengo un genio muy áspero, el peor genio de Ansó,

y de todo Aragón. ¡Le parece á usted que...! (Impaciente recorre la escena.)

FELIC. Sí: es tremendo. ¡No estar aquí Jerónimo cuando á usted se le ocurre venir!

BARBUÉS. Es que tengo que decirle cosas de remuchísima gravedad.

FELIC. Pues yo no vengo más que á firmar las cuentas de los bienes que Jerónimo me administra, y á pagar la visita á su sobrino y huésped, Santiago Paternoy, ese solterón venerable y reverendísimo que ha vuelto de Francia con una buena porrada de cuartos.

BARBUÉS. Ganados honradamente en el comercio de nuestras lanas.

FELIC. De las de nuestras ovejas, querrá usted decir.

BARBUÉS. Eso... ¡zapa con las retólicas!

FELIC. No se enfade. (Con interés.) ¿Y es cierto que quieren casarle con una de las sobrinas de Gastón?

BARBUÉS. Con Salomé.

FELIC. ¡Pues vaya un partido que se calza esa mocosa!... Porque Santiago... cierto que no es muy joven... ¡pero qué arrogante figura, qué gravedad!

BARBUÉS. Hombre más completo no nació de madre. Como que se dijo que iba para santo.

FELIC. De caballería, como el apóstol del propio nombre.

BARBUÉS. Y que repartía toda su riqueza entre los pobres.

FELIC. Para sentar plaza de Trapense.

BARBUÉS. Pero ahora sale con que la mejor de las trapas es el santísimo matrimonio.

FELIC. (Con malicia.) Diga usted, Barbués... No me gusta hablar mal de nadie, no. Pero... vamos, yo tengo mis motivos para creer que no se casará.

BARBUÉS. Y yo también. Como que... No, cállate, boca.

FELIC. Dígalo.

BARBUÉS. Usted habrá oído ciertos rumores.

FELIC. Y usted también.

BARBUÉS. Como que de eso quiero hablar hoy mismo á Jerónimo.

FELIC. En fin, de usted para mí (Secreteando), la sobrinita esa se perderá.

BARBUÉS. Démosla por perdida.

FELIC. ¡Ah! Fíese usted de las costumbres patriarcales, de la vida sencilla y honesta, disciplinada con rudos trabajos, en el encierro de este valle, que no es más que un bonito presidio.

BARBUÉS. ¿Reniega de su querida tierra de Ansó?

FELIC. ¡Tanto como renegar...! Ya ve usted, acato la tradición vistiéndome á estilo del país. Pero ¡ay! ¿cree usted que después de haber vivido en contacto con la ilustración, puede una acostumbrarse á la estrechez de estas breñas innaccesibles, y al rigor de las costumbres ansotanas?

BARBUÉS. ¡Já, já!... Pues si tanto le disgusta su tierra, ¿á qué demonios viene acá?

FELIC. He venido á que mis niños respiren el aire puro de la montaña, y de paso inspecciono mis propiedades. Tengo mil y setecientas cabezas.

BARBUÉS. Mil y pico de cabezas, y entre ellas una... muy mala.

FELIC. ¡Bah!... Pues crea usted que allá estaba mejor, en mi Zaragoza de mi alma, tratando con señoras y caballeros de la mejor sociedad. ¡Seis meses en compañía de mi prima Josefa, cuyo marido es catedrático de Historia en el Instituto! Figúrese usted si habré aprendido cosas. Al volver á mi patria, pueblo, costumbres, trajes... parécenme... ¿á que no sabe usted qué?... parécenme... (Marcando la expresión) de la Edad Media. Usted no entiende el término.

BARBUÉS. Ni falta... (Picado.) Significa que somos, como el otro que dice... salvajes.

FELIC. (Riendo.) No tanto... primitivos.

BARBUÉS. Primitivo es mi nombre.

FELIC. ¡Y qué bien le cae! Tiene usted fama de ser hombre de pasiones violentas, rencoroso, vengativo...

BARBUÉS. ¡Templado, decimos por acá!

FELIC. ¡Noblote!... Vamos, lo mismo que su hermano Alonso Barbués, el hombre más bravucón, más fiero y montaraz que había por estas tierras. Naturalmente, acabó mal. Le mataron, ¡pobrecito! Y para que todo resultase dramático y envuelto en el misterio...

medieval (así se dice), aún no se ha podido averiguar quién fué el matador.

BARBUÉS. Porque no hay justicia, ni... (Reprimiendo su cólera.) Señora, no me busque el genio.

FELIC. (Apartándose.) ¿Estaremos seguros?...

BARBUÉS. Es que cuando me tocan esa tecla, ¡cógilis! (Apretando los puños.) Señora, mire que...

FELIC. ¡Dios mío, qué hombre tan bárbaro!... (Corrigiéndose) en el buen sentido. Quiero decir... carácter enérgico...

BARBUÉS. (Con virilidad.) Me zumban todas las ternillas del cuerpo. Es la dignidad; la gran bestia, señora, que patalea dentro de mí en cuantico le hacen cosquillas.

ESCENA III

DICHOS; GINÉS, que aparece medroso por el fondo, cuando Barbués dice las últimas expresiones. Entra recatándose.

GINÉS. ¡Válgame Santa Orosia bendita, abogada contra los malos encuentros!... ¡Éstos aquí... y Vicenta no!... ¿Y cómo le doy á Vicenta la cartita para...? (Mirando á las dos casas.)

BARBUÉS. (Sorprendido al verle.) ¡Eh!... ¿Quién es?

GINÉS. (Con timidez.) Nadie, señor... digo yo. Buscaba á Vicenta. Me prometió una trucha.

BARBUÉS. ¡Trucha! Eso eres tú... (Observándole fijamente.) Y yo voy á escabecharte con este palo. (Le amenaza.)

GINÉS. ¡Oh, señor! (Huyendo.) ¡Vicenta!

BARBUÉS. ¡Pillete!

FELIC. (Conteniéndole.) Busca á Vicenta. Será tal vez su novio...

GINÉS. (Temblando.) Sí, señora... su... novio...

FELIC. Búscala por ahí. (Señalando á la derecha.)

GINÉS. Voy... ¡Gracias!... ¡Qué fiera de hombre!... (Entra en la casa de la derecha.)

BARBUÉS. (Que le ha examinado con atención.) ¿Ve usted ese dan-

zante? Apostaría que es de la cuadrilla de vagabundos que tanta guerra dieron por acá el año pasado y el otro... Pues ahora... pongo mi cabeza á que este pájaro anda en la compañía de un sujeto sospechoso... pero muy sospechoso, que suele morar en la Canal de Berdún, ó en Biniés, y en ciertas épocas del año, se corre por los montes de Ansó hasta los puertos.

FELIC. (Curiosa.) ¿Su nombre?...

BARBUÉS. José León le llaman.

FELIC. (Asombrada.) José León... (Queriendo disimular su asombro; se turba.) Ya... José León...

BARBUÉS. (Que ha notado su turbación, la mira fijamente.) Vamos... que le conoce usted...

GINÉS. (Por la derecha, con una rebanada de pan y una trucha, comiendo.) Gracias á Santa Orosia bendita, dí la carta á Vicenta, y ella me obsequió con esta benditísima trucha.

BARBUÉS. (Abalanzándose á él.) Ven acá, títere.

GINÉS. ¡Ay, ay!

BARBUÉS. Dime la verdad, ó te mato. (Le coge por una oreja.) ¿Andas tú en compañía de ese que llaman José León, habitante en las huertas de Biniés?

GINÉS. No... digo, sí... Es mi amigo... No vivimos ya en las huertas; nos hemos venido más acá, á las ruínas del Temple, junto á Santa Lucía... ¡ay, ay!

BARBUÉS. Ya le diré yo á Gastón qué clase de avechuchos entran en su casa.

GINÉS. Señor, yo soy un hombre honrado.

BARBUÉS. Largo pronto de aquí, si no quieres que...

FELIC. ¡Deje al chico, por Dios! ¡Pero qué feróstico y qué...!

GINÉS. Con permiso... ¡Pies, para qué os quiero!... (Vase corriendo y comiendo.)

ESCENA IV

BARBUÉS y FELICIANA

FELIC. Va como el viento.

BARBUÉS. (Cogiéndole una mano.) Venga usted acá. ¡Eh, no se me vuelva atrás ahora! La señora doña Feliciana Bellido, cuando nombré á José León, se puso un poquitito colorada.

FELIC. ¿Yo?...

BARBUÉS. Usted... ¡Zapa!... No me lo niegue.

FELIC. ¿Yo, por qué?

BARBUÉS. Usted le conoce.

FELIC. No tengo por qué negarlo... la verdad... le conocí en Zaragoza y en Sangüesa, hace dos años, si no recuerdo mal.

BARBUÉS. ¡Ajajá!... Poco á poco se va descubriendo... Y dígame... A ver si es cierto lo que sospecho.

FELIC. ¿Qué?

BARBUÉS. Que ese José León, no se llama José León.

FELIC. ¡Ah!... No sé...

BARBUÉS. Haga memoria, señora doña Feliciana.

FELIC. Bueno... pues, sí, tengo una idea... Yo le traté muy poco; pero lo bastante para comprender que es hombre nacido en altas esferas, y de educación muy esmerada. En Sangüesa se decía que, por querellas de familia, por un duelo, ó no sé qué, ocultaba en estas apartadas tierras su verdadero nombre y calidad.

BARBUÉS. Total... que anda huído... y nuestras montañas le sirven de burladero contra la justicia de por allá... ¿Pero no sabe usted lo mejor? Ese perdulario, con visos de caballero disfrazado, es el que le birla la sobrinita á Gastón, ¡já, já!

FELIC. Eso ya lo sabía.

BARBUÉS. Y por sospechas de cosa más grave, tengo yo entre ojos á ese... (Viendo venir á Gastón y á Paternoy.) ¡Silencio! Aquí están ya Jerónimo y su huésped.

ESCENA V

DICHOS; GASTÓN y PATERNOY, por el fondo; poco después VICENTA y PRISCA

FELIC. ¡Gracias á Dios!

GASTÓN. (Riendo.) ¡Oh! aquí está la viuda corretona (Saludándola), mi señora...!

PATERN. (Saludándola.) ¡Está aquí mi señora doña Feliciana!

BARBUÉS. (Incomodado.) ¡Y aquí está mi señor don yo, esperándoos hace un siglo!

GASTÓN. (Rechazándole y volviéndole la espalda.) ¡Déjame en paz! (A Vicenta y Prisca, que entran, la primera por la izquierda; la segunda por el fondo, con la herrada en la cabeza.) Oye tú... y tú... Ordeno y mando... (Deteniéndose para consultar con Paternoy.) ¿Te parece que vistamos de gala á Salomé?

PATERN. Me parece muy bien.

FELIC. (Riendo.) Vamos, ni en cosas tan pequeñas se decide aquí nada sin consultar... (Por Paternoy) al Concilio de Trento.

PATERN. Se empeñan en que he de tener aquí poder absoluto, así en lo espiritual como en lo temporal, y... ya ve usted... no me gusta mandar, pero me resigno... y mando... y me obedecen... y soy el tirano por fuerza...

GASTÓN. (A sus sobrinas.) Ya lo habéis oído... La basquiña nueva y los manguitos bordados; las alhajas de su tía... Encargaos las dos de vestirla, y de ponérmela como un sol de guapa.

VICENTA. Bien, señor. (Se retiran, y Gastón las detiene.)

GASTÓN. ¡Ah!... y luego irá con nosotros á la plaza. (Consultando á Paternoy.) ¿No es eso?

PATERN. Sí, sí... á bailar un poquito. (Vanse Vicenta y Prisca por la derecha.)

GASTÓN. ¿Y usted, Feliciana?

FELIC. (A Paternoy, festivamente.) Dígame, señor Pontífice

Máximo, ¿puede una viuda honesta dar un par de vueltas por el corro del baile?

PATERN. En usted no mando yo.

GASTÓN. Dile que sí. En honor al santo patrono San Pedro, bailará conmigo.

PATERN. En todo caso, cenará usted con nosotros.

FELIC. ¡Oh, no, gracias! Al obscurecer me voy á mi granja del Temple, donde pasaré la noche y el día de mañana.

GASTÓN. ¿Tan lejos?

PATERN. ¿Teniendo casa en el pueblo?

FELIC. Voy para que mis niños corran y brinquen en la huerta, que es hermosísima.

BARBUÉS. Mala vecindad tiene usted en las ruínas del castillo.

FELIC. ¡Las ruínas! ¿Pues qué hay allí?

BARBUÉS. Por temporadas se dan bandidos.

FELIC. ¡Jesús!

GASTÓN. ¡Cómo desbarras, Primitivo! (A Paternoy.) Tú, mándale á este bruto que cierre la boca.

BARBUÉS. Lo que has de mandarle á este tonto es que abra las orejas. ¡Pues no es poco urgente, en gracia de Dios!... (Queriendo llevarle aparte.) Con permiso...

GASTÓN. (Resistiéndose.) ¡Al demonio con tus urgencias! La señora viudita me aguarda para firmarme las cuentas de administración.

FELIC. Verdad. Ya no me acordaba. Entremos un momentito.

GASTÓN. Por aquí. (Entran en la casa de la derecha.)

ESCENA VI

BARBUÉS, PATERNOY

BARBUÉS. Pues este majadero de Gastón no quiere oirme, hablaré contigo.

PATERN. (Sentándose meditabundo, algo fatigado.) Dí lo que quieras.

BARBUÉS. (Que permanece en pie.) Allá voy. Dispensa la curiosidad, Santiago de mi alma. Pero te quiero, y... Vamos á ver, ¿es cierto que te casas con la sobrinita?

PATERN. Hombre... ¡qué sé yo!... La chiquilla me gusta, y aunque le doblo la edad, podría ser que... Verás: hace más de quince años, más, sí... antes de irme á Francia... cuando yo era un mocetón y ella una criatura que levantaba del suelo tanto así, iba conmigo al monte á coger avellanas. Yo charlaba con ella en lenguaje infantil... «¿quere niña mí?» Esto me encantaba. Y ella: «yo tigo, yo tigo, siempre tigo.» ¡Me quería más la chiquilla!...

BARBUÉS. Pues ya no te quiere.

PATERN. ¿Tú qué sabes?

BARBUÉS. Has estado ausente el tiempo necesario para que la niña crezca y se despabile... y ahora, cuando sube al monte, en vez de coger avellanas maduras, coge hombres verdes.

PATERN. ¡Barbués!

BARBUÉS. Lo dicho, dicho... ¿Pero no has visto mi impaciencia, mi comezón por coger de mi cuenta á Jerónimo, y quitarle de los ojos las telarañas, que no le dejan ver su deshonra?

PATERN. ¡Deshonra! (Exaltándose.) Barbués, corazón duro, alma seca, lengua dañina, eso no es verdad (Le agarra violentamente por la muñeca y le sacude. Pero se domina de improviso con poderosa voluntad.) ¡Oh!... Pierdo la calma... yo, que había hecho propósito de no incomodarme nunca... (Con frialdad, sentándose de nuevo.) Sigue.

BARBUÉS. Pues revolotea por aquí un gavilán, que ha hecho presa en la chica.

PATERN. ¡Mira lo que dices!

BARBUÉS. Rumores de deshonra han llegado á estos oídos... Estos ojos algo vieron también, no diré dónde ni cuándo, en la noche obscura.

PATERN. (Después de una pausa.) ¿Y quién es... él?

BARBUÉS. ¿Has oído hablar de un tal José León?

PATERN. (Recordando.) José León... ¡Ah, sí! Buena presencia, aire de persona fina, despejado él... sí, sí.

BARBUÉS. Endemoniada la tiene ese pillo. Si tú le oyes hablar, te engatusa también, y te vuelve loco. Porque no hay otro de más sal en la mollera, ni de más prontitud y soltura en el voquible. ¡Pero á mí!... (Con misterio.) Y si yo te dijera en confianza, Santiago...

PATERN. ¿Qué?

BARBUÉS. Pues... sospecho que ese hombre tuvo arte y parte en la muerte de mi hermano Alonso.

PATERN. ¿De veras?

BARBUÉS. Y en el incendio de tus casas, de las casas de los Paternoy, en Hecho.

PATERN. (Flemático.) ¿Sospechas nada más?

BARBUÉS. Corazonadas que á mí no me engañan. Mi corazón sabe mucho, y yo le creo como á la palabra de Dios. Si ese tunante me hurga tanto así, te juro que le quito de en medio en menos que se dice.

PATERN. ¡Rencoroso! ¿Cuándo ha sido cristiano castigar un crimen con otro crimen?

BARBUÉS. Ojo por ojo.

PATERN. Pues qué, ¿ya no hay justicia?

BARBUÉS. (Con gran energía.) No.

PATERN. ¿No hay tribunales?

BARBUÉS. No.

PATERN. (Recobrando su calma.) Pues mejor. Deja que le castigue Dios si lo merece.

BARBUÉS. Anda, que con esas... *tiologías*, tu rinconcico del Limbo no hay quien te lo dispute. Te birla la muchacha y encima le das chocolate con mojicón.

PATERN. No seas bruto, y óyeme tranquilo. Indagaremos, buscando la verdad, la evidencia. Si ello resulta como tu malicia lo cuenta, ¿qué remedio tengo mas que conformarme? Te diré: (hace más de un año que se inició en mí el hastío del trabajo mercantil, el asco de las riquezas, la repugnancia de las mil vanidades que componen esto que llamamos mundo... Sentí anhelos de vida religiosa, austera). Al principio, creí que esto era como un empacho, el dejo amargo de la

refinada civilización que nos rodea. «Yo estoy monomaniaco, yo estoy enfermo,» me decía... Vine á mi país natal, donde los hombres son tan inocentes como bravía la Naturaleza, y aquí no tardé en sentirme curado, á mi parecer. Ver á Salomé y cambiar de ansiedades, fué todo uno... ¡Matrimonio, una mujer hermosa y buena, mi casita, hijos...! ¡Qué encanto! Y cátate que cuando más encariñado estoy con tan risueñas imágenes, vienes tú, y me echas en el oído este veneno, y en el alma estas hieles... (Suspirando fuerte.) Pues aquí me tienes otra vez solicitado de aquella idea que juzgué insana, y ahora veo que fué sugerida por Dios. A ella me atengo, á Dios, al claustro, á la paz y á la purificación del alma. Lo que creí falsa vocación es la verdadera, sí. (Levántase y se expresa con ardor.) ¡Ah! Si me pierdo, Barbués amigo, no me busques, donde haya bullicio, placeres, cariños mundanos; búscame donde haya soledad, penitencia, pobreza voluntaria y sacrificio... Cierto que tu revelación me causa algún trastorno. ¿Pero qué es ello? Nada. Un relámpago de ira ó despecho, remusguillo del amor propio, un poco de dolor aquí, y después... calma otra vez; esa calma de que sólo goza el que posee la verdadera salud.

BARBUÉS. (Con entusiasmo, descubriéndose.) ¡Santo, santo, santo!... *¡Hosanna... Alleluia...* (Bendiciéndole cómicamente.) *Benedictus... in nomini patri!...*

ESCENA VII

DICHOS; SANTAMONA, por el foro, trayendo en ambas manos matas de diferentes plantas. Al mismo tiempo, FELICIANA y GASTÓN, por la derecha; al fin de la escena, VICENTA.

SANTAM. (Risueña, avanzando con lentitud.) La paz de Dios sea con todos.

GASTÓN. (Recibiéndola con alegría.) ¡Oh, la santita del pueblo!

FELIC. ¡Santamona!

BARBUÉS. Ya tenemos aquí toda la corte celestial.

GASTÓN. ¡Anda, anda! Cargadita de hierbas olorosas, para engalanar las viviendas.

FELIC. Para sanearlas y espantar los pecados, ¿verdad? (Apártase con Paternoy á la derecha del proscenio.)

SANTAM. (Dejando las ramas sobre la mesa, y escogiendo matitas que distribuye.) Esto no es más que un recreo de los ojos y el olfato. Suele pegarse algo á la voluntad. (Da un ramito á Gastón.) Toma, vejete, harto de goces. Tomillo. Es muy bueno contra la gula y el empacho de felicidades y riquezas.

GASTÓN. (Poniéndoselo en el pecho.) Dame acá.

SANTAM. (A Barbués.) Toma tú, cascarrabias. Mejorana. Excelente contra la ira y los berrinches.

BARBUÉS. Venga. (Como todos los demás, se lo puso en un ojal.)

FELIC. (Aparte, á Paternoy, á la derecha del proscenio.) Nada le falta á mi querido Ansó para ser un pueblo *medieval*. (Marcando bien la palabra, con pedantería.) Trajes *medievales*, costumbres *medievales*, rudeza y pasiones de lo más primitivo. Completan el carácter unas miajas de bandidos; y en fin, para que resulte Edad Media completísima y perfectísima, también tiene su santa.

PATERN. (Pasando al centro de la escena para saludar á Santamona, á quien besa la mano.) La inocente y angelical ancianita, en quien Dios mora.

GASTÓN. Santa, sí, orgullo y alegría de Ansó.

SANTAM. Santiaguillo, chico... espejo de los ángeles, Dios te bendiga. (Le pone las manos sobre el pecho.) Y á tí, Feliciana, Dios te guarde.

FELIC. (Con ligera inflexión festiva.) *Amén*... ¿Y para mí, no hay un ramito?

SANTAM. (Sigue escogiendo matas.) Ahora. (A Paternoy.) Toma tú. Enebro. Preciosísimo contra la soberbia.

PATERN. ¡Soberbio yo! (Rien todos.)

SANTAM. Contra el flujo de mando y el querer gobernar á todo el mundo.

PATERN. ¡Qué cosas tienes! (Risas.)

FELIC. ¿Y yo?...

SANTAM. Para tí... torongil y ruda mezclados. Cosa buena contra la presunción.

FELIC. (Riendo con todos, y poniéndose el ramo en el seno.) ¡Qué graciosa! ¡Si yo no presumo! (Rumor lejano de bandurrias.)

GASTÓN. ¡Ea, á la plaza!

FELIC. Animada está la gente.

SANTAM. Corred á la fiesta, bailad, divertíos sin ofender á Dios.

GASTÓN. Vamos. (A Vicenta que ha salido por la derecha.) ¿Y Salomé? ¿Todavía componiéndose?

VICENTA. Sí, señor.

GASTÓN. Tú, Mónica, dale prisa, y echala para allá.

SANTAM. Sí, sí. (Se sienta fatigada. Salen primero Feliciana y Gastón. Paternoy y Barbués les siguen.)

PATERN. (Con tristeza.) Urge informar á Jerónimo...

BARBUÉS. (Vivamente, queriendo adelantarse.) Ahora mismo.

PATERN. (Deteniéndole.) No... al regreso del baile.

SANTAM. (Después de aguardar á que se alejen.) ¿Pero qué hace?

VICENTA. Ya está vestida. Pero dice que no va á la plaza, como no la lleven muerta. ¡Pobrecilla! Tan pronto llora, como se pone de rodillas, con las manos así, rezando... Da pena verla y oirla.

SANTAM. Díle que estoy aquí. Puede bajar sin miedo.

VICENTA. (Mirando por la puerta de la derecha.) Ya viene.

SANTAM. Vete á tus quehaceres. (Vase Vicenta por la derecha.)

ESCENA VIII

SANTAMONA; SALOMÉ, que aparece por la derecha en traje de gala. Revela consternación y sobresalto, y se detiene en la puerta, temerosa de encontrar gente.

SANTAM. Ven mujer... Aqui me tienes ya. No hay nadie. Todo el pueblo en la plaza.

SALOMÉ. (Avanzando un poco.) ¿De veras no hay nadie? ¡Santamona de mi alma! Tú que eres una santa, alma

de Dios, conciencia pura, dime, aconséjame... sácame de esta tribulación.

SANTAM. A eso he venido.

SALOMÉ. ¿Qué debo hacer?

SANTAM. (Con dulzura, unción y cierto gracejo delicadísimo en toda la escena.) Confesar la verdad, la verdad entera, niña... Pero siéntate. (Salomé se sienta en una banqueta muy baja, apoyando los codos en las rodillas de la santa.) Por lo poco que me dijiste anoche en la cocina, por otro poquito que yo he sabido, y otro poquito que adiviné... entiendo, hija mía, que tu alma está dañada. Para limpiarla, confesión. Siéntate.

SALOMÉ. ¡Ay, no puedo, no puedo!

SANTAM. (Remedándola.) ¡No puedo, no puedo! Señal de que el daño es hondo. Vamos á cuentas. Jerónimo bebe los vientos por casarte con tu primo, hombre sin par, hombre extraordinario, que...

SALOMÉ. (Interrumpiéndola.) No necesitas alabarle. Yo...

SANTAM. Clarito: que con todo su mérito, no te agrada ser su esposa.

SALOMÉ. Es que...

SANTAM. (Haciéndola callar.) Ya sé... Tienes tus razones. Quieres á otro hombre. No; si hasta aquí no hay pecado. Pero has de corresponder á la lealtad de Santiago con tu lealtad; es preciso que á tu buen tío, sin pérdida de tiempo, le digas la verdad.

SALOMÉ. (Con desaliento.) ¡Imposible... imposible!...

SANTAM. ¡Ay! es que tu amor es deshonroso, es que... Hija, no llores; serénate y hablemos con calma. Si es muy sencillo, tonta. Vas á tu tío y le dices: «Querido tío... yo...» (Salomé, consternada, hace enérgicas denegaciones con la cabeza.) ¿No te atreves? Bueno, bueno; ¡pobrecilla! (Acariciándole las mejillas.) Ea... pues vas á confesármelo todo á mí.

SALOMÉ. A tí sí, viejecilla de mi alma... Pero decírtelo yo... contarte...

SANTAM. Ya. Eres como los chicuelos que van á confesarse por primera vez. Creen que son grandes pecadores,

y como el cura no les pregunte, no hay modo de sacarlos una picardía del cuerpo.

SALOMÉ. Así soy.

SANTAM. Bueno. Yo iré preguntando. Lo primero, díme: ¿cuánto tiempo hace que conociste á ese hombre?

SALOMÉ. Tres meses. Fué la víspera de Pascua, Sábado Santo.

SANTAM. ¿Dónde? ¿cómo?

SALOMÉ. Bajaba yo del monte mirando al suelo... Buscaba una aguja de media que se me había perdido... De repente se me apareció él junto á un matorral que ardía. Creí verle salir de en medio de las llamas, negro, echando fuego por los ojos. Tuve mucho miedo.

SANTAM. Parecería el demonio.

SALOMÉ. Un demonio... bien parecido.

SANTAM. Ya... En fin, que tiznadito y todo, te habló, le hablaste.

SALOMÉ. Sí; su habla me pareció la más bonita que yo había oído en mi vida. El acento sonábame á música que venía de muy lejos; y lo que decía, la substancia, el... la...

SANTAM. Ya... la miga... el alma, la...

SALOMÉ. ¡Era de una novedad para mí!... ¡Y todo tan precioso!... Santamona, vamos... tan rebién parlado, que me tenía el alma suspensa y como entontecida.

SANTAM. El demonio tiene mucha labia. En fin, que un día y otro, volviste al monte en busca de la aguja que se te había perdido.

SALOMÉ. Sí.

SANTAM. ¿Y á cuántos días del encuentro empezaste á quererle?

SALOMÉ. Pues... (Pausa. Mira al suelo, jugando con sus dedos.) Desde el primer día. Al cuarto de hora de hablarle, ya le quería... Mira tú qué raro. ¡Ay, madre Santamona, tú que te has pasado la vida sirviendo y adorando á Dios, no comprendes este querer de la mujer al hombre y del hombre á la mujer; este fuego que viene al alma de repente, y como si las palabras

fueran rama seca, y el mirarse un viento muy fuerte, fú... ú... ú... allá va la llamarada!

SANTAM. ¿Que no lo comprendo?... Por eso me lo explicas tú.

SALOMÉ. Y yo te pregunto: ¿el querer es siempre así? Esto de enloquecer una, y ver delante á la persona noche y día, y hablar con ella ausente, y presente no saber qué decirle; y alegrarse una de estar triste, y llorar cuando debiera reir, y preferir la deshonra, la muerte, á que no nos quieran... ¡Ay, yo no sé! Díme tú: ¿de este modo quieren todas las personas?

SANTAM. (Riendo.) Creo que sí, sobre todo, la primera y la última vez.

SALOMÉ. (Con viveza y asombro.) ¿Pero se quiere más de una vez? No, Santamona, eso sí que no te lo admito. Se quiere una vez sola, y cada alma no tiene ni puede tener más que un amor.

SANTAM. Dejemos eso, que nos marearía la cabeza, y sigamos nuestra confesión. Lo más delicado entra aquí. ¿Siempre le has visto en el monte?

SALOMÉ. Precisamente en el monte...

SANTAM. Vamos, un poquito más acá... Quizás en el campo de Garcés, al otro lado del Veral...

SALOMÉ. ¿Al otro lado...? (Dudando.)

SANTAM. Ó al lado de acá, en el campo de lino...

SALOMÉ. Me parece que sí...

SANTAM. Luego... Pasaba el río...

SALOMÉ. ¿El río...? No sé... ¡Llevaba tan poca agua...!

SANTAM. Y os veíais quizás en el robledal de abajo...

SALOMÉ. Pues sí, algún ratito...

SANTAM. ¿Siempre de día?

SALOMÉ. Alguna vez entre día y noche.

SANTAM. ¿Entre día y noche? ¡Cómo se entiende eso! ¿Había obscuridad?

SALOMÉ. Obscuridad, sí; pero yo no sabía la hora. Arriba, en el cielo, muchísimas estrellas, y allá, el lucero de la mañana.

SANTAM. ¡De la mañana!

SALOMÉ. Es que madrugábamos.

SANTAM. Ya... ¿Algunas noches, dime la verdad, no te saliste descalza de tu casa, y bajaste al huerto, que sólo está separado del robledal por una tapia bajita?

SALOMÉ. A ver si recuerdo... ¿Una tapia dices?...

SANTAM. Sí... fácil de saltar.

SALOMÉ. Si está caída... Con la obscuridad, yo no podía ver hasta donde llegaba.

SANTAM. ¿Y no recuerdas... aguza la memoria... si alguna vez estuviste de palique la noche entera?

SALOMÉ. ¡Ah! no, Santamona, no digas eso. ¡Qué cosas tienes! Pues nada más que desde las diez, hasta que nos daba en los ojos la claridad...

SANTAM. ¿Del día?

SALOMÉ. No, no; debía de ser la luna. Sí, ya me acuerdo: eran noches de luna, y noches muy cortas, pero muy cortas...

SANTAM. ¡Ay, hija de mi alma, estás perdida, perdida sin remedio si no vuelves en tí; pero pronto, pronto! Has de saber que ese hombre...

SALOMÉ. ¿Qué?

SANTAM. ¿Se llama José León?

SALOMÉ. Sí.

SANTAM. Pues cuantos le conocen no dicen de él cosa buena. ¿No has oído que su primera aparición en el país fué en una cuadrilla de cómicos ó danzantes?

SALOMÉ. Para disfrazarse mejor.

SANTAM. ¿Y no sabes que en la Canal anduvo acompañado de gente mala, y que por esto alguien le cree autor de la muerte del pobre Alonso Barbués?

SALOMÉ. Eso sí que no es verdad, no, no. Yo te aseguro, madre Mónica, que José León es un caballero. Tiene mucha idea, mucha, y entiende de mil clases de trabajo.

SANTAM. ¿Caballero y trabajador? ¡Qué maravilla! ¿Y si con todas esas prendas resultara que es tan malo como dicen?

SALOMÉ. Eso no es posible. Pero si fuese malo, casi, casi, me alegraría un poquito.

SANTAM. ¡Jesús!

SALOMÉ. Para hacerle yo bueno. Creo que lo había de conseguir. Pero no es malo, no. Es desgraciado, y por desgraciado le quiero más. (Con entusiasmo ardiente.) Por sus desdichas le quiero, por sus persecuciones, por su resignación para sufrirlas, por su esperanza de ganar conmigo la dicha y la paz. Por eso le quiero, y me comería á bocados á quien le tocase al pelo de la ropa.

SANTAM. Bueno. Y dime otra cosa: ¿no ha pasado por tu magín la idea de que José León quiera á otra mujer?

SALOMÉ. (Con asombro.) ¡Á otra! (Con ira.) ¡Á otra! (Levántase furiosa, apretando los puños.) Santamona, mucho te quiero; pero si me lo vuelves á decir...

SANTAM. ¡Ay, qué tonta!

SALOMÉ. ¿Por qué me lo dices?

SANTAM. Hija mía, no afirmo nada. Dije tan sólo que podías creer que te quiero á tí sola, y luego resultar...

SALOMÉ. ¡Me has hecho un daño!... ¡Querer á otra!... Entre bromas y veras me has clavado un puñal en el corazón.

SANTAM. Pues, hija, de poco te asustas. Ea, ten juicio. (Le coge las manos.) ¡Pobrecita de mi alma! siento decírtelo, pero no hay más remedio. Estás condenada.

SALOMÉ. ¡Condenada! La Santísima Virgen me ampare. Tú, Mónica mía, no me abandonarás.

SANTAM. ¡Abandonarte! ¡Nunca, nunca! Iré contigo á donde tus errores y el pecado te lleven. Si Dios te diera la felicidad, no me verías junto á tí; pero como te da la desgracia y el castigo, donde quiera que estés, tendrás á esta pobre vieja para infundirte valor y fe, y enseñarte el camino del bien. (Se abrazan y besan llorando.)

SALOMÉ. ¡Oh, qué buena eres, santa de Ansó!

SANTAM. (Con resolución, levantándose.) Animo, hija mía. No perdamos tiempo. Resolvamos algo. ¡Ay, si tuvieras tú valor y arranque para una cosa que voy á proponerte!

SALOMÉ. ¿Qué?

SANTAM. Á ver si puedes... Prométeme no ver más á ese hombre.

SALOMÉ. ¡No verle más! ¡Ay, santica, dime que te prometa morirme, y verás qué pronto lo cumplo!

SANTAM. ¿Acaso piensas verle pronto... hoy?...

SALOMÉ. (Después de vacilar.) Sí.

SANTAM. ¿Dónde?

SALOMÉ. No me riñas... Aquí.

SANTAM. ¡Oh!

SALOMÉ. Aguarda... Con Ginés me mandó una cartita... Dice que quiere hablarme, aprovechando la ocasión de estar todos en la plaza. (Aparecen por el fondo José León y Ginés. Exploran la escena recelosos, sin pasar de la puerta.)

SANTAM. (Sin ver á los hombres.) Salomé, niña querida, no le recibas. Por la Santísima Virgen, escóndete. Yo le diré que no estás.

SALOMÉ. No puede ser; te digo que no puede ser. Vendrá, y he de verle aunque me maten.

SANTAM. (Mirando hacia el fondo.) ¡Ah!... ¡Aquí están!... ¡No tienes salvación, hija mía!

ESCENA IX

SALOMÉ, SANTAMONA, JOSÉ LEÓN y GINÉS

SALOMÉ. Aquí estoy... Entra... No temas.

GINÉS. (Examinando el foro.) Hasta los gatos están en la plaza. Con todo, es gran temeridad...

J. LEÓN. (Bruscamente.) ¿Quién es esta vieja?

SALOMÉ. ¿No la conoces? La santa del pueblo.

J. LEÓN. (Fijándose en Santamona y recordando.) ¡Ah! Es la ancianita que corta ramos en el monte.

GINÉS. Y la que reparte pan á los necesitados que vivimos valle abajo.

J. LEÓN. Ya. Sí, te he visto en Santa Lucía. ¿Y tú, me has visto á mí en alguna parte?

SANTAM. Sí, en la iglesia.

J. LEÓN. (Riendo.) ¡En la iglesia!

SANTAM. Y en un altar.

J. LEÓN. ¡Já, já!...

SANTAM. En un altar, á los pies del Arcángel San Miguel. (Ríen.)

J. LEÓN. Según eso, soy el demonio. ¡Bromistas son las santas del día!

GINÉS. ¡Si nos quiere mucho!

J. LEÓN. ¿Pero de veras eres santa?

GINÉS. Santa, sí; y yo, humilde pecador, le beso la orla del vestido. (Se la besa.)

SANTAM. ¡Quita allá, farsante!

GINÉS. Santamona bendita, haga su merced un milagro.

J. LEÓN. ¡Já, já!... El milagro de que no venga nadie mientras hablo con Salomé.

GINÉS. Eso.

SALOMÉ. (Mirando por el foro.) Soledad completa.

SANTAM. El milagro que yo haría, si pudiera, grandísimos tunantes, sería volveros personas honradas. Salomé, hija mía, entra en tu casa; no escuches las palabras engañosas de este hombre.

J. LEÓN. ¿Por qué, sin conocerme, me juzgas así?

SANTAM. ¡No sé!... Yo me meto en mi casa.

SALOMÉ. Quédate... Hablaremos delante de tí. (A José León.) Santamona me quiere, y no nos hará traición.

SANTAM. No temáis que os denuncie, ni esperéis que os ampare... Por eso me voy... ¡Adiós! (A Salomé.) ¡Siempre te quiero! Seré contigo en la desgracia. (La abraza. Mientras se despiden en una corta escena muda, José León y Ginés siguen el diálogo.)

GINÉS. ¿Quieres que vigile la calle, y te guarde la retirada?

J. LÉÓN. ¿Para qué? Me basto y me sobro. Puedes volverte.

GINÉS. ¿A Santa Lucía?

J. LEÓN. Irás antes á Biniés. Hay que acabar la mudanza. Recoge lo que allá quedó, y tráetelo pronto.

GINÉS. Está bien. (Vase por el fondo.)

ESCENA X

SALOMÉ, JOSÉ LEÓN

J. LEÓN. Mejor es, sí, que hablemos sin testigo.

SALOMÉ. (Mirando por el fondo con temor.) No sé por qué, hoy me asusta la soledad.

J. LEÓN. ¿Quieres que vengan?

SALOMÉ. (Con temor.) ¡No, no!

J. LEÓN. Pues á mí no me importa. (Alzando la voz.) ¡Señor Gastón, señor Paternoy, vengan, si gustan, á oirme decir al ángel de esta casa que ha llegado la hora de abandonarla!

SALOMÉ. ¡Oh, no... es muy pronto, León! Déjame pensarlo. ¿Pero qué... tú mismo no temes...?

J. LEÓN. ¿Yo? ¿Qué he de temer yo teniéndote á tí, á tí que eres mi fe, mi fuerza, el estímulo de esta voluntad que á nada se rinde...? (Impaciente.) Ea, prepara todo. Tu ropa de diario. No saques alhajas, ni vestidos de lujo. A las diez te espero en el robledal.

SALOMÉ. ¿Esta noche?... ¡Qué prisa!... No, no.

J. LEÓN. ¿Por qué te asustas?... ¡Ah! sin duda, alguien te ha trastornado refiriéndote las mil patrañas que corren acerca de mí. Estos pobres ansotanos han hecho de José León un héroe de romance, de esos que cantan y venden los ciegos en las romerías. Que me como los niños crudos; que soy de sangre real, pero con un sin fin de demonios metidos en el cuerpo; que sé volar por los aires, ó desaparecer como un espíritu, ó filtrarme en las entrañas de la tierra; que he cometido mil crímenes, muertes, incendios, qué sé yo...

SALOMÉ. (Riendo.) ¡Qué lindos disparates! No, no eres endemoniado, ni criminal. Si lo fueses, Dios no habría permitido que yo te quisiera como te quiero. Pero hay en tí... ¿lo digo? hay en tí un secreto, un... no sé decirlo.

J. LEÓN. Misterio.

SALOMÉ. Eso es... ¡Si no sé hablar!... Vamos, eres como una mascarita que no quiere enseñar el rostro.

J. LEÓN. No hay tal, hija mía. Pero si lo sabes todo, y para tí no existe tal misterio. Enterada estás de las razones que tuve para expatriarme y buscar un refugio en este rincón del Pirineo, disfrazando nombre y persona, y escondiendo mi educación, mis maneras debajo de la tosquedad de este traje y de estas salvajes apariencias. ¡Ah! (Suspirando con tristeza.) ¿Sabes de qué proviene la malquerencia de tus paisanos? Pues de la superioridad mía, que no puedo disimular todo lo que quisiera. Me niegan el agua y el fuego. No doy un paso sin tropezar con algún estorbo, y la vida material es para mí un problema terrible. Pues todo eso, y aun más, soportaré por tí, pero teniéndote á mi lado. No más, no más separación, Salomé (Con profundo cariño); sal de mi vida... (La mira fijamente, y observando su indecisión, prosigue en tono grave.) ¿Pero qué, dudas todavía? Habíamos convenido en huir juntos; habíamos acordado aprovechar la ocasión más propicia. Pues bien: la ocasión ha llegado.

SALOMÉ. (Temblando.) Todavía no, no... Un poco más.

J. LEÓN. (Con severidad.) ¡Oh! no quieres seguirme...

SALOMÉ. Sí, sí; contigo siempre, siempre... Pero no olvides la condición primera que te puse.

J. LEÓN. Que nos casaremos, sí.

SALOMÉ. Pero pronto, pronto.

J. LEÓN. Tan pronto, que si sales de aquí esta noche, mañana tempranito serás mi mujer.

SALOMÉ. ¿De veras? ¿Me lo aseguras?

J. LEÓN. Ya te dije que hay en Biniés un curita que me ha prometido casarnos. Es grande amigo mío. El pobrecito está enfermo. Hoy fuí á verle, y me dijo: «Date prisa, date prisa, que yo me muero.»

SALOMÉ. ¡Angel de Dios! Que viva siquiera un poquito más, para que nos eche las santas bendiciones... (Con alegría.) ¿Pero es verdad que nos casaremos? ¿No me engañas?

J. LEÓN. (Ofendido.) ¡Oh!

SALOMÉ. Te creo. Debo creerte... No extrañes que dude de todo, pues desde que nos queremos, y por querernos tan á la calladita, vivimos tú y yo encenegados en la mentira... ¡la mentira! que es lo que más he odiado siempre. ¡Oh! si me llevas, que sea para entrar muy á mis anchas en la ley, para no ocultar nada y sacar al rostro la conciencia. ¡Nos casamos; soy tu mujer; cumplimos con Dios y con los hombres, y viva la santísima verdad!

J. LEÓN. (Meditabundo.) ¡La verdad!... ¡Ay, Salomé de mi vida, yo también quiero poseerla y respirarla, como el asfixiado que anhela llenarse de aire los pulmones!

SALOMÉ. Así te quiero. ¡Qué gusto oirte maldecir la mentira!

J. LEÓN. La mentira mala, se entiende.

SALOMÉ. Pues qué, ¿hay mentiras buenas?

J. LEÓN. Te diré: de algunas no podemos renegar, sin renegar de la vida.

SALOMÉ. Explícame eso.

J. LEÓN. Eres una inocente, y por tu inocencia te quiero más. Óyeme: ¿cómo hemos de condenar en absoluto la mentira, si mentiras hay de tal poder y hermosura que ellas gobiernan el mundo?... Ficciones y engaños nos envuelven, Salomé. El orden social, todo ese mecanismo del cual ves aquí la última ruedecilla, se funda en mil cosas contrarias á la verdad. La verdad apenas existe en el mundo. Sólo es verdad Dios Omnipotente y su ley soberana. ¿Y qué sería de nosotros, pobres desterrados en este mundo tristísimo, si ese Dios tan bueno no hubiera puesto en lo mejor de nuestra alma la imaginación, la gran mentirosa, que nos consuela con deliciosos embustes?

SALOMÉ. La imaginación... (Aturdida.) ¿Qué es?

J. LEÓN. Si lo sabes.

SALOMÉ. ¡Ah, sí!... soñar despierta; creer lo que nos gusta, y figurarnos tener lo que no tenemos.

J. LEÓN. La imaginación arrulla nuestra alma y adormece

nuestras penas. A ella debemos mil consuelos: la poesía, que es como un cristal, por el cual vemos todas las cosas más bellas de lo que son.

SALOMÉ. ¡Oh, qué bonito!

J. LEÓN. Pues si esa facultad preciosa nos engaña para endulzarnos la vida, la Naturaleza no es menos mentirosa, porque ahí tienes el cielo que parece azul...

SALOMÉ. (Comprendiendo.) Ya...

J. LEÓN. Y ese sol que parece que anda, y...

SALOMÉ. (Festivamente, interrumpiéndole.) Bueno; deja al sol y al cielo que mientan todo lo que quieran, y reneguemos nosotros de la mentira. Por vivir en ella, tú y yo estamos condenados.

J. LEÓN. ¡Condenados, sí! El vivir solo es ya condenación. Pero el amor salva, el amor redime, y prevalece contra todos los infiernos de acá y de allá.

SALOMÉ. ¿Contra todos?

J. LEÓN. (Con efusión.) Sí, sí.

SALOMÉ. (Con entusiasmo y amor.) ¡Oh, me enloqueces con lo que dices... y la manera de decirlo! ¿Dónde, dónde has aprendido eso? ¿En cuantas Universidades estudiaste? ¿O es cosa de tu talento natural, sin ninguna ciencia?

J. LEÓN. Esto lo sabe cualquiera, vida mía.

SALOMÉ. Pues mira: no vas descaminado. Porque todo eso que has dicho, todo, todo, lo había pensado yo. ¿Qué tal? Lo que no tengo en mí es la palabra para poder decirlo. Tú has leído mucho, y sabes cuanto hay que saber. Hablas como los libros más bonitos. Tu lenguaje me trastorna, y yo te quiero con toda mi alma. (Se abrazan.)

J. LEÓN. ¡Corazón divino; noble criatura!... (Transición.) Pero no perdamos tiempo. ¿Estás dispuesta á seguirme?

SALOMÉ. (Con resolución.) Sí.

J. LEÓN. ¿Esta noche?

SALOMÉ. (Después de vacilar.) Sí.

J. LEÓN. Dios te bendiga.

SALOMÉ. No creas; ¡siento una pena...!

J. LEÓN. Fuera miedo. Comprendo, eso sí, que ha de dolerte

la separación de cosas y personas que has visto desde niña.

SALOMÉ. ¡Ay, qué pena!... ¡La casa... mi pobre tío, que es tan bueno y me quiere tanto!... Estas paredes, aquellos árboles... (Mirándolo todo con amor) las montañas; hasta el suelo, León... ¡Qué triste se pone todo, cuando pienso que me voy! Lloran las cosas, ¿verdad? ¿Pues y los pobres animalitos? ¡Parece que lo han comprendido, y que miran con una cara tan triste!... Todo, todo. También las piedras tienen algo que hablar cuando las piso, y esta mañana, cuando fuí á la fuente, hasta el chorrillo del agua me decía: «Salomé, no te vayas.»

J. LEÓN. (Abrazándola con pasión.) Pues yo te digo: «Salomé, alma mía, ven.» Y vendrás. Animo. Tú me has dicho: «Contigo, al fin del mundo.»

SALOMÉ. Y más allá (Con infantil alegría); pues donde acaba el fin del mundo, empieza el principio de la eternidad.

J. LEÓN. ¡Qué hermoso es amar! Bendigo mi desgracia, porque á ella debo el conocerte y hacerte mía.

SALOMÉ. ¿Iremos á Francia?

J. LEÓN. Si no arrecia la persecución contra mí, pienso arrendar una granja modesta y bonitísima... río abajo: verás... con buena casa, molino, huerta... Limpiaré los cauces, transformaré el molino, aplicando el salto de agua á una pequeña industria. Podré mover un torno para fabricar objetos de boj. Al propio tiempo, cultivaré la huertecita al estilo de la Ribera, con un esmero que desconocen los labradores de por acá.

SALOMÉ. ¡Oh, qué bonito! (Batiendo palmas.) Trabajaremos. Pues mira, León: hasta podría suceder que nos hiciéramos ricos.

J. LEÓN. ¡Quién sabe!

SALOMÉ. Y entonces, el tío Gastón y el primo Santiago nos perdonarán.

J. LEÓN. Pero no cantes victoria tan pronto. Aún no tengo la granjilla, y mientras la consigo, nos estableceremos en Santa Lucía, en una casita vieja construída en-

tre las ruínas del castillo de los Templarios. No falta comodidad. (Poco antes aparece Barbués por el fondo cautelosamente, y les oye las últimas expresiones. Aguarda, como esperando á que vengan los demás. Vicenta y Prisca entran precipitadamente por la derecha, y despavoridas se abalanzan á Salomé.)

ESCENA XI

DICHOS; VICENTA, PRISCA y BARBUÉS

VICENTA. ¡Que vienen!

PRISCA. ¡Que están ahí! (En el mismo momento avanza Barbués, como cerrando el paso á José León.)

BARBUÉS. ¡Alto! (Salomé da un fuerte grito, y espantada se aparta de José León.)

SALOMÉ. ¡Ay! (Vicenta y Prisca la cogen violentamente.)

VICENTA. ¡Ven!

PRISCA. ¡A casa! (Huyen las tres despavoridas y se meten en la casa.)

ESCENA XII

JOSÉ LEÓN y BARBUÉS; poco después PATERNOY y GASTÓN, por el fondo. Con ellos vienen y entran algunos hombres; entre ellos DOS MOZOS, que hablan. Hombres, mujeres y chiquillos aparecen en la calle, y contemplan la escena por encima del muro, que tiene poco más de un metro de altura.

J. LEÓN. ¿Qué es esto?

BARBUÉS. ¡No pienses escaparte!

J. LEÓN. No he pensado en tal cosa.

BARBUÉS. (Impaciente, llamando por el foro izquierda.) ¡A prisa, á prisa! (A José León.) ¡Quieto ahí!

J. LEÓN. ¡Si no me muevo!

BARBUÉS. Ya he dicho á Jerónimo lo que ocurre. Lo dudaba, y tú me proporcionas prueba plena.

PATERN. (Entra con Gastón, ambos presurosos.) ¿Qué, qué hay?

GASTÓN. ¿Qué?

BARBUÉS. ¡Les he sorprendido!... ¡Salomé aquí... sola con él! ¡Sin duda concertaban la escapatoria!

GASTÓN. ¡Oh, qué villanía! ¡Y no mato á ese perdido!

PATERN. (Conteniéndole.) Calma...

GASTÓN. Dí, ¿qué buscas aquí?

J. LEÓN. (Con acento firme.) El bien de mi vida, y habiendo tenido la suerte de encontrarlo...

GASTÓN. ¡En mi casa!

J. LEÓN. Vengo para cogerlo y llevármelo á la mía.

GASTÓN. ¡Oh, qué afrenta!

MOZO 1.° ¡Canalla!

MOZO 2.° ¡Salteador! (Quieren arremeterle. Paternoy les detiene.)

GASTÓN. ¡Ladrón de mi honra! Si sales vivo de aquí, será para ir á la cárcel.

J. LEÓN. Señor Gastón, no es noble que usted ultraje y permita ultrajar dentro de su casa, á un hombre que difícilmente puede defenderse en lucha tan desigual.

BARBUÉS. Contra los bandidos como tú, no hay ley de igualdad para la lucha.

J. LEÓN. Ese que me ha llamado bandido, me hará el favor de repetirlo fuera de aquí, donde no haya tanta gente á su favor.

BARBUÉS. Aquí y en donde quiera. (Acometiéndole furioso.) ¡Dios!

PATERN. (Deteniéndole con vigoroso brazo.) Que no. ¡Atrás! (Conteniendo también á los Mozos.) ¡Atrás he dicho!

BARBUÉS. ¡Que salga!

PATERN. (Con autoridad enérgica.) ¡Quieto todo el mundo! Amigos, tened calma. Yo le interrogué. No saldrán de aquí sin que oigamos sus descargos. (Rumores de protesta. Paternoy alza más la voz.) ¡Silencio digo! (Callan todos.)

J. LEÓN. Al fin suena una voz razonable en medio de este tumulto de rencores. Yo reconozco en Santiago Paternoy autoridad sobrada para interrogarme, para juzgarme si hay por qué, para condenarme si lo me-

rezco. Callen la ignorancia y la rudeza, y hable la razón serena y persuasiva. Yo, que no cedo ante brutales amenazas, me inclino respetuoso (Se descubre) ante el hombre de acrisolada rectitud, que en todo el país es mirado como persona superior á las flaquezas humanas.

PATERN. Basta de lisonjas.

J. LEÓN. No es lisonja... es verdad.

BARBUÉS. Lo primero que tiene que decir...

PATERN. Silencio he dicho. (Con solemnidad.) Tú, Gastón, ¿me autorizas para hablar en tu nombre?

GASTÓN. Sí.

PATERN. ¿Y tú, Barbués?

BARBUÉS. Sí.

PATERN. Pues basta. Oir y callar. (Pausa.) A ver: lo primero, ¿cómo te llamas?

J. LEÓN. José León.

BARBUÉS. Es falso.

PATERN. No es ese tu verdadero nombre.

J. LEÓN. Pues si no es ese, dilo *tú*, si lo sabes.

PATERN. Me tutea.

J. LEÓN. Como *tú* á mí.

PATERN. Está bien. Ignoro tu verdadero nombre; si lo supiera, no te lo preguntaría. (Entra Feliciana por el foro, y sorprendida de la escena, avanza lentamente.)

ESCENA XIII

BARBUÉS, GASTÓN, PATERNOY, JOSÉ LEÓN, FELICIANA, por el orden que se indica, de izquierda á derecha del espectador. Los demás personajes se agrupan en segundo término.

FELIC. (¿Qué pasa aquí?)

J. LEÓN. Pues á otro que no fuera el hombre respetable y dignísimo que me interroga, no le contestaría. Ante él, y sólo porque él me lo pide, declaro que mi verdadero nombre no es el que uso.

BARBUÉS. A ver, á ver. (Todos demuestran gran curiosidad.)

J. LEÓN. Me llamo don Fernando de Azlor. Pertenezco á una ilustre familia aragonesa. Zaragoza es mi patria. En Urrea existe mi solar. Discordias de familia, que no tengo por qué relatar ahora, obligáronme á huir de mi casa. Las razones que tuve para ocultar mi nombre, las diré privadamente al señor Paternoy, si se digna escucharlas.

GASTÓN. ¡Azlor!

FELIC. (Asombrada, persignándose.) (¡Ave María purísima!)

BARBUÉS. ¿Será verdad?

GASTÓN. ¿Noble? ¿Eres noble? (A Paternoy.) Por su lenguaje, parece persona de esmerada educación. (A José León.) ¿Podrías probar tu nobleza?

J. LEÓN. Sí por cierto.

BABBUÉS. Esa señora, Feliciana Bellido, que le conoce de Zaragoza, nos dirá si es verdad...

PATERN. Feliciana, usted...

FELIC. (Dudando.) Yo...

J. LEÓN. (Con audacia, después de dirigir á Feliciana una mirada de inteligencia.) Que diga si soy ó no don Fernando de Azlor.

FELIC. (Después de corta vacilación.) Digo que... en efecto, con tal nombre se le conocía en Zaragoza.

J. LEÓN. ¿Lo veis? (Asombro general.)

PATERN. Ahora... nos convendría saber que tu conducta es tan noble como tu apellido.

BARBUÉS. Eso... y que nos demuestre que no tuvo parte en el asesinato de Alonso Barbués.

MOZO 1.º (Adelantándose con fiereza.) Y en el incendio de las casas de Paternoy; de tus casas, Santiago.

MOZO 2.º (Lo mismo.) Y de las cabañas de la Gorgocha.

PATERN. ¿Qué dice usted?

J. LEÓN. ¿Yo? ¿Qué he de decir? Nada sé de esos delitos. Los que torpemente me acusan, son los obligados á demostrar mi culpa; y si no lo hacen, yo les enseñaré, aquí ó en donde quieran, el respeto que se debe á la verdad y á la inocencia.

FELIC. (Bien: á bravura nadie le gana.)

BARBUÉS. (Queriendo acometerle con los dos Mozos.) ¡Nos provoca el indino!

PATERN. (Conteniéndolos.) Quietos...

GASTÓN. No es ocasión de tratar de eso. Lo primero es lo primero.

PATERN. Y ese asunto incumbe á los tribunales.

BARBUÉS. (Con fiereza.) Cuando no hay justicia, nosotros, el pueblo, la inventamos.

PATERN. Calma. Ahora explíquenos el señor don Fernando la razón de encontrarse en esta casa.

GASTÓN. ¡Eso!

J. LEÓN. Si ya lo saben, ¿á qué he de repetirlo?

FELIC. ¡Bah! Historia vieja y manoseada, señores míos. El pícaro amor, que concierta las voluntades de los jóvenes sin contar con la de los padres... y menos con la de los tíos.

PATERN. (A José León.) ¿Se ha prendado usted de Salomé?

J. LEÓN. Sí, señor. Y á ella no le parece mal corresponderme. Será mi esposa.

GASTÓN. ¡Eso no... Cristo! Antes la vea yo muerta que en poder tuyo.

J. LEÓN. Salomé es libre, mayor de edad...

GASTÓN. Que no, digo. Primero la mato.

PATERN. Esas cuestiones no pueden resolverse así.

GASTÓN. ¡Y tú, tú, eres capaz de hacer causa común con ese hombre!

PATERN. No hago causa común más que con la razón y la verdad, según yo las entiendo.

BARBUÉS. Santo eres, digno de estar en los altares; pero no tienes alma de aragonés.

GASTÓN. (A Paternoy.) ¿Qué dices á eso?

PATERN. Que soy hijo de padre navarro y madre aragonesa: de modo que tengo toda la tenacidad del mundo en mi alma, y que la pongo al servicio de lo que creo justo y humano.

GASTÓN. Bien, bien.

J. LEÓN. ¡Qué hombre!

PATERN. ¿Mi opinión, amigos míos, vale algo en esta casa y en este pueblo?

GASTÓN. Eso sí.

TODOS. Sí, sí.

PATERN. ¿Me tienen por hombre recto y justo?

TODOS. Sí, sí.

PATERN. ¿Me confirmas tú la autoridad que antes me diste?

GASTÓN. (Con desaliento.) Confirmada. Acatamos tu criterio. Decide tú. Figúrate que eres el padre...

PATERN. Pues decido que interroguemos á Salomé. Sin conocer sus sentimientos, no puedo resolver nada.

BARBUÉS. Bueno va...

GASTÓN. Oigámosla, pues.

PATERN. Voy por ella. (Sale por la derecha.)

BARBUÉS. ¡Zapa! Enredosos trámites veo aquí, muchos dimes y diretes. Más que de santidad, me da en la nariz olor de curia.

GASTÓN. Aguardemos su resolución, que ha de ser de justicia.

BARBUÉS. (Mirando hacia la derecha.) Aquí vienen ya.

ESCENA XIV

GASTÓN, BARBUÉS y los DOS MOZOS, á la izquierda; JOSÉ LEON, en el centro derecha; FELICIANA, al extremo derecha; PATERNOY, trayendo de la mano á SALOMÉ, pasa al centro.

PATERN. Ven, no temas.

SALOMÉ. (¡La Virgen sea conmigo!) (Sin atreverse á levantar del suelo los ojos.)

GASTÓN. (A Barbués.) ¡La muy bribona... con esa cara de inocencia... engañarme así!

BARBUÉS. (A Gastón.) Lo que digo, Jerónimo. A estos ángeles, desde chiquitos, se les va enseñando con una vara.

PATERN. Hija mía, ¿amas la verdad? ¿Comprendes que diciéndola en ocasiones tan solemnes como ésta se sirve á Dios?

SALOMÉ. (Temblando.) Sí, señor; amo la verdad.

FELIC. ¡Infeliz, cómo tiembla!

J. León. (Sugiriéndole, aparte.) ¡Alma mía, ten valor! ¡La verdad, la verdad pura!

Patern. Bien. Todos saben aquí que te hice proposiciones de casamiento. Nunca me respondiste con la claridad que yo pedía. Hazlo ahora...

Salomé. (Trémula, azorada.) Yo... Santiago... yo...

Patern. Ya sé que me estimas. Pero no es eso. No vaciles en hablar con toda la sinceridad del mundo. Yo no me ofendo. Echo los hierros á mi amor propio. A ver: te lo pregunto en la forma más sencilla. Salomé, tú... no quieres casarte conmigo.

Salomé. (Sin alzar los ojos del suelo, después de una pausa dice:) No, señor.

J. León. ¡Bendita boca!

Gastón. Es para matarla... No, Santiago, eso no vale.

Patern. ¿Pues no ha de valer? Sigo. Salomé, alza los ojos. Mira á ese hombre, mírale... Ese hombre dice que tú le amas. ¿Es cierto? (Expectación; pausa.) ¿Es cierto, Salomé?

Salomé. (Con gran esfuerzo.) Sí, señor.

Felic. Total, que se han dado juramento de casarse ó morir. (¡Habrá tontos...!)

Patern. ¿Y es cierto lo que dice Barbués, que habías accedido á dejar tu casa y á huir con él...?

Salomé. (¡Ay de mí!) (Con angustia.)

Patern. Confesión difícil es ésta, hija mía. Haz un esfuerzo, y nada temas, que aquí estoy yo para defenderte.

Salomé. Pues... sí... sí, señor... habíamos pensado...

Gastón. (Sin poder contenerse.) Ahora yo... Déjame, Santiago. Quiero decirle á esa ingrata, á esa pérfida, desleal criatura... (Salomé solloza acongojada.)

Patern. (Cortándole la palabra.) Basta... Ten calma y piedad.

Gastón. ¡Y tú sancionas con tu autoridad esta indigna ingratitud!

Patern. Calma... Si no he concluído. Un momento más. Salomé, como ves, tu familia no quiere que seas mujer de ese hombre. Ni lo quiere tampoco el pueblo en que has nacido.

Todos. No, no. (Callan José León y Feliciana.)

PATERN. Atendiendo á esto, y por si desearas tú, con la ayuda de Dios, poner un freno á tu loca inclinación, te propongo entrar como arrepentida, con clausura temporal, en el convento de la Esclavitud de Berdún, que yo protejo, y he dotado ampliamente.

GASTÓN. (Vivamente.) ¡Ah! sí; transijo... Buena idea.

FELIC. La esclavitud. Yo también protejo esa santa casa.

GASTÓN. La perdono si entra en las Esclavas... Salomé, hija mía, has de ir, quieras ó no.

PATERN. Poco á poco. Si va, ha de ser por libre y espontánea voluntad.

J. LEÓN. Que lo diga redondamente; que declare si prefiere entrar en la Esclavitud, ó unir para siempre su suerte á la de este desdichado.

BARBUÉS. Que lo diga.

PATERN. Vamos, dilo.

SALOMÉ. (Que se ha sentado desfallecida. Paternoy, en pie junto á ella, como protegiéndola.) No sé expresarme... no puedo hablar.

FELIC. ¡Pobrecilla!

PATERN. Dos caminos tienes delante de tí, Salomé, y vas á elegir libremente uno de los dos. Yo te garantizo la libertad. Primer camino: el convento. Segundo camino: este hombre. ¿Cuál escoges? No tienes que decir más que una palabra.

SALOMÉ. (Después de honda y angustiosa lucha, responde con voz alterada y trémula:) Este.

PATERN. No hay más que hablar.

J. LEÓN. (Respirando con fuerza, muy satisfecho.) ¡Ay!

GASTÓN. ¡Infame!

BARBUÉS. ¡Bribona!

FELIC. Pero, señor, es natural que prefiera...

GASTÓN. (A Paternoy.) ¿Y al fin, qué decidimos?

PATERN. ¿Soy yo el que decide?

GASTÓN. Tú.

PATERN. Pues que se cumpla la ley de amor.

J. LEÓN. Salomé ha confirmado mi declaración.

PATERN. La ha confirmado, y por mi dictamen, tuya es.

GASTÓN. ¡Suya!... ¡Santiago!...

PATERN. Mi leal parecer es que se la lleve, y que se casen sin dilación.

BARBUÉS. Eso es favorecer el mal.

PATERN. Esto es ponerles en el terreno de la responsabilidad, que es el de la justicia.

GASTÓN. (A Salomé, que llora acongojada, apretándose el pañuelo sobre los ojos.) ¡Infame, Dios te castigará! (José León acude en su auxilio. Entran por la izquierda Vicenta y Prisca, y quieren ir también en auxilio de Salomé. Gastón las detiene.) No os acerquéis. Ya no existe para nosotros.

BARBUÉS. (Queriendo llevarse á Gastón.) ¡Retírate!

GASTÓN. Sí, no puedo ver esto.

PATERN. Me dísteis poder para sentenciar, y he sentenciado conforme á mi conciencia.

GASTÓN. ¡Extraña justicia la tuya! (Retirándose hacia la derecha.)

PATERN. He querido imitar, en lo posible, al Supremo Juez, que da á cada uno su merecido, y se vale, para sus designios, de las propias pasiones, de los propios hechos humanos.

BARBUÉS. Debiste salvarla.

PATERN. Que se salven ellos, si quieren. Criminales de amor, les condeno á la vida, al amor mismo, y á las consecuencias de sus errores.

GASTÓN. (Desde la puerta.) ¡Donosa sentencia! (Oyense murmullos de la gente que presencia la escena.)

PATERN. ¿Quién me contradice? (Con arrogancia.) ¿Hay alguien que se atreva á replicarme? (Con despotismo.) ¡ A casa todo el mundo! (En medio de un profundo silencio, empiezan á retirarse.) Aquí no ha pasado nada.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación humilde, construída sobre las ruínas de un edificio de Templarios. La mitad de la decoración, á la derecha, representa una arquitectura antigua y robusta, de gruesos sillares. La otra mitad, de construcción pobre, de adobes ó tapiería ligera. Al fondo, una puerta ancha, que da al campo. A la derecha, escalera de piedra que conduce á las ruínas de una torre. En primer término, á la derecha, un paramento de estilo románico, en el cual un Crucifijo grande, tallado en el muro. Bajo la escalera, un hueco practicable. A la izquierda, una puerta ordinaria, que conduce á las habitaciones interiores. Al fondo, un arcón grande. En el centro, hacia la izquierda, una mesa rústica, algunas sillas ó banquetas; en los muros, aperos agrícolas colgados. Madejas de hilo, colgadas de un palo, y una cesta con gruesos ovillos de hilo. Una devanadera. Es de día.

ESCENA PRIMERA

SALOMÉ, devanando; JOSÉ LEÓN, dormido sobre el arcón; luego GINÉS, que entra por el fondo.

SALOMÉ. (Mirando á José León con ternura.) ¡Pobrecito mío, le ha rendido el cansancio!... Tejeré hasta concluir las diez varas... ¡Virgen Santísima, que un hombre como éste, con crianza de caballero y estudios de persona fina, se vea obligado á cortar leña, á hacer carbón y á estos rudos menesteres...! ¡Oh, no: yo trabajaré para que él descanse!

GINÉS. (Entra por el fondo con algunos instrumentos de labranza y herramientas, que deja en un rincón.) Ea, ya tenemos aquí lo último que quedaba en la casa de Biniés.

SALOMÉ. ¿Has traído agua?

GINÉS. Sí, señora; y he encendido la lumbre. No falta más que las especies nutritivas, *vitalibus alimentis*, sin lo cual excusada es la lumbre.

SALOMÉ. Aguarda un poco, hombre. Verás cómo el Señor nos manda algo.

GINÉS. ¡El Señor! ¡Fíese usted del Señor!...

SALOMÉ. Verás cómo sí. Ginés, eres hombre de poca fe.

GINÉS. ¡Oh, no, señora; fe no me falta! Yo creo en la misericordia divina; sé que al fin he de salvarme, á pesar de lo mucho que peco. La verdad: he sido malo hasta dejármelo de sobra. ¡Mire usted que abandonar á las Santísimas Madres de la Esclavitud de Berdún, que me criaron, enseñándome á sacristán y jardinero... y lanzarme á una vida vagabunda por zancas y barrancas, vericuecos y llanuras sin fin!... ¡Y meterme á cómico trashumante primero, á mercachifle después, entre hijos de tantas madres...! Pero bien lo pago, bien. Porque estos ayunos mayores, este miedo á la Guardia civil, ¿qué son sino el palo que levanta sobre mí Su Divina Majestad?

SALOMÉ. Al fin, Ginesillo, nos reconciliaremos con Dios, y seremos felices y buenos.

GINÉS. *Amén*... ¿Quiere que vaya á la huerta de Bellido, ahí, detrás de la torre, y pida patatas, una col... *et religua?*

SALOMÉ. (Vivamente.) ¿Qué has dicho? ¡Si no te callas...! Antes pediré yo limosna por los caminos que humillarme á Feliciana, la viuda escandalosa...

GINÉS. Si está en Ansó... Rara vez viene acá.

SALOMÉ. Mejor.... Ginés, no, no... Huye del demonio...

GINÉS. ¿El demonio?... ¡Si es muy guapa!

SALOMÉ. (Enojada.) Tonto... ¿qué sabes tú?

J. LEÓN. (Que despierta y se incorpora.) ¡Ginés!

GINÉS. ¿Qué?

J. LEÓN. ¿Has concluído la mudanza? ¿Está aquí todo, la herramienta, los aperos, los sacos de hilaza?

SALOMÉ. Todo está aquí.

GINÉS. Menos la maleta chica, que no he podido encontrar.

J. LEÓN. ¿Se habrá perdido?

GINÉS. No lo creo. Se encargó de traerla la tía Blasa, y... no sé...

J. LEÓN. Si se pierde... Pero nada hay en ella que pueda comprometerme... al menos no recuerdo... Bueno: ¿irás pronto á ese recado?

GINÉS. Ahora mismo. Y permita San Pascasio bendito, abogado de las respuestas favorables, que la tengamos conforme á nuestros deseos. (José León indica por señas á Ginés que no hable de aquel asunto delante de Salomé.) ¡Ah, sí!

J. LEÓN. (En voz baja.) ¿Llevas la carta?

GINÉS. Aquí la tengo.

J. LEÓN. Pues date prisa... ¡Vivo, Ginés!

GINÉS. ¡Volando! (Vase por el fondo.)

ESCENA II

JOSÉ LEÓN, SALOMÉ

SALOMÉ. ¿Qué recado es ese?

J. LEÓN. (Meditabundo, mirando al suelo.) Nada... Solicitando el arriendo de esa finquita... ya sabes.. Allí estaremos muy bien, y podremos vivir, ¡ay! (Suspirando fuerte) mejor que en estas desdichadas y tristes ruínas.

SALOMÉ. ¡Oh, sí; esto es muy triste!... Esa torre, la negrura de esas piedras... Pero nada me agobia el alma como la vecindad de la maldita viuda... (José León abstraído, no la oye.) Feliciana, hombre, ¿no oyes lo que te digo?

J. LEÓN. ¿Feliciana?... ¿Y qué te importa?

SALOMÉ. La aborrezco... ¡Dios me lo perdone!... desde que me dijeron que la habías tratado en Sangüesa.

J. LEÓN. (Sentándose á su lado.) ¡Bah, bah! No te ocupes de eso, vida mía. (Queriendo mudar de conversación.)

SALOMÉ. ¡Cuánto me gusta que me llames *vida mía!* Vida mía, vida tuya; es decir, que soy tu propia vida.

J. LEÓN. (Con ternura.) Y mi esperanza, y mi sér todo. Sin tí, no habría en mi alma más que tinieblas. Yo soy el mal, Salomé; y siendo el mal, he ganado el bien. ¡Qué cosa más rara! te he ganado á tí, te poseo, eres mía. Soy un réprobo que se cuela en el Paraíso. Eso de que Dios castiga á los malos, no es verdad siempre. A mí me ha premiado... ya ves.

SALOMÉ. ¡Lisonjero!... Por decirme una flor, no blasfemes.

J. LEÓN. Pues sólo te diré que te adoro; que quisiera tener muchas almas para, con todas ellas, adorarte; para, con todas ellas, despreciar por tí los trabajos, las miserias, las persecuciones; para, con todas ellas, fundir mi voluntad en la tuya, y ser al fin á tu imagen y semejanza.

SALOMÉ. (Suspirando fuerte.) León de mi vida, tú no eres bueno.

J. LEÓN. ¿Por qué lo dices?

SALOMÉ. Tu conciencia no está tranquila.

J. LEÓN. (Con tristeza.) No.

SALOMÉ. (Parando de devanar, le mira fijamente.) Mírame, León. No sé qué veo en tus ojos... una sombra de cosa negra que anda por dentro...

J LEÓN. Puede ser.

SALOMÉ. Algún recuerdito malo. Cuéntamelo todo. ¿No dices que mi vida es tu vida? Pues que sean míos tus secretos.

J. LEÓN. ¡Mis secretos! Ya posees algunos.

SALOMÉ. Sí: me has confesado una falta grave... la tremenda mentira que soltaste aquella tarde cuando Santiago te interrogó. Falso es también el nombre de don Fernando de Azlor. El verdadero ¡gracias á Dios! me lo has dicho á mí.

J. LEÓN. (Vivamente.) A tí sola... Cállate.

SALOMÉ. Gran pecado es usar un nombre falso. ¡Ah, la mentira! Aún vivimos en ella, León. (Con profunda pena.) Seis días hace que salí de casa de mi tío: ¡qué tarde aquélla, qué vergüenza, qué angustia! salí con la certeza de que nos íbamos á casar en seguida, y todavía...

J. LEÓN. Pero ¿qué culpa tengo yo de que la misma tarde de San Pedro hiciera la gracia de morirse el curita de Biniés, que me había prometido casarnos?

SALOMÉ. Sí... ya sé que no es culpa tuya...

J. LEÓN. Nos casaremos... y pronto... A todo trance he de conseguir el molino y la huerta... ¡Verás qué hermosura de casita! ¡Viviremos tan bien, tan bien!... No como ahora, hija mía; que esto no es vivir, pues cuando se carece hasta de lo más preciso para la subsistencia...

SALOMÉ. Pero no faltan almas piadosas que nos amparen. Tenemos á esa bendita Santamona, que nos trae víveres de lo que recoge en las casas de los ricos. (Mirando al fondo.) Aquí está ya.

ESCENA III

DICHOS; SANTAMONA, por el fondo, con una gran cesta colgada del brazo.

SANTAM. Buenas tardes, condenaditos míos. Mirad, mirad lo que os traigo.

SALOMÉ. (Suspendiendo el trabajo.) ¿A ver, á ver? (Ponen la cesta de Santamona sobre la mesa, y van sacando.)

SANTAM. Pan.

J. LEÓN. ¡Cuánta cosa buena! (Saca un porrón de vino.)

SALOMÉ. (Sacando paquetes.) ¡Azúcar, chocolate, café!...

J. LEÓN. ¡Pobre Santamona! Tan viejecita y tan incansable. Pero ¿no te fatiga el venir hasta aquí?

SANTAM. A mí no.

J. LEÓN. ¿Cuántos años tienes?

SANTAM. ¿Qué sé yo?

SALOMÉ. Esta no tiene años. Es eterna.

J. LEÓN. Jamón.

SALOMÉ. (Gozosa.) Alubias, medio cabrito asado... Me río de la cara que va á poner Ginés cuando vea esto.

J. LEÓN. ¡Pero qué Santita ésta tan re-mona! Y dime: ¿no

temes que te acusen de proteger á pillos? Porque, francamente, habremos dejado en Ansó una fama horrorosa.

SANTAM. Oh, sí: medianilla fama dejásteis. Pero eso á mí poco me importa; ni nada tengo yo que ver con la opinión de tejas abajo.

SALOMÉ. Voy á preparar la cenita. (Coge varias cosas y se va por la izquierda.)

J. LEÓN. A ver, Santamona, con franqueza: ¿qué idea tienes de mí?

SANTAM. La peor idea que se puede tener.

J. LEÓN. (Con amargura.) Y con razón, Mónica bendita: yo no soy bueno. En mi vida hay bastantes puntos obscuros.

SANTAM. Guárdatelos. Nadie te pregunta nada.

J. LEÓN. ¿Por qué lo dices?... (Alarmado.) ¿Acaso sabes?...

SANTAM. No, hijo: yo no sé nada, ni quiero.

J. LEÓN. ¡Puedo asegurarte una cosa: á medida que iba yo tratando á Salomé, sentía en mí unas ganas de... de reconciliarme con Dios y los hombres!

SANTAM. Buen pájaro estás tú. (Levántase.)

J. LEÓN. Y desde que la traje conmigo, parece que la conciencia se me remueve desde lo más hondo, y mi alma se llena de una deslumbradora claridad. ¡Ah, Santamona! yo quiero ser digno de la celestial criatura que me ha deparado mi destino.

SANTAM. Dios te ha tocado en el corazón. Pues vuélvete á Dios, regenérate, límpiate de tus horrorosos pecados...

J. LEÓN. ¡Límpiate! ¡límpiate! ¡Qué fácil de decir!

SANTAM. Más fácil de hacer. (Recogiéndose la basquiña.) Fíjate en el ejemplo que te doy. Voy á limpiaros toda la casita, y á dejárosla como un espejo. ¡Luego traeré mis yerbas del campo, y os lo pondré todo tan fresco y hermoso!... Verás.

ESCENA IV

JOSÉ LEÓN, SANTAMONA, GINÉS

GINÉS. He sentido fragancia de víveres, y vengo desalado.

J. LEÓN. Ginesillo, hoy estamos en grande.

GINÉS. (Buscando algo que comer en la mesa.) Glorificada sea Santamona bendita. (Come pan.) *Accipite panem... et manducate.*

SANTAM. Goloso, no comas ahora, que se te quitará la gana.

GINÉS. Pues para eso como, ¡caramba! para que se me quite.

SANTAM. (Dándole el porrón.) Vaya, bebe un poquito, borrachón.

GINÉS. *Similiter et calicem.* (Empina y bebe.)

SANTAM. ¡Ay qué gandules! Como no se les dé de comer toditos los días del año, ya les tiene usted cayéndose de hambre.

GINÉS. (Queriendo abrazarla.) *Glorificamus te.*

SANTAM. Quita, quita, moscón. (Dirigiéndose á la izquierda y retrocede.) ¡Ay! se me olvidaba lo mejor. (Metiendo la mano en una profunda faltriquera de su refajo, saca unos cigarros.) Tomad...

J. LEÓN. (Gozoso.) ¡Tabaco!

GINÉS. ¡Hosannah!...

SANTAM. Ahí tenéis, perdularios, para que no os falte ningún vicio... (Vase por la izquierda, segundo término.)

J. LEÓN. No se olvida de nada.

GINÉS. ¡Beata, beatísima!...

ESCENA V

JOSÉ LEÓN, GINÉS

J. LEÓN. (Cerrando las dos puertas de la izquierda, y cerciorándose de que no le oyen.) ¿Qué hay? ¿Qué noticias me traes?

GINÉS. Medianas... La viuda...

J. LEÓN. Habla bajo... Pero dí, ¿cómo has vuelto tan pronto?

GINÉS. Si está aquí, en la huerta del Temple. Cuando yo iba para allá, me la encontré en su borriquilla. Hoy viene á pasar el día aquí, con los niños.

J. LEÓN. ¡Ah, maldita! ¿Sabes lo que esto significa? Una persecución en toda regla.

GINÉS. Pues volvíme con ella. Hízome entrar en la casita...

J. LEÓN. ¿Leyó mi carta?

GINÉS. Sí; pero... como si no.

J. LEÓN. ¿Le dijiste de palabra lo que pretendemos?

GINÉS. ¡Menudo sermón eché por esta boca!

J. LEÓN. (Impaciente.) Pero ¿qué responde?

GINÉS. A ver si recuerdo una por una sus palabras: «Dile á ese perdido que si quiere la granjilla y el molino, que se fastidie y venga á verme y á tratar conmigo, y que no me mande acá... pasmarotes.»

J. LEÓN. ¡Bribona! Quiere que yo la visite, le ruegue, le... ¡Oh, la conozco bien!

GINÉS. ¡Pues, hijo, vaya un trabajo!... Vas, le dices...

J. LEÓN. No, no iré. Salomé es muy celosa. Podría creer...

GINÉS. ¡Ay, Dios mío, qué escrúpulos! No veo yo por qué se ha de enterar Salomé... Pues no tendremos la granjilla si no vas, ea. La señora, bien se le conoce, quiere verte cerca, hablar contigo... tiene de tí, según parece, recuerdos muy gratos.

J. LEÓN. No lo son tanto para mí. (Receloso de que le oigan, y bajando la voz.) A tí, Ginés, que eres mi amigo más leal, puedo contarte... Dos años há me encontré á esa mujer en Sangüesa. Entonces tenía yo mejor pelaje que ahora.

GINÉS. Lo creo.

J. LEÓN. Entonces no era posible que viese yo á una mujer guapa, aldeana ó señora, sin que al instante, con una audacia impetuosa y hasta grosera, no la requiriese de amores. ¡Oh, qué tiempos, Ginés!

GINÉS. Total, que...

J. LEÓN. Que á mi acometividad, para enamorarla, correspondió ella con su prontitud para prendarse de mí. Le caí tan en gracia, que... En fin, conquista más rápida y feliz, no podrías imaginarla.

GINÉS. (Oyéndole gozoso.) Todo, todito me lo imagino. Sigue.

J. LEÓN. Entonces era yo un perdido.

GINÉS. ¿Entonces?

J. LEÓN. Aún tenía algún dinero. No pensaba más que en satisfacer mis locos apetitos. Donde hubiera pendencias, desorden, aventuras, embriaguez, juego, mujeres, allí estaba yo.

GINÉS. (Regodeándose.) ¡Ay, qué vida!

J. LEÓN. Después... la cruel realidad me ha enseñado mucho; he cambiado radicalmente, y por fin, desde que me deparó mi suerte la incomparable mujer que á mi lado tengo, todo aquel pasado escandaloso me inspira vergüenza, repugnancia.

GINÉS. Ya... el diablo harto de carne... Sigue contando.

J. LEÓN. Pues si rápida fué la victoria, no tardó más mi cansancio. Mientras yo tenía que disimular con mil artificios corteses mi antipatía, ella me abrumaba con su amorosa constancia. Huí; me siguió, no ciertamente con pretensiones de matrimonio, pues no quiere volver á casarse.

GINÉS. Pues mira tú, ese desinterés me gusta.

J. LEÓN. Es, por demás, extraña esa mujer. Su egoísmo tiene un fondo de abnegación que le desconcierta á uno, y... En fin, Ginesillo, á fuerza de astucia y flexibilidad para no dejarme coger, logré poner entre esa mujer y yo una honesta distancia. Acabó la historia de amor. Pero luego la fatalidad que llevo conmigo, me ha deparado dos ó tres encuentros con mi antigua conquista. Y no es eso lo peor, sino que, siempre que con ella me tropiezo, se disponen los pícaros acontecimientos de modo que yo necesito de algún favor ó auxilio, y que ella se brinda generosamente á prestármelos. Y aquí me tienes nuevamente amarrado á mi falta por la gratitud, que en este caso, como en otros muchos, mi querido Ginés, es un castigo, un cruelísimo castigo.

GINÉS. Pues, amiguito, vete á verla; pero pronto, pronto, y tendremos la granjilla.

J. LEÓN. ¿Lo crees tú?

GINÉS. Como si la tuviera en la mano. Y te va á conceder el arrendamiento *gratis et amore*... ¡Oh, ganga de las gangas! ¡Hombre, corre, no pierdas un minuto! Si no vas, no cuentes conmigo... yo te dejo... Yo no aguanto más esta vida de presidiario... Me vuelvo con mis monjitas.

J. LEÓN. (Meditabundo, mirando al suelo.) Iré: no hay más remedio que ir y humillarme... Tienes razón: lo primero es buscar medios de subsistencia, salir de este nido de lechuzas...

GINÉS. Pero ¡qué mayor gloria para tí que tener el remedio de tus cuitas tan á la mano, en la voluntad de esa viuda tierna...!

J. LEÓN. Iré, no lo dudes... ¡pero si vieras lo que me cuesta!

GINÉS. Pues, chico, yo no tendría inconveniente en ir en tu lugar...

J. LEÓN. No bromees.

GINÉS. Y en último caso, ¿qué temes tú, que tu mujer...? Pero si no ha de saberlo. (Mirando por las rendijas de la puerta de la izquierda.) Salomé, muy enfrascada en sus pucheros; la santa, fregoteando con jabón y estropajo... ¡José León, ahora ó nunca! Media horita, hijo, y mañana tenemos casa, huerta, molino, saltos de agua, y saltamos de la pobreza á la fortuna, y ganaremos dinero, y seremos ricos, digo, honrados, digo, las dos cosas.

J. LEÓN. (Decidiéndose, después de vacilar.) Tienes razón: el mal camino, andarlo pronto. (Da unos pasos hacia el fondo. Ginés le detiene.)

GINÉS. Un momentito... Ya no me acordaba...

J. LEÓN. Qué, ¿hay alguien por ahí? Entonces, no voy. Me desagradaría que me viesen...

GINÉS. (Mirando al campo por el fondo.) Al venir acá, ví á Paternoy á caballo.

J. LEÓN. ¡Paternoy!

GINÉS. Parado estaba en las casas de Larraz. Habrá pasado ya... No le veo.

J. LEÓN. No salgo... Te digo que no voy.

GINÉS. ¡Ah, sí!... Mírale, más allá del puente, hablan-

do con dos hombres á pie. Aguárdate á que pase.

J. LEÓN. ¿Y si no pasa?

GINÉS. ¡Ah! (Con una idea feliz.) Vete por ahí, por las ruínas. (Señalando la escalera de piedra.) ¡Qué tonto, no haber discurrido! Mira, pasas por un gran hueco que hay en la parte de allá de la torre... sigues por el muro como unos diez pasos, luego un saltito, ¡pin! y estás en la huerta.

J. LEÓN. Pero de veras, ¿se puede...?

GINÉS. ¡Tonto, si por ahí salto yo todos los días para afanar un par de cebollas *quandoque lechugam!* Por ahí no te ven ni las moscas.

J. LEÓN. (Receloso mirando á la izquierda.) Salomé...

GINÉS. No hay cuidado... (Vigilando las puertas de la izquierda.) Pronto, León... Luego te vuelves por afuera.

J. LEÓN. Allá voy...

GINÉS. Buena suerte, hijo. (Vase León por la escalera, procurando no hacer ruido.)

ESCENA VI

GINÉS, PATERNOY

GINÉS. Por ahí nadie le ve... Que Dios le inspire, á ver si... (Aparece Paternoy en la puerta, con botas de montar y látigo.) ¡Ah!... Señor don Santiago... Adelante. (Con desconfianza.) (¿Visita de santo? *Malorum*. No me fío.)

PATERN. (Avanzando despacio y observando la casa.) ¡Qué aspecto de miseria! ¿No está ese hombre?

GINÉS. No, señor: ha ido al río, á ver si pescaba unas truchas... ¿Quiere el señor descansar?... ¿Viene de caza?

PATERN. No.

GINÉS. Ya le he visto á caballo... ¿Va el señor hacia la villa?

PATERN. (Secamente.) No. Preguntón estás...

GINÉS. Dispénseme.

PATERN. Ahora me toca preguntar á mí... ¿Has visto por aquí á Primitivo Barbués y otros amigos, que salieron de Ansó esta mañana?

GINÉS. No, señor, no los he visto. (Aparte, receloso.) (¡Dios me valga, esos brutos aquí!)

PATERN. ¿Y á Jerónimo Gastón, mi tío, no le has visto tampoco?

GINÉS. Puede creerme que no.

PATERN. Sí te creo. ¿Pero no hay nadie en esta casa?

ESCENA VII

DICHOS; SALOMÉ, por la izquierda.

SALOMÉ. ¡Oh, Santiago!... (Se asusta al verle.)

PATERN. No me esperabas. Descansaré un momento. (Se sienta.)

GINÉS. (Mirando al campo por el fondo.) Ahora veo al señor Barbués y á otro, que vienen como de las casas de Larraz.

SALOMÉ. (Asustada.) ¡Barbués!

PATERN. ¡Luego les veré! (A Ginés.) ¡Ah! antes que se me olvide. He dejado mi caballo atado á un chopo, al otro lado del puente. Harás el favor de cuidármelo... no se suelte...

GINÉS. Sí, señor... Le daré un pienso... Voy. (Vase por el fondo.)

ESCENA VIII

PATERNOY, SALOMÉ

PATERN. Parece que te has asustado al verme.

SALOMÉ. Sí, primo mío: la virtud sin tacha... me asusta un poquitín.

PATERN. ¿Dónde está... ese hombre?

SALOMÉ. (Turbada.) ¿Mi marido?... no sé... aquí estaba.

PATERN. Habla con más propiedad.

SALOMÉ. Le llamo así porque hemos tenido la intención de casarnos. Pero no sé si sabrás lo que ocurrió.

PATERN. Sí. ¡Casualidad como ella! ¡Morirse mosén Javierre la misma tarde!... ¡Pobre Salomé! ¡Pobrecita de mi alma!

SALOMÉ. No fué culpa nuestra que...

PATERN. No, si de la rectitud de tu intención no tengo duda. De la suya, no puedo decir lo mismo... ¡Ay, hija mía! yo creí que la enseñanza y la corrección de la realidad serían lentas, aunque al fin eficaces. Me equivoqué en la apreciación del tiempo. La ejemplaridad y tu castigo han venido demasiado pronto, mucho más pronto de lo que yo creía.

SALOMÉ. (Asustada.) ¿Qué me dices, Santiago? Ahora sí que me asusto de veras.

PATERN. Motivos tienes para ello. Dime, ante todo: ¿quieres á ese hombre... todavía?

SALOMÉ. ¿Por qué me lo preguntas?... Le quiero, sí.

PATERN. ¿Hoy como ayer?...

SALOMÉ. Más, más.

PATERN. Pues disponte para un atroz martirio.

SALOMÉ. ¡Santiago!

PATERN. La justicia le sigue los pasos... Y ahora parece que se ha encontrado un rastro seguro...

SALOMÉ. ¡La justicia!... ¿Por qué?...

PATERN. ¡Ah!...

ESCENA IX

PATERNOY, SALOMÉ; SANTAMONA, por la izquierda, segundo término, secándose las manos con un paño.

SANTAM. Te he puesto la alcobita como los chorros del oro.

PATERN. ¿Estabas tú aquí, Mónica? Me lo figuraba. Donde hay miserables que socorrer, tristes que consolar, no puedes faltar tú.

SANTAM. Ni tú. (Contempla á Santiago con cariño y admiración.) Aquí le tienes. Mirémonos en este espejo. ¡Un hombre que en la fuerza de la edad abandona el mundo, y desprecia todo, amores, riquezas, opinión, para ponerse al servicio de Dios en austera penitencia!...

SALOMÉ. ¡Qué hermosura! ¡Dichoso quien tiene ese valor!

PATERN. Ningún mérito hay en esa resolución, que es hija del desaliento y del cansancio de tanta pequeñez y vanidad.

SANTAM. Aquí donde le ves, ya ha empezado á repartir su caudal entre los pobres.

PATERN. Calla. ¿Qué sabes tú?

SANTAM. Sí que lo sé, y lo digo. No te valen tus marrullerías. Verás: á las Esclavas de Berdún les ha dado una casa magnífica, que fué convento del Císter; al hospital de Hecho...

PATERN. (Con altanería.) Basta. Suspende el panegírico. Tengo que hablar á ésta de cosas que le interesan más.

SANTAM. Ya... has venido á arreglarle el casamiento...

PATERN. Y para ello, lo primero que necesito saber es el verdadero nombre y el estado civil de José León.

SALOMÉ. (¡Ay, Dios mío!)

PATERN. Porque aquello de «Soy don Fernando de Azlor,» fué una picaresca improvisación, un rasgo teatral, para salir del paso, y conjurar la tormenta que se le venía encima... El verdadero nombre es otro.

SALOMÉ. (Angustiada,) (¡La Virgen nos ampare!)

PATERN. (Clavando en ella una mirada penetrante.) Y tú lo sabes... Te lo conozco en la cara.

SALOMÉ. ¿A mí?

PATERN. (A Santamona.) Y tú lo sabes también, viejecilla celestial.

SANTAM. ¿Yo? Estás fresco.

PATERN. Y vais á decírmelo...

SALOMÉ. (Vivamente medrosa.) ¡Ay, yo no sé nada!

SANTAM. Ni yo...

PATERN. (Con ternura y generosidad.) Vamos, Salomé, primita mía, alma de Dios, si tu marido... ya ves... le doy

ese nombre para halagarte... si tu marido me declara toda la verdad de sus mentiras; si le veo yo lealmente arrepentido de sus culpas, de sus tremendas culpas, yo le salvaré de la justicia, y os caso, y os mando á Francia, y en paz...

SANTAM. Sí, sí, muy bien. Chiquilla, dí que sí.

SALOMÉ. (Con brío.) No es criminal: digo y sostengo que no es criminal. No creas á esos locos que le acusan y le persiguen... por delitos inventados, que habrán cometido otros, él no.

PATERN. ¡El no! ¿Estás segura de lo que dices?

SALOMÉ. Segura.

PATERN. ¡Pobrecilla! ¡Qué pena desvanecer tus ilusiones!

SANTAM. Pues ni ésta ni yo sabemos nada del nombre, ea... Cada cual que se llame como quiera. Importan mucho las acciones, los nombres nada.

PATERN. Algo importan para la justicia.

SANTAM. La de Dios es la única verdadera.

PATERN. La humana no puede desatenderse.

SANTAM. La humana tiene sus guardias civiles, sus jueces y escribanos... Que averigüen ellos los delitos y los nombres, y cuanto hay que averiguar... Salomé, chiquilla, si algo sabes, cállatelo... Que lo diga él si quiere.

PATERN. Pues que venga; ¿dónde está? A todo trance quiero hablarle y entenderme con él.

SALOMÉ. Aquí estaba. Habrá ido al monte.

PATERN. (Recordando.) Ya sé... Me dijo su compañero que estaba en el río, pescando truchas. Santa incansable y vivaracha, vete á buscarle.

SALOMÉ. Sí, sí.

SANTAM. Voy. ¡Qué buena ocasión! A la margen del río iba yo ahora para hacer mi recolección de follaje silvestre.

SALOMÉ. Allí le encontrarás.

SANTAM. (A Paternoy.) Si le encuentro, le digo que...

PATERN. Procura no alarmarle. Podría escapársenos.

SANTAM. (Con gracejo.) Nada, que él está pescando, y yo voy, y le pesco á él. (Con decisión.) ¡Al río! (Vase.)

PATERN. (Viéndola salir.) Pescadora de almas, ¿quién lo duda?

SALOMÉ. (Cavilosa.) Me da el corazón que no le hallará en el río.

PATERN. Ya parecerá. Y ahora, ¿te obstinas en no confiarte á mí? (Cariñosamente, tomándole una mano.)

SALOMÉ. (Afligidísima.) ¡Oh! Santiago... no sé nada... no sé... Por Dios te pido que no me martirices más.

PATERN. Yo no te martirizo. Quiero salvarte á tí, y á él también. Y he de conseguirlo: soy muy terco, Salomé. (Salomé llora.) Bueno, hija mía, ya no te pregunto nada. No quiero saber nada. Tú confías sin duda en que queriendo mucho á tu bandido, y sólo con quererle mucho, le traerás á Dios y á la ley.

SALOMÉ. ¡Oh, sí, sí! Con el amor puro y acendrado; con la ayuda de Cristo Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, á quien fervorosamente se lo pido un día y otro, yo conseguiré traerle al buen camino.

ESCENA X

PATERNOY, SALOMÉ; BARBUÉS, por el fondo: ha oído las últimas palabras.

BARBUÉS. (Con violencia y sarcasmo.) Eso es: al buen camino... já, já... Y por cierto, que ahora le tienes en uno de los más extraviados.

SALOMÉ. ¿Qué dice este hombre?

PATERN. Salomé espera convertirle con el amor, fortificado por la fe.

BARBUÉS. Pues empieza tu campaña, ahora que en el mismo infierno le tienes de patitas. A ver si le sacas y te luces, ángel de Dios. Puedes echarle un sermoncico desde aquí y mostrarle el santo escapulario, á ver si consigues que le suelte el diablo gracioso que le tiene entre sus uñas.

PATERN. Pero ¿qué dices? (Con autoridad.) Habla claro.

BARBUÉS. Soy muy aragonés, y á claridad no me gana nadie.

Allá voy, ¡cógilis! y si duele, que duela. (A Salomé.) Pues mientras tú discurres aquí, con éste mi señor apóstol, la manera de pescar con divinas redes á tu hombre, él se deja coger, muy místicamente, en las de la hermosa viuda Feliciana.

SALOMÉ. (Aterrada.) ¡Jesús!... No puede ser... ¡Calumnia infame!

BARBUÉS. ¿Mentiroso yo?... ¿Quieres verlo?

SALOMÉ. (Con vivísima ansiedad.) ¿Dónde? ¿cómo?

BARBUÉS. Por aquí. (Por la escalera de la derecha.) Subimos á las ruínas de la torre; te llevo con cuidadito por el muro, y desde el ventanal grande verás á tu condenado cogiendo cerezas, y á la otra condenada comiéndoselas.

SALOMÉ. ¡Oh!

PATERN. ¡Qué infame! ¿Le has visto tú?

BARBUÉS. (A Salomé con sarcasmo.) Invoca á la Santísima Virgen.

SALOMÉ. (Desesperada.) ¡Quiero verlo!

BARBUÉS. Y al Santísimo Padre Eterno, y al Angel de la Guardia civil de los cielos coronados... ¡já, já!...

SALOMÉ. (Furiosa.) ¡Qué Dios, ni qué Virgen, ni qué ángeles!... Oh, ya no soy quien soy... No siento á Dios en mí. La rabia me hará blasfemar.

PATERN. (Queriendo calmarla.) ¡Desdichada! ¡Y pensabas con tu bondad angelical enmendar á ese perverso!

SALOMÉ. (Trastornada.) ¡Bondad yo! No, no la tengo; nunca la tuve. (Apretando los puños.) Soy una mujer mala; soy una serpiente, una bestia feroz... ¿Pero es verdad? Sí, sí... Bien claro lo veo... No me engañó quien me dijo que fué su amante, que quizás lo era todavía... (Transición.) ¡Ay, no, no es verdad!... ¡Aquí, casi en mi propia casa, venderme así! Tú me engañas, Barbués; eres el odio, la ruín venganza... Tú, Santiago, que eres el perdón, la generosidad, dime que este hombre me engaña; quiere matarme.

BARBUÉS. Pues lo verás.

SALOMÉ. Sí, sí: ahora mismo. Aunque de rabia me muera, lo he de ver. Llévame, llévame: te lo pido. ¡Oh! y si

es verdad, le ahogaré... mataré á alguien. Me siento criminal, me siento asesina... Llévame.

BARBUÉS. (Sin atreverse, consulta á Paternoy.) ¿La llevo? ¿Conviene que vea?...

PATERN. Sí.

SALOMÉ. Vamos.

BARBUÉS. Por aquí. (Salen precipitadamente por la escalera de la derecha.)

ESCENA XI

PATERNOY; SANTAMONA, por el fondo, con un fajo de yerbas aromáticas.

PATERN. (Paseándose inquieto por la escena.) ¡Fatal complicación!

SANTAM. (Con tristeza.) Pues en el río no está.

PATERN. Se ha ido á pescar á otra parte: á la mar bravía.

SANTAM. Lejos están los mares de Dios.

PATERN. Más cerca de lo que tú crees. ¿Qué traes ahí?

SANTAM. Es mi pasión. Adornar las viviendas con romero y tomillo, y aromatizarlas después de bien limpias.

PATERN. Si se pudiera hacer lo mismo en las conciencias...

SANTAM. Algo se pega de las viviendas á las almas.

PATERN. (Oliendo los ramos.) Esto refresca el espíritu. Es como tu conciencia, que transciende á las purezas del campo y á la paz de la Naturaleza. Pero en mala ocasión lo has traído, pobre santica.

SANTAM. ¿Por qué, hijo? (Se sienta, y extiende los ramos en la falda.)

PATERN. Porque mal dicen estos emblemas de la inocencia en la guarida de un criminal.

SANTAM. ¿Qué ocurre? (Alarmada.) He visto por ahí gente alborotada, rondadores de semblante ceñudo. Antes entró aquí Barbués...

PATERN. Aguárdate, y verás algún paso doloroso, que desgraciadamente ni tú ni yo podremos evitar.

SANTAM. Tú, sí: tú puedes evitarlo, porque á tí, malos y buenos, te respetan y te aman. Tu autoridad se impondrá hoy como siempre. No permitas que entre aquí la maldad.

PATERN. ¡Ay, la maldad no tiene que entrar aquí, porque está dentro!

SANTAM. (Haciendo ademán de recoger los ramos.) ¡Dentro!

PATERN. Sí: recoge, recoge. Llévate el ramaje oloroso para tu casita, que más bien es santuario.

SANTAM. ¿Pero es criminal? ¿Lo sabes ya?

PATERN. Casi, casi.

SANTAM. (Con gravedad, levantándose.) Santiago, no se puede juzgar á nadie sin ver su interior. ¿Has visto tú el de ese desdichado?

PATERN. No.

SANTAM. Pues Dios, que lo ve y lo conoce, le dará su merecido. (Cariñosamente.) Santiago, angelote mío, maravilla de esta tierra ansotana, no permitas que persigan cruelmente al prójimo, que le acosen, que le cacen como á las fieras del monte.

PATERN. (Con profunda tristeza, cogiendo maquinalmente un ramo.) No podré impedirlo.

SANTAM. Criminal ó inocente, ampárale, escúdale tú. Así serás digno de tu nombre cristiano y de los dones que ha derramado el Señor sobre tí. Eres bueno, buenísimo: pues aspira á ser perfecto. ¿Lo harás? ¿Impedirás toda acción inhumana? Entre imitar á Barbués é imitar á ese... (Señalando al Cristo) elige.

PATERN. (Meditabundo.) Se elige lo mejor, pero sólo se hace lo posible.

SANTAM. (Hablando con el Cristo.) ¿Verdad, Jesús mío, que con tu amparo impediremos la maldad?

PATERN. Ayúdame tú.

SANTAM. (Con una idea súbita.) Pongamos todo esto á los pies de la santísima imagen. (Coge los ramos y entrega uno de los mayores á Paternoy.) ¿Ves...? el laurel robusto y fragante, tu conciencia, que desprecia las tempestades, siempre mirando al cielo... Ponlo, ponlo tú, que eres más alto. Yo no alcanzo. Soy muy chica.

PATERN. (Poniendo los ramos á los pies del Cristo, en una repisa que debe estar preparada, para hacerlo rápidamente.) Dame acá... Así... ahora, aquí...

SANTAM. (Contemplando la imagen.) Bien... ¡Qué precioso!

PATERN. (Poniendo más ramos, y sin volver la cabeza.) Pues sí, viejecilla cándida: yo haré lo que pueda. Por de pronto, urge separar á Salomé de ese hombre.

SANTAM. (Sorprendida.) ¡Separarla!

PATERN. (Volviéndose, concluída la operación.) Sí: imposible que continúe á su lado.

SANTAM. ¿Por qué?...

ESCENA XII

PATERNOY, SANTAMONA; SALOMÉ, BARBUÉS, por la escalera de la derecha; GASTÓN, que se detiene en la puerta del foro.

PATERN. ¿Qué has visto?

SALOMÉ. ¡Mi muerte! (Consternada, trémula, el rostro demudado.) ¡Infame, traidor! ¡Oh, Dios mío, Virgen de la Misericordia, yo quiero morirme! (Paternoy acude á ella y la sostiene.)

BARBUÉS. (Acercándose al fondo, donde está Gastón.) Ya lo ha visto: puedes pasar.

GASTÓN. (Llegándose á Salomé.) Hija mía, despréciale. Y aquí me tienes dispuesto á sacarte de este infierno. (Salomé se separa de ellos, como azorada, corriendo hacia Santamona, á quien abraza.)

PATERN. (Que forma grupo con Barbués y Gastón, á la izquierda del proscenio.) No esperéis que os revele el secreto del nombre. Es inútil preguntárselo.

SOLOMÉ. (Con Santamona, á la derecha del proscenio.) Le he visto, Santamona. Estos ojos lo han visto, estos ojos con que te veo á tí... La abrazaba... No, no: ella le abrazaba á él, así... (Remedando.) ¡Cómo se le conocía el contento de verle! Y él, ¡qué cara ponía!... Co-

mo la que me pone á mí... Y sin duda le decía cosas muy dulces y muy tiernas, porque ella le miraba... así... (Remedando) riéndose con lágrimas, ¿sabes? con aquella cara hermosa... horrible.

SANTAM. Hija mía, sosiégate, y no hagas caso de los que te inciten á la venganza.

SALOMÉ. ¡Oh, no le defiendas! Santamona, déjame... (Se aparta de ella. Santamona la persigue y trata de alcanzarla.)

SANTAM. Pero, mujer, aguarda.

BARBUÉS. (A Gastón y Paternoy.) Yo la cojo en esta trampa que traigo aquí. (Saca una cartulina envuelta en un papel.) En las revueltas de La Foz nos encontramos una maleta. Dentro libros, alguna herramienta inservible, ropa hecha jirones... y entre las hojas de un libro... este retrato.

PATERN. (Mirándolo.) Es Feliciana.

BARBUÉS. Salomé, oye...

PATERN. Basta. Dejadla en paz ya.

GASTÓN. Hay que auxiliar á la justicia.

BARBUÉS. Y aquí la justicia, á falta de otra mejor, somos nosotros. (Cogiendo á Salomé de una mano.) Chica, ven. Mira, aquí tengo un retrato... ¿La conoces? (Se lo muestra sin entregárselo.)

SALOMÉ. ¡Ah!... ¡Ella es!... ¡Dámelo, dámelo! ¡Quiero escupirlo, pisotearlo!

PATERN. ¡Dámelo á mí! (Recogiendo el retrato de manos de Barbués.) ¿Pero sabéis fijamente á quién perteneció esto y lo demás que encontrásteis en la maleta?

GASTÓN. Aún no. Quizás lo sepamos pronto.

BARBUÉS. Dale una vuelta.

PATERN. ¡Ya!... (Mirando la cartulina por el reverso.) ¡Una dedicatoria!

BARBUÉS. ¡Léela!... ¡Que la oigamos todos!

PATERN. Es un nombre desconocido.

GASTÓN. Quizás no lo sea tanto. ¡Lee!

PATERN. (Leyendo.) «Recuerdo de Sangüesa. A mi adorado y fiel... Martín Bravo.»

SALOMÉ. ¡Él es!... (Vivamente.) ¡El mismo! ¡Ese es su nombre!... ¡Adorado y fiel! ¡Ah! ¡Perverso, desleal!...

¡Denme el retrato, dénmelo, porque al retrato y al nombre quiero hacerlos pedacitos así!

PATERN. ¡Martín Bravo!...

BARBUÉS. (Satisfecho.) ¡Si no podrá ser otro!

GASTÓN. ¡Martín Bravo! Sí, contra quien dictó hace tiempo el juez mandamiento de prisión.

BARBUÉS. Procesado por diferentes delitos, ha sabido burlar á la justicia... Pero ahora... ¡Zapa! Yo le juro que las paga todas juntas.

SALOMÉ. (Que oye espantada lo que dicen Barbués y Gastón.) ¡Dios mío!... ¡Qué he hecho! (Con fiereza.) ¡Pero bien hecho está! ¡Venganza, justicia! ¡No le tengo lástima! (Transición brusca.) ¡Sí le tengo lástima, sí, sí!... ¡Le vendí!... ¡Ay, ay, qué horrible amargura! ¡Y le llevarán á la cárcel, al patíbulo!... ¡Moriremos los dos!

GASTÓN. Tú no, pobre mujer ultrajada. (La abraza.) Ahora, apártate sin tardanza de tan infame compañía.

PATERN. No puede continuar aquí.

GASTÓN. Mi opinión es que la llevemos á casa. Ahora, tú dirás.

PATERN. Propongo que la llevemos á la Esclavitud de Berdún.

GASTÓN. ¿Y á mi casa no? Bueno. Lo que tú creas mejor, eso se hará.

PATERN. ¡A la Esclavitud, á la Esclavitud! ¡Aprovechad estos momentos!

BARBUÉS. Ahora mismo, sí.

GASTÓN. Traeremos un coche. De grado ó por fuerza irá.

SALOMÉ. (Angustiada.) Llévenme, sí, llévenme... antes que vuelva. ¡Le he vendido! ¡Qué dirá de mí! ¡Sáquenme de aquí! ¡Tengo miedo!... ¡Malditas mil veces esas ruínas; maldita esta casa en que creí encontrar la felicidad!... ¡Al convento!... Quiero rezar... aquí no puedo... quiero salvar mi alma. ¡Llévenme con Dios!... Santiago, ya ves, hago lo que tú, te imito... ¡No más amores de este mundo... no más! ¿Verdad, santa mía, que debo irme?

SANTAM. Sí, sí.

SALOMÉ. Pero antes... Quiero pedirle perdón... (Barbués sube por la escalerilla, volviendo á las ruínas.)

GASTÓN. ¡Perdón tú!

SALOMÉ. Sí, que me perdone... ¿Verdad, Santiago, que debo decirle...?

PATERN. ¡Oh, no!

SALOMÉ. ¡Porque yo también he sido mala... ¡Le he vendido!... Le pediré perdón, y después le echaré al rostro todo el veneno que tengo en mi alma. ¡Oh, cuánto padezco! (Déjase llevar Salomé; pero al ver á Barbués, hace de nuevo resistencia.)

BARBUÉS. Ahora pasean los dos por la huerta y se sientan debajo del ventanal. Los niños van con ellos. El infame les acaricia, les besa; lleva en brazos al chiquitín...

SALOMÉ. (Furiosa, crispando las manos.) ¡Ah, traidor, verdugo, que me has agotado el alma...! (Trata de subir á las ruínas, pero la detienen.) Quiero verlo otra vez... Acaricia á los niños... ¡bandido! También quiero yo coger á esos niños y hacerlos pedacitos así.

GASTÓN. (Deteniéndola.) Vamos.

BARBUÉS. Pronto...

PATERN. Llevadla... No os detengáis...

SALOMÉ. (Resistiéndose llorosa.) ¡No quiero, no quiero! (Cógela Barbués en brazos y se la lleva por el fondo.) ¡Ay!

GASTÓN. (A Paternoy, precipitadamente.) La dejaremos ahora bien segura en las casas de Larraz, hasta que venga el coche, y luego volveremos.

PATERN. No, aquí no tenéis que volver.

GASTÓN. ¿Cómo es eso?

PATERN. (Con altanería.) Digo que no volváis, ni tú, ni Barbués, ni nadie... Y no es que lo suplique: lo mando.

GASTÓN. (Resignándose.) Bien. ¿Y quién atrapa al infame?

PATERN. Eso corre de mi cuenta. (Empujándole.) ¡Vete, vete!

ESCENA XIII

PATERNOY, SANTAMONA, GINÉS

PATERN. (Muy inquieto.) Pero ese hombre... No, no me voy de aquí sin hablarle.

SANTAM. ¡Justicia rencorosa del pueblo! No eres quien eres, Santiago, si consientes...

PATERN. Vete á buscarle. No, iré yo. Tú recoges la ropa de Salomé y la llevas á las casas de Larraz, de donde saldrá esta tarde para el convento.

SANTAM. A la Esclavitud iré yo con ella. No puedo abandonarla.

GINÉS. (Presuroso, por el fondo.) Señor, ¿le traigo el caballo?

PATERN. Todavía no... Vienes á tiempo. Busca á ese hombre... Que venga al instante. Le espero aquí. Dile que su vida está en peligro.

GINÉS. ¡Ay, Jesús! ¿pues qué ocurre? He visto que se llevan á Salomé...

SANTAM. (Mirando desde el fondo, con Paternoy.) Allá van, sí. ¡Infeliz criatura!

GINÉS. (En el proscenio.) (¡Dios mío de mi alma, qué olor á chamusquina! ¡Pobre Ginés! ¡qué va á ser de tí!... ¡Ponte en salvo, hijo mío! ¡Ay, madrecitas de Berdún, quién se viera en vuestra dulce Esclavitud!)

PATERN. (Impaciente, desde el fondo.) Llámale pronto... Oye, que no venga por el camino. Por ahí es mejor. Ve volando.

GINÉS. Sí, señor, volaré: verá usted qué modo de volar. (Vase por el foro.)

SANTAM. (Mirando por el fondo.) Ya suben la cuesta de San Roque. Van á las casas de Larraz. Luego todos esos locos volverán aquí...

PATERN. A la cacería de la fiera.

SANTAM. Pero tú...

PATERN. Les he mandado no volver. Dudo que me obedezcan.

SANTAM. (Viendo venir á José León por las ruínas.) Ya está aquí.

PATERN. Déjame solo con él. (Vase Santamona por la izquierda.)

ESCENA XIV

PATERNOY, JOSÉ LEÓN

J. LEÓN. (En lo alto de la escalera, sorprendido y receloso.) ¡Paternoy!

PATERN. Baja sin miedo. Te esperaba. Tengo que hablar contigo. Creí que no te soltaba en todo el día la viudita...

J. LEÓN. ¿Quién te ha dicho...?

PATERN. ¿Lo niegas?

J. LEÓN. (Descendiendo rápidamente hasta la mitad de la escalera.) ¿Está Salomé?

PATERN. Creo que ha salido.

J. LEÓN. (Bajando al proscenio.) ¡Ha salido!... (Con asombro é inquietud.) ¡Que ha salido? ¿Quién ha estado aquí?

PATERN. Varias personas. Algunas volverán con móviles, más que de justicia, de venganza, que es la justicia en bruto, á estilo de los pueblos primitivos.

J. LEÓN. ¡Justicia, venganza! De una y otra me defenderé como pueda.

PATERN. ¿Con qué nombre te defenderás: con el de José León, con el de don Fernando de Azlor, ó con el de Martín Bravo?

J. LEÓN. (Herido por el último nombre, se inmuta; pero al instante, dominándose, disimula su turbación.) ¿Qué?...

PATERN. Martín Bravo he dicho. ¿Te sorprende ese nombre?

J. LEÓN. (Afectando gran serenidad.) Lo desconozco.

PATERN. Desdichado, no finjas ya. Arroja la máscara, que á pedazos se te cae del rostro, y entrégate á mí, sin acordarte de que me has agraviado.

J. LEÓN. (Con altanería.) ¿Y quién es usted para pedirme la

verdad? ¡la verdad! joya tan hermosa, que no puede entregarse al primero que llega. ¿Es usted juez?

PATERN. No.

J. LEÓN. ¿Es usted sacerdote?

PATERN. Sí y no. Hazte cuenta que lo soy, y mírame como á tal. Martín Bravo, confíate á mí sin miedo.

J. LEÓN. No.

PATERN. Por ciego que estés, no dejarás de ver que empleo contigo la conmiseración y la piedad; el rencor nunca... ¿No comprendes mi leal y cristiano proceder contigo?

J. LEÓN. (Secamente.) No.

PATERN. ¿Ves en mí un vengador?

J. LEÓN. Sí.

PATERN. ¿Y si te demostrara lo contrario? (Pausa. José León suspira fuertemente, é inclina la cabeza sobre el pecho en actitud humilde.) ¡Oh! ¿Por qué suspiras así? ¡Infeliz, sobre tu conciencia gravita un peso enorme!

J. LEÓN. (Abrumado.) Sí.

PATERN. Descárgate de él.

J. LEÓN. No puedo.

PATERN. Ten valor... No te importe que tus revelaciones me hieran. El mal que á mí me has hecho, en mi persona, en mi hacienda, tenlo de antemano por perdonado... (José León calla.) ¡Habla... por Dios!...

J. LEÓN. (Rehaciéndose.) No, no.

PATERN. Yo sólo veo en tí un igual mío, un prójimo desvalido que necesita consuelo.

J. LEÓN. Dulce palabra... si fuese sincera.

PATERN. ¿Aún lo dudas?

J. LEÓN. Casi no... Casi creo que usted... me habla con el corazón. Es el caso que ahora... y no es esto nuevo en mí... digo que siento como un prurito de abrir mi conciencia... unas ganas horribles de sumergirme en la verdad, aunque en ella me ahogue.

PATERN. Sí, sí... Muy bien.

J. LEÓN. Mas para esto... para esto... Tenga usted calma... Necesito hacer acopio de valor espiritual. Ya ve usted que no es fácil.

PATERN. Seguramente, no.

J. LEÓN. Necesito una representación dulce y bella... ¡Que venga Salomé, mi mujer querida, que aunque pecadora, es para mí lo más divino que existe en la tierra!

PATERN. Pues, hijo, lo siento mucho; pero tu mujer no puede venir...

J. LEÓN. ¿Por qué?... ¡Salomé! (Llamando.)

PATERN. Estuvo aquí nuestro tío, Jerónimo Gastón. Creyó prudente llevársela... y se la llevó.

J. LEÓN. ¡Condenación!... ¡Me la roban!... ¡Es mía!... ¡Salomé!... ¡Qué iniquidad!... ¡No, no!... ¿Qué es esto? (Furioso recorre la escena.)

PATERN. ¡Detente! No puedes evitarlo. Muy lejos está ya. Tu larga permanencia en compañía de la viuda, les dió tiempo para llevársela. La infeliz se va con la evidencia de tu deslealtad. Te ha visto...

J. LEÓN. (Aterrado.) ¡Me ha visto!... ¡Me ha visto... á mí... allá!...

PATERN. No puedes negarlo.

J. LEÓN. No niego, no. ¡Si digo que fuí... que fuí!

PATERN. Y que platicaste de amor con ella.

J. LEÓN. Sí.

PATERN. ¿Has sido su amante?

J. LEÓN. Sí.

PATERN. ¿Fuiste á verla porque te llamó?

J. LEÓN. Sí... Las razones que tuve para visitar á Feliciana...

PATERN. Inventa, hombre, inventa algo con que disculparte.

J. LEÓN. No invento nada... ¡Rayo de Dios! (Estallando furioso.) Ea, no doy explicaciones. A ella tan sólo las daré. ¿Pero quién, quién me ha robado el único bien de mi vida, mi luz, mi esperanza? Usted quizás, porque es usted la autoridad moral de Ansó, y nada se hace aquí sin su consentimiento.

PATERN. (Con calma desdeñosa.) Sostuve y sostengo que esa infeliz no puede estar al lado tuyo.

J. LEÓN. Usted... (Desbordándose en ira.) ¡Ah, hipócrita, obra tuya es esto! Tú, por despecho de amante ó por fanática soberbia, has discurrido esta solapada venganza... Me quitas mi consuelo, mi salvación. ¡Si no

he de ser bueno, ni puedo serlo sin ella! No esperes de mí más que maldades. ¡Soy una fiera! ¡No hay freno para mí! Paternoy, defiéndete, si no quieres que te mate como á un perro... ¡Defiéndete, digo!

PATERN. (Con la mayor serenidad.) No quiero.

J. LEÓN. (Delirante.) ¡Mira que te mato!

PATERN. No puedo (Desdeñoso), ni quiero reñir contigo.

J. LEÓN. ¿Es virtud ó temor?

PATERN. Será... lo que tú quieras.

J. LEÓN. Santiago maldito, ¿qué casta de hombre eres? ¿Será verdad que eres la perfección humana? Pues si es así, y creyéndolo voy, devuélveme á mi esposa querida, ó llévame á donde está y ayúdame á recobrarla.

PATERN. No puedo.

J. LEÓN. Devuélvemela, Santiago. ¿Quieres que te lo suplique, que te lo pida de rodillas?

PATERN. Te he suplicado á tí que me abras tu conciencia, y no has querido.

J. LEÓN. Es que si no recobro á la que es mi única esperanza, he de ser peor de lo que fuí, y para nada quiero tus consuelos ni la paz del alma con que me brindas, porque para mí no puede haber paz, ni bien alguno sin ella.

PATERN. Confiésame tus delitos, y yo te salvaré de la justicia humana.

J. LEÓN. Dame lo que es mío, lo que nadie me puede quitar.

PATERN. No.

J. LEÓN. Pues no.

ESCENA XV

JOSÉ LEÓN, PATERNOY; SANTAMONA, presurosa por el fondo.

SANTAM. ¡Santiago, Santiago!...

PATERN. ¿Qué?

SANTAM. Mira, mira. Ginés se escapa en tu caballo.

J. León. (Mirando.) ¡Oh! sí... va como una exhalación. (Aterrado.) ¿Y quién viene por allá?

Santam. Barbués, y con él mucha gente...

Patern. Estás perdido. No quisiste fiarte de mí.

J. León. Que hagan de mí lo que quieran. Me defenderé.

Patern. Imposible. Son muchos.

Santam. ¡Pobrecillo! De ésta no escapas. (Señalando el hueco bajo la escalera.) Escóndete aquí.

J. León. (Ocultándose.) Sea de mí lo que Dios quiera.

ESCENA XVI

SANTAMONA, PATERNOY, BARBUÉS; DOS MOZOS, y otros hombres, con palos y escopetas.

Barbués. (Con brutalidad.) A ver... ¿dónde está ese perdido... Martín Bravo, conocido por José León?

Patern. Aquí no está.

Santam. No está.

Patern. Huyó. ¿Oís el galopar de un caballo?

Mozo 1.° (Mirando.) ¡Maldito, escapó!

Mozo 2.° Va como el viento.

Barbués. ¡Demonio... contra-zapa! ¿Le diste tú el caballo?

Patern. Lo tomó él.

Mozo 1.° (Oyendo y mirando por el foro.) Ya traspone el cerro de las Animas.

Barbués. Aquí hay engaño.

Mozo 2.° El que huye no es José León.

Patern. ¿Quién es el insolente que se atreve á dudar de mi palabra?

Barbués. Yo dudo, ea. Tu santidad, que reconocemos, no te estorba para amparar á los criminales.

Mozo 1.° Al matador de Alonso Barbués.

Mozo 2.° Al incendiario de las casas de Paternoy.

Barbués. Al burlador de la infeliz Salomé Gastón.

Patern. (Indignado.) Fuera de aquí, gente rencorosa, corazones sedientos de venganza.

MOZO 1.º No nos vamos, no.

PATERN. El que perseguís, aquí no está.

BARBUÉS. Pues sí que está... Juraría que... (Mirando á la escalera que conduce á las ruínas.)

MOZO 2.º Allí. (Dan algunos pasos hacia la puerta.)

MOZO 1.º Lo veremos.

PATERN. (Interponiéndose con gran decisión y energía.) ¡Atrás!

BARBUÉS. ¿Qué nos detiene?

PATERN. Mi voz, que debe ser sagrada para vosotros.

BARBUÉS. Lo es... sí, en cosas de religión y de autoridad... pues...

MOZO 1.º Nos engaña.

PATERN. Que no está aquí, digo

BARBUÉS. Sospecho, creo más bien que por fanatismo piadoso le ocultas. Sostienes que no. Para que tu palabra sea creída, confírmala y autorízala con tu misma santidad.

PATERN. ¿Cómo?

BARBUÉS. Jurándolo. Si lo juras por Dios, como á santo que eres, te creeremos.

PATERN. ¡Jurar yo! Basta que lo afirme.

BARBUÉS. No basta. Sea testigo esa imagen sagrada. (El Cristo de piedra que hay á la derecha.)

SANTAM. ¡Jesús mío, confúndeles!

PATERN. (Colérico.) ¡Fuera de aquí digo!

BARBUÉS. (Dirigiéndose á Santamona.) Esta es más santa que tú, y en jamás de los jamases ha dicho una mentira... Santamona nos va á sacar de dudas.

SANTAM. (Con energía.) ¡Marchaos de aquí! ¡El que llamábais José León, no está!

BARBUÉS. Júralo, santa.

SANTAM. (Ligeramente turbada.) ¡Que jure... yo! (Después de corta vacilación se decide valerosamente.) Sea... juro que cuanto ha dicho Santiago es verdad.

MOZO 1.º No basta. Que haga la señal de la cruz.

BARBUÉS. No basta. (A Paternoy.) No basta: has de jurar tú también para que lo creamos y nos retiremos.

PATERN. ¿Yo, yo también? Pues sea. (Con toda solemnidad se descubre y hace la señal de la cruz, y la besa en el momen-

to de decir *juro.*) Por esta cruz, y ante la imagen bendita de Nuestro Redentor, á quien ofendéis con vuestros impíos rencores... juro que el delincuente que buscáis huyó de esta casa. (Santamona hace también la señal de la cruz, y la besa, y jura, pronunciando entre dientes palabras semejantes á las de Paternoy, de modo que se oiga tan sólo la voz de éste. Los movimientos y la actitud á compás en ambos personajes.)

BARBUÉS. Ahora lo creemos.

MOZOS. Ahora sí.

PATERN. (Con la misma solemnidad.) Y juro también, por Dios y por mi fe, que si no os retiráis pronto, con todos y cada uno, sueltos ó en cuadrilla, me atrevo. (Enardeciéndose gradualmente.) Y al que ponga en duda lo que digo, yo, con muchísima santidad, ¡vive Cristo! estoy dispuesto á enseñarle á creer en mí, ahora y siempre. (Se cubre y enarbola el látigo.)

BARBUÉS. Basta. Nos convenció tu juramento. Creemos en tu santidad, no en tu fiereza.

PATERN. (Con arrogancia y acento amenazador.) Me alegro de que os haya convencido el santo. Si no, ¡ira de Dios! el hombre ha de convenceros en menos que se dice. (Con despotismo fiero.) ¡Largo de aquí pronto!

BARBUÉS. Nos vamos, sí.

MOZO 1.° Á escape tras él.

MOZO 2.° Con buenos caballos le podremos alcanzar. Hacia Berdún ha ido.

BARBUÉS. En marcha. (Vanse por el fondo.)

SANTAM. ¡Hemos jurado en falso! (Paternoy cierra violentamente la puerta.)

ESCENA XVII

SANTAMONA, PATERNOY, JOSÉ LEÓN

PATERN. Sal... (Sale José León.) ¿Y ahora, crees en mí?

J. LEÓN. Sí. Y á entrambos les tengo por sublimes.

PATERN. Entréganos tu conciencia.

SANTAM. Eres nuestro.

J. LEÓN. Mi conciencia no está conmigo. Mi conciencia es mi esposa.

PATERN. Está en manos de Dios.

J. LEÓN. Devolvédmela vosotros, que sois como Dios.

PATERN. Imposible.

SANTAM. Imposible.

J. LEÓN. (Angustiado.) Pues no quiero la vida; tampoco la salvación.

PATERN. Desgraciado impenitente, pon tu alma en nuestras manos.

J. LEÓN. (Con desesperación.) Santos del cielo, de la tierra ó de donde quiera que seáis, no podéis salvarme.

SANTAM. Hijo mío, vuelve en tí. Te redimiremos.

J. LEÓN. ¡No quiero! (Abrumado, cae en los primeros peldaños de la escalera, é inclinando la cabeza, se clava en ella ambas manos, con rabia y dolor vivísimos.)

PATERN. (Cogiendo de una mano á Santamona para llevársela.) Déjale. Condenémosle á la soledad. (Cruzando las manos ante él con piedad y efusión.) ¡Pobre alma torturada y sin consuelo!... ¡Adiós!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Patio en el convento de la Esclavitud, de Berdún. A la izquierda, primer término, un portalón grande, por donde se entra de la calle. Una campana en la parte superior sirve para llamar desde afuera. En segundo término, una construcción baja, como pabellón ó casa de jardinero, con puerta pequeña. A la derecha, segundo término, construcción románica, con pórtico monumental, que conduce á las dependencias del edificio, claustros, iglesia, celdas. En primer término, y adosada á los machones de sillería secular, una construcción moderna, que es la enfermería, con puerta. Al foro, rompimiento de emparrado que da paso á la huerta, de frondosa vegetación. Es de día.

ESCENA PRIMERA

GINÉS, en mangas de camisa, con una cesta de flores, que va escogiendo para formar ramos, y entregarlos á SOR MARCELA.

S. MARC. Verdaderamente, Ginesillo, yo te creí perdido para siempre.

GINÉS. Perdido, ¡ay! Yo también me lo creí...

S. MARC. Pero, con el favor del cielo, has vuelto á esta santa casa, donde te criaste.

GINÉS. Más que favor, Madre Marcela, milagro de Dios ha sido mi vuelta.

S. MARC. ¿Milagro?

GINÉS. Sí, señora.

S. MARC. ¿Y cómo has venido?

GINÉS. En el propio caballo de Santiago.

S. MARC. De don Santiago Paternoy. Ya nos lo contó él. Pues mira, le hizo gracia. Confiesa, Ginés, que eres un pillo.

GINÉS. ¡Bendito animal! Volaba.

S. MARC. Y no sé cómo la Madre Superiora te admite después de dos años de correrías escandalosas entre gentes de mal vivir.

GINÉS. He visto mucho mundo.

S. MARC. Mundo malo, ¡ay!

GINÉS. ¿Y qué? Debemos conocer también lo malo para evitarlo. *Iterum impiorum vigilate...*

S. MARC. ¡Calla, tonto!

GINÉS. Si lo dice David... Y otra cosa: en el perverso mundo aprende uno á expresarse con gracia y soltura, y á pronunciar cada voquible como Dios manda.

S. MARC. ¿También eso?

GINÉS. Habrá notado usted que me expreso como un caballero. Total, que antes rebuznaba, y ahora... hablo.

S. MARC. En efecto: has vuelto un poco más fino; menos ganso, quiero decir. ¡Ea, ya tenemos bastante! No cortes más. Con esto basta para adornar los altares. (Llaman á la puerta, y abre Ginés.)

ESCENA II

DICHOS; FELICIANA, en traje de señora, con mantilla, por el portón.

FELIC. ¡Buenas tardes, Madre Marcela!

S. MARC. Señora doña Feliciana, ¡cuánto bueno por aquí!

FELIC. Vengo á visitar á la Superiora. ¿Podré verla?

S. MARC. Creo que sí. Pronto empezará el coro. Vísperas solemnes; luego procesión de la Virgen por la iglesia y los claustros.

FELIC. ¡Oh, qué bonito! Me quedo á la función, y ya tendré coyuntura para hablar con la Madre.

S. MARC. Le pasaré recado.

FELIC. Ya sabe usted: «la viuda de Bellido,» una de las principales protectoras de esta santa casa.

S. MARC. ¡Ah, ya sé!...

GINÉS. (Con sorna.) (¡Ay, Dios mío de mi vida! ¡Protectora tú! ¡Si debías ser la primera que encerraran aquí! *Super aspidem et basiliscum ambulabis...)* (Cruza con Feliciana miradas de inteligencia.)

S. MARC. De paso que llevo esto, avisaré... (Se retira, y Feliciana la detiene.)

FELIC. Un momentito... Dígame: ¿esa joven, la sobrinita de Gastón...?

S. MARC. La tenemos en la enfermería. (Señala á la derecha.) Está delicadilla... desasosiego nervioso... accesos de llanto... inapetencia... No es de cuidado... Por lo demás; bien... muy recogida, muy obediente.

FELIC. ¿Arrepentida, por supuesto?

S. MARC. ¡Oh, arrepentidísima! ¡No le hablen á ella de volver al mundo! ¿Quiere usted verla?

FELIC. No, no. Quizás no le agradaría verme.

S. MARC. ¡Hasta luego!

FELIC. Aquí aguardo. (Vase Sor Marcela por el pórtico, segundo término de la derecha.)

ESCENA III

FELICIANA, GINÉS

FELIC. (Vivamente.) ¡Grandísimo tunante, tú has de saber dónde está!

GINÉS. ¿Yo... quién?

FELIC. José León, Martín Bravo, llámale como quieras. Tú le escondes, quizás no lejos de esta casa.

GINÉS. ¡Señora, yo no sé más sino que llegó á Berdún!

FELIC. Eso también yo lo sé... ¡Qué temeridad de hombre! ¡No hacerse cargo del peligro que aquí corre! Si le cogen, le *linchan*.

GINÉS. Le... ¿qué?

FELIC. Esto no es latín. ¿Qué entiendes tú de estos términos nuevos, pobre ignorante? Pues aquel día en que

estuvo á dos dedos de la muerte, salvándole de milagro la santita y el santón ansotanos, se escondió, ¡qué había de hacer! en las ruínas de la torre del Temple. Yo le mandé comida; quise llevarle á casa. Pero él... ¡Dios nos libre! ¡Ni que fuera mi casa un lugar maldito y pecaminoso!

GINÉS. ¡Pobre! ¿Y usted cree que escarmienta?

FELIC. ¡Qué ha de escarmentar! ¡Si ahora sale con la más desaforada locura que podría imaginarse!

GINÉS. ¿Qué?

FELIC. Mi anhelo ha sido y es ponerle sano y salvo en la frontera. Pero él... ¡ay, Jesús! no le hablen de salvarse solo. Nada, nada: que no se va, dice, sin llevarse á Salomé (Burlándose), ese ídolo, ese pedazo de serafín, caído del quinto cielo... ¡já, já!... figúrate... Que por recobrar esa joya, asaltará la Esclavitud, aunque tenga que valerse de los malhechores más desalmados.

GINÉS. ¡Horror de naturaleza! (Fingiendo escandalizarse.)

FELIC. Vaya, que discurrir el allanamiento de una casa religiosa, en pleno siglo diez y nueve, fíjate bien, Ginés, y en una villa en que hay autoridades, Guardia civil... ¿será loco? Pues nada: te habla de ello como de la cosa más natural del mundo. Lo que digo: es un personaje del más puro romanticismo.

GINÉS. (Con suficiencia.) De romance de ciego... Comprendido.

FELIC. Con que, si sabes dónde está, dímelo, Ginesillo. Quiero disuadirle...

GINÉS. No lo sé, señora; pero he de buscarle por todos los rincones del pueblo.

FELIC. Y si le encuentras, me avisas en seguidita, ¿eh? En tanto, tú le sermoneas bien. Dile que, para escapar á Francia, cuente con mi protección; pero que, si persiste en su demencia, Feliciana, su antigua y fiel amiga, le abandona.

GINÉS. Se lo diré.

FELIC. Bien sabe él que, aunque no peco de rigorista en materia de principios, aborrezco las formas violen-

tas, el escándalo, y, sobre todo, el ultraje á cosas y personas sacrosantas. Tolero los desvaríos de amor; pero guardando, ¡cuidadito! reserva decorosa. No me hablen á mí de raptos novelescos, ni de diabluras románticas, que no encajan en la realidad de nuestros tiempos. Por eso... ¿lo has comprendido? (Con misterio) quiero prevenir á la Madre Superiora para que esté ojo alerta... Lo haré con discreción, sin alarmar, cuidando de no comprometerle á él. Como protectora que soy de la Congregación, debo impedir una barrabasada... Con que adviérteselo, para que mire bien lo que hace.

GINÉS. ¡Ya, ya!... Y estaremos aquí con muchísimo cuidado... ¡Pues no faltaba más!

FELIC. Dime otra cosa: ¿viene acá con frecuencia Santiago Paternoy?

GINÉS. Casi todos los días. Como que es el sostén principal de la casa. Ahora le tiene usted en la iglesia.

FELIC. Pues no sería malo prevenirle también...

ESCENA IV

DICHOS; SOR MARCELA, por el pórtico de la derecha; SANTAMONA, por el portón izquierda.

S. MARC. La Madre Superiora espera á usted en su celda. Dentro de un momento bajará al coro.

FELIC. Voy. Estaba predicándole á este pillo para que tome ejemplo de las Santas Madres y siente la cabeza...

S. MARC. Falta le hace. Por aquí. (Vase Feliciana por el pórtico. Suena la campana del portón.)

GINÉS. ¿Quién llamará? (Estoy en ascuas.) (Con sobresalto.)

S. MARC. Será Madre Mónica.

GINÉS. (Abriendo.) ¡Ella misma! (Entra Santamona con una cestita de labores de mujer.)

S. MARC. ¿Tan pronto de vuelta?

GINÉS. ¡Si va y viene como una exhalación!

*

SANTAM. Aquí le traigo lanas de colores para que se entretenga en hacer toquillas, y trapos de seda para acericos.

S. MARC. Y ahora, ¿vuelve usted á salir?

SANTAM. No: aquí me quedo. La acompañaré toda la tarde.

S. MARC. Entonces podré ir un rato al coro.

SANTAM. Váyase usted descuidada.

S. MARC. Ha dicho el sèñor Paternoy que si quiere salir á la huerta, no se le impida.

SANTAM. ¡Pobre ángel! Como que su única distracción es coger flores, y oir cantar los pajaritos de Dios.

S. MARC. Que pasee en libertad... siempre vigilando...

SANTAM. Descuide, hermana, descuide.

S. MARC. Bien, bien. Adiós. (Vase por el pórtico.)

GINÉS. (Muy inquieto.) (¡Y yo que contaba, santica mía, que no volverías hasta la noche!)

ESCENA V

GINÉS, SANTAMONA

SANTAM. (Va hacia la enfermería y retrocede.) (Algo trama este pillo... Me lo da el corazón.)

GINÉS. Señora Mona...

SANTAM. No me hables á mí, mequetrefe. No quiero denunciarte; no nació mi boca para acusar á nadie. ¡Pero si supieran las Madres tus aventuras!... ¡dónde estabas cuando viniste aquí escapando en el caballo de aquel santo varón!

GINÉS. ¿Va su merced á salir ahora con el cuento de que yo era compañero y amigo de...?

SANTAM. Ya te he dicho que aborrezco la delación.

GINÉS. ¡La quiero á usted más! (Besándole la basquiña.)

SANTAM. Quita, quita... En conciencia, debo advertirte, Ginés, que como te traigas aquí algún enredo, no te escapas de ir á la cárcel.

GINÉS. ¡Enredos yo! ¡Por la túnica de Santa Orosia!... ¡Qué santa ésta más salada!

SANTAM. ¡Verás tú, pillo!... (Entra en la enfermería.)

ESCENA VI

GINÉS, JOSÉ LEÓN

GINÉS. (Medroso, examinando toda la escena.) ¡Ay, qué sustos me hace pasar este condenado! (Va hacia el pórtico de la derecha y mira al interior.) Nadie. Ya entran en el coro. Principian las vísperas.

J. LEÓN. (Entreabriendo la puerta de la caseta.) ¿Puedo salir?

GINÉS. Espera... Cuidado.

J. LEÓN. Ya no más. ¡Me ahogo! Dos horas me has tenido en esta huronera. (Sale despreocupadamente.)

GINÉS. Y agradece que mi padre ha ido hoy á Jaca; que si no, imposible habría sido esconderte.

J. LEÓN. Dí, ¿hay seguridad por aquí? (Por el portón.)

GINÉS. Nadie puede entrar sin campanillazo.

J. LEÓN. ¿Las monjitas...?

GINÉS. Ahora van al coro...

J. LEÓN. (Recorriendo la escena con desahogo.) ¡Qué hermosa soledad!

GINÉS. Precaución, amigo... Hace un rato, por poco te descubre Santamona.

J. LEÓN. ¡Demonio de santa! Veré si puedo entenderme con ella.

GINÉS. A esa no la engañas tú ni nadie. Mira que ya sospecha...

J. LEÓN. Sí: ya la oí... Y también me enteré de cuanto charló la viuda. ¡Maldita! Por ella han venido sobre mí tantas calamidades... Ea, resolvamos algo. (Decidido, dirigiéndose á la puerta de la enfermería.)

GINÉS. (Deteniéndole.) Eh... poquito á poco.

J. LEÓN. ¿Está sola con la santa?

GINÉS. Sí; pero aquí no entras tú. Si me comprometes, no hay nada de lo dicho.

J. LEÓN. Eso... se verá.

GINÉS. Formalidad, amigo... El trato fué que yo te buscaría coyuntura para verla y hablarla un poquito, á escondidas de las Madres; y aguardando la ocasión estabas agazapadito ahí, *in tabernaculo tuo.* Tú te obligaste á no profanar este lugar reverendísimo y sacratísimo...

J. LEÓN. ¿A eso me obligué?

GINÉS. Y con tal condición entraste.

J. LEÓN. Pues me vuelvo atrás.

GINÉS. Tu palabra...

J. LEÓN. No vale... Entre amigos... Fué un legítimo ardid para franquear esa puerta... Ginesillo, á cuanto yo disponga, tú dirás *amén.*

GINÉS. No, no: diré *vade retro.*

J. LEÓN. Ea, ya sabes que conmigo no valen tonterías. Esta tarde, por mediación tuya, y aprovechando la feliz circunstancia de estar las señoras monjas muy entretenidas en su coro y en su procesión, veo á Salomé, hablamos, la convenzo de que debe abandonar su religiosa cárcel, acordamos lo conveniente, y esta noche... á correr, á volar por esos mundos. Si es inútil que trates de disuadirme. Bien dispuesto tengo todo ya. Amigos decididos, caballos de primera. Verás qué inaudita, qué descomunal aventura, y con qué garbo le doy término feliz. Venga mi mujer conmigo, y entre ella y Dios harán de mí lo que ahora no soy: un hombre de bien.

GINÉS. Total: que para enmendarte, necesitas cometer un sacrilegio. *Opprobium hominum, abjectio plebis.* Mira, tonto: si quieres convertirte, haz lo que don Santiago. Renuncia á todas las vanidades, y métete en la Trapa.

J. LEÓN. Mi vocación me señala otros caminos. El primero, rescatar á mi adorada esposa. Ella es mi Trapa, mi santidad, mi iglesia, mi cristianismo, mi teología, mi cielo, y no cambio su amor por todas las perfec-

ciones afectadas de este mundo lleno de artificios... ¿Qué, te ríes?

GINÉS. León amigo, ándate con tiento. No canses á Dios, no le busques el genio ni apures su divina paciencia... Mira que has llevado ya más de un golpe; y el garrotazo final, antójaseme que va á ser tremendo.

J. LEÓN. ¿Cómo haría yo comprender á tu estolidez que en esta peligrosa y audaz aventura no creo ir contra Dios? Ven acá. ¿No llevamos todos los humanos en nuestra alma un poquito, quién más, quién menos, de la divina esencia que Dios, al hacer el hombre, quiso poner en él?... Esto, por bruto que seas, has de comprenderlo.

GINÉS. Sí... algo aquí (En el pecho), y aquí... (En la mente) que... No sé decirlo.

J. LEÓN. Que nos impele hacia lo que creemos fuente y origen de todo bien, que nos señala el camino de nuestra salvación...

GINÉS. (Vivamente.) Comprendido... Por ejemplo. Es lo que cuando yo estaba contigo, me decía: «Ginés, lárgate,» y lo que me inspiró la idea de montarme en el caballo de don Santiago y apretar á correr...

J. LEÓN. No, no. Confundes el egoísmo con ese otro estímulo, que no puede inspirar nada referente al bienestar material. Te digo que con Salomé á mi lado, siento alentar en mí la esencia divina, y crecer, y llenarme toda el alma. Sin ella, apenas la noto. Disminuye, se achica, se pierde en la inmensidad revuelta de los diarios afanes de la vida.

GINÉS. Pues óyeme: le dices á tu divina esencia, que mi esencia humana no la ayudará en esta endemoniada aventura.

J. LEÓN. ¿No? Lo prometido me lo has de cumplir... Eh, cuidadito, Ginés. He de ver á Salomé esta tarde, y á solas... y pronto.

GINÉS. (Alarmado, sintiendo ruido hacia la enfermería.) Bueno... veremos... Escóndete... Ya sale...

J. LEÓN. ¿Quién?

GINÉS. La vieja. Escóndete.

J. LEÓN. ¿La santa? Verás cómo la catequizo.

GINÉS. ¡Por la sandalia de San Pedro!

J. LEÓN. (Resuelto.) No me escondo... ea.

GINÉS. Eso no es lo tratado. ¡Ay, Dios mío! ¿y qué digo yo ahora?

ESCENA VII

JOSÉ LEÓN, GINÉS, SANTAMONA

GINÉS. (Tomando una resolución atrevida para salir del paso.) Santísima señora Mona, no se enfade... Entró sin mi permiso... Yo le escondí para evitar... Míreme de rodillas. (Se arrodilla é intenta besarle los pies.) Le beso la peana... No quiere más que verla, decirle dos palabricas.

J. LEÓN. (Con una rodilla en tierra.) Santa de Ansó, yo también me arrodillo ante tí, implorando tu piedad... ¡Verla, verla un instante!

SANTAM. ¡Perdidos, basta de arrumacos! Yo no soy santa. (A José León.) Tus intenciones al venir aquí, no son tan moderadas como manifiestas.

J. LEÓN. ¿Que no?

SANTAM. No: tú has venido aquí con la sacrílega demencia de robárnosla... Si lo sé... Por el pueblo se susurra ya. Pero como creo firmemente que el Señor no ha de permitir que le quiten su esclava, ya ves qué tranquila estoy, yo que soy su guardiana.

J. LEÓN. Bueno. Pues suponiendo que fuera esa mi intención, ¿quién me impediría realizarla? ¿tú?

SANTAM. Yo, yo solita. No os tengo miedo. Yo no he sabido nunca lo que es miedo.

J. LEÓN. ¡ Bien, brava santita! Vamos. Ten misericordia de este infeliz. Si no quiero más que verla y hablarla un rato. Me dejas, ¿sí ó no?

SANTAM. Te vas á asombrar de lo que voy á decirte.

J. LEÓN. ¿Qué?

SANTAM. Y tu asombro será tal, que no creerás á tus oídos.

J. LEÓN. (Impaciente.) Dilo pronto.

SANTAM. Pues... que te permito verla!

J. LEÓN. ¿Dónde está?

GINÉS. ¡Si es más buena esta santa!

SANTAM. ¡Eh, formalidad!...

J. LEÓN. ¿Puedo entrar?

SANTAM. Quietos digo. Venid acá, badulaques. De seguro diréis: «¡Qué mala guardiana es esta Santamona, y cómo hace traición á la consigna!»

J. LEÓN. No diremos eso, no.

GINÉS. ¡Qué disparate!

SANTAM. Pues sí, señor. Esta pícara Santamona, con su conciencia más limpia que el sol, te permite ver á tu adorada. Dios, en mi interior, me dice: «Que la vea, que la vea.»

J. LEÓN. Ya lo creo que te lo dice. Si eres su secretaria...

GINÉS. Deberíamos canonizarte.

SANTAM. ¡Canonizarme tú! (Amenazándole.) ¡Si no te callas...! (A José León.) ¿Y sabes la razón de esta tolerancia? ¿Sabes por qué consiento que la veas? Porque en verla está tu castigo.

J. LEÓN. ¡Mi castigo!

SANTAM. Sí, señor. Y padecerás tanto, tanto, que en un rato cortísimo, tu dolor será tan vivo como atroces han sido tus crímenes.

J. LEÓN. No te entiendo...

SANTAM. Y ese dolor intensísimo, puede que encienda en tu alma una hoguera, que al propio tiempo que te abrase, te ilumine, y... (Con donosura y viveza.) ¿Sabes la fábula del caballero don Juan de Urrea, mejor dicho, verídica historia y milagro del Señor?

J. LEÓN. No.

GINÉS. Sí: un noble de Jaca, libertino y mujeriego, que se enamoró de una monja, y ayudado del demonio maldito, quiso robarla...

SANTAM. Y escaló de noche los muros de esta casa, de esta misma casa, que entonces era de la Orden del Císter; y la monja, que por artimañas del Enemigo

amaba también al caballero, prendada de su gentileza, salió á su encuentro en este patio, aquí mismo... Llegóse á ella el don Juan. Pero el Señor había convertido á la dama en un sér monstruoso, y su hermosura en la más horrenda fealdad que puede imaginarse. Horrorizado el galán al verla, salió de aquí como alma que lleva el diablo, y corre que te correrás, fué á parar al monte, en cuya soledad se iluminó su espíritu, y ya no pensó más que en hacer penitencia y en servir á Dios. ¿Qué? ¿no lo crees? Mira, mira. (Señalando al pórtico románico de la derecha.) En las esculturas que adornan el arco de esa puerta, tienes toda la historia toscamente labrada.

GINÉS. ¡Sí, ahí está!...

J. LEÓN. Ya, ya lo veo. (Contemplando ambos la puerta.)

SANTAM. Los siglos han desgastado las figuras; pero la idea no, que es eterna.

J. LEÓN. (Alarmado.) ¿Y qué?... ¿se ha trocado la hermosura de Salomé en repugnante fealdad?

SANTAM. No... pero... lo que te digo... la idea es eterna. No sólo no te impido que veas á Salomé, sino que quiero que la veas.

J. LEÓN. Me asustas, santa.

GINÉS. (Mirando por la derecha.) Paréceme que sale ya.

ESCENA VIII

SANTAMONA, JOSÉ LEÓN, GINÉS; SALOMÉ, que aparece por la puerta de la enfermería. Viste traje monjil de educanda, con toca y rosario al cinto. Unas flores en el pecho. Detiénese en la puerta, mirando la escena, sin demostrar interés alguno por lo que ve. Oyese órgano lejano.

J. LEÓN. (Contemplándola desde el proscenio izquierda.) ¡Ah! aquí está la ilusión de mi vida... ¡Qué hermosa en este traje!

SANTAM. (En el centro de la escena, deteniendo á José León con un gesto é imponiéndole silencio.) ¡Chist!... No te acerques.

J. LEÓN. No veo el monstruoso cambio que decías.

GINÉS. No se fija en tí...

J. LEÓN. No me ve. (Salomé continúa en la puerta, como una estatua, la vista vagamente perdida en el espacio.) ¡Salomé, hermosa mía!... (Da algunos pasos hacia ella.) ¿No me ves? (Absorto de su inmovilidad.) ¿Pero eres tú...?

SANTAM. Ella es, sí... pero su espíritu no te pertenece. Desconoce tu voz; ha olvidado tu cara.

J. LEÓN. Soy yo, León... ¡Salomé, amor de mi vida! (Salomé avanza despacio hacia el centro de la escena, como si nadie hubiese en ella, los brazos caídos, juntas las manos, la mirada sin fijeza.)

SANTAM. (Conteniendo á José León.) Déjala pasar. Ya ves que no quiere verte ni hablarte. (Salomé mira á José León y á Ginés sin mostrar enojo ni alegría.)

J. LEÓN. (Al verse mirado por Salomé, el asombro le hace enmudecer un momento, después dice:) ¿Tan grande es tu enojo, que ni siquiera me miras con lástima?... (Pausa. Se miran los dos en silencio, á distancia.) ¡Y yo que vengo á pedirte perdón del mal que te hice! Si no quieres que la pena me mate, mírame como me has mirado siempre. (Salomé continúa muda. Deja de oirse el órgano.)

GINÉS. Ya ves... tan enojada está, que no te perdona, ni siquiera te habla.

J. LEÓN. ¿Qué es esto, Dios?

SANTAM. (Cogiendo las manos á Salomé y acariciándola.) ¡Pobre chiquilla mía, cordera!... háblale. ¿Por qué no le hablas?

SALOMÉ. (Con trémula voz, dirigiéndose á Santamona.) Me dan miedo sus ojos... Está vivo aún, tan vivo como allá. (Vuelve á mirarle con profunda atención. Domina en su acento el tono místico, hasta que se indique la transición.)

J. LEÓN. (Con dolor y efusión, acercándose.) Alma mía, ¿por qué me tratas así? Soy yo, que penaba por verte, y ahora, viéndote, peno más. (Intenta cogerle una mano, que ella retira.)

SALOMÉ. No, no, no me ves. Es mentira. Esta y yo somos invisibles. (A Santamona.) ¿Verdad que no nos ve? (A José León.) Vete. No me atormentes. Yo estoy muerta. Yo descanso. Mientras no mueras como yo, no serás conmigo en paz. Tú estás vivo y cargado de culpas.

J. LEÓN. ¡Mis culpas, ay! son la cadena que arrastro. Tú me librarás de este horrible peso.

SALOMÉ. ¿Yo? (Afligida.) ¡No puedo, pobrecita de mí! (Con un poco de familiaridad en el acento.) A los dos, ¿no lo sabes? nos condenó el Señor por nuestras culpas atroces. Condenados fuimos: tú, porque me vendiste; yo, porque te vendí. ¿No te acuerdas? Descubrí tu nombre y te entregué á tus enemigos. Tanto, tanto he llorado, que Dios me ha dicho que me perdonará. Pero entre tanto, aquí me tienes presa. ¿Verdad, santa mía, que estoy presa? (Santamona hace signos afirmativos.) Esta es una cárcel dulcísima, en la cual los muertos nos alegramos de no vivir.

J. LEÓN. (Con vivo dolor.) ¡Oh, Dios mío, su razón perturbada!... Siempre fuiste un ángel. Ahora más.

SALOMÉ. (Acentuando su enojo.) No me llames ángel. ¿Qué sabes tú? ¡He sido mala, muy mala!

J. LEÓN. No digas tal.

SALOMÉ. Lo digo... ¡Maldito sea quien me desmienta! (A Santamona.) Estos necios no saben mis crímenes. (Transición al acento dramático.) Yo no los oculto; yo los saco á la cara para que la vergüenza sea mi expiación. Cuando los celos me abrasaron el alma, antes de venir á esta vida á que nos trae la muerte, tuve un mal pensamiento; ¡pero qué malo! Matar á esa perversa mujer, Feliciana Bellido. Callandito, descalza, sin respirar, entré en su casa. ¡Qué noche tan obscura! Pero los celos alumbran en medio de la mayor obscuridad... Entré... acerquéme pasito á paso á la cama en que dormía. Yo llevaba una aguja muy grande, muy grande, para atravesarle el corazón. Llegué... la ví dormida. (Con saña.) ¡Oh! Qué gusto tan grande clavarle la aguja y decirle: «¡Mue-

re, infame, para que no vuelvas á quitarme lo que es mío!» La miré mucho, pensando en la mejor manera de traspasarle el pecho, y dejarla seca de un solo golpe, sin que pudiera decir Jesús. Pero ¡ay! en el momento de alzar la mano, ví dos niños que dormían con ella... Me entró lástima... Tiré la aguja. Los chiquitines se despertaron, y me miraban asustadicos, sin poder llorar... Entonces... se me ocurrió cambiar de venganza... se me ocurrió que era más bárbaro, más inhumano robarle los hijitos... y se los robé. (Con nerviosa risa.) ¡Qué gracioso! Fué una gran idea, ¿verdad? Ellos se dejaron coger tan calladitos, y me dijeron que sí, que sí... (Tono infantil) que querían ser hijos míos. Aquí los tengo (En las flores que lleva en el pecho) entre estas flores. (José León hace ademán de coger las flores; pero ella se retira bruscamente.) No, no: son tan chiquirritines, que no podrás verles.

J. León. (Consternado.) ¡Oh, dolor mío, más terrible que cien muertes! (Oyese coro de novicias, lejano.)

Salomé. ¡Ah! ¡Silencio!... (Oyendo.) Son las almas, las almas prisioneras... Me llaman... voy... (Se aleja hacia el foro.)

J. León. ¡Aguarda!... ¡Un momento más, vida mía!

Salomé. (Con gran agitación.) No, no me llames vida mía. Yo no soy vida de nadie... Llámame ahora... muerte mía. (Vase por el foro.)

ESCENA IX

JOSÉ LEÓN, SANTAMONA, GINÉS

Ginés. (Alarmado, mirando por el pórtico.) ¡Que viene Paternoy!

Santam. Ya la has visto... ¡Retírate!

Ginés. ¡A la calle!

J. LEÓN. No. (Ginés y Santamona le empujan hacia la puerta; pero él se resiste.)

SANTAM. Huyó de tí para siempre... ¡Voy tras ella! (Vase por el foro.)

ESCENA X

JOSÉ LEÓN, GINÉS; PATERNOY, FELICIANA, por el pórtico.

PATERN. ¡Oh, qué audacia!... ¡Aquí tú!

J. LEÓN. Sí, señor...

PATERN. ¡Desdichado! ¿A qué entras aquí si no podrás verla?

J. LEÓN. (Con calma, sin jactancia.) La he visto.

PATERN. (Asombrado, reprimiendo su cólera.) ¡Que la has visto!

FELIC. Señor Paternoy, sea usted indulgente con este loco. Impida que las Madres se alboroten, y prevenga á las autoridades, para evitar cualquier desmán que ciertos ansotanos levantiscos pudieran cometer aquí.

PATERN. (Con displicencia.) Yo carezco en Berdún de la fuerza moral que en nuestro valle tengo; no puedo nada, ni conozco autoridades...

FELIC. (Con resolución.) Yo sí... Y he de poder poco ó conseguiré dos cosas: impedir un atropello, y ponerle en salvo.

PATERN. Me parece bien... Vaya usted.

FELIC. Sí, sí. Ginés, acompáñame.

GINÉS. Vamos. (Vanse Ginés y Feliciana por la izquierda.)

ESCENA XI

JOSÉ LEÓN, PATERNOY

PATERN. Hombre, al menos una vez en la vida, dí la verdad. ¿Has entrado aquí con intención de verla tan sólo, ó de robarla?

J. León. De robarla.

Patern. ¿Y me lo dices con ese descaro?

J. León. Me has pedido la verdad. ¿No prefieres la verdad descarada, á la mentira con disfraz?

Patern. Sí. Dime ahora, pues según parece hablas ingenuamente; dime: ¿qué mereces por tan infame idea?

J. León. Quizás merezca la muerte. Eso tú dirás.

Patern. (Dominando su ira.) ¿Y vienes á que yo te la dé?

J. León. No: porque eres santo y te negarás á quitarme la vida.

Patern. (Sin poder contenerse.) No te fíes, indigno; no juegues con el león perezoso creyéndole inofensivo. ¡Sal pronto de aquí!

J. León. Aguarda. Para lo que tenemos que hablar, mejor estamos en este sagrado asilo.

Patern. Lo profanamos, tú con tu cinismo, yo con mi cólera.

J. León. ¡Tanto afán porque te entregara mi conciencia, y ahora que en tus manos la pongo, palpitante, chorreando sangre, no la quieres!

Patern. ¡Tú... entregarme...! No te creo. Quieres ganar tiempo.

J. León. Sí: me entrego, me rindo. (Con efusión creciente hasta el fin del parlamento.) No me rendí á los continuos reveses que amargaron mi existencia; no me rendí al remordimiento; no me rendí á tu inaudita piedad, y me rindo, ¿ante qué dirás? ante una voz que suena en mis oídos como venida de otro mundo, y remueve toda mi alma; ante una razón perturbada, que ilumina la mía. Quien á todo resistió, no resiste á la pérdida del sér que era su única ilusión, su única fe. Nunca, ni en mis más terribles adversidades, ví la mano de Dios sobre mí. Ahora la veo, y esta mano me hunde, me anonada, me convierre en polvo miserable.

Patern. (Confuso.) ¿Salomé... su locura, que es una forma de muerte, te...?

J. León. ¡Forma de muerte, sí: la peor y más triste! Entré aquí dispuesto á rescatarla por astucia ó violencia,

y me la encuentro monstruosamente desfigurada en su hermoso espíritu, ya que no en su exterior belleza. Ella era mi inteligencia; ella mi esperanza de regeneración, mis creencias todas; ella mi presentimiento de lo justo y de lo bueno. ¡Perdida para mí! ¡Nada tengo que hacer en el mundo! ¡Soy tuyo! ¡Dispón de mí!

PATERN. ¡Hermosa idea si fuese verdad! Para que yo te crea, necesito hechos, no palabras, que tu sutil entendimiento y tu instrucción superior combinan á maravilla.

J. LEÓN. ¿Hechos dices? Proponlos tú.

PATERN. Propongo una prueba que no aceptarás, porque exige el mayor esfuerzo de la energía humana.

J. LEÓN. Qué es, ¿quitarme la vida?

PATERN. No: es más, mucho más terrible prueba.

J. LEÓN. Dila pronto.

PATERN. Que declares públicamente tus delitos.

J. LEÓN. ¿Me crees incapaz de esa prueba? Vamos, llévame á donde quieras.

PATERN. Aguarda. (Mirando por el foro.) Salomé vuelve: quiero que habléis delante de mí. (Aparecen por el foro, viniendo de la huerta, Salomé y Santamona. Oyese más próximo el canto de las novicias.)

ESCENA XII

JOSÉ LEÓN, PATERNOY; SALOMÉ, SANTAMONA, por el foro. Detiénense á la entrada de la huerta.

J. LEÓN. ¡Sombra divina de la que fué mi esposa, inteligencia muerta que fuiste mi vida, déjame verte y hablarte por última vez! (Salomé no se mueve.)

SANTAM. (Adelantándose hasta Paternoy.) La procesión sale ya de la iglesia y viene hacia aquí. Evita todo escándalo.

PATERN. Nada temas. (A Salomé.) ¡Desdichada criatura, acércate!

PATERN. (Llamándola á sí.) Ven... ¿conoces á este hombre? (Salomé se aproxima á Paternoy, como buscando refugio á su lado. Los dos y Santamona forman un grupo á la derecha del proscenio. José León á la izquierda.) Dime si le conoces... Martín Bravo.

SALOMÉ. (Experimentando una sacudida nerviosa al oir el nombre.) ¡Oh! ¡no sé... no le conozco! (Trémula y desconcertada.)

PATERN. Dime: ¿te unirías nuevamente á él?

SALOMÉ. (Vivamente.) Sí. (Con desaliento.) Pero no puede ser. Yo estoy muerta. Soy espíritu. Y él vive, ¡maldita vida!

PATERN. (Contemplando á José León.) ¡Infeliz, cuánto padece!

SANTAM. (A Salomé, cariñosamente.) Mándale tú que ponga su redención en nuestras manos.

SALOMÉ. ¿Yo? Yo no mando.

PATERN. En él, sí. Tu voz es la única que le llega al fondo del alma.

SALOMÉ. (Mirando fijamente á José León.) ¿Por qué calla...? ¿En qué piensa?

SANTAM. Su conciencia le abruma.

PATERN. Teme el castigo. Sobre él recaerá quizás una sentencia terrible.

SALOMÉ. Sentencia, ¿de quién?

SANTAM. De la ley.

PATERN. Dime: si tú fueras la ley, ¿le condenarías?

SALOMÉ. ¡Sentenciar yo...! (Con leve inflexión humorística.) ¿Hoy me toca sentenciar?

PATERN. Hoy, y siempre.

SALOMÉ. Pues le mandaría que abandonase la mentira y viniese á mí, á nosotros, que somos la verdad.

J. LEÓN. (Sin moverse de su sitio.) ¡A la verdad voy, vida mía! (Oyese muy cercano el coro de novicias.)

PATERN. La procesión se acerca. (Se descubren él y José León. Aparecen por el pórtico las primeras figuras de la procesión; una monja llevando el estandarte, dos niños con blandones.)

ESCENA XIII

DICHOS; GINÉS, presuroso por la derecha.

GINÉS. Ya Barbués y su gente sospechan que estás aquí. No salgas ahora. Afuera están.

J. LEÓN. Que vengan. Ya no importa.

PATERN. Déjales entrar.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; BARBUÉS, los DOS MOZOS, gente del pueblo. Por el pórtico avanza la procesión. Dos filas de educandas. Sigue la imagen de la Virgen, en andas de plata, adornadas con flores y luces, y llevada en hombros por cuatro educandas. Dos niños con incensario la preceden. Detrás sigue la Comunidad, presidida por la Madre Superiora. Esta, al ver extraño movimiento de personas desconocidas en la escena, se adelanta, seguida de Sor Marcela y otras monjas. Los que han entrado por el portón, detiénense al ver la comitiva religiosa. Sólo Barbués avanza resuelto y quiere sujetar á José León.

BARBUÉS. Ahora no te escapas.

PATERN. (Con imperioso ademán manda á Barbués que se reporte.) Que entréis he dicho; pero respetando la santidad del lugar. (Barbués, cohibido, se descubre y se retira hacia la puerta.)

SUP. ¿Qué es esto? Ese hombre... ¿quién es?

PATERN. El mismo lo dirá. (Paternoy, Salomé y Santamona, forman un grupo á la derecha del proscenio. La Superiora en el centro. Más á la izquierda, José León, y junto al portón, Ginés, Barbués y los que le acompañan. Las demás figuras en segundo término.)

J. LEÓN. (Con entereza y solemnidad.) Generoso Santiago, vosotros, enemigos míos, pueblo justiciero, mujer que fuiste mi encanto, santa Comunidad, tierra, cielo,

mundo que ultrajé, Dios que me criaste, mirad aquí una conciencia que se os descubre, arrancada de cuajo, toda vida, dolor, verdad.

SUP. No entiendo...

PATERN. Viene á declarar las culpas de un criminal ausente y á denunciarle á la justicia. ¿No es eso?

J. LEÓN. ¿Ausente? No tanto: largo tiempo ha vivido en el reino de la mentira; pero ya está cerca de aquí.

PATERN. Sigue. La prueba es terrible, pero concluyente.

J. LEÓN. Acuso á un hombre que no conocéis; yo sí... á un hombre nacido de honradísimos padres, de imaginación viva, de inteligencia no vulgar; si precoz en los estudios, precocísimo en todas las formas del libertinaje y la disipación. Abandonó, joven aún, su hogar modesto y su lucida carrera, huyendo de sus propios escándalos y de la tempestad de rencores que se levantó contra él... Después de vagar algún tiempo por tierras distantes, encontró en ésta escondite seguro y campo vastísimo para sus locas empresas. El encadenamiento de los errores primero, la miseria después, y el vértigo de las represalias, lleváronle á cometer mil desafueros. Tan grande como su audacia y virilidad para cometerlos, fué su ingenio para ocultarlos y asegurarse la impunidad... Por delirio de amor propio, dió muerte al insolente Alonso Barbués; por venganza de una felonía, al Manco de Tauste; por desesperación y ardiente fiebre del vivir, á un francés de Lazcún, que traficaba en metales preciosos... Gravísimos daños causó, por malicia ó despecho, en las personas, en los rebaños, en la propiedad, incendiando las casas de los hermanos Paternoy, talando la huerta de Larraz, ó entrando á saco varias cabañas en el puerto de Aragües... Llegó un tiempo en que las heces de su conciencia removida amargaron sus ya tristes días, y al fin su alma fué totalmente rescatada por el ardiente cariño de una mujer que Dios envió á su encuentro en aquel camino de perdición. Gracias á esto, el hombre de que os hablo reconoce hoy públicamen-

te sus abominaciones... (Con emoción que su entereza quiere ahogar) y se entrega indefenso á la justicia humana... y á la misericordia divina. (La Superiora y demás monjas manifiestan asombro silencioso.)

BARBUÉS. (Abalanzándose á José León.) ¡Es nuestro!

PATERN. (Cogiendo á José León por un brazo y apartándole de Barbués.) ¡Es mío!

SANTAM. (Con alegría, apartándose de Salomé para llegar á José León y ponerle la mano en el hombro.) ¡Es nuestro! Le hemos ganado.

BARBUÉS. (Disputando á Paternoy y á Santamona la persona de José León.) Pertenece á la justicia.

PATERN. No, no: pertenece á la piedad.

SALOMÉ. (Aterrada, huyendo hacia la enfermería.) Tengo miedo: llevadme de aquí.

SANTAM. (Siguiendo á Salomé.) Barbués quiere llevarle á la justicia; Santiago, al consuelo y al perdón.

PATERN. (A José León.) Ven á mí. Serás mi amigo, mi hermano.

J. LEÓN. (A Paternoy y Santamona.) Gracias, nobles hijos de Ansó, espíritus de clemencia... Me debo á la expiación. Me seduce el suplicio; me enamora la muerte.

PATERN. (A Salomé, ansioso, pidiéndole su concurso para convencerle.) Tú, háblale... disuádele de esa horrible idea del martirio.

SALOMÉ. ¿Yo, yo sentencio ahora? (Con iluminismo y acento místico.) Quiero que venga á mí... Le condeno á muerte...

J. LEÓN. Vamos. (Presuroso se agarra á Barbués y corren ambos hacia la salida. Telón.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

Hortaleza, 132

EPISODIOS NACIONALES

2 PESETAS TOMO

Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Diez magníficos volúmenes conteniendo cada uno dos títulos y numerosos facsímiles de reputados artistas, 85 pesetas.—Tomo suelto, 9 pesetas.—Cuaderno (consta la obra de 92), 1 peseta.

NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

2 pesetas tomo.

Doña Perfecta.—Un tomo.
Gloria.—Dos tomos.
Marianela.—Un tomo.
La familia de León Roch.—Tres tomos.
La Fontana de Oro.—Un tomo.
El Audaz.—Un tomo.
La Sombra.—Un tomo.

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

3 pesetas.

La desheredada.—Dos tomos.
El amigo Manso.—Un tomo.
El doctor Centeno.—Dos tomos.
Tormento.—Un tomo.
La de Bringas.—Un tomo.
Lo prohibido.—Dos tomos.
Fortunata y Jacinta.—Cuatro tomos.
Miau.—Un tomo.
La Incógnita.—Un tomo.
Realidad.—Un tomo.
Angel Guerra.—Tres tomos.
Tristana.—Un tomo.
La loca de la casa.—Un tomo.
Torquemada en la hoguera.—Un tomo.
Torquemada en la cruz.—Un tomo.
Torquemada en el Purgatorio.—Un tomo.
Torquemada y San Pedro.—Un tomo.
Nazarín.—Un tomo.
Halma.—Un tomo.
Misericordia.—Un tomo.
El Abuelo.—Un tomo.

OBRAS DRAMÁTICAS

2 pesetas.

Realidad, drama.
La loca de la casa, comedia.
La de San Quintín, comedia.
Los Condenados, drama.
Voluntad, comedia.
Doña Perfecta, drama.
La Fiera, drama.

Discursos académicos.—Un tomo, **2 pesetas.**

Se venden en la Administración y en todas las librerías.

3 0112 098803965